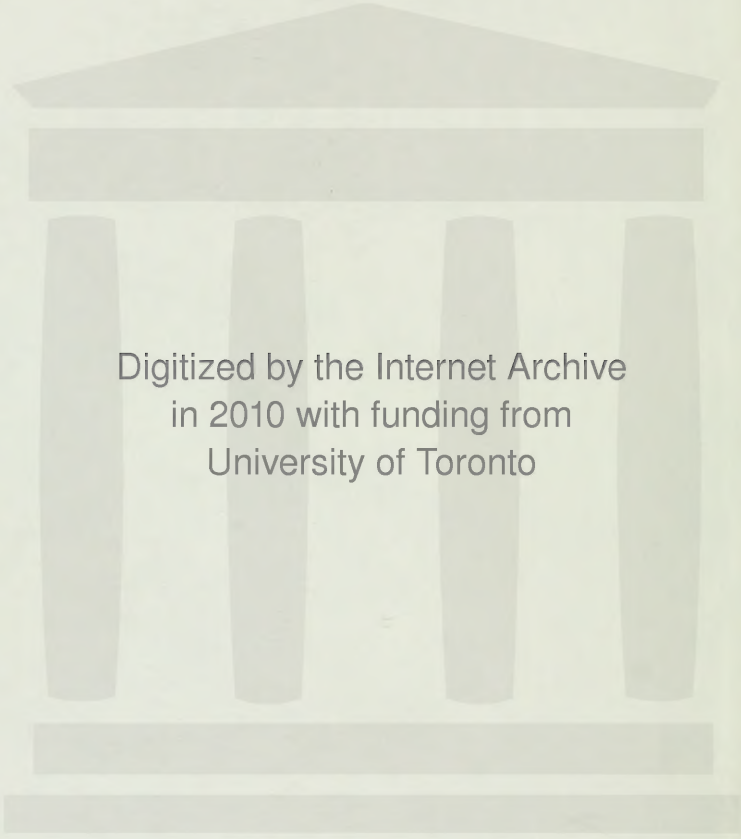
3 1761 06739926 1


Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/marcelinomennd00boni

(14)
1584
I

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

(1856-1912)

BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

(NÚMERO EXTRAORDINARIO.—MAYO DE 1914.)

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

(1856-1912)

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE FORTANET

IMPRESOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Libertad, 29.—Teléfono 991

MCMXIV

PQ
6020
M4B6

«La voce sua era come la voce di un popolo intero; nel suo cuore era il palpito del cuore dei milioni.»

(Arturo Farinelli: *En memoria de Menéndez y Pelayo.*)

I

LA VIDA

«Recuerdo—escribía en 16 de Mayo de 1878 el autor de la exquisita *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*, al de la deliciosa *Pepita Jiménez*—que nuestro amado é ilustre compañero Hartzenbusch, me habló alguna vez de un mozo de pocos años, que llamaba la atención en la Biblioteca Nacional por su asidua asistencia, por su corta edad, por su perseverante estudio, y hasta por la importancia de los libros y manuscritos cuya lectura solicitaba.»

Ese «mozo de pocos años», que antes de los veinte había llamado tan poderosamente la atención de Hartzenbusch, de Cueto, de Valera y de D. Fermín Caballero (1), era D. Marcelino Menéndez y Pelayo, nacido en Santander, el 3 de Noviembre de 1856.

Fueron sus padres D. Marcelino Menéndez y Pintado, natural

(1) Véase la *Advertencia final* del libro de Caballero: *Alonso y Juan de Valdés* (Madrid, 1875), donde menciona con elogio á Menéndez y Pelayo.

de la villa de Castropol, en Asturias, y catedrático de Matemáticas en el Instituto provincial de segunda enseñanza de Santander (1); y D.ª María Jesús Pelayo, natural de esta última ciudad.

La Montaña, no sólo fué la cuna de Menéndez y Pelayo, sino el amor de sus amores. Á través de ella quiso entrañablemente á España, y en ella deseó morir. Sus primeros trabajos, á ella fueron dedicados, y él se complacía siempre en recordar que aquella tierra fué engendradora de las razas generosas de que procedieron el Marqués de Santillana, Garci-Lasso, Lope de Vega, Calderón y Quevedo; y la patria de Beato de Liébana, gloria de la Iglesia española: del gran prosista Fray Antonio de Guevara, del arquitecto Juan de Herrera, del célebre Martín del Río, autor de las *Disquisitiones magicæ*, del dramaturgo D. Antonio de Mendoza, del infatigable erudito D. Rafael Floranes, de Fray José de la Canal, del ilustre bibliófilo La Serna Santander, de Trueba y Cosío, y de Pereda, el más castizo novelista que produjo España en el siglo XIX...

«Puso Dios en mis cántabras montañas (*escribía en 1877*)
auras de libertad, tocas de nieve,
y la vena del hierro en sus entrañas:
tejió del roble de la adusta sierra
y no del frágil mirto su corona;
que ni falerna vid ni ático olivo,
ni siciliana mies ornan sus campos,
ni allí rebosan las colmadas trojes,
ni rueda el mosto en el lagar hirviente;
pero hay bosques repuestos y sombríos,
misterioso rumor de ondas y vientos,
tajadas hoces, y tendidos valles
más que el heleno Tempe deleitosos,
y cual baño de Náyades la arena

(1) Conozco las siguientes obras suyas: *Principios de Aritmética y Algebra...*, segunda edic.; Madrid, Tello, 1887. En 4.°

Principios de Geometría y Trigonometría..., segunda edic.; Madrid, Tello, 1890.—En 4.°

que besa nuestro mar: y sus mugidos,
como de fiera en coso perseguida,
arrullos son á la gentil serrana,
amor de Roma y espantable al Vasco,
pobre y altiva, y como pobre, hermosa.»

Y, en la *Carta* á sus amigos de Santander, declaraba:

«Ni ingenio ni saber en mí premiaste;
sólo el intenso amor irresistible
que hacia las letras dirigió mis años,
y aquel amor más íntimo y potente
á mi dulce Cantabria, tierra santa,
la tierra de los montes y las olas,
donde ruego al Señor mis ojos cierre,
sonando, cual arrullo, en mis oídos,
lento el rumor de su arenosa playa.»

Concurrió en Santander á la escuela de primeras letras de don Víctor Setién y Zubieta, y allí mismo comenzó á llamar la atención de sus compañeros. Uno de éstos, entrañable amigo suyo de toda la vida, D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, cuenta que Menéndez «sin dejar de ser afectuoso y expansivo con sus compañeros, como lo fué siempre, tenía por entonces cierta gravedad algo melancólica, impropia de sus pocos años. Yo no recuerdo—dice—haberle visto nunca jugar á ninguno de los juegos con que nos divertíamos y gozábamos, cuál más, cuál menos, los demás niños de su edad; y no me hace mudar de opinión la casualidad de conservarse en su casa un retrato suyo de aquel tiempo en el que está de pie con un sable en la mano... Las verdaderas inclinaciones de Marcelino iban ya, desde entonces, por muy otro rumbo. Se susurraba entre los chicos de la escuela que D.ª Jesusa, su madre, había tenido que tomar precauciones para evitar que el niño se pasase las noches leyendo á la luz de los cabos de vela sobrantes que, según decían, cogía y guardaba con este propósito tan desusado, y que á muchos (como es de suponer) les parecía extravagante. Á juicio de aquellos infantiles críticos, Marcelino era *un fenómeno*».

Cuando entraba en los diez años de edad (en 1866), comenzó

Menéndez y Pelayo los estudios del Bachillerato. Constaba entonces éste, menos recargado y absurdo que ahora, de cinco cursos, donde figuraban las siguientes materias:

I. Primer año de Latín y Castellano.—Doctrina cristiana é Historia Sagrada (primer año).
II. Segundo año de Latín y Castellano.—Doctrina cristiana é Historia Sagrada (segundo año).
III. Retórica y Poética.—Geografía.—Historia de España.—Aritmética y Álgebra.
IV. Psicología, Lógica y Ética.—Fisiología é Higiene.—Historia Universal.—Geometría y Trigonometría.
V. Física y Química.—Historia Natural.

Siguió Menéndez y Pelayo estos cinco cursos (desde el de 1866 á 1867, hasta el de 1870 á 1871) con tal aprovechamiento, que obtuvo el «premio ordinario» en todas las asignaturas, excepto en la de Geometría y Trigonometría, en la cual renunció á hacer la oposición que tenía solicitada, por ser su padre uno de los jueces que componían el Jurado. En 26 de Junio de 1871, practicó, en el mismo Instituto de Santander, los dos ejercicios del grado de Bachiller, obteniendo luego, en pública oposición, el día 28, el «premio extraordinario» en la Sección de Letras, honor que, hasta entonces, á nadie había sido concedido allí.

«Cuando cursaba el Bachillerato, iba con frecuencia á la librería de un tal Fabián Hernández (editor del famoso *Libro Becerro de las Behetrías de Castilla*), en donde se reunían su tío *(D. Juan Pelayo y España, médico, novelista y poeta de agudo ingenio)* y otros redactores y colaboradores de *La Abeja* á charlar de novedades literarias después de haber cesado en su publicación el periódico, y como niño curioso, y más que curioso, insaciable de saber, no dejaba parar ningún libro en los estantes. Tenía aquel librero achaques de bibliófilo, y dió en el tema de que se hallaba en posesión de un ejemplar de la primera edición del *Quijote*, con notas de puño y letra del propio Cervantes, en las cuales, anticipándose á la crítica de la posteridad, explicaba de mejor ó peor manera muchos de los descuidos y leves defectos que en su obra inmortal señalaran Clemencín y otros comentadores. A tan ex-

traño y singular capricho dedicó en la prensa varios artículos, que daban materia de regocijados comentarios á sus contertulios. La tertulia del librero Fabián Hernández, fué el primer ambiente literario que Marcelino respiró fuera de las aulas del Instituto» (1). Allí también adquirió uno de los primeros libros de su Biblioteca: las *Disquisitiones magicæ* del P. Martín del Río.

La lengua latina, en la cual llegó á ser Menéndez y Pelayo consumado maestro, estudióla bajo la dirección del profesor don Francisco María Ganuza; y no contento con los dos cursos oficiales, siguió dando lección particular con el catedrático hasta graduarse de Bachiller. Varias veces le oí decir, en sus últimos años, que nadie podía ser perito en dicha lengua, sin dedicarse, cuatro años por lo menos, á traducir los clásicos.

Por aquellos tiempos estudió también el inglés, en unión de su amigo D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja. En el francés y en el italiano fué *autodidacto*, y los hablaba correntemente. El alemán lo estudió mucho más tarde.

Fué su profesor en Filosofía un D. Agustín Gutiérrez, autor de cierto *Curso completo de Filosofía elemental*, en dos tomos (Santander, Hijos de Martínez, 1860-1863), regularmente escritos y donde se muestra algo enterado de los progresos del pensamiento en su tiempo. Dividía la Psicología en Estética, Noología y Prasología, dedicando una lección final á la *Síntesis anímica;* y la Lógica, en Crítica, Metodología, Gramática y Dialéctica. Su pensamiento era muy afín del de Reid, Cousin, Royer-Collard y Laromiguière, á quienes cita con frecuencia en el *Curso*. Allí, y no en Barcelona (como se ha creído), adquirió Menéndez y Pelayo sus primeras aficiones á la tradición moderada y analítica de la escuela escocesa.

El Sr. Cedrún refiere la siguiente anécdota, relativa á los estudios filosóficos de D. Marcelino: «En aquella cátedra de Filosofía, al llegar el curso á cierta altura, acostumbraba el profesor á distribuir los alumnos en trincas, dando á cada uno un tema para

(1) G. Cedrún de la Pedraja: *La niñez de Menéndez y Pelayo;* Madrid, 1912.

que lo desarrollase por medio de un discurso escrito, á cuya tesis debían hacer objeciones en forma silogística los contrincantes. Llegó el día en que había de actuar Marcelino. Se llenó el aula. Acudimos á ella muchos que todavía no estudiábamos Filosofía. El disertante mantenía como tesis la inmortalidad del alma, y todos nos quedamos pasmados al verle, con los papeles del discurso arrollados en la mano, recitar en latín, á guisa de tema de oración sagrada, un larguísimo párrafo de las *Tusculanas* de Cicerón, pertinente al caso. Luego empezó á leer, y lo escrito guardaba proporción con lo recitado. Hay que advertir, á todo esto, que el disertante tenía trece años. Pero faltaba la segunda parte del ejercicio: los *argumentos*... llegó un momento en que no acertó á encontrar salida en medio de aquel laberinto de *mayores*, *menores* y *consecuencias*. *¡Ergo conclusus!*, exclamó su adversario con la voz tonante y triunfadora que era de rigor en tales casos. Por el momento no pasó nada más. Pero testigos mayores de toda excepción, aseguraron que, al terminar la clase, se había visto á Marcelino llorar de rabia y darse materialmente de cabezadas contra las paredes del patio» (1).

***

Pertrechado de laureles académicos, admirado de sus condiscípulos, y provisto de los conocimientos humanísticos, literarios y filosóficos á que nos hemos referido, y hasta de un *poema épico* (2) escrito á los trece años, trasladóse Menéndez y Pelayo á Barcelona en 1871, para estudiar la carrera de Filosofía y Letras. «Fué á estudiar Filosofía y Letras á Barcelona—escribe el señor

(1) El adversario de Menéndez y Pelayo en aquella justa filosófica, é íntimo amigo suyo durante toda su vida, fué D. José Ortíz de la Torre, gloria de la Cirugía española.

(2) Poema (en octavas reales) á la muerte de D. Alonso de Aguilar, héroe de algunos de los más bellos romances de la conquista de Granada. Ocurrió la heroica muerte de D. Alonso en Sierra Bermeja, á 18 de Mayo de 1501.

Cedrún,— por dos razones: la primera, porque allí vivía, siendo profesor de aquella Universidad, el Dr. Luanco, erudito historiador de la Alquimia en España, paisano y amigo de su padre; la segunda, porque á éste no le agradaban las doctrinas racionalistas de algunos catedráticos de la Facultad de Letras de Madrid.» «No difería esta escuela—escribe Menéndez y Pelayo en 1908, hablando de la Universidad barcelonesa—en su organismo oficial, de lo que eran las restantes de España, sometidas á triste uniformidad después que el plan centralista de 1845 acabó con los restos de la autonomía universitaria, que ahora tímidamente intenta renacer. Pero en Barcelona, como en otros centros de antigua cultura y de vida moderna más ó menos intensa, nunca se había extinguido la espontaneidad nativa del carácter provincial, y en la enseñanza, como en todo, se manifestaba; aunando venerables tradiciones con impulsos y anhelos de renovación, sentidos allí antes que en otras partes de la Península. Tenía, pues, la Universidad barcelonesa en 1870 sus dotes características, que en gran manera la diferenciaban dentro de nuestra vida académica tan pobre y lánguida; y por ellas había conquistado, sin ruido ni aparato externo, cierta personalidad científica, una vida espiritual propia, aunque modesta, que daba verdadera autoridad moral á algunos de sus maestros, haciéndolos dignos educadores de almas y nobles representantes del pensar de su pueblo. Heredera la Universidad, por una parte, del floreciente «romanismo» de la escuela de Cervera, de la tradición jurídica, arqueológica y de humanidades que se compendia en el gran nombre de Finestres; y por otra, de las tradiciones de la ciencia experimental, que había sido profesada no sin brillo en la antigua Escuela de Medicina y en los Estudios de la Casa-Lonja, mostró desde los primeros días un *sentido histórico y positivo*, de pausada indagación y recta disciplina, nada propenso á brillantes generalizaciones, intérprete y no deformador de la realidad; tímido, pero seguro, en sus análisis; respetuoso con todos los datos de la conciencia; atento á los oráculos de la venerable antigüedad, sin acercarla ni alejarla de nosotros demasiado. Y este sentido, con la variedad propia de cada género de estudios, inspiró lo

mismo á los jurisconsultos que á la luz de la escuela histórica comenzaron la rehabilitación de las antiguas instituciones, que á los psicólogos partidarios de la escuela de Edimburgo, y á los críticos y artistas que, educados en el romanticismo arqueológico, llegaron á convertir en doctrina estética lo que había sido al principio intuición genial. En esta escuela me eduqué primeramente, y aunque la vida del hombre sea perpetua educación, y otras muchas influencias hayan podido teñir con sus varios colores mi espíritu, que, á falta de otras condiciones, nunca ha dejado de ser indagador y curioso, mi primitivo fondo es el que debo á la antigua escuela de Barcelona, y creo que substancialmente no se ha modificado nunca.»

En la Universidad de Barcelona siguió Menéndez y Pelayo los cursos de 1871 á 1872 y 1873 á 1874, estudiando en el primero las asignaturas de Literatura general y española, Literatura latina, Geografía y Lengua griega, cuyos profesores eran, respectivamente, el insigne D. Manuel Milá y Fontanals, D. Jacinto Díaz, D. Cayetano Vidal y Valenciano y D. Antonio Bergnes de las Casas.

Hizo su *début* en la clase de Literatura general, «y por tan maravilloso modo—escribe García Romero,—con tan desusada maestría, explicó el *concepto de la belleza* y las infinitas teorías que desde Platón acá han venido exponiéndole, que de aquel día data el respeto y admiración con que le trataron siempre sus condiscípulos, reconociendo noblemente la infinita superioridad en cuestiones literarias de un chicuelo que por aquel entonces tenía *¡quince años!*»

Allí tuvo por amigos y condiscípulos, entre otros, á Rubió y Lluch, Franquesa y Gomis, Gres, Herminio Fornés, Federico Schwartz y Bertran y Bros, siendo el primero de los citados su más íntimo amigo en Barcelona, y de quien él loaba, en Noviembre de 1882, con ocasión de prologar su notable libro sobre *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*, las aventajadas dotes de investigador y crítico, la penetración y firmeza en el juzgar, el sentido verdadero y personal de la belleza artística, la cultura intelectual que no es frecuente en nuestra patria, el fácil

y ameno estilo, y cierto reposo y elevación moral, que cuadraban bien á la escuela en que se educó y á las gloriosas tradiciones que había recibido de su padre (D. Joaquín Rubió y Ors), añadiendo que su objeto, en el Prólogo, era que sus nombres quedasen unidos, «como lo han estado siempre, desde que la suerte quiso juntarnos en aquella cátedra del Dr. Milá, donde cada palabra era una semilla, y cada pensamiento una revelación».

Habitó Menéndez y Pelayo, en Barcelona, en la calle de la Fuente de San Miguel, 2, 3.° Los domingos solía ir á comer en casa del Dr. D. Joaquín Rubió, poeta notabilísimo é investigador de gran mérito. Sus paseos predilectos eran la carretera de Sarriá ó la muralla del mar.

Llegado el mes de Junio de 1872, y habiendo aprobado con brillante éxito las cuatro asignaturas, Menéndez y Pelayo volvió á Santander á pasar las vacaciones de verano. En 12 de Setiembre solicitó tomar parte en la oposición á los premios de aquéllas. Los ejercicios tuvieron lugar el día 27, disertando D. Marcelino acerca de los siguientes temas: *Teatro español*; *Poetas trágicos latinos, fijándose especialmente en los de la 2.ª época*; *La Tierra considerada como cuerpo celeste*, y *Verbos en* μι. Obtuvo premio en las tres primeras, ó sea en Literatura general y española, Literatura latina y Geografía; pero no en la cuarta (Lengua griega), donde le fué «aprobado el ejercicio por unanimidad; pero no le fué concedido el premio por no haber tratado bien el tema». No deja de ser esto significativo; mucho más si tenemos en cuenta las aficiones humanísticas de D. Marcelino; y no prueba otra cosa sino lo que es notorio desde tiempos bien antiguos: que se puede saber mucho latín y mucho griego, como también mucho castellano, conociendo medianamente la gramática.

En el año académico de 1872 á 1873, cursó Menéndez y Pelayo en Barcelona las asignaturas de Literatura griega, con don Jacinto Díaz; Lengua hebrea, con D. Mariano Viscasillas y Urriza, é Historia Universal, con D. Joaquín Rubió y Ors.

Durante este curso, Menéndez y Pelayo hizo sus primeras armas ante el público no universitario. El Ateneo barcelonés trataba de conmemorar con una sesión solemne el aniversario de

la muerte de Cervantes. Invitado Menéndez á tomar parte en esta sesión, preparó en brevísimo tiempo el estudio: *Cervantes considerado como poeta*, fechado el 23 de Abril de 1873, y leído el 28 de dichos mes y año. El discurso versa principalmente sobre *La Numancia*, que Menéndez y Pelayo considera, sin comparación, como «la obra de más mérito que produjo el teatro español anterior á Lope de Vega. No pueden ponerse á su lado —dice— ni las tragedias de Juan de la Cueva, ni las de Cristóbal de Virués, ni la *Isabela* y la *Alejandra* de Lupercio Leonardo de Argensola. La *Nise lastimosa* de Jerónimo Bermúdez, es una obra mas clásica, más correcta, llena en ciertos casos de ternura y de sentimiento; pero, ademas de no presentar un argumento tan nacional como el de *La Numancia*, además de que sus versos no tienen la robustez que supo dar á los suyos Cervantes en algunas escenas de su tragedia, la obra del monje gallego no es más que una imitación bien hecha de la *Inés de Castro*, tragedia portuguesa de Antonio Ferreira, y el mismo Bermúdez fué muy desgraciado cuando quiso continuar la obra de su modelo, escribiendo la *Nise laureada*. *La Numancia* está separada de todo lo que la rodea, y forma época en la historia del Teatro español, anunciando ya el drama nacional, tal como lo concibió Lope de Vega.»

Durante su estancia en Barcelona, tuvo Menéndez y Pelayo frecuente ocasión de visitar los Archivos y Bibliotecas públicas y privadas de aquella ciudad. Conoció también al catedrático de Filosofía D. Francisco Javier Llorens y Barba, uno de los representantes más insignes que en España ha habido de la escuela escocesa, que D. José Joaquín de Mora había importado, y que tuvo además, en la región levantina, discípulos tan eximios como D. Pedro Colina y Vilá y Martí de Eixalá (aparte de Monlau y de Beato).

Pero la figura más ilustre y que mayor influjo ejerció en Menéndez y Pelayo, fué la de D. Manuel Milá y Fontanals. «Su dicción —escribe aquél— era pausada, lenta, premiosa, monótonos el ademán y el gesto, algo opaca la voz y como velada. Había conseguido, á fuerza de estudio, dominar su acento nativo y limar

las asperezas del lenguaje, y hablaba con tan rara corrección, que hubiera podido estamparse todo lo que decía. Pero no se veía en él ningún conato de agradar; ni cayó nunca en artificios indignos de la severa exposición doctrinal. No hablaba al sentimiento, sino á la razón, y era tan sobrio y económico de palabras hablando como escribiendo. Amplificaba lo menos posible; pero fijaba con mucha insistencia los puntos culminantes para que sirviesen como tema de meditación á sus alumnos y fuesen despertando en ellos el hábito de pensar, al cual solían ser tan ajenos por su educación primera. Usaba alguna vez el método socrático, pero menos acaso de lo que debiera, y menos que Lloréns por de contado. Aclaraba la lección con oportunos ejemplos que solía llevar escritos, no fiándose ni aun en esto de su felicísima y bien ordenada memoria. Receloso contra las vaguedades de la estética pura, presentaba siempre el hecho artístico al lado de la teoría, y hacía frecuentes aplicaciones á las diversas artes, con lo cual agrandaba de un modo insensible el horizonte intelectual de sus discípulos. En la recomendación de autores y de libros era muy cauto, absteniéndose de citar algunos ni aun para refutarlos. Practicaba con el mayor rigor la máxima de Juvenal: *maxima debetur puero reverentia*, y no hubiera aplicado a los hijos de su sangre, si Dios se los hubiese concedido, más vigilante y amoroso celo que á los hijos de su enseñanza, respecto de los cuales se consideraba investido de una especie de cura de almas. Pero todo esto en una esfera superior, sin hazañerías ni trampantojos, sin disciplina de colegio, sin sombra de «filisteísmo», que es el peor lenguaje que se puede hablar á estudiantes y que, en vez de prevenir, fomenta todo género de anarquías y rebeliones intelectuales. En la clase de Milá no se hablaba mas que de estética y de literatura, pero se respiraba una atmósfera de pureza ideal, y se sentía uno mejor después de oir aquéllas pláticas, tan doctas y serenas, en que se reflejaba la conciencia del varón justo, cuyos labios jamas se mancharon con la hipocresía ni con la mentira.»

Los méritos de Milá como provenzalista, como filólogo catalán, como *folklorista* y colector de la poesía popular, como historiador

literario de la Edad Media y como artista, fueron admirablemente expuestos por el mismo Menéndez y Pelayo, heredero de sus papeles literarios, en su famosa *Semblanza*, escrita en 1908. Allí recuerda que Milá fué «nuestro primer provenzalista, ó, por mejor decir, el único que España ha producido después del canónigo Bastero, auténtico precursor de Raynouard»; que fué igualmente el primero, «á lo menos en España, que aplicó los procedimientos de la novísima filología á la variedad catalana de la lengua de *oc* y al catalán vulgar de Barcelona, llegando á entrever alguna importante ley fonética, en cuya comprobación trabajaba con ahinco cuando le sorprendió la muerte»; que también fué el primero, á la vez que el gran poeta portugués Almeida Garrett, «que en la Península publicó colecciones de romances directamente recogidos de la tradición oral, completando con ellos las riquísimas colecciones castellanas, tan conocidas y celebradas desde antiguo, y abriendo nuevo y profundo surco en el estudio del alma colectiva de nuestra raza»; y, por último, que «la epopeya francesa y la castellana de la Edad Media fueron el campo principal de sus estudios y meditaciones», dilucidando así magistralmente «la unidad de nuestra poesía heroica, el verdadero sentido en que ha de tomarse el ambiguo nombre de popular que lleva, la genealogía de los romances y su derivación mediata ó inmediata de los cantares de gesta, las relaciones entre la poesía y la historia, el valor de las crónicas como depósito de la tradición épica y medio de reconstituir los poemas perdidos, el influjo de la epopeya francesa en la castellana, desconocido por unos y exagerado por otros, la teoría métrica del verso de las primitivas gestas y sus evoluciones».

En suma: «*La implantación en España de los modernos métodos de investigación crítica, á Milá se debe principalmente*, y aunque apenas hiciese excursiones fuera del campo de la historia literaria, y en él se concretase á cierta época y á ciertos géneros, su ejemplo pudo y debió ser transcendental á otras ramas de estudios, y no sólo en los cultivadores de la tradición poética, sino hasta en los de la historia jurídica estampó su huella... Y toda gratitud es poca para los hombres como Milá, que prepa-

raron con esfuerzo casi solitario esta obra de madurez intelectual, contrastando con su asidua labor pedagógica y con la persuasiva moderación de su estilo, el influjo enervante de la retórica estéril y de la erudición inexacta y confusa, que tan sueltas andaban por aquellos tiempos, y tanto nos cuesta hoy mismo reducir á disciplina en el espíritu propio y en los ajenos.»

Ha de tenerse en cuenta, por último (y en esto insistía Menéndez y Pelayo al hacer la semblanza del Maestro), que Milá era, dentro de Cataluña, «un castellanista fervoroso y convencido». Sostuvo siempre (y dió ejemplo de ello) que los trabajos científicos debían escribirse en el idioma oficial del reino, con lo cual se lograría su mayor difusión. «El gran monumento de su ciencia, el que domina su obra entera, es un tratado de la epopeya castellana. El que en su oración inaugural de 1864, llena de intuiciones y rasgos geniales, verdadero vuelo de águila crítica, trazaba la más luminosa síntesis de nuestros anales literarios; el que llamaba al castellano una de las lenguas más hermosas que han hablado los hombres; el que difundía desde la cátedra el culto de Fr. Luis de León; el que pagó tan noble tributo á Cervantes, á Quevedo, á Calderón, á Moratín; el que en revistas críticas no bastante conocidas juzgó con tanta penetración y cariño la literatura de su tiempo, desde Zorrilla á Fernán Caballero; el que sabía de memoria la mayor parte de los romances viejos y decía del «Poema del Cid» que debía escribirse con letras de oro, nunca ni para nadie pudo ser sospechoso de tibio españolismo. Frecuentemente repetía el dicho de Capmany: «no puede amar á su nación quien no ama á su provincia», tomando por supuesto esta palabra «provincia», no en su acepción administrativa, sino en la étnica y tradicional. Como él pensaban y sentían todos los grandes catalanes de su generación y de la anterior. La misma pluma que escribió la historia mercantil de Barcelona y comentó el *Libro del Consulado*, fué la que erigió el *Teatro crítico de la elocuencia castellana* y exacerbó hasta el delirio la pasión patriótica en el *Centinela contra franceses*. El poeta de la grande y solitaria oda que por universal consentimiento llamamos «á la patria catalana», todavía es más

conocido como fundador de la *Biblioteca de Autores Españoles*, cuyos primeros tomos ilustró con prólogos elegantísimos. Piferrer, de quien no conozco una sola línea en catalán, ni siquiera en sus cartas familiares, fué un maestro de la lengua y de la crítica en su libro de *Clásicos españoles*. Las obras de Coll y Vehí son la flor de la antigua preceptiva, y nadie, excepto el americano D. Andrés Bello, le ha igualado en el análisis prosódico de la versificación castellana.»

Larga ha sido la cita, pero indispensable. Nadie mejor que Menéndez y Pelayo podía decirnos cómo fué y qué representó su maestro. Por otra parte, convenía puntualizar, con palabras auténticas y de las que ninguna duda ofrecen, ciertos extremos que la pasión de secta ó de partido pudiera obscurecer y tergiversar. Por lo demás, la influencia de Milá sobre el espíritu de su discípulo predilecto fué algo más tardía de lo que se supone, y nunca llegó á significar una identificación de métodos. La crítica literaria, para Milá, fué más bien ciencia que arte; en Menéndez y Pelayo, por el contrario, predominó el sentido creador y artístico, y esto explica también su más universal influjo.

* * *

Si la estancia en Barcelona de D. José Ramón de Luanco, determinó, como hemos visto, el viaje de Menéndez y Pelayo á la ciudad condal en 1871, la venida del mismo Luanco á Madrid, para ser juez en el Tribunal de oposiciones á la cátedra de Química de la Universidad de Valladolid, dió lugar á que su joven pupilo le acompañase; y así, en vez de matricularse éste en Barcelona, para el curso de 1873 á 1874, hízolo en la corte (1), cursando las asignaturas de «Historia de España», «Estudios críticos sobre autores griegos» y «Metafísica», en la Facultad de Filosofía y Letras, y la de «Bibliografía», en la Escuela Superior de Diplomática.

(1) Vivía en la calle de Silva, núm. 4, principal.

Sin duda, en este curso de 1873 á 1874, además de sus trabajos universitarios, ocupóse Menéndez y Pelayo en registrar las bibliotecas y en acopiar datos para su *Biblioteca de traductores españoles*, primer gran proyecto que había meditado en Barcelona y en que no cesó de ocuparse durante toda su vida. En Barcelona también había comenzado una traducción de las Tragedias de Séneca, obras que para vergüenza nuestra, todavía no están vertidas al castellano (1). Además, siguió colaborando en la *Miscelánea científica y literaria*, periódico fundado en Barcelona por algunos Profesores y estudiantes, y donde Menéndez y Pelayo dió á luz varias de sus primeras poesías. En ese periódico, que se publicó durante el año 1874 y primer semestre del 1875, colaboraron Milá, Dolores Monserdá, Victoriano Santamaría, Manuel de Larratea, Enriqueta Lozano de Vilches, Sañudo Autrán, Narciso Oller, Manuel del Palacio, Víctor Roselló, Carlos Esquerdo, Puiggarí, Reñé y Viladot, Bertrán y Bros, Fiter é Inglés, Llorach, Juan de Arana, Francisco Gras, Salas y Antón, Federico Schwartz, Roca y Florejachs, Tort y Martorell, José Ixart, Valls y Vicens, Maluquer y Viladot, y otros muchos, algunos de los cuales alcanzaron nombre ilustre en la república de las letras (2).

Llegó el mes de Junio de 1874, y Menéndez aprobó las asignaturas de «Historia de España» y de «Estudios críticos sobre autores griegos»; pero no llegó á examinarse de «Metafísica», cuyo Profesor era Nicolás Salmerón. No está bien claro lo que ocurrió con ese motivo. García Romero afirma que Menéndez y Pelayo no se presentó á examen, porque, el 31 de Mayo,

---

(1) Tradujo Menéndez y Pelayo, en prosa, la *Medea*, el *Agamenón* y buena parte del *Hipólito*. Refiriéndose á estas versiones, escribía á Laverde, en 1.º de Abril de 1877, desde Roma: «Deben andar entre mis papeles, pero sin corregir ni poner en limpio. Quisiera versificar á lo menos los coros». También tradujo, por aquellos tiempos, *Los cautivos*, de Plauto, que se publicaron en 1879.

(2) Cons. Juan Maluquer y Viladot: *Menéndez y Pelayo. Recuerdos de juventud*, en el *Diario de Barcelona* de 12 de Julio de 1912 (edición de la mañana).

Salmerón «prometió suspender á cuantos discípulos entrasen a examen, dado que ni uno había sorprendido las *sublimidades* de la ciencia krausista». Menéndez y Pelayo, por su parte, asegura en cartas particulares que la *falange krausista* le hizo pasar muchos «malos ratos» en aquel mes de Junio «de infausta recordación». El hecho fué que trasladó la matrícula á la Universidad de Valladolid, donde se examinó de Metafísica por enseñanza libre, aprobando la asignatura.

En la animadversión de D. Marcelino contra los krausistas, había mucho de antipatía natural, invencible y permanente, además de la diferencia radical de sistema filosófico y de principios religiosos. Y como él fué siempre hombre de una pieza, franco y espontáneo, sin reticencias ni contemplaciones, dijo lo que pensaba con toda sinceridad, é hizo bien en decirlo, si así lo creía. En el tomo III de la *Historia de los heterodoxos españoles*, acabado de imprimir á 26 de Junio de 1882 (págs. 803 y sigs.), censura en Salmerón su educación exclusiva y puramente krausista y lo cerrado é intransigente de su espíritu y sistema, añadiendo: «En los pocos escritos suyos que conozco, y que con grandísima fatiga he leído (disertación sobre el *Concepto de la Metafísica* y otra sobre *La idea del tiempo*), así como en sus lecciones orales (de las cuales todavía me acuerdo con terror, como quien ha salido de un profundísimo sepulcro), Salmeron sigue paso á paso las lecciones de su maestro (*Sanz del Río*), acrecentadas con tal cual rareza de expresión, verbigracia, cuando nos enseña que «yo y mi esencia, con el uno y todo que yo soy, existo en la eternidad, en unidad sobre la contrariedad de la preexistencia y de la post-existencia, que sólo con relación al tiempo hallo en mí, sabiéndome de la eternidad como de propiedad mía». Quizá hoy el mismo Sr. Salmerón se ría de esta jerga, y dará en ello una prueba de buen entendimiento, ya que por naturaleza le tiene robusto».

La antipatía á que antes me he referido, subsistió siempre. Recuerdo, como dato comprobante, que en 1910, cuando tratábamos de enviar á París uno de los dos retratos que *Kâulak* había hecho de Menéndez y Pelayo, para que Dujardin trabajase en el

magnífico heliograbado que salió al frente de la nueva edición de los *Heterodoxos*, me encargó con encarecimiento extraordinario que se remitiese uno de ellos, pero no el otro, «porque la expresión de éste se parecía muchísimo á la de D. Nicolás».

Y, sin embargo, Salmerón, además de ser hombre de extraordinario talento, como Menéndez y Pelayo reconoce, era persona de noble corazón y de purísimas intenciones. Yo, que durante varios años seguí los cursos de ambos, puedo afirmarlo con perfecta conciencia. La clase de Salmerón era para el alumno motivo de sutilísimos ejercicios dialécticos, que aguzaban su ingenio y le habituaban á pensar por cuenta propia en los problemas filosóficos. Pero convengo también en que Menéndez y Pelayo está en lo cierto cuando censura la barbarie de ciertas locuciones, y reconozco sin dificultad que no era la transigencia su virtud predominante. No eran, sin embargo, menos bárbaras otras expresiones del tomista Ortí y Lara, ni más brillante su tolerancia. Por eso le increpa también Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas*, con no menor dureza. Aparte de ésto, entre los arrojados krausistas de entonces, que proclamaban sus ideas á los cuatro vientos y sufrían persecuciones *por la justicia*, y ciertos ladinos sucesores de ahora, que cubiletean en todos los presupuestos, van del brazo con todos los Gobiernos y no buscan tanto la afinidad del pensamiento como las concomitancias de la conducta, me atengo más á los primeros que á los segundos.

Volviendo á nuestra narración, recordaremos que Menéndez y Pelayo, aprobada la Metafísica en la Universidad de Valladolid, tomó en ésta el grado de Licenciado el 27 de Setiembre de 1874, disertando sobre el tema «Examen y juicio *crítico* de los concilios de Toledo», y obteniendo la nota de Sobresaliente. El día 29 hizo las oposiciones al premio extraordinario del grado, que ganó también, escribiendo un notable estudio acerca del tema: «Conceptismo, Gongorismo y Culteranismo. Sus precedentes. Sus causas y efectos en la Literatura española.» Fueron sus jueces: D. Gumersindo Laverde Ruiz, D. José Muro y D. Gregorio Martínez Gómez.

El nombre de D. Gumersindo Laverde, nos pone en presencia

de uno de los varones que mayor influencia ejercieron en los primeros trabajos de Menéndez y Pelayo, y á quienes éste más entrañablemente amó. Su correspondencia, desde Octubre de 1874 hasta fines de 1890, no sufrió interrupción, y en ella ponía el Maestro todas las efusiones de su alma, dándole además cuenta de todos sus proyectos y trabajos.

Todavía en 1911, recordaba Menéndez y Pelayo en un discurso suyo, aquel «varón de dulce memoria y modesta fama, recto en el pensar, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y patriotismo, purificada en el yunque del dolor hasta llegar á la perfección ascética. Llamábase este profesor D. Gumersindo Laverde; escribió poco, pero muy selecto, y su nombre va unido á todos los conatos de historia de la ciencia española, *y muy especialmente á los míos, que acaso sin su estímulo y dirección no se hubiesen realizado*».

No se le puede ocultar, en efecto, á cualquiera que lea con atención los preciosos *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura é instrucción pública españolas* de D. Gumersindo Laverde (Lugo, Soto Freire, 1868), que allí está, en germen, *La ciencia española*. Ningún campeón tan infatigable ha habido de nuestra filosofía, como aquél venerable maestro. No sólo escribió notables artículos acerca de algunos de nuestros pensadores (v. gr., Fox Morcillo), sino que procuró determinar la filiación de sus escuelas, propuso la creación en nuestra Facultad de Filosofía de una cátedra de *Historia de la filosofía ibérica*, y aun publicó, en 1859, el prospecto de una *Biblioteca de filósofos ibéricos*, que no llegó á ver la luz. Recorriendo las páginas de los *Ensayos críticos*, salen al paso nombres, indicaciones y proyectos, que parecerán familiares al que haya leído *La ciencia española*.

Menéndez y Pelayo trabó amistad íntima con Laverde en este viaje á Valladolid en 1874. Licenciado ya en Filosofía y Letras, volvió á Madrid en Octubre de 1874, matriculándose en las asignaturas del Doctorado, que aprobó en Junio de 1875, doctorándose en el mismo mes, mediante la presentación de su tesis sobre «La novela entre los latinos. —El *Satyricon* de Petronio.— Las *Metamorfosis* ó *El Asno de Oro* de Apuleyo». Obtuvo ade-

más el premio extraordinario, y fueron sus jueces D. José Amador de los Ríos, D. Alfredo Adolfo Camús y D. Francisco Fernández y González. También fué premiado, anteriormente, en las asignaturas de Estética y de Literatura española. La tesis doctoral se imprimió en Santander el mismo año de 1875.

En aquel curso de 1874 á 1875, los trabajos de Menéndez y Pelayo se acrecentaron de modo considerable. Seguía recogiendo datos (muchos de los cuales comunicaba á Laverde) para la *Biblioteca de Traductores*, y se ocupaba también en una *Bibliografía de escritoras españolas* y en los *Estudios sobre escritores montañeses*, obra ésta que pensaba escribir en unión de Laverde. En 1.º de Octubre de 1874, decía á éste último: «Recorriendo las obras del sabio Arzobispo de Tarragona Antonio Agustín, para extender su artículo, como traductor de la *Ciropedia* de Jenofonte, he tropezado con una noticia que creo de bastante importancia para nuestra historia literaria. De una carta dirigida desde Bolonia á un amigo suyo, en 1540, se deduce que él fué el primero que ensayó en nuestra lengua la metrificación latina. El editor italiano, en una nota á dicha carta, transcribe unos sáficos adónicos, que son al parecer los más antiguos de nuestra lengua. Empiezan así:

«Júpiter torna, como suele, rico;
Cuerno derrama Jove copïoso,
Ya que bien puede el Pegaseo monte
Verse y la cumbre.
Antes ninguno sabio poeta
Pudo ver tanto que la senda corta
Viese que á Griegos la subida siempre
Fuera y latinos, etc., etc.»

»Como ve usted por la fecha, los versos del Arzobispo de Tarragona son bastante anteriores á los coros de las *Nises* de Fray Gerónimo Bermúdez, impresas en 1577, y mucho más á las *Eróticas* de Villegas, publicadas en 1618 (1).»

Siguiendo los consejos de Laverde, disponíase Menéndez y

(1) Comp. *Horacio en España*, ed. de 1885; I, 28.

Pelayo, en 24 de Noviembre de 1874, a traducir la *Academica* de Pedro de Valencia, «poniéndola por introducción—decía—mi artículo biográfico-bibliográfico, un tanto aumentado».

Y escribiendo a su citado amigo, dice Menéndez y Pelayo, en carta de 3 de Enero de 1875:

«Ya está terminada y corriente para la impresión la Memoria sobre Trueba y Cosío. Hará un tomito algo más grueso que los de la *Biblioteca Española* de Medina y Navarro, puesto que consta de 20 pliegos de mi letra, y lleva por apéndice las poesías francesas de su hermano y alguna otra cosilla. Tengo esperanza de publicarla aquí, tomándome la Diputación, el Ayuntamiento y la familia de Trueba algunos ejemplares. En la misma forma de tomitos pudieran irse publicando los estudios sobre montañeses, que formarían una colección de 14 ó 16 volúmenes, distribuyendo la materia de esta ó parecida manera:

Tomo 1.°—S. Beato de Liébana. —Éste pudiera hacer un volumen en 4.°, y más si añadiamos la traducción de algunos escritos suyos.

Tomo 2.° Fr. Antonio de Guevara.

Tomo 3.° Juan de Herrera.

Tomo 4.° El P. Martín del Río.

Tomo 5.° Jorge de Bustamante y Juan de Trasmiera.

Tomo 6.° D. Bernardino de Escalante, Sebastián de Guevara, Juan Agüero (misionero filipino).

Tomo 7.° Antonio del Corro y D. Juan de Spina (los agrupo por haber sido ambos perseguidos por la Inquisición).

Tomo 8.° D. Antonio de Mendoza.

Tomo 9.° Historiadores y cronistas de los siglos XVI y XVII (Castañeda, Guerra de la Vega, Villanueva, Huerta de la Vega, Fr. Francisco Sota [natural de Puente-Arce; aunque Fuertes le supone asturiano], Cosío y Celis, etc., etc).

Tomo 10. El P. Rábago y el P. Terreros.

Tomo 11. Floranes.

Tomo 12. Martínez Mazas, Bustamante, Barreda, etc., etcétera investigadores de la historia de la provincia en el siglo XVIII.

Tomo 13. El P. La-Canal, D. Carlos La Serna Santander, etc.

Tomo 14. Poetas del siglo XVIII (¿Jorge Pitillas?, doña María Campo-Redondo, García Diego, el Deán Bedoya, etc., etc.).

Tomo 15. Economistas, políticos, etc., etc. (Campillo, Fernández Vallejo, Félix Cavada, Cevallos, etc., etc.).

Tomo 16. Trueba y Cosío.

Tomo 17. Líricos del siglo XIX, comprendiendo sólo los muertos (Campo-Redondo, Silió, ¿Isla Fernández? y algún otro).

Tomo 18. Escritores varios de todas épocas (teólogos, jurisconsultos, etc.); la imprenta en Santander, las publicaciones periódicas, etc. Del número mayor ó menor de datos que encuentre sobre cada uno de los escritores, depende el que entren mas ó menos en un tomo. Sobre los vivos, me propongo publicar estudios en otra forma, pues no ha de ser ésta la parte menos curiosa de mi trabajo.»

Cuarenta artículos de la *Biblioteca de Traductores* iban redactados ya en 10 de Enero de 1875. En carta de 14 de dicho mes, escribe á Laverde: «He encontrado muchos materiales para ciertas partes de mi trabajo sobre montañeses, en la muy abundante colección de obras y papeles relativos á esta provincia, que posee aquí un indiano, amigo mío, D. E. de la Pedraja. Con presencia de sus libros, folletos y periódicos, estoy ordenando una *Tipografía Montañesa*, que tiene ya unos 150 artículos, todos *de visu*. Éste ha de ser uno de los Apéndices de mi obra, y aún pudiera abultar bastante para formar un opúsculo: *La Imprenta en Santander*, que sería curioso.» Y añade: «He recibido el tomo LXVII de la *Biblioteca* de Rivadeneyra, tercero de la colección de D. Leopoldo, y tan rico y curioso como los dos anteriores. Contiene obras de 45 poetas. Están muy completos Cienfuegos, Arriaza (de quien, además de todas sus poesías impresas inserta varias manuscritas, y la traducción del *Arte Poética* de Boileau), Lista (á cuyas obras añade un poema inédito muy notable: *El Imperio de la Estupidez*), Gallego, Somoza y Reinoso. Omite de D. Juan Nicasio los dos poemas ossiánicos, y de Reinoso una oda. De Maury publica por primera vez la traducción del

libro 4.º de la *Eneida*, con prólogo y epílogo. De Burgos falta la versión de una epístola de Pope. Trae asimismo casi todas las poesías inéditas de D. Dionisio Solís, y muchas de poetas menores. A nombre de Marchena publica la traducción (impresa anónima) de la *Heroida* de Pope. Hay en este tomo otras versiones, entre ellas la *Batracomiomaquia* del Dr. Marcos. De doña María de Hore, poetisa gaditana, inserta muchos versos; pero omite á Sor María do Ceo, Sor Ana de San Jerónimo, Sor Gregoria de Santa Teresa y Rosa Gálvez, á mi entender más notables. Faltan, entre los poetas dignos de memoria, Montengón, González del Castillo, Lasala, Mármol, Viera y Clavijo, Mor de Fuentes, Silvela, Cabanyes, Aribau, el P. Báguena y otros. Por cierto que, ni en el pasaje correspondiente, ni en la lista de los que le dieron noticias, se acuerda de mí, sin duda por ser persona oscura y desconocida. Dice que por una *casualidad harto rara* supo la existencia de los versos del P. Pérez, agonizante.» En otra carta observa la omisión de Bances Candamo y la de todos los poetas *americanos*, «que, no sé por qué razón, olvida absolutamente».

Pocos días después recibió D. Marcelino una gratísima nueva, que cuenta á Laverde, en carta de 20 de Enero, desde Santander, del siguiente modo: «El Ayuntamiento de esta ciudad, en sesión de anteanoche, á propuesta del Alcalde y sin la menor noticia de mi parte, acordó *por unanimidad* concederme una subvención de 12.000 reales para que viaje por el extranjero y estudie las literaturas extrañas en el modo, tiempo y forma que me parezcan convenientes. Al mismo tiempo, acordó oficiar á la Diputación Provincial, para que contribuya de igual manera al propio objeto. Segun he oído esta tarde, es cosa casi segura que en esta Corporación se tomará igual acuerdo con el mismo unánime consentimiento. Con la asignación, pues, de 24.000 reales, por lo menos, que empezará á figurar en los próximos presupuestos, pienso comenzar en Setiembre mis peregrinaciones, dirigiéndome en primer lugar á París y después á Italia, para hacer en años sucesivos viajes á Inglaterra, Alemania, etc., sin olvidar á Portugal y á Grecia, si esto durare. Así (Deo volente) pienso pasar los años que me faltan para entrar en oposiciones.

Esta honrosa demostración de mi pueblo natal en favor mío, y la que, según es de creer, hará la provincia, me impiden solicitar su apoyo para la publicación de la Memoria *Truebina*. La imprimiré, pues, por mi cuenta y riesgo, dedicándola al Municipio.»

En 22 de Enero de aquel año ya estaba en Madrid Menéndez y Pelayo. Siguió cambiando notas con Laverde acerca de traductores y poetisas, enviándole, para que las corrigiese, versiones poéticas de textos griegos, y haciendo proyectos para la publicación de una *Biblioteca* de filósofos.

Volvió á Santander en Semana Santa; pero antes dejó en poder de Alejandro Pidal los artículos relativos al abate Andrés, á Eximeno y á Hervás y Panduro, que formaban parte de una serie de 20 ó 24, acerca de los jesuítas españoles deportados á Italia en 1767. Dichos artículos habían de publicarse en la *España Católica*.

Laverde había puesto á Menéndez y Pelayo en relación con sus amigos de Madrid. En Febrero de 1875 se presentó el segundo á D. Juan Valera, con una carta de aquél. Trataron, como era natural, de proyectos bibliográficos, y el autor de *Pepita Jiménez* prometió á Menéndez hablar al sucesor de Rivadeneyra para ver si se determinaba á incluir en la *Biblioteca de Autores Españoles* uno ó dos tomos de filósofos. Entusiasmado Menéndez y Pelayo, escribía á su recomendante: «En el caso de que sean dos *(los tomos)*, llenaríamos uno con opúsculos latinos, y otro con escritos castellanos. Entre los primeros, deberían figurar varios de Luis Vives (esperando que llegue el día de hacer una edición de sus obras filosóficas), todos los de Foxio Morcillo, los de Valencia, Cardillo, Mariana, Gouvea, el Brocense y el portugués Francisco Sánchez, la *Antoniana Margarita* y todos los escritos publicados con ocasión suya, etc., etc. Podrían añadirse el *De animi affectionibus*, del Deán Martí, y alguna otra cosa del siglo pasado. Si hubiera espacio, debían ponerse muestras de Suárez y de Domingo de Soto. También pudieran añadirse diferentes tratados de Sepúlveda, de Pedro Juan Núñez y de otros peripatéticos clásicos. Como curiosidad bibliográfica, podría entrar algún tratado de Miguel Servet. De este modo, y

procurando la mayor variedad posible, de suerte que pudieran presentarse muestras de diferentes escuelas y tendencias filosóficas, se formaría un tomo interesante y curiosísimo. En cuanto á las obras castellanas, ó ya traducidas á esta lengua, tampoco habría dificultad en formar una escogida colección. Comenzando por Raimundo Sabunde, como representante del lulismo, podrían entrar sucesivamente el *Cuzary*, de Yehudá-Ha-Leví; los *Diálogos de Amor*, de León Hebreo, traducidos por el Inca Garci-Lasso (estas dos obras desea reproducirlas Valera); varios tratados místicos, y especialmente el *del amor de Dios*, de Fonseca, y diferentes opúsculos dignos de conservarse, como el *Origen de los estoicos y la defensa de Epicuro*, de Quevedo, no incluída en la edición de sus obras que dirigió A. Fernández-Guerra, el tratado *de la hermosura y del amor* y la carta en defensa de Epicuro, del conde de Rebolledo, etc., etc. Debían añadirse los escritos filosóficos del P. Feijóo, no incluídos en la edición de sus obras; la *Filosofía Scéptica*, del Dr. Martínez; la *Lógica* y la *Filosofía moral*, de Piquer; los *Desengaños filosóficos*, de Valcárcel; algo del P. Ceballos; muestras del *Hombre físico*, de Hervás; las ilustraciones de Forner á sus *Discursos filosóficos*; la obra de Pérez y López, etc., etc. Con esto tendríamos materiales más que sobrados para un buen tomo. Prescindimos de Huarte y Doña Oliva, ya reproducidos por Adolfo de Castro. Tal es el plan que he formado.»

En las vacaciones de Semana Santa, del citado año de 1875, fué cuando escribió por entero la tesis doctoral á que me he referido, sobre *La novela entre los latinos*, «trabajo extenso—decía—y que, á mi entender, contiene algunas noticias curiosas. En la parte de Petronio, traduzco algunos fragmentos, por no existir (que yo sepa) versión castellana del *Satyricon*». De vuelta á Santander, en Julio del mismo año, dió á la imprenta la tesis, de la cual pensaba tirar unos 300 ejemplares.

Preocupado con cierto extremo de su *Biblioteca de traductores*, escribió al bibliotecario de Nápoles, antes de salir de Madrid, la siguiente carta latina, que copio aquí como muestra de su habilidad en el idioma clásico, y que hasta ahora, según pienso, no se ha publicado:

«Regiae Bibliothecae Neapolitanae Praefecto
M. Menendez Pelayo

S. P. D.

Cùm conscribendae *Hispanorum interpretum Bibliotheca qui vernacula lingua graeca et latina scripta tradiderunt* dificillimum opus suscepissem, tum amore patriae, tum litterarum suavissima dulcedini permotus, ratus scilicet nulla de hac re lucubratio praeter cl. Pellicer Specimen quod nostro vocabulo *Ensayo* appellatur prodidisset, statui (Coelitum numine favente) nihil omittere, nihil intentatum linquere quod ad integritatem huius operis commodi fore arbitraretur. Legi fortasse in scriptis viri doctissimi atque mihi supra modum amici G. Laverde, cujusdam Tragoediarum Sophoclis Hispanicae interpretationis à Petro *Montengon*, Soc. Iesu in Aragoniae provincia olim alumno, Neapoli typis excussae anno MDCCCXX, bibliographicam annotationem quae illi à Cajetano La-Barrera ardentissimo bibliophilo tradita fuerat. Frustrà Hispaniae celeberrimas Bibliothecas adii, frustrà doctorum scientiam consului, nemo hujus interpretationis nec nomen quidem audivit. Nec superest ipse La-Barrera ad veritatis disquisitionem. Stamina hujus vitae ante hos annos solvit *importuna mors quae sacrum omne prophanat.* Tali necessitate constrictus, te, vir illustrissime, oro atque obsecro per Musarum delicias, per litterarum amorem, per clarissimi viri Joannis Andresii popularis mei atque in praefectura Neapolitanae Bibliothecae tui antecessoris memoriam, ut interpretationis Sophoclis à Montengon editae integram atque perspicuam annotationem communicare velis: alicujus fragmenti insertione illustratam, judicium insuper tuum de ejusdem fidelitate ac meritis prolatum, si forte aliquid exemplar in Parthenopea Bibliotheca extiterit. Vale, vir illustrissime, perpetua felicitate et Dei patrocinio munite. Datum &» (1).

---

(1) La contestación que recibió Menéndez y Pelayo, decía así:

«Vitus Fornari
Regiae Bibliothecae Neapolitanae Praef.

M. M. P.

S.

Statim ut tuas litteras, vir humanissime, accepi, indagini operam dedi, si forte in hac nostra invenissem Bibliotheca exemplar aliquod *Tragoediarum* Sophoclis, quas à Montengon, Societatis Iesu, Hispanico sermone

Por aquellos días también escribió Menéndez y Pelayo los siguientes dísticos latinos, que llevan fecha de Santander, 2 de Agosto de 1875:

A M. C.

Elegía.

Mihi dulcis amorum sedes, pulcherrima virgo,
Quae facie praestas venustiore Deas,
Pedibus alternis digna memorari Tibulli,
Candidior lacte candidaque nive,
Dicam oculorum lumen velut astra micantium,
Hecatae similium cum rupit illa nubes,
Et laxos crines capitis in vertice tortos,
Qui pectus tegunt turgentiaque poma,
Fluctibus densiores humero jactantur utroque,
Tales Aphroditem flexus habere credo,
Talis caesarie fuerat formosa Lacaena,
Pergami excidium Trojanique regis,
Talis Berenices coma super astra locata,
Callimachi ingenio, docte Catulle, tuo.

---

conversas typisque Neapolitanis mandatas arbitraris. Sed summam quamvis in hac investigatione diligentiam adhibuissem, nihil tamen reperi quod operis à te suscepti alicui utilitati fore existimem. Expedit autem noscas me forte in ejusdem Montengon rarissimum volumen incidisse, Neapoli item anno MDCCCXX (presso Gio: Battista Settembre) excussum, de quo praeter titulum: *Las tragedias de D. P. Montengon, tom. 1.°*, nihil amplius addere possum, quippe quod et praefatione et caeteris indiciis prorsus careat. Enimvero haud illum e manibus dimisi, quin prius, iis fabulis breviter ac summatim inspectis, comperissem ipsas neque Sophoclis neque alius veteris poetae translationes, sed genuinos popularis tui ingenii partus. Quamobrem id denique in animum induxi fuisse, qui antea versionem illius memoraverunt, deceptos à fabularum argumentis ex Graeca Mithologia depromptis atque Æschyleis et Sophocleis titulo pené similibus. — Vale, vir clarissime, tuisque studiis viriliter incumbe.— Dedi Neapoli, secundo Kalendas Sextilis, anni MDCCCLXXV.»

Realmente Pedro Montengon tradujo, por lo menos, tres tragedias de Sófocles: *Electra*, *Filoctetes* y *Edipo rey*, en verso castellano. Poseo copia de esta versión, que no llegó á publicarse, y que no citan Laverde ni Menéndez y Pelayo.

(1) La misma persona á quien van dedicados los sonetos de la *Miscelánea científica y literaria* á que después aludo en la *Bibliografía*.

¿Singula quid referam? manus tornatiles ipsas,
Gracilesque pedes, incessumque Divûm.
Et leves risus, et blanda murmura linguae,
Purpureo in ore provocante basia.
¡Felix qui possit dulcem exaudire loquentem,
Oscula loquenti qui tibi rapiat, felix!
¡Felix qui possit nuptam te ducere lectum,
Fulmine contactus dummodò postea cadat!»

Sucesivamente iba enviando Menéndez y Pelayo á su amigo Laverde, desde Santander ó desde Madrid, las versiones poéticas que hacía de autores clásicos, antiguos y modernos. Deseaba vivamente ver reunidos en un tomo esos trabajos, que después constituyeron la base de los *Estudios poéticos;* y así le escribía, en 4 de Setiembre de 1875: «Tengo pensado reunir mis traducciones de poesías líricas, añadir algunas más y formar con ellas un tomo semejante en forma y tamaño al de las *Poesías* de Valera, que titularé *Estudios poéticos*. En él entrarán versiones del griego, del latín, del italiano, del inglés, del francés y del lemosín, teniendo de esta suerte la colección variedad, á falta de otro mérito. He aquí el *specimen:*

»Del griego: Las dos odas de Safo.—La de Erinna.—Cinco anacreónticas *(La paloma; La cigarra; A un pintor; La Rosa; Vénus sobre las ondas del mar)*.—Un fragmento de Alcman.—La Olimpiaca décima-cuarta de Píndaro.—*La Hechicera*, idilio de Teócrito.—*La Muerte de Adonis*, de Bion.—*Canto fúnebre de Bion*, de Mosco.—*Himno* de Sinesio, obispo de Tolemaida, á su lira.

»Del latín: Invocación de Lucrecio.—Epitalamio de Catulo y Elegía al sepulcro de su hermano.—Dos elegías de Tibulo (la 1.ª y la 3.ª).—Una de Propercio (1.ª del libro 4.º).—La de Ovidio á la muerte de Tibulo.—La Egloga décima de Virgilio.—Dos odas de Horacio (á Pirra, á Clío).—Fragmento de Petronio.—Himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza (como anuncio de la versión completa).

»Del italiano: Dos canciones del Petrarca (Á la fuente de Valclusa; Á Italia).—*Los Sepulcros*, de Hugo Fóscolo.

»Del francés: *La Cautiva* y *El Ciego*, de Andrés Chénier.

»Del inglés: El *Himno á Grecia*, de Byron.

»Del bemosín: Dos cantos de Ausias March, y alguna composición de poetas modernos que tengo traducida.

»Originales, *hasta cierto punto: Una fiesta en Chipre.* —Una oda sáfica, titulada *Amaranta.*—Un soneto.—Los dísticos latinos.

»Todas estas composiciones irán escrupulosamente corregidas.»

Invitó Menéndez y Pelayo á Laverde para que prologase sus *Estudios*, que pensaba ofrecer á los editores Medina y Navarro. Laverde no pudo, por sus achaques, cumplir el encargo, y fué D. Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, quien escribió en Madrid, á 16 de Mayo de 1878, la *Carta-Prólogo al Excmo. Sr. D. Juan Valera*, que encabeza las poesías del «brillante y estudioso joven», como dice el prologuista.

El 28 de Setiembre de 1875, encontrábase D. Marcelino en Madrid, donde ganó el premio extraordinario del doctorado en Filosofía. El Reglamento de oposiciones, escribía Menéndez a Laverde, «me deja fuera de combate por cinco años. No sé lo que haré. Pienso solicitar dispensa; si no me la conceden, pediré ingresar en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios.» Por aquellos días tenía trazado el plan de la *Historia de los Heterodoxos españoles*, y publicó en la *Revista Europea* su primer artículo sobre el verso *laverdáico* (1). Á la vez colaboraba con Laverde en cierto *Curso de Retórica*, en el que Menéndez y Pelayo redactó, entre otras, la parte de Estética. Volvió á Santander á primeros de Noviembre, después de haberse detenido algunos días en Valladolid, en casa de Laverde. En 12 de Diciembre, había llegado al artículo núm. 100 de la *Biblioteca de Traductores*, y tenía recogidos bastantes datos para los *Heterodoxos*.

En 10 de Febrero del año siguiente, iban tirados ya dos plie-

(1) Publicado ya el artículo, escribió Menéndez y Pelayo á Laverde, en 14 de Mayo de 1876: «Como verá usted por la adjunta nota, Musso y Valiente cultivó el verso *eneasílabo*. Siento no haber tenido á la vista los suyos cuando escribí el *laverdáico*. Irán en la segunda edición de dicho artículo, si llego á coleccionarle con otros opúsculos.»

gos del Estudio sobre Trueba y Cosío. En aquella fecha escribió Menéndez y Pelayo á Laverde: «He visto el número primero del resucitado *Averiguador*, y en él dos preguntas de usted sobre el verbo *aurirrollar*, y otra sobre *bandos del siglo XV*. Agradecería á usted les remitiese las dos siguientes:

»1.ª ¿Cuál fué la patria de D. José Gerardo de Hervás (Jorje Pitillas)? Si, como parece, nació en *Portillo*, ¿es éste alguno de los dos pueblos de tal nombre existentes en la provincia de Santander? Tal parece persuadir el parentesco muy cercano de Hervás con la familia *Cobo de la Torre*. ¿Hay alguien que posea nuevos datos sobre este escritor? ¿Podría facilitarlos?

»2.ª Se desea saber el paradero de un tomo de poesías castellanas que á su muerte dejó casi preparado para la impresión Trueba y Cosío. ¿Hay alguien que posea obras inéditas de este escritor y quiera comunicar noticia de ellas?»

Mientras se ocupaba en todo esto, Menéndez y Pelayo terminaba los artículos sobre Campo-Redondo y Silió, que habían de seguir á Trueba en los *Escritores montañeses*, traducía el *Elogio de Serena*, de Claudiano, proyectaba una *Sociedad de bibliófilos cántabros*, cuyo prospecto pensaba escribir y publicar en los periódicos locales, y se desesperaba porque Medina y Navarro nada le contestaban acerca de los *Estudios poéticos*, cuya copia les había remitido para la impresión hacía mucho tiempo. En cuanto á la serie de *Escritores montañeses*, había logrado saber que en Casar de Periedo se conservaban nada menos que veinte tomos manuscritos de obras del P. Rábago (entre ellas un Tratado de Filosofía); y formaba el propósito de tratar de la peregrina vida de D. Fernando de la Serna, «natural de Santoña; el español que más largos y difíciles viajes emprendió en los primeros años de este siglo, y digno de compararse con Badía ó con cualquier otro de los más arrojados aventureros. Fugitivo de Filipinas, donde le había sentenciado á muerte un Consejo de guerra, residió largo tiempo en China (cuya lengua llegó á poseer con perfección notable), prestando importantes servicios al Gobierno del Celeste Imperio y contribuyendo á perfeccionar el arte de la navegación en aquel pueblo. Su vida en adelante fué

una serie de extraños acaecimientos, que él refiere en parte en dos de sus obras impresas, sobre todo en los *Viajes de un español por el Asia*. Publicó asimismo diversos opúsculos de materias varias, y dejó inéditos numerosos estudios de mecánica y otras ciencias exactas, descripciones de todos los países que recorrió en sus viajes, etc., etc. Escribió una memoria sobre antigüedades de Cantabria, é hizo largas investigaciones en los Archivos de esta provincia. Levantó un plano topográfico de la isla de Cuba, y planteó en ella el primer ensayo de ferrocarril. Murió muy anciano en Santoña, de vuelta de un viaje á Jerusalem. En 1868, antes de su huida á China, era capitán de Ingenieros. Su familia conserva sus obras impresas y manuscritas, y D. Evaristo del Campo, pariente suyo lejano, ha ofrecido hacer lo posible por facilitármelas». Con respecto á la *Sociedad de bibliófilos*, se constituyó una Junta directiva, compuesta de Laverde, Assas, Pereda, Escalante, Leguina y Menéndez y Pelayo; se reunieron 70 socios, y esperaban congregar 100 para estampar el prospecto, acompañado de sus nombres. Pereda trabajaba activa y tenazmente para constituir la *Sociedad*. Assas y Leguina se inclinaban á dar preferencia á los libros de antigüedades é historia de la provincia; Menéndez y Pelayo quería dar á las publicaciones mayor amplitud y universalidad.

Assas y Leguina acabaron por separarse de la Sociedad, y en su lugar fué designado el *sordo de Proaño*, D. Angel de los Ríos y Ríos, traductor de los *Eddas*, autor del *Ensayo sobre los apellidos castellanos* y de la *Noticia de las Behetrías*, arqueólogo diligente y hombre originalísimo, á quien Pereda inmortalizó en *Peñas Arriba*.

Pensó Menéndez y Pelayo inaugurar las publicaciones de la *Sociedad* con las *Memorias históricas de la Iglesia y Obispado de Santander*, que escribió el Deán José Martínez Mazas y se conservaban inéditas en la Catedral. Amós de Escalante prometió escribir el Prólogo. Después, irían las *Leyendas* de Trueba, traducidas del inglés. El *Prospecto* de la *Sociedad* salió á luz en el verano de 1875. Al mismo tiempo se hizo provisión de papel, y se encargaron á Londres dos fundiciones elzevirianas.

En una de sus cartas, Laverde habló á D. Marcelino de los reparos de D. Cayetano Rosell para publicar la *Nueva biografía* de Lope de Vega, compuesta por La Barrera. Menéndez y Pelayo escribía, en 4 de Abril de 1876: «Malo es que las tercerías y embrollos de Lope no se hayan librado de las escudriñadoras miradas de la posteridad; pero, ¿á qué ocultarlos, cuando son bien conocidos de los eruditos, desde el hallazgo de sus cartas al Duque de Sessa, y cuando ya les han dado hasta publicidad Fernández-Guerra en el libro de *Alarcón* y Tubino en el suyo de *Cervantes y el Quijote*? La imprudencia estuvo en el primero, que echó á volar tales especies.—Respecto á la famosa *Lucinda*, añadiré á usted que á ella están dedicados la mayor parte de los sonetos incluídos en las *Rimas Humanas* del Fénix de los Ingenios. Y aun tengo para mí que ella ha de ser la heroína de la *Dorotea*, «historia en todos sus puntos verdadera», como cuidaron de advertir el mismo Lope y su amigo D. Francisco de Aguilar.»

Laverde había dado noticia á Menéndez y Pelayo del párrafo de D. Gumersindo de Azcárate, que motivó *La Ciencia Española*, estimulándole, al mismo tiempo, á que contestase en un artículo. Desde Santander, á 16 de Abril de 1876, decíale D. Marcelino: «Remito á usted el articulejo contra Azcárate, que borrajeé *calamo currente* estos últimos días. Como usted verá, es harto ramplón y chapucero, sin gran novedad en noticias ni en ideas. Autorizo á usted para que añada, quite, mude, pula y arregle lo que le parezca, y le publique en el modo y forma que más convenga. No le puse más que las iniciales, por la insignificancia y desaliño del trabajo; pero si usted cree que conviene firmarle, ponga el nombre entero. En esto, como en todo, la voluntad de usted será norma.» El artículo se publicó, en efecto, en la *Revista Europea*.

Á fines de Abril de aquel año se acabó de imprimir el estudio sobre *Trueba y Cosío*, acerca del cual escribió Pereda, para un periódico montañés, un artículo sobremanera eulogístico. Seguidamente, D. Marcelino envió ejemplares á Laverde, Valera, Caminero, Amador de los Ríos, A. Fernández-Guerra, D. Fermín

Caballero, Adolfo de Castro, Marqués de Valmar, y á varios literatos barceloneses. Poco después, Adolfo de Castro escribió á D. Marcelino que la madre de aquél poseía una comedia manuscrita de Trueba (1), de la cual prometió enviarle una copia. Amós Escalante publicó otro artículo en *La Época*, y Laverde en la *Revista de España*, haciendo otro tanto Milá en el *Polybiblion*, de París. La Diputación Provincial santanderina, en sesión de 4 de Mayo de 1876, acordó, por unanimidad, señalar á Menéndez una subvención de 16.000 reales, para que pudiese continuar, así en España como en el extranjero, sus estudios y tareas literarias y bibliográficas. El agraciado contestó en un oficio admirablemente redactado, que agradó mucho á sus paisanos y que debió de imprimirse en el *Boletín Oficial* de la provincia.

Á todo esto, el Marqués de Valmar, en el mes de Mayo de aquel año, escribió á Menéndez y Pelayo que le había gustado el *Trueba*, y que le enviase los *Estudios Poéticos* para escribir el prólogo en Deva, durante el verano. Laverde deseaba que don Marcelino suprimiese ciertos pasajes escabrosos de sus versiones. Menéndez se prestaba á ello, eligiendo por juez al eclesiástico Caminero; pero hacía constar, en carta á D. Gumersindo: «No me remuerde, sin embargo, la conciencia en este punto. Todos nuestros traductores, aun los más sabios y piadosos, han respetado, en general, los originales que trasladaban. Fr. Luis de León vertió la égloga *Alexis*, y buen número de *eróticas* de Horacio, entre ellas, dos que cantan el *pecado nefando*, y en una de ellas no dudó en escribir los versos siguientes, más licenciosos que los del texto por él interpretados:

«Ni te consentirán entretenerte
con el hermoso Lícidas tu amado,
de cuyo fuego saltarán centellas,
que enciendan en amor muchas doncellas.»

(1) En carta de 9 de Julio, dice Menéndez y Pelayo haber recibido la copia de la comedia, y añade: Parece que de ella tomó Bretón algunos rasgos de la *Marcela*.

»En cuanto á *comentadores* de todas épocas, usted sabe que en nada escrupulizaron. Los traductores no españoles, tampoco se han permitido infidelidades de esta naturaleza. No traeré á cuento á italianos ni á franceses. Baste decir que, en Inglaterra, uno de los países más morigerados de Europa (á lo menos en apariencia), en Inglaterra, donde severísimas leyes de imprenta castigan toda infracción, aun leve, del decoro público, aparecen contínuamente traducciones de clásicos nunca expurgadas. Los humanistas extranjeros creerían cometer un sacrilegio si mutilasen los originales que traducían.

»Con esta castración, tampoco se logra nada, porque en mi conciencia de traductor debo poner en tales lugares una nota que expresamente diga: «Aquí suprimimos algunos versos que nos han parecido libres en demasía.» Y esté usted seguro que á los *débiles* les bastará ésto para entrar en curiosidad de conocer tales lugares, y aun suponiendo que no sepan griego ni latín, no faltará en lenguas vulgares alguna traducción que se lo diga. Y lejos de haber evitado el mal, habrémosle causado mayor, pues en el original ó en otras versiones verán enteramente desnudo lo que yo he procurado velar en algún modo. *La privación es causa de apetito;* todo libro vedado, se ha leído siempre con avidez. Además, mis traducciones han de correr muy poco, y eso en ciertas manos; no creo tampoco que contengan máximas perversas ni pinturas escandalosas; alguna ligereza hay en ciertos pasajes, pero nada más. Por lo demás, estoy dispuesto á tachar cuanto á usted le disonare, aunque, como pueda, he de tirar algunos ejemplares íntegros para mis amigos. Usted apreciará, como mejor le parezca, estas reflexiones mías; yo, á todo me someto.»

En otra carta, de 25 de Mayo de 1876, escribía D. Marcelino: «He leído el discurso de Núñez de Arce en la Academia, y la contestación de Valera. El primero parece escrito por el Abate Marchena, y es una serie de inocentadas y vulgaridades, indignas del talento de su autor; el segundo es cosa bien escrita y bien pensada, aunque harto escéptica y poco resuelta en las conclusiones. Valera mienta allí mi oscuro nom-

bre (1), entre los defensores de la ciencia española: me agrada el verme colocado, aunque sin méritos, cerca de usted, de quien he de ser (Dios queriendo) continuador y discípulo.»

Proseguía, entretanto, la polémica sobre *La ciencia española*. En 1.° de Junio de 1876, decía á Laverde: «Envío á usted la carta acerca de los estudios *bibliográficos*, para que añada y corrija en ella lo que bien le pareciere. Pero no sé si será conveniente publicar antes otra, impugnando al bueno de Revilla, que en la última *Revista Contemporánea* dice que es un *mito* la filosofía española, y unos *soñadores* los que en ella piensan, citándonos á usted y á mí *nominatim*. También dice que la Historia de la Filosofía puede escribirse sin hablar de España, y llega á indicar que el catolicismo ha sido la fuente de todos nuestros males, con otros absurdos y desatinos, todo ello á propósito del discurso de Valera, á quien ferozmente impugna. Me parece que vamos entrando en harina, y me alegro de ello. Con esto se fijará algún tanto la atención del público en ciertas cuestiones.»

«¡Qué buenas cosas—escribía pocos días después—se pueden decir del *vivismo!* Para mí, es indudable la existencia de esta escuela filosófica peninsular, y no creo difícil reducir á su fecunda unidad todas las doctrinas de nuestros *pensadores independientes* de los tres siglos anteriores. Fuera de los *lulistas*, *místicos* y *escolásticos*, apenas hay un filósofo español en quien no sea fácil reconocer rastros de influencia *vivista*, sin pensarlo y sin quererlo á veces. Nuestros *ramistas* y *peripatéticos clásicos*, participan no poco del *criticismo* de la escuela valenciana; hasta Gómez

(1) En el párrafo donde dice: «Pero el amor patrio nos ha hecho clamar contra el desprecio por nuestra ciencia, y sobre todo, por nuestra filosofía, desde el Renacimiento hasta ahora; y han surgido celosos defensores de que hubo filósofos en España y hasta verdadera filosofía española, entre los cuales merecen citarse nuestros compañeros correspondientes D. Gumersindo Laverde y D. Adolfo de Castro, el joven Sr. Menéndez Pelayo, y los Sres. Ríos Portilla y D. Luis Vidart, el cual hasta ha formado y publicado un tomo de apuntes para la historia de nuestra filosofía.» (Valera, *Obras completas*, tomo I, Madrid, 1905, pág. 280; los discursos fueron leídos en 21 de Mayo de 1876.)

Pereira y Huarte y Doña Oliva, reproducen aspectos parciales de aquel sistema, que vive y palpita en toda nuestra historia filosófica, como que responde á una de las direcciones más importantes del pensamiento nacional, y cumple de todo en todo sus providenciales leyes y las del Renacimiento, en medio del cual, y como su mejor y más sazonado fruto, se produce. Tiene usted razón sobrada al afirmar que el *baconismo* y el *cartesianismo* no son más que pedazos del gran sistema, y aplicaciones incompletas y exclusivas del *método* vivista, al cual ha vuelto, no sé si inconscientemente, la escuela escocesa, sobre todo en Hamilton, cuya doctrina enlazaba diestramente Lloréns con la de Vives en sus apuntes y explicaciones de clase, bien diferente en esto de los krausistas y otros sectarios. Si él no hubiese faltado, ¿quién sabe si hubiéramos visto una verdadera restauración del espíritu de Vives, expuesto á la moderna y completado con la ontología escolástica? Hamilton, que era muy erudito, debió conocer las obras de Vives, aunque no las veo citadas en sus *Fragmentos de crítica filosófica* (1), insertos en la *Revista de Edimburgo.*»

En carta de 21 de Junio, añadía: «Quisiera que Medina se determinase á hacer una tirada suelta de estas *cartas*, libro que, como de polémica, tendría para el editor no difícil salida, sería para mí *un libro más*, y algo contribuiría á extender la afición á nuestra historia científica. Hágale usted alguna indicación en tal sentido. Me contento con un corto número de ejemplares para regalar.» El título *Mr. Masson redivivo*, que lleva la tercera carta, fué idea del mismo Laverde, á quien D. Marcelino pidió, en 24 de Julio, que prologase el libro, al final del cual pensaba poner (como lo hizo), la *Introducción* de los *Heterodoxos*, que «lleva—decía—quince pliegos de mi letra, y en ella va incluído el plan detallado de todos los capítulos». El propio Menéndez y Pelayo redactó y envió á Laverde el esquema y parte del texto de la *Carta-Prólogo* del segundo, que figura al frente de las *Po-*

(1) Pero sí en las *Lectures on Metaphysics* (págs. 320 y 460 del tomo II de la ed. Mansel; London, 1870), que Menéndez y Pelayo no recordaba sin duda en este momento.

única». «En cuanto á lo incisivo y mordaz de mis epístolas—escribía,—creo tener disculpa por la naturaleza de la polémica y el género de adversarios, un si es no es ridículos, que tenemos en campaña. Yo, que con un enemigo personal sería muy comedido, soy implacable con los adversarios sistemáticos y testarudos del sentido comun y de la patria. En lo de Salmerón templaré algunas frases, aunque realmente, todo lo que digo de su persona y del famoso prólogo, es duro y cruel, si bien archijustificado. Dígame usted cuáles son allí las frases más ofensivas, para modificarlas.—Revilla quiere ponerse a salvo, diciendo que *no discutirá conmigo* por las formas que empleo. No sé que conducta seguirá, después de leída mi segunda carta. Peores formas emplearon Erasmo, Pascal, Forner y otros famosos polemistas, y peores las emplea él en su contestación, lo cual me libra de toda responsabilidad de conciencia en este punto.» Citaba también, en otra carta, las fraternas de D. Fermín Caballero contra el *Diccionario* de Miñano, las pelamesas de Gallardo, Estébanez Calderón y Adolfo de Castro cuando lo del *Buscapié*, las frases de Hamilton respecto del Dr. Brown, y la discusión de Balmes en *La Sociedad* con Torres Amat.

El artículo de Milá y Fontanals en el *Polybiblion* (sobre el *Trueba y Cosío*), donde decía, entre otras cosas: «Le jeune écrivain montre un sang-froid rare à son âge: c'est une précieuse qualité pour un critique (nous le trouvons, toutefois, peu chaud dans l'endroit de Walter Scott), et ne se laisse influencer ni par l'esprit patriotique, ni par l'amour de son sujet», dió lugar á que la Academia Heráldico-Genealógica Italiana, de Pisa, nombrase á Menéndez y Pelayo miembro correspondiente. Menéndez y Pelayo agradeció la atención en una carta en francés. Era la primera distinción honorífica que los extranjeros le otorgaban.

A primeros de Setiembre de 1876 había refundido su antigua Memoria sobre Traducciones de Horacio, «añadiéndola más del doble». «Hace un tomo—decía;—Abelardo de Carlos no acaba de publicarla, y dudo que lo haga, porque es mucho fárrago para su periódico.»

* * *

Otro gran pensamiento, realizado después, tenía por entonces Menéndez y Pelayo. A cierta carta enviada á Laverde desde Santander, el 21 de Junio de 1876, acompañaban tres hojas que contenían el *Plan para una Historia de la Estética en España*, germen de la futura *Historia de las ideas estéticas*. El *Plan*, literalmente transcrito, dice así:

«*Introducción*. Importancia del estudio de la Estética.—Necesidad de una historia de esta ciencia, no tan moderna como se supone.—Existen otras obras alemanas y francesas; pero falta en todas la parte española. Debe llenarse este vacío.—Este trabajo es indispensable: 1.°, como *paralipómenos* de la historia general de la ciencia; 2.°, como clave para explicar las transformaciones del gusto y manera artística en nuestro suelo.—Muéstrase la unidad interna que en esta historia domina.

»*Capítulo I.* La Estética en los escritores hispano-romanos.—Las fuentes.—Formalismo de Séneca el Retórico.—Doctrinas no sistemáticas, esparcidas en los libros de Séneca el Filósofo.—Quintiliano.—Comparación de la doctrina estética de estos escritores, con la que más ó menos claramente resulta de Petronio, Plinio el Joven, etc., etc.

»*Capítulo II.* La Estética en las *Etimologías* de San Isidoro.—Interpretación torcida y estrecha del principio aristotélico en los Comentarios de Averroes.—La Estética en los rabinos peninsulares (Maimónides, Yehudá-Ha-Leví, Avicebrón, etc.).

»*Capítulo III.* Elevadas concepciones *estéticas* de Raimundo Lulio y el *lulismo*.—Vislumbres científicas que aparecen en los autores de poéticas lemosinas (Ramón Vidal de Besalú, Berenguer de Troya, etc., etc.).—Metafísica amorosa de los trovadores catalanes y valencianos.—Alto sentido estético de Ausías March y su escuela.

»*Capítulo IV.* La Estética en Castillla.—Ideas esparcidas en el *Septenario* del Rey Sabio, en el *Elucidario* de Sancho el Bravo, en la traducción del *Tesoro* de Brunetto Latini, en las obras de D. Juan Manuel, etc.—*Siglo XV*.—Concepción de la *poesía* en el Marqués de Santillana, Juan Alfonso de Baena, Pero Guillén de Segovia, Juan del Enzina, etc.—Trovadores de aquella

edad.—La Estética en libros mas científicos.—El Tostado *(Tratado de amor é amicicia)*.—Alfonso de la Torre *(La Visión delectable)*.

Capítulo V. Estética *platónica*.—León Hebreo *(Diálogos de Amor)*.—Boscan (Traducción del *Cortesano)*.—Fr. Luis de Granada (*Símbolo de la Fe; Memorial de la vida cristiana; Adiciones al Memorial*).—Fr. Luis de León (*Nombres de Cristo*).—Malón de Chaide (*Conversión de la Magdalena*).—Santa Teresa (*Conceptos de amor divino; Las moradas*, etc.).—San Juan de la Cruz (*Llama de amor vivo; Subida al Carmelo*).—Fonseca (*Del amor de Dios*).—Maximiliano Calvi (*De la hermosura y del amor*).—Rebolledo (*De la hermosura y del amor*).—María de Agreda (*Mística Ciudad de Dios*).—Nieremberg (*De la hermosura de Dios*).—Influencia de esta escuela en nuestra literatura.

Capítulo VI. Estética *aristotélica*.—Humanistas (Arias Montano, Matamoros, el Brocense, el Pinciano, Cascales, los traductores de Horacio y Aristóteles, Jiménez Patón, Espinosa de Sanctayana, Saavedra Fajardo, etc.).—Cómo entendieron y aplicaron todos estos preceptistas el principio de la imitación.—Escuela *sevillana*. La doctrina estética en los *Comentarios* de Herrera á Garcilasso.—Céspedes.—Estética de Francisco Pacheco en el *Arte de la Pintura*.

Capítulo VII. Diversas aplicaciones del principio de la *imitación* hechas en el siglo XVII.—Tendencia libre y popular (Juan de la Cueva, Lope de Vega, Tirso de Molina [*Cigarrales*], Barreda, el P. Alcázar, Sebastián de Alvarado).—El Gongorismo.—Preceptistas culteranos (Salcedo Coronel, Salazar Mardones, Gracian).—Tendencia conservadora y de resistencia desde fines del siglo XVI (Rey de Artieda, los Argensolas, Cervantes, Faria y Sousa, Cristóbal de Mesa, Quevedo, González de Salas, etc.).—Estética pictórica (Carducho, Palomino, etc.).

Capítulo VIII. La Estética en las obras de imaginación.—En las *Celestinas*, y especialmente en la *Tragicomedia de Lisandro y Roselia*.—En los poetas petrarquistas.—En la novela pastoril.—En los discreteos del teatro.

Capítulo IX. Siglo XVIII. Luzan, en su *Poética*, reproduce la

doctrina de Crousaz sobre lo bello.—Idealismo manifestado en su oda á las Artes.—Los aprobantes de Luzán.—Doctrinas independientes del P. Feijóo, Porcel, D. Juan de Iriarte, etc.—Discípulos de Luzán (Montiano, Nasarre, Velázquez).—Desvío y mala inteligencia de la enseñanza del preceptista aragonés, que interpretan incompleta y torcidamente.—Mayáns *(Retórica, Arte de pintar)*.—Huerta, Forner (Polémicas).—Ríos *(Análisis* del *Quijote)*.—Arteaga.—Ceris.—Ceballos.—El P. Alegre.—Azara (traducción é ilustración del Mengs).—Sensualismo de Eximeno.—Trascendentalismo de Piquer, Berguizas, Estala, etc.—Capmany.—Sánchez Barbero.—Traductores de Batteux *(Las Bellas Artes reducidas á un principio)*, Blair *(Lecciones)*, Addison *(Ensayo sobre el gusto)*, y Burke *(Investigaciones)*.—Idem de Milizia y la *Arcadia Pictórica* de Parrasio Tebano.—Jovellanos.—Moratín.—Ayala (notable composición leída en la Academia de San Fernando).—Quintana.—Marchena.—Hermosilla.—Martínez de la Rosa.—Pérez de Camino.—Reinoso.—Arriaza.—Gallego, etc.

»*Capítulo X.* Siglo XIX. Iniciadores del Romanticismo (Aribau, Herrera, Bustamante, Maury).—Primeros secuaces y apóstoles (Alcalá Galiano, Durán).—Larra.—Modificación que en manos de Lista sufre la doctrina estética de la escuela sevillana.—Escuela ecléctica (Gil y Zárate, García Luna, Fernández Espino, etc.).—Escuela escocesa (Piferrer, Milá y Fontanals, etc.).—Kantismo (Núñez Arenas).—Hegelianismo (Fernández y González, etc.).—Krausismo (Sanz del Río, Canalejas, Fernández y González en su época granadina, Giner, Revilla, etc.).—Tratadistas secundarios (Gómez Arias, Filhol, Madrazo, etc.).—Traductores de Cousin, Tissandier, Jungmann, el P. Félix, Krause, etc.—Periódicos, revistas y demás morralla.—Discursos académicos, etc.»

Á este *plan* añadió otras indicaciones en cartas sucesivas del mismo año. Así, manifestó á Laverde que, en el capítulo de estéticos que trataron de las artes del diseño, convenía exponer ante todo la influencia italiana, especialmente de los tratados de Leonardo de Vinci. Además de Céspedes, Pacheco, Carducho y Palomino, pondría á D. Felipe de Guevara, Jusepe Martínez,

el P. Sigüenza y algún otro. Había que apurar los elementos estéticos de la *Música* de Salinas y de la *Rítmica* de Caramuel. Al lado de Jáuregui, y como *conservadores*, figurarían *los últimos humanistas* (Cascales, González de Salas, etc., y también Quevedo, aristotélico en el Prólogo á las Poesías de Fr. Luis de León). Á los estéticos de la Edad Media debía agregarse el nombre de Juan I de Aragón, el *amador de toda gentileza*, que en un privilegio famoso, por el cual se establece el Consistorio de la *Gaya Ciencia* en Barcelona, define ó da el concepto de la *Poesía*. Entre los *aristotélicos* del siglo XVI convenía poner á Miguel Sánchez de Lima, autor de una *Poética;* entre los del XVII, á Ustarroz, Pellicer, el portugués Antonio López de Vega y algún otro. Entre los estéticos del XVIII, habría que mencionar, además de Fr. Diego González, á los autores de poemas didácticos, como Iriarte (de la *Música*), Rejón de Silva (de la *Pintura*), y Enciso (de la *Poesía*). En el XIX, Valera debía ser mentado por el *Cid Yahye* y algunas poesías sueltas; quizá Caveda, por sus trabajos arqueológicos; el montañés Velarde, autor de ciertas *Nociones de Estética* (publicadas en la *Crónica de New-York*) y del folleto *El Poeta y la Humanidad;* y el catalán Ribot y Fontseré, que publicó en Barcelona, hacia 1837, con el título de *Independencia de la poesía*, una muy curiosa *Poética* romántica en verso. Ni eran para olvidados Blanco White, por su *Tratado de la Belleza* y su oda acerca de los *placeres del entusiasmo;* Hidalgo, por su *Discurso sobre la unión entre la razón y el buen gusto;* D. Mariano Sicilia; Arjona, por su traducción de Pedro Versi (*Del placer y el dolor*), por su *Plan filosófico para la historia de la poesía española*, por algunas odas y por diversos opúsculos de índole estética; Roca y Carnet, por su versión de Madama Staël y por sus importantes artículos en el *Diario de Barcelona*, durante el fervor de la contienda romántica; D. José Revilla, por su *Estudio sobre Moratín*, sus *Lecciones de Literatura*, dadas en el Ateneo, y su *Vida artística* de Maiquez; Romea, Bastús y otros tratadistas del Arte de la Declamación; críticos musicales, como Peña y Goñi, Fargas y Soler (*Diario de Barcelona*), Castro y Serrano (*Los cuartetos del Conservatorio*), etc., et-

cétera; D. Pablo Milá y Fontanals (hermano de D. Manuel), por sus artículos de Estética aplicada á las artes plásticas; Manjarrés, Profesor de Barcelona, por su libro de *Estética;* Rubió y Ors, por su *Historia de la sátira;* Amós Escalante, por su brillante defensa del Arte por el Arte en su libro *Acuarelas,* etc. Menéndez y Pelayo hacía notar que la estética catalana une á las doctrinas escocesas mucho *schlegelianismo*, sobre todo en Piferrer, Milá y Rubió.

He ahí trazado en brevísimo tiempo el *Plan* de una gigantesca obra, á la vez que el de los *Heterodoxos*, que el de *La ciencia española*, que el del *Horacio en España;* mientras trabajaba en la *Biblioteca de Traductores*, mientras continuaba los *Escritores montañeses*, mientras trazaba en unión de Laverde cien proyectos más, que no menciono, porque no llegaron á realizarse. ¡Y todo ello antes de cumplir los veinte años de edad!

Quien diga que esto, mejor que extraordinario es sencillamente *maravilloso*, no hará sino reconocer lo que salta á la vista. Porque no se trata de deshilvanados catálogos de nombres y títulos, sino de clasificación de doctrinas, cuyo interno enlace se descubre; de juicios sobre escritores, fundados, porque descansan en sólidas y meditadas lecturas de sus libros; de erudición, en suma, honrada y de primera mano, obtenida á costa de una labor paciente y diligentísima, que apenas basta para explicar el portentoso resultado conseguido:

> «... monumentum aere perennius,
> regalique situ pyramidum altius,
> quod non imber edax, non Aquilo impotens
> possit diruere, aut innumerabilis
> annorum series, et fuga temporum.»

***

Por fin, Menéndez y Pelayo emprendió el viaje para el cual el Ayuntamiento y la Diputación de su tierra natal le habían pensionado. A últimos de Setiembre de 1876 estaba en Madrid, y se proponía salir para Portugal el día 6 de Octubre. Valera le

dió una carta de recomendación para Latino Coelho; José Amador de los Ríos, otras para el mismo Latino, para Teófilo Braga, para el bibliotecario de Lisboa Silva Tulio, y para el arqueólogo Posidonio da Silva. El Marqués de Valmar le proporcionó otra para nuestro Embajador en Lisboa. En Madrid vió Menéndez y Pelayo á D. Aureliano Fernández-Guerra, á D. Vicente de la Fuente, á D. Leopoldo de Eguílaz y á D. Francisco de Paula Canalejas. Valera y Canalejas le manifestaron su simpatía por las cartas *anti-revillescas*. Canalejas le dijo que, durante el curso de 1876 á 1877, pensaba dedicar buen espacio, en su cátedra de *Historia de la Filosofía*, a Averroes, Maimónides y Raimundo Lulio, empezando con las *Etimologías* de San Isidoro, y acabando con la *Teología Natural* de Raimundo Sabunde. Simonet, en Granada, dedicó su Discurso inaugural á *Suárez y el Suarismo*. Valera trabajaba en un discurso sobre Fox Morcillo. Las *Polémicas* habían producido su efecto: la filosofía española comenzaba á estudiarse en serio.

Llegó D. Marcelino á Lisboa el 7 de Octubre, por la mañana, hospedándose en el Hotel Español (Rua da Princeza, 24). Era día festivo; pero esto no le impidió visitar al Embajador, y adquirir dos libros importantes: las *Obras* de Gil Vicente (edición hamburguesa), y el *Parnaso lusitano*, de Almeida Garrett (en seis tomos). Pocos días después compró la edición portuguesa en tres tomos, del siglo XVIII, del *Palmerín de Inglaterra*.

Su primera visita *bibliográfica* fué para la Biblioteca Nacional. Allí, con el *Diccionario* de Inocencio da Silva delante, examinó cuantas versiones de clásicos había (para la *Biblioteca de Traductores*), convenciéndose de que la literatura portuguesa es muy rica en traducciones de poetas latinos, poco en griegos, y poquísimo en prosistas de ambas lenguas, como pobre es también en prosistas propios. En carta de 18 de Octubre, decía á Laverde: «Con el extenso ensayo sobre traductores castellanos de Horacio, otro sobre portugueses, y un estudio sobre la poesía horaciana en Castilla y en Portugal, pienso hacer un libro titulado *Horacio en España*, al cual pondremos por lema el *Me discet Iber* del poeta. Mi intento es publicarle en la *Revista Europea*. ¿Le

gusta á usted el pensamiento? También hablo de los comentadores y de las ediciones.»

En la Biblioteca Nacional y en la del antiguo convento de Jesús, siguió recogiendo datos acerca de *Traductores* y de *Heterodoxos*. En 29 de Octubre envió á Laverde (que, á consecuencia de una permuta, se hallaba ya en la Universidad de Santiago) el plan de *Horacio en España;* y, en 4 de Noviembre, el de los capítulos de la *Historia de los Heterodoxos*. Al mismo tiempo le anunciaba su propósito, vagamente indicado otras veces, de escribir un *Ensayo sobre los poetas hispano-latinos*, desde el Renacimiento acá.

En la referida Biblioteca del antiguo convento de Jesús, reconoció y cotejó dos ediciones de la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira; la rarísima de Medina del Campo, y la no menos rara (que él no conocía) de Madrid, 1749. También vió y extractó allí el comentario de Fox Morcillo al *Timeo*.

Vió luego el Archivo general de la Torre do Tombo, donde leyó y extractó el curiosísimo proceso de Damián de Goes, humanista erasmiano, amigo de Lutero y de Melanchthon. Por último, estuvo en la Universidad de Coimbra, cuyos Profesores le recibieron muy atentamente.

Á fines de Noviembre, salió de Portugal (1) y volvió á Santander. Su impresión respecto de la cultura portuguesa, queda condensada con toda sinceridad en estos párrafos, escritos en 29 de Octubre:

«El estado actual de las letras portuguesas no es muy halagüeño, excepción hecha de contados individuos. Tienen algunos poetas líricos; pero ninguno como Campoamor ó Núñez de Arce. El teatro nacional no existe, porque Almeida Garrett no tuvo discípulos, y, hoy por hoy, la escena se alimenta de traducciones

(1) Donde había tratado, además de José María Latino Coelho y del bibliófilo Silva Tulio, al helenista Antonio José Viale, al poeta Vizconde de Castilho, que le prometió fotografía de un antiguo retrato de Luisa Sigea, á Tomás Ribeiro y al Dr. Ayres de Gouvea, obispo electo de los Algarbes.

confesadas ó de plagios inconfesos. Sólo de tarde en tarde aparece alguna producción de cierta originalidad y de mediano mérito. Fuera de Castello-Branco, no tienen novelistas, y aun ese está muy lejos de ser *el primero entre los de la Península Ibérica*, como quiso persuadirnos Romero Ortiz, que, en ésto como en otras cosas, se mostró bien ayuno de sentido crítico. Herculano, cuyo saber grande, sin duda) se ha exagerado notablemente, murió hace tiempo para las letras y los estudios de investigación histórica. La erudición literaria está representada especialmente por el infatigable Teófilo Braga. Tengo los 14 volúmenes publicados de su *Historia de la literatura portuguesa*, eruditísima, y en muchas cosas excelente, pero llena de errores graves é inspirada por un espíritu anti-católico y revolucionario de mil demonios. De todas suertes es, por la extensión y el esmero, uno de los grandes trabajos de historia literaria hechos en este siglo en España.

»De filosofía, no se hable. La gente levantisca y joven considera como la última palabra de la ciencia, las brutales doctrinas de Comte y Littré, Moleschott y Büchner. En cambio, los sistemas alemanes apenas han penetrado. No se enseña la Filosofía más que en los *Liceos* ó Institutos de segunda enseñanza. No hay una cátedra de Metafísica en regla, y apenas ha llegado aquí el Renacimiento *escolástico*; por lo menos no he visto libro alguno en tal sentido. Hombres en lo demás doctos y juiciosos, están llenos de preocupaciones respecto á la antigua filosofía, y sólo así se explica el que tengan olvidados por completo á los comentadores de la *Escuela Conimbricense*, y para nada tomen en cuenta el desarrollo del *Suarismo* en Portugal, que fué tan notable. Los libros más recientes, vienen llenos de declamaciones contra la filosofía de los jesuítas, como si estuviésemos aún á la altura del siglo XVIII.

»Todas estas cosas se entiendan con sus naturales excepciones. El aislamiento en que Portugal quiere vivir, le perjudica notablemente bajo el aspecto científico, como bajo el literario. Sus esfuerzos para apartarse de la corriente española, sólo sirven para esterilizar su actividad propia, en otros tiempos tan grande y gloriosa.»

* * *

De regreso á Santander, encontróse Menéndez y Pelayo con que sus *Polémicas* habían sido elogiadas por Amós Escalante en *La Tertulia* y por Pereda en *La Fé*. Milá le escribió que le habían «enternecido y entristecido» las frases de la *Carta-Prólogo*, en que Laverde dice escribir su «testamento literario». El Marqués de Valmar no acababa de redactar el famoso Prólogo para los *Estudios poéticos*. Entretanto, antes de salir para Italia, Menéndez y Pelayo se ocupaba en terminar, consultando el plan con Laverde, los artículos que habían de constituir el *Horacio en España*. Con motivo de estos trabajos, sintióse inspirado; y compuso entonces su mejor obra poética: la *Epístola á Horacio*, que, en el original que tengo á la vista, lleva fecha de 26 de Diciembre de 1876.

Salió para Roma (por Burdeos, Marsella y Génova) el 12 de Enero de 1877, yendo provisto de cartas del Marqués de Valmar para nuestros dos Embajadores Cárdenas y Coello, y de otra del Dr. Deslandes, de Lisboa, para el Conde de Thomar, Embajador de Portugal cerca de la Santa Sede. Llevaba consigo, á manera de *Baedeker* bibliográfico, los cinco tomos de *Cartas* del Abate Andrés.

En cuatro días llegó felizmente á Roma, habiéndose detenido una mañana en Pisa, para ver sus célebres monumentos y conocer á sus compañeros de Academia, que le recibieron muy bien. En la Ciudad Eterna tuvo por hospedería la *Casa Rosa* (Via di Ripetta, 70, 1.°).

Comenzó por ver algo de lo muchísimo que Roma encierra en punto á restos arqueológicos y tesoros de arte, dando principio á sus visitas por la Roma pagana. No dejó de tropezar con dificultades para entrar en la Biblioteca Vaticana; aparte de ello, los índices (en su mayoría inventarios hechos en el siglo XVIII) eran una calamidad, por lo cual no solían facilitarlos; sin contar con las mil reservas, licencias y restricciones, y los obstáculos materiales, que no eran pocos. Pero hizo amistad con un sobrino del Cardenal Simeoni, Secretario de Estado, que le facilitó notablemente el camino.

Entretanto, empezó á trabajar en la Biblioteca Angélica ó de

San Agustín, que estaba á dos pasos de su casa. Allí vió ediciones raras de las obras de Núñez, Monllor y otros filósofos españoles. Extractó los libros *De Platonis et Aristotelis consensione*, *De demonstratione*, *eiusque necessitate et vi*, y *De studii philosophici ratione* de Fox Morcillo. Examinó, además, un raro opúsculo del heterodoxo catalan Miguel Montserrate (*De divinitate Iesu Christi et de Regno Dei*).

En la Biblioteca Corsini vió también algunas obras aprovechables para los *Traductores*. En la Barberina dió con 25 ó 30 comedias del siglo XVII. En la de la Minerva ó Dominicana, estudió un hermosísimo códice del *Cancionero* de Stúñiga, con las mismas lagunas que el de la Nacional de Madrid.

Al propio tiempo, hacía algunas adquisiciones bibliográficas, como la de un *Lucrecio* de Aldo Manucio, impreso en 1513.

En aquellas Bibliotecas estudió asimismo los dos rarísimos libros de Miguel Servet contra la Trinidad, las obras de Miguel de Molinos, los escritos de Diego de Estúñiga, Sancho Carranza, Fr. Luis de Carvajal y otros contra Erasmo, los del anglicano Adrián Saravia (siglo XVII), numerosas ediciones y traducciones de Fr. Antonio de Guevara, muchos trabajos del célebre General de los Jesuítas Tirso González, etc., etc. En 8 de Febrero, llevaba escritos ya más de 40 pliegos de notas.

Finalmente, trabajó en la Vaticana, cuyos deplorables índices pudo manejar á su sabor, gracias al Cardenal Simeoni. Allí leyó y extractó un precioso códice del siglo XIV, comprensivo de varios opúsculos teológicos de Arnaldo de Vilanova y de importantes documentos relativos á sus controversias; copió, de un hermoso códice del siglo XV, casi todo el tratado *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis* de Fernando de Córdoba (1),

(1) En carta á Laverde, fechada en Nápoles á 17 de Marzo de 1877, escribe: «De Fernando de Córdoba he hallado otra obra inédita muy curiosa: una refutación de la herejía de los *fratereuli* ó *fratricelli*, como decían en Italia... Ignoro qué obra sería esa, de no corresponder á la que Montfaucon cita con el título *De haeresibus et damnatis*.» (Vid. mi *Fernando de Córdoba*, pág. 102.)

dedicado al Cardenal Bessarion; examinó un comento manuscrito de Melchor Cano á la *Summa* de Santo Tomás, la tesis ó *quodlibetum* de Pedro de Osma sobre la confesión auricular y las indulgencias, el libro *De haereticis* de Alvaro Pelagio, una versión catalana del siglo xv (ó últimos del xiv) de los Salmos penitenciales, y otros muchos códices y libros filosóficos ó teológicos.

Adquirió, por último, muy buenos ejemplares de Poliziano, Sannazaro, Fracastorio, Vida y otros poetas clásicos italianos y latinos, la *Philosophia libera* de Isaac Cardoso, los libros *De disciplinis* de Vives (edición napolitana de 1764), los rarísimos *Dialoghi di Amore* de León Hebreo (Venecia, 1541), las obras gramaticales de Lebrija (ed. de Lyon, 1541), el libro de Bessarión contra Jorge de Trebisonda, en defensa de Plethon (1503), las *Disputationes Metaphysicae* y el tratado *De legibus* de Suárez, y otros de gran valor é importancia.

Durante su estancia en Roma, ocupóse también Menéndez y Pelayo en otra tarea literaria, de la que hasta ahora no teníamos ninguna noticia. En carta á su carísimo Laverde, fechada en 28 de Febrero de 1877, dice: «¡Comencé días pasados á hacer un ensayo trágico titulado *Séneca*; pero sólo he versificado tres escenas! Encuentro grandes dificultades, sobre todo para presentar en escena y hacer hablar dignamente á San Pablo. Veremos si llego á terminar este embrión de drama.»

En 17 de Marzo de aquel año, se hallaba en Nápoles, en el *Hotel de la Ville*, ribera de Chiaja, precisamente junto al lugar en que Juan de Valdés coloca la escena de su *Diálogo de la Lengua*, y á dos pasos de la playa de Mergellina, cantada por Sannazaro.

Lo mismo su antiguo amigo Vito Fornari, que los bibliotecarios Volpicella y Miola, le recibieron cordialmente. Allí copió una carta autógrafa de Garcilasso, escrita en Provenza y citada ya por Volpicella en sus anotaciones á Tansillo, y encontró una versión, absolutamente ignorada, de los cuatro primeros libros de la *Eneida*, hecha en verso suelto por un tal Aunes de Lerma; un mediano poema de Miguel Sánchez de Lima (doce cantos de octava rima), á la pérdida del Rey Don Sebastián; un *Cancionero* de poetas de fines del siglo xvi, especialmente valencianos, con

versos inéditos de Guillén de Castro, Gaspar Aguilar, Miguel Beneito, Gaspar Mercader, Ribellas y otros (1); y dos curiosas autobiografías, manuscritas también, del siglo XVI: una de D. Alonso Enríquez de Guzmán; otra de un fray Gerónimo de Pasamonte, que anduvo cautivo en Berbería, y cuenta en su libro famosas historias de hechicerías, de las cuales fué víctima el autor en Italia y en España.

Vito Fornari, el Prefecto de la Biblioteca (antiguamente dirigida por nuestro Abate Andrés, que dejó en ella muy buenos recuerdos é hizo excelentes adquisiciones), le regaló su libro *Arte del dire*, bello curso de teoría literaria, dividido en tres volúmenes. En filosofía, Fornari era ontológico y giobertista, y su influencia contrarrestaba en Nápoles la de los hegelianos Vera y Spaventa, atrincherados en aquella Universidad.

En la Sala de Manuscritos de la Biblioteca napolitana trabajaba cuando entró D. Marcelino, el Dr. Boehmer, de Strasburburgo, que había publicado el primer tomo de sus *Spanish Reformers*. Era persona docta y sumamente simpática. Menéndez y Pelayo hízose su amigo, á pesar de la diferencia de criterio religioso, y de sus buenas relaciones dió testimonio, veintidós años mas tarde, el artículo de Boehmer, inserto en el *Homenaje á Menéndez y Pelayo*.

En Nápoles continuó D. Marcelino sus adquisiciones bibliográficas: compró, entre otras cosas, la *Ethica* de Fox Morcillo y sus tres comentarios al *Fedon*, al *Timeo* y á la *República*; la primera edición del *De anima et vita*, de Vives, y de sus cartas latinas; el *De justitia et jure*, de Domingo de Soto; una rara edición de las obras lógicas de Raimundo Lulio; el *Syntagma tragoediae latinae*, de Martín del Río; las *Metamórfosis* ovidianas, traducidas por Jorge de Bustamante (bella y rara edición de Amberes, 1551); el *Asno de Oro*, de Apuleyo, traducido por Cortegana; algunos escritos de Pedro Chacón; las poesías latinas de Juan de Verzosa; la *Dialéctica*, de Pedro de Fonseca; dos tragedias de Colomés

(1) El mismo que se halla descrito en el folleto: *El Cancionero de [illegible] de Fernando* por E. Melo y A. Bonilla y San Martín; Madrid, 1902.

(Coriolano y *Escipión en Cartagena)*; la carta del Abate Andrés contra Tiraboschi, y cuatro rarísimos opúsculos de Arteaga, además de los *Asolanos*, del Cardenal Bembo.

Volvió á Roma a últimos de Marzo, con intención de ir luego á Florencia, después de Semana Santa. Llevaba cartas de recomendación de Fornari para los prefectos de las Bibliotecas Laurenciana y Magliabechiana.

Pasó en Roma la Semana Santa de 1877, y vió al Santo Padre (Pío IX) en 31 de Marzo. Visitó nuevamente la Biblioteca Angélica, y allí estudió varias traducciones latinas inéditas de algunos tratados aristotélicos *(Hermenecia, De la memoria y recordación, Del sentido y lo sensible*, etc.), hechas por Pedro Juan Núñez.

Llegó á Florencia, la *moderna Atenas*, hacia el 5 de Abril. Pero antes había recibido una carta de Laverde, en que le comunicaba otra del editor D. Luis Navarro, hablándole de un proyecto de cierta *Biblioteca de Clásicos* (antiguos y modernos). Laverde pedía consejo á Menéndez y Pelayo, y éste, *calamo currente*, sin libros y sin sus papeles de Santander, contestó en seguida, enviándole, en cuatro pliegos de menuda letra, todo un *Plan* de la futura Biblioteca, en el cual indicaba qué versiones castellanas convendría publicar de Homero, Hesiodo, Coluto, Museo, Focílides, Esopo, Píndaro, Anacreonte, Calímaco, Meleagro de Gadara, el Nacianceno, Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Teócrito, Mosco, Bión, Isócrates, Demóstenes, Lisias, Hipérides, Esquines, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Plutarco, Josefo, Appiano, Arriano, Herodiano, Diógenes Laercio, Estrabón, Tolomeo, Luciano, Heliodoro, Aquiles Tacio, Longo, Dión Crisóstomo, Cebes, Juliano, Aristóteles, Platón, Marco Aurelio, Epicteto, Teofrasto, Longino, Dionisio de Halicarnaso, San Juan Crisóstomo, Eusebio, Orígenes, San Juan Clímaco, Lucrecio, Catulo, Tibulo, Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano, Valerio Flaco, Estacio, Marcial, Juvenal, Persio, Claudiano, Silio Itálico, Rufo Festo Avieno, Calpurnio, Nemesiano, Prudencio, San Próspero, Boecio, Plauto, Terencio, Séneca, Julio César, Tito Livio, Salustio, Cornelio Nepote, Veleyo Patérculo, Tácito, Suetonio, Valerio Máximo, Quinto Curcio, Eutropio,

Justino, Floro, Cicerón, Quintiliano, Plinio, Apuleyo, Columela, Pomponio Mela, Tertuliano, Minucio Félix, Octavio, San Agustín, San Jerónimo, San Isidoro, Angelo Poliziano, Jerónimo Vida, Fracastorio, Sannazaro, Juan Segundo, Erasmo, Luis Vives, Ginés de Sepúlveda, etc., etc. Cito los nombres por el mismo orden en que los menciona Menéndez y Pelayo. El esfuerzo que hubo de hacer para dar á vuela pluma semejantes noticias á su amigo, es uno de los casos de memoria más portentosos que conozco. Y nótese que, por aquellos días, contestó al segundo artículo de Alejandro Pidal, á propósito de la filosofía española, contestación que se publicó en *La España* y fué reproducida en la segunda edición de *La Ciencia española.*

Habitó, durante su estancia en Florencia, en el «Hotel del Commercio; Piazza Sta. Maria Novella». Después de visitar los principales monumentos florentinos, recorrió las Bibliotecas, hallando pocos manuscritos españoles. Encontró, sin embargo, en la Laurenciana, un tratadito inédito de Pedro Hispano, un Orosio del siglo VI «y una voluminosa *Crónica* (que tengo por inédita y desconocida) de Carlos V, escrita por el cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, testigo presencial de muchas de las cosas que narra. De ella copié un capítulo, relativo á los *alumbrados* de Toledo, que trae noticias curiosas sobre la doctrina de aquellos herejes» (1).

En la Biblioteca Nacional ó Magliabechiana, examinó gran copia de libros de nuestros teólogos y filósofos, tomando nota de seis ediciones diversas de los comentarios de Domingo de Soto

(1) En efecto, puede verse citada la obra y copiado el fragmento en el tomo II de la *Historia de los Heterodoxos españoles* (págs. 526-527).

Mr. Morel-Fatio, en su reciente *Historiographie de Charles-Quint* (1.ère Partie; Paris, Champion, 1913; pág. 103), escribe: «A part Ferrer del Río, qui n'a cité qu'en passant le premier de ces ouvrages *(la relación de lo ocurrido en Sevilla en tiempo de las Comunidades)*, il ne semble pas que les érudits espagnols aient utilisé les travaux historiques de Santa Cruz.»

En Madrid examiné yo hace tiempo otro manuscrito del siglo XVI de la *Crónica* de Santa Cruz, con notas y firma autógrafas del cronista. Hablaré de él en un trabajo próximo.

á varios tratados lógicos y físicos de Aristóteles, y de la primera edición de las *Consideraciones* de Valdés. Vió también allí un rarísimo opúsculo autobiográfico de dos hojas, escrito en inglés por un tal Jaime Salgado, protestante de fines del siglo XVII; y dos colecciones de poesías castellanas del siglo de oro. Ademas, hizo un hallazgo importantísimo, del cual dió cuenta á Laverde en los siguientes términos: «Entre los manuscritos, he descubierto un códice de las *Cantigas* de D. Alonso el Sabio. No creo que nadie tenga noticia de su existencia. Le faltan las primeras hojas, y por tal razón ha sido considerado como obra sin título y anónima. El bibliotecario, Sr. Saccone, me habló de él como de una recopilación portuguesa de milagros de *la Madona*. Pero apenas comencé á leer, caí en lo que era. Contiene 100 composiciones, entre *Milagros* y loores. La copia es de principios del siglo XIV, á no dudarlo, y está adornada con muchas miniaturas, teniendo además, al principio de cada *cantiga*, los espacios vacíos para la música, que no llegó á ponerse. Hoy escribo á don Leopoldo *(el Marqués de Valmar)*, por si le puede servir de algo esta noticia en la edición académica de aquel monumento, en que trabajan él y Valera.»

En Florencia adquirió un hermoso ejemplar de los *Septem Tractatus*, de Mariana (edición de Colonia); el *De historiae institutione*, de Fox Morcillo; el *Del Amor de Dios*, de Fonseca, y el libro *De gloria*, de Jerónimo Osorio.

Hallábase en Bolonia el 27 de Abril, y allí encontró á un amigo y paisano, Crespo Herrero, Bibliotecario del Colegio de San Clemente, cuyos códices, legado del Cardenal Albornoz, examinó reposadamente. Encontró notables manuscritos jurídicos, y dos copias de la *Historia Gothica* del Arzobispo D. Rodrigo. Compró también algunos libros, entre ellos el excelente poema descriptivo latino, intitulado: *Rusticatio Mexicana*, del jesuíta guatemalteco P. Rafael Landivar (1), y las *Sátiras* latinas del Abate Lassala.

---

(1) Comp. *Historia de la Poesía hispano-americana;* Madrid, 1911; t. I, págs. 184 y sigs.

A primeros de Mayo llegó a Venecia, hospedándose en el Hotel de Roma (Gran Canal). En la Biblioteca de San Marcos tomó nuevos datos acerca de Álvaro Pelagio, Tomás Escoto (un averroista que anduvo por España en el siglo XIII, predicando que el mundo debía regirse por la Filosofía y no por la Fe); Claudio de Turín, el iconoclasta, y Prudencio Galindo, el adversario español de Escoto Eriúgena. Además acabó de copiar el tratado *De artificio*, de Fernando de Córdoba (que había empezado á transcribir en la Vaticana), teniendo presente el hermoso códice original, en vitela, conservado en San Marcos. Estudió asimismo una obra inédita de Rodrigo Sánchez de Arévalo: *De remediis afflictae Ecclesiae*, en que trata duramente á los del Concilio de Basilea: una versión de la *Metafísica*, de Aristóteles, hecha por el Cardenal Bessarión á ruegos de nuestro Alfonso V, cuyos conocimientos filosóficos encomia en la Dedicatoria, y, sobre todo, tres voluminosos códices, que contienen las lecciones de Montes de Oca, profesor en Pádua, durante los tres años de 1525, 1526 y 1527. «Son—escribía á Laverde—comentarios á los libros *De anima*, *De coelo*, y á la *Physica*, de Aristóteles. Los tres son interesantes, pero el primero es de tanta importancia, como refutación de las teorías materialistas de Pomponazzi, que, en mi concepto, debiera hacerse una edición de él, ampliamente ilustrada. Lo que leí me pareció de una profundidad y delicadeza de análisis admirables. A las lecciones de Montes de Oca asistían Bembo, Navagiero y otros personajes de cuenta. Debió ser una autoridad filosófica en aquel tiempo.»

Por aquellos días tuvo noticia Menéndez y Pelayo del artículo publicado por José del Perojo en la *Revista Contemporánea* contra la ciencia española. Contestó en tres largas cartas, que dirigió á Pidal. Perojo hizo trabajos meritísimos para dar á conocer en España el pensamiento alemán. En 1875 había publicado la primera serie de sus *Ensayos sobre el movimiento intelectual en Alemania*, encabezados por un artículo acerca de «Kant y los filósofos contemporáneos», seguido de curiosos estudios sobre Heine, Schopenhauer, Fechner, Wundt y otros pensadores. Mas tarde publicó una mediana traducción, directa del alemán, de

una parte de la *Crítica de la razón pura*, precedida de la vida de Kant y de la historia de los orígenes de la filosofía crítica, por Kuno Fischer. Pero de la historia de nuestro pasado intelectual sabía muy poco, y habló de él, por lo tanto, muy ligeramente. A sus diatribas contra la Inquisición y la Filosofía españolas, contestaba Menéndez y Pelayo, entre otras muchas cosas, que conservan ahora su actualidad: «No hay, no ha habido, ni habrá en la tierra pueblo que en una misma época presente en igual grado de desarrollo todas las ramas del árbol de la cultura... ¿Dónde nació Copérnico? En Polonia. ¿Qué más dió Polonia en el siglo XVII? Nada, que sepamos. ¿Cuándo florecen Galileo y Torricelli en Italia? A principios del siglo XVII, cuando decaía á todo andar el gusto literario en la península transalpina. ¿Cuándo nacen en Francia los Laplace, los Monge, los Lavoisier? En el siglo XVIII, época de espantoso descenso filosófico, teológico, moral y literario. ¿Dónde nació Franklin? En la América inglesa. ¿Qué literatura, qué filosofía, qué crítica histórica poseían entonces aquellas colonias? Ninguna». «La literatura alemana de los siglos XVI y XVII, por lo que de ella alcanzamos con hastío y con asco los meridionales, ó no existe, ó es barbarie pura ó pedantería insufrible». «En los tiempos medios florecen aquí la astronomía y las matemáticas, que recibimos de los árabes y que de nosotros recibió toda Europa, después que las hicimos hablar en lengua castellana. En cambio, nuestra literatura de esos tiempos es ruda é incompleta aún; nuestra teología no llega, ni por asomo, á la que tuvimos en el siglo XVI. Humanidades no podía haberlas; los estudios históricos estaban asimismo en la infancia. Por el contrario, en el siglo XVI florecen la teología, la filosofía, la jurisprudencia, las humanidades, la medicina, la poesía lírica, la prosa, y si no decaen (porque esto no está probado), á lo menos quedan relegados al segundo término los estudios matemáticos y astronómicos. En el XVII imperan el teatro y la crítica histórica, y decaen la teología y otras ciencias, decaen la poesía lírica y la prosa. En el XVIII desaparece, ó poco menos, el teatro; renacen la lírica y la prosa, falta casi del todo la teología, cultívanse con empeño las ciencias naturales, prosigue su camino la

crítica histórica, y nace con Hervás la *filología comparada* y con Andrés la *historia literaria*. Y este es el giro constante y perenne que han llevado las ciencias en nuestro suelo. Hasta podemos decir que somos afortunados entre todos los pueblos de la tierra; pues, más ó menos, y en una época ó en otra, lo hemos tenido todo.»

Y aquel titán de veintiún años, en cuyo cerebro hervía la tradición de todo un pueblo, citaba nombres, comparaba doctrinas, clasificaba escuelas, registraba las huellas de nuestra cultura, y pensaba sin duda para sus adentros, como el *Hermann* de Goethe:

«Dass ich die Alten nicht hinter mir liess, die Schule zu hüten,
Dass sie nach Latium gern mir in das Leben gefolgt?
. . . . . .
. . . . . .
Und gedächte jeder wie ich, so stünde die Macht auf
Gegen die Macht, und wir erfreuten uns alle des Friedens» (1).

***

Llegó á Milán el 8 de Mayo (Hotel de la Ville.—Corso Vittorio Emmanuele). En la Ambrosiana (con cuyo bibliotecario, el Dr. Ceriani, hizo grandes amistades), copió cartas y versos de Lucrecia Borja y del Bembo, así como una interesante *Apología* latina de la doctrina de Raimundo Lulio, escrita por Juan Arce de Herrera. Cotejó con la edición de Arévalo, un precioso códice de los diez primeros libros de las *Etimologías* de San Isidoro, escrito en el siglo VIII y en caracteres longobárdicos, procedentes de la abadía de Bovio, fundada por San Columbano. Vió también allí un bello códice de Prudencio, del siglo VI; una traducción *griega* de las *Súmulas* de Pedro Hispano, hecha por el

(1) «No he dejado detrás de mí á los antiguos, cuidando de la escuela; se han dignado seguirme al Lacio, en el seno de la vida..... Y si cada uno pensase como yo, la fuerza se levantaría contra la fuerza, y pronto gozaríamos todos de paz.»

Patriarca de Constantinopla, Jorge Scholario, á principios del siglo XV; las *Cuestiones* (mss.) de Benito Pererio sobre el tratado *De anima* de Aristóteles, donde defiende las *ideas* platónicas en el mismo sentido que Fox Morcillo; y tomó nota de la riquísima colección de ediciones y manuscritos lulianos que en aquella Biblioteca había. En Milán también, compró el *Quod nihil scitur* de Francisco Sánchez.

De Milán, marchó á París, á últimos de Mayo, hospedándose en el «Hotel du Parlement» (Place de la Madeleine). Sus primeras visitas en aquella «Babilonia» (como él decía), fueron para el Marqués de Molins, que le recibió muy bien, y para el bibliófilo Mr. Alfred Morel-Fatio, encargado de la sección de manuscritos españoles en la Nacional. En esta Biblioteca examinó, entre los manuscritos, dos distintas traducciones catalanas de la *Biblia*, una completa, y otra que abraza sólo desde el *Génesis* hasta los *Salmos;* tres *Salterios* catalanes; otras versiones, catalanas también, de las *Epístolas* de Séneca y de Valerio Máximo; un códice que contiene los nueve últimos libros de la *Eneida* de D. Enrique de Villena, y una traducción de las *Vidas* de Plutarco, anterior á la de Alonso de Palencia y mandada hacer por D. Juan Fernández de Heredia. Extractó, además, el rarísimo ejemplar de la *Christianismi Restitutio*, de Servet, que posee la Nacional, y la copia que allí hay del tratado *De anima* de Juan Montes de Oca.

Compró también en París muy buenos libros, antiguos y modernos, entre ellos las *Etimologías* isidorianas, impresas en aquella ciudad en 1492, y la primera edición de las *Consideraciones divinas* de Juan de Valdés, «verdadera joya bibliográfica», cuya adquisición le llenó de júbilo.

Visitó, por último, las Bibliotecas del Arsenal, de Santa Genoveva y Mazarina, y regresó á Santander el 10 de Junio, dispuesto á volver nuevamente en Octubre á la capital francesa.

***

En Santander se encontró con varias novedades literarias: Pereda tenía terminados los sus *Tipos trashumantes*, y se preparaba á escribir *El buey suelto*..... (1). Escalante acababa de publicar su novela histórica montañesa: *Aze, Maris Stella*, que le pareció á Menéndez y Pelayo «menos pesada que otras cosas suyas» y cuyo buen estilo le encantó, escribiendo acerca de ella un artículo que publicó *La Tertulia* (2).

Ocupóse luego en el primer tomo de los *Heterodoxos*, cuyos materiales tenía casi por completo reunidos. En 27 de Junio llevaba ya escrito, y puesto en limpio, el primer capítulo, que constaba de 13 pliegos, y había empezado á redactar el relativo á Prisciliano. Morel-Fatio le envió la monografía del Abate Reulet sobre la patria de Raimundo Sabunde. Al dar cuenta de este libro (donde se sostiene, sin pruebas positivas de ninguna especie, que Sabunde era tolosano) á Laverde, Menéndez y Pelayo escribía: «Esta disertación merece ser refutada, y lo haré en una carta á Pidal.»

En la misma epístola donde hablaba de todo eso á Laverde, le decía: «El Ministerio de Fomento me ha señalado una pensión de 30.000 reales por un año, para continuar mis indagaciones bibliográficas. Lo propuso la Diputación Provincial de aquí, y el autor y fautor de todo fué mi amigo Eguílaz, catedrático de Literatura en Granada.»

---

(1) Menéndez y Pelayo escribía á Laverde, desde Santander, á 18 de setiembre de 1877: «He estado dos días en Polanco. Pereda me ha leído su novela *El buey suelto*..... (dedicada á mí con una especie de carta-prólogo), que está ya terminada. Es obra de gran valentía, de extraordinarios alientos, y de mucho, aunque sano *realismo*, escrita para servir de antítesis á las *Petites misères de la vie conjugale*, de Balzac.»

(2) En carta de 17 de Agosto, decía á Laverde: «Los periódicos de Madrid han guardado silencio sobre el *Aze, Maris Stella*, de Amós! Ni Revilla, ni los demás críticos contemporáneos, han dicho una palabra. Es hasta donde puede llegar el escándalo. ¿Cuándo verán un libro como ese?»

Tenía razón Menéndez y Pelayo. El autor de *Costas y Montañas* es uno de nuestros más grandes prosistas del siglo XIX; pero era y es muy poco leído; y no está en eso el mayor daño, sino en que hay quien, con la osadía ignara que caracteriza á nuestros *super-críticos* de última hora, le juzga despectivamente sin conocerle.

Siguió ocupándose, durante el verano de 1877, en los *Heterodoxos* y en la edición aparte de *Horacio en España*, cambiando con Laverde una extensa correspondencia, donde se tocan puntos de la mayor importancia para la historia de nuestra filosofía. En 17 de Julio había terminado el estudio sobre Prisciliano y demás herejes de la España romana; en 2 de Agosto, el relativo á la época visigoda, y, el 17 del mismo mes, los de las «Artes mágicas» y «Herejías del primer siglo de la Reconquista». Laverde le enviaba numerosos datos acerca de la Edad Contemporánea. Hacia el 6 de Setiembre, había dado fin al tomo I, que pensaba terminase en el año 1885, y tenía escritos los capítulos relativos á «La Herejía entre los muzárabes cordobeses», á Claudio de Turín y á Prudencio Galindo. Al mismo tiempo transmitió á Laverde el plan del tomo II, con el cual acabaría la parte referente á la Edad Media.

En 4 de Octubre de aquel año se hallaba en Barcelona (1), de paso para Francia. Antes de salir de Santander, el editor Navarro le había enviado ejemplares encuadernados del *Horacio en España*.

Fué admirablemente acogido en Barcelona por sus amigos catalanes, siempre hidalgamente hospitalarios. Allí encontró un notable movimiento literario: Aguiló, que tenía inéditos catorce tomos de poesía popular y una importantísima *Bibliografía*, proseguía la publicación de su *Biblioteca catalana*, estando para terminar el *Tirant lo Blanch* y proyectando ediciones de varios opúsculos de Bernat Metge y de una versión cincocentista, en catalán, del tratado *De consolatione* de Boecio; Vidal y Valenciano traía entre manos el *Dante*, de Mosén Andreu Febrer (la mejor traducción que existe en lenguas no-italianas); Manuel Bofarull imprimía el tomo VIII de su *Historia de Cataluña*; Rubió y Ors iba á dar á la estampa una monografía acerca de la reina Brunechilda, y preparaba una refutación de Draper; Milá acababa de publicar su Memoria sobre Poesía popular gallega, y proyec-

(1) Habitó en la calle de Sagristans, 7, principal.

taba una segunda edición del Romancero catalán y un estudio sobre los Orígenes de este teatro... Pero el acontecimiento de que todo el mundo hablaba, era *L'Atlántida*, de Verdaguer, que Menéndez y Pelayo leyó entonces, quedando poseído de entusiasmo. «Es —decía á Laverde— vate de grandes alientos, potentísimo en las descripciones, y tal, que entre los modernos tiene pocos rivales. He leído su obra, con admiración en muchos trozos.» «Verdaguer estuvo á verme — dice en otra carta, — y me regaló su *Atlántida*. Piensa hacer una segunda edición, aumentada con dos cantos. Es, á no dudarlo, uno de los poetas de más brío que han aparecido en España en lo que va de siglo.» «El argumento de *L'Atlántida* — escribía desde París á 29 de Octubre de 1877, — tiene sencillez y grandeza. Verdaguer ha tenido la feliz idea de enlazarle con un grande acontecimiento nacional. La introducción empieza con el combate de dos galeras, una veneciana y otra genovesa: esta última se va á pique, salvándose sólo un joven piloto, que, asido de una tabla, llega á cierta isla del grupo de las Canarias. Allí encuentra á un viejo ermitaño, que le refiere las tradiciones de *L'Atlántida* y su hundimiento. Esta narración llena diez cantos, donde en robustos alejandrinos se describen los portentos del jardín de las Hespérides, las proezas de Hércules, el vencimiento de Gerion, y, finalmente, la catástrofe, *l'enfonzament:* todo esto mezclado con algunos trozos líricos de gran precio, entre ellos dos baladas en distinto metro. El joven genovés (que no era otro que Colón), al oir tales relatos, se inflama en deseos de volver á unir los dos continentes, que un día enlazaba la Atlantida, y en la conclusión, que es bellísima y está adornada con una linda poesía lírica: *Lo sompni d'Isabel*, marcha *á borrar los límites del mundo*, como dijo Campoamor. El poema, aunque más descriptivo que narrativo, es realmente espléndido. Su autor es un modesto presbítero de Vich, que anduvo algún tiempo de capellán en uno de los vapores de Antonio López. Mistral, el famoso autor de *Mireya*, ha llegado á compararle con Milton.»

En la Biblioteca provincial barcelonesa tomó Menéndez y Pelayo curiosísimas notas para sus *Traductores*, viendo, entre otros,

dos tomos de obras inéditas de Pedro Juan Núñez. El 5 de Octubre fué al Archivo de la Corona de Aragón, donde halló varios opúsculos de la mayor importancia acerca de Arnaldo de Vilanova, obteniendo copias de todos ellos, gracias á la amabilidad de Bofarull, que además le dió una carta de presentación para Mr. Paul Meyer, y le regaló algunos tomos de la *Colección de documentos inéditos* que publicaba el Archivo. Antes de salir de Barcelona, tuvo la suerte de comprar la primera edición del tratado de las supersticiones y hechicerías de Pedro Ciruelo.

Hallábase ya en París el 19 de Octubre. Vió á Morel-Fatio y á Paul Meyer, y trabajó en la Nacional, copiando el tratado *De processione mundi*, del Arcediano Domingo Gundisalvo, y estudiando detenidamente las 45 lecciones de Montes de Oca sobre el libro III *De anima*. En la sección de impresos tomó notas del *Pugio Fidei*, de Raimundo Martín, quedando asombrado de su erudición rabínica y musulmana. También leyó y extractó allí la *Philosophia antigua poetica* de López Pinciano, pensando en la *Historia de la Estética*, con motivo de la cual escribía á Laverde: «A propósito de *estética:* ¿quién cree usted que introdujo esta palabra en castellano? Yo la encuentro por primera vez en el Abate Marchena (1819), y después en un artículo de Aribau (1821), extractado de Schiller.»

Examinó también en la Nacional varios rarísimos libros de protestantes españoles, el *Exemplar humanae vitae* ó autobiografía de Uriel de Acosta, y varios códices del franciscano catalán Juan de Rupescissa, visionario y milenarista del siglo XIV.

Durante su estancia en París, conoció y trató á varios eruditos y literatos, entre ellos á Gaston Paris; al Conde de Mas Latrie, jefe del Cuerpo de Archiveros y autor de la *Historia del reino de Chipre bajo la dinastía de los Lusiñán;* al Conde de Puymaigre, tan conocido por sus *Antiguos autores castellanos*, y al crítico Antonio de Latour. Puymaigre le regaló su *Corte literaria de don Juan II*, y le ofreció tratar del *Horacio en España* en el *Polybiblion*. Latour le mostró su magnífica colección de papeles autógrafos de Iriarte, comprados en el mismo París.

El 13 de Noviembre salió para Bruselas, provisto de cartas

para Gachard, Liebrecht, Dozy y otros literatos belgas y holandeses, amigos de los eruditos parisienses.

El bibliotecario de Bruselas, Mr. Ruellens, le recibió muy bien, gracias á la recomendación de Paul Meyer. En la sección de manuscritos encontró, entre otras curiosidades, una traducción francesa, hecha en el siglo XV en la Corte de Borgoña, del *Triunfo de las Damas* y de la *Cadira del honor*, de Juan Rodríguez del Padrón; otra de la *Crónica* de Mosén Diego de Valera, mandada trasladar por el Príncipe Don Carlos (luego Carlos V); una relación de la muerte del Dr. Cazalla y sus partidarios; una larga carta de Fray Luis de Granada á la Duquesa de Alba; otra de un amigo de Arias Montano á Felipe II, sobre la impresión de la *Biblia Regia*; una Bibliografía Teológica de La Serna Santander, prefecto que fué de aquella Biblioteca; un poema latino de Jerónimo Pau (del tiempo de los Reyes Católicos) en honor de San Agustín, y un grueso volumen de opúsculos y cartas originales y autógrafas del P. Burriel y de varios amigos suyos (entre ellos, Mayáns, Larramendi, Pérez Báyer y otros). En la sección de impresos, tomó nuevas notas de las obras de Servet y Gómez Pereira.

En el Archivo, dirigido por Mr. Gachard, tan conocido por sus trabajos sobre la historia española del siglo XVI, registró cuidadosamente los libros de matrículas de la Universidad de Lovaina, desde el año 1528 hasta el de 1567, encontrando (en Julio del 1549) el nombre de *Sebastianus Morzillo*, junto con los de otros dos españoles obscuros. Los tres llevaban al margen la nota: «minores hispani». En otras partes del mismo registro, vió matriculados á Juan de Verzosa, Pedro de Espinosa, los dos hijos de Damián de Goes, Pedro de Maluenda, etc. Pero no halló los nombres de Andrés Resende ni de Francisco de Enzinas, con saber positivamente que uno y otro cursaron en Lovaina.

De Bruselas fué á Lovaina, simplemente con objeto de ver la ciudad; y de aquí á Amberes, donde se encontraba el 29 de Noviembre. En esta Biblioteca examinó las primeras ediciones de los libros *De naturae philosophia* y *De studii philosophici ratione* de Fox Morcillo, y varias obras latinas del P. Manuel Rodrí-

guez, agustino, de mediados del siglo XVII, entre ellas dos tragedias: *Herodes Saeviens* y *Rodericus Fatalis*. Además, compró el rarísimo opúsculo *De residentia episcoporum* de Fray Bartolomé Carranza, y el *Quijote* de 1615 (Bruselas).

De Amberes se trasladó á La Haya, «con mucho frío y mal humor—decía,—porque la tierra es triste, y no entiendo una palabra de la jerga teutónica que estas gentes hablan». Estuvo allí tres días, y adquirió la famosa biografía de Servet, publicada por Mosheim y Allwoerden. Fué luego á Leyden, donde tuvo una excelente acogida por parte del bibliotecario Dr. Rieu y del famoso orientalista Dozy. En la Biblioteca lugdunense, extractó el tratado *De musica* de Salinas, y halló libros españoles muy raros, como la *Tercera Celestina* de Gaspar Gómez de Toledo.

Visitó, por último, Amsterdam, donde se hallaba el 10 de Diciembre, y donde había unos 8.000 judíos de origen ibérico. Allí descubrió á última hora un *nido* de libros viejos, entre ellos la primera edición de la *Biblia* de Cipriano de Valera y la *Christianismi Restitutio* de Servet (reimpresión de Nuremberga), que adquirió, encargando que se buscase el *Cuzary* de Yehudá-Ha-Leví.

Hallábase de vuelta en Santander el 20 de Diciembre de aquel año, con propósito de registrar las rarezas de algunas bibliotecas españolas, y emprender el viaje á Londres en el mes de Marzo de 1878.

Antes de volver á España, había recibido una carta del editor Navarro, manifestándole que daba principio á la *Biblioteca Clásica* con la *Iliada*, traducida por Hermosilla. Al mismo tiempo solicitaba su colaboración para traducir las obras ciceronianas, y le pedía precio. Menéndez y Pelayo contestó desde Santander aceptando la colaboración solicitada, y pidiendo 2.000 reales por cada tomo.

La *Biblioteca de Traductores* constaba ya de 300 artículos, por orden alfabético. Además, Menéndez y Pelayo tenía otro proyecto, que comunicó á Laverde (carta de 20 de Diciembre) en estos términos: «Yo preferiría que Navarro publicase en cuatro ó cin-

co volúmenes un ramillete de poetas hispano-latinos, desde el Renacimiento aca, donde incluiríamos lo más selecto y raro, comenzando por los humanistas catalanes y aragoneses de la Corte de Alfonso V (Fernando de Valencia, Ambrosio Nicandro, Miguel Verino), de quienes hay bastantes versos inéditos en la Academia de la Historia; prosiguiendo con los contemporáneos de los Reyes Católicos (Nebrija, autor de una hermosa elegía á su patria, etc., Arias Barbosa, Juan Sobrarias, J. Pau), y continuando con Juan de Vergara, Alvar Gómez, Fernán Ruiz de Villegas, el otro Alvar Gómez de Castro, la Sigea, Arias Montano, Juan de Verzosa, Jaime Falcó, Juan de la Peña, el Brocense, Fray Luis de León (de quien hay una preciosa oda latina casi desconocida), Jerónimo Ramírez ... *et sic de cocteris*, entrándonos luego por el siglo XVII con Vicente Mariner, y por el XVIII con el Dean Martí, Interian de Ayala, D. Juan de Iriarte, el P. Serrano, el Abate Lasala, Prat de Saba, Landivar, Pueyo, Sánchez Barbero, y aun alargandonos al presente, en que hay algunas poesías de primer orden, como la *Gesta Rhenana* de Bofarull.— Como es la primera tentativa y no conviene empalagar al público, daríamos sólo la flor y nata de cada uno, procurando variar los géneros. También habría que añadir una sección de *poesía macarrónica*, en cuyo extraño y difícil género, los portugueses compiten ó exceden á los mismos italianos.—Creo que con cinco tomos habrá bastante para una selección en los términos que yo quiero hacerla. Si el público toma gusto, nada más fácil que ofrecerle un *Corpus poetarum hispanorum*, que es uno de mis sueños. Sólo con Arias Montano y Vicente Mariner, había para una serie de doce ó catorce volúmenes como los de Rivadeneyra.»

A principios de Enero, terminó su artículo sobre la *Antoniana Margarita*, que ocupaba 24 pliegos. Lo envió á D. Juan Valera, para su inserción en la *Revista de España*, pidiendo tirada aparte, de diez ó doce ejemplares en papel de hilo.

Al mismo tiempo proseguía sus *Heterodoxos*, y recibió la grata sorpresa de haber sido nombrado Correspondiente de la Academia de Buenas Letras de Barcelona.

De paso para Sevilla, llegó Menéndez y Pelayo á Madrid (1) el 2 de Febrero de 1878. Visitó inmediatamente á Valera, á Valmar, á Fernández-Guerra, á Cañete, á Campoamor y á Gayangos, y empezó á buscar editor para los *Heterodoxos*, dudando entre Navarro y Dorregaray. Conoció también, entonces, á Vicente Barrantes, en cuyo *Aparato* encontró datos importantísimos sobre los *alumbrados* de Llerena. Navarro se prestó á editar las poesías, cuyo prólogo seguía Valmar sin escribir, con harto perjuicio del autor.

El 17 de Febrero llegó á Sevilla, hospedandose en la Fonda de Europa (calle de las Sierpes). Llevaba carta de D. Leopoldo Augusto de Cueto para el Chantre de la Catedral, D. Cayetano Fernández.

Encantóle el clima de aquella hermosa ciudad, donde creía sentir la misma exuberancia de vida que en la *dulcis Parthenope*. Pero no encontró gran movimiento literario, y el escaso que observó no le parecía ni sombra del de Barcelona.

En la Biblioteca Colombina registró buen número de códices. Estudió la versión hecha por Gundisalvo del *Fons Vitae* de Avicebrón, la de la *Iliada*, por Juan Lebrija Cano, copió las poesías latinas de Rodrigo Caro, examinó los tres tomos de obras inéditas de Juan de la Cueva, halló curiosas noticias sobre protestantismo y *alumbrados*, y buscó inútilmente la versión del *Moreh Nebuchim*, citada en el *Registrum* de D. Fernando Colón. En aquella Biblioteca tuvo ocasión de conocer á D. Antonio M. Fabié, con quien habló de la conveniencia de publicar una *Biblioteca de filósofos españoles*.

Por entonces murió D. José Amador de los Ríos, cuyos últimos y cristianos momentos refirió D. Juan José Bueno á Menéndez y Pelayo. El cual escribía á Laverde, en 3 de Marzo: «Dicen

---

(1) Se hospedó en el Hotel de las Cuatro Naciones (calle del Arenal). No varió de domicilio, mientras estuvo en Madrid, hasta que, habiendo sido nombrado Bibliotecario de la Real Academia de la Historia, trasladó su residencia á ésta, ocupando la mísera habitación del último piso, donde pasó los años restantes de su vida, cuando residía en la Corte.

años que su cátedra (la de Ríos) se sacara á oposición. Otros (parece increíble) que será *suprimida*. Yo he escrito á los Pidales para que hablen á Toreno, y éste me conceda una dispensa de edad, fundada en que la ley ha tenido para mí efecto retroactivo, por estar yo graduado con anterioridad al decreto, etcétera, etc. Pero más quisiera que saliese á concurso y que usted se la llevara.»

Marchó después á Cádiz, donde Adolfo de Castro, con generosidad inaudita, le cedió los documentos y apuntes que tenía recogidos para la *Historia de los protestantes españoles*, que pensaba rehacer en sentido católico. Entre esos papeles, figuraban dos informaciones inéditas de Fray Luis de Granada sobre las impostaras de Sor María de la Visitación, muchas relaciones de autos de Fe, y una noticia de las Camachas, famosas hechiceras de Montilla.

De vuelta á Sevilla, vió Menéndez y Pelayo varias bibliotecas particulares, entre ellas las de Asensio, ricas en poesía lírica y dramática de los siglos XVI y XVII y en ediciones cervantinas; y se hizo amigo de Mateos Gago, «tan notable por su saber, como por su carácter franco y campechano».

El 16 de Marzo salió para Granada, donde D. Leopoldo de Eguílaz y otros amigos le obsequiaron espléndidamente. Allí estuvo ocho días, y visitó la Biblioteca de los Duques de Gor, en la cual extractó 24 cartas inéditas de Góngora; una segunda parte, manuscrita, de las *Flores de Poetas ilustres* de Pedro de Espinosa; un elegante poema latino, de Calvete de Estrella, en loor del Cardenal Espinosa; un tomo de opúsculos inéditos de Jáuregui; otros en pro y en contra de las *Soledades* de Góngora; un códice de Fernán Pérez de Guzmán, y varias traducciones de epigramas de Marcial, hechas por Quevedo.

De vuelta á Castilla, pasó por Córdoba, donde visitó al P. Ceferino González, con quien tuvo una larga conversación sobre historia de la filosofía española.

Ya en Madrid, se dedicó á activar el asunto de sus oposiciones á la Cátedra de la Central, que poseyó J. Amador de los Ríos. «El Maestro—escribía á Laverde en 7 de Abril—nos ofreció dos

veces hacerlo, y dos veces se atemorizó por el clamoreo de los otros opositores, especialmente de un tal Sánchez Moguel, á quien patrocinan locamente Campoamor y Moreno Nieto. Han hecho cosas inauditas para excluirme; pero, gracias al entusiasmo y diligencia de Alejandro Pidal y á la energía de Cánovas, creo que la cuestión puede darse por ganada. El susodicho Alejandro, con Alonso Martínez y otros, presentó á las Cortes un Proyecto de ley suprimiendo lo de la edad. Ayer fué tomado en consideración. Cánovas ha ofrecido que lo votará la mayoría. Valera lo defenderá en el Senado. De mis amigos, sólo Campoamor me ha faltado en este asunto.»

El Proyecto rebajando la edad para hacer oposiciones á cátedras, se aprobó en el Congreso sin discusión y por unanimidad. El plazo de la convocatoria vencía el 2 de Mayo; pero, antes de terminar, pasó también el proyecto en el Senado, gracias á la intervención de Cánovas, Barzanallana y Valera. La votación fué de las más numerosas que se vieron en aquella legislatura (124 votos contra 19). Cánovas hizo asistir á todos los Senadores que estaban en Madrid, y hasta mandó su coche á buscarlos. En la *Gaceta* del 2 de Mayo se publicó la ley, y al día siguiente la convocatoria. Menéndez y Pelayo volvió á Santander inmediatamente después, á preparar el Programa. Antes de salir de Madrid, copió las cartas de Luisa Sigea que estaban en la Nacional, y dejó terminada la impresión de los *Estudios poéticos*. La noche del 24 de Abril, en casa de la hija del Duque de Villahermosa, oyó á éste la lectura de su traducción, en verso suelto, de *Las Geórgicas*, pareciéndole «de primer orden» el trabajo.

***

En 25 de Mayo había terminado su *Programa de Historia crítica de la literatura española*. En él incluía la literatura hispano-romana, la catalana y la portuguesa en toda su extensión, y tres lecciones de «literaturas semíticas», a guisa de elementos influyentes y preliminares. Seguía en él, más bien el orden lógico y

cronológico, que el de distribución de la enseñanza. Constaba de 99 lecciones y una Introducción.

Durante aquel verano continuó su trabajo sobre los *Heterodoxos*, proyectando, además, dos estudios: uno, sobre *El mundo invisible en la literatura española*, donde hablaría del hombre que en vida presencia su propio entierro (como en la leyenda del estudiante Lisardo, de la cual veía antecedentes en las obras de San Valerio); otro, acerca de *Luisa Sigea y las humanistas españolas de los siglos XVI y XVII*. Entre éstas pensaba incluir á Julia y Teodora de Valencia, Beatriz Galindo, la Reina Católica, doña Juana la Loca, doña Catalina de Aragón, la infanta doña María de Portugal, la infanta doña Catalina, Francisca de Nebrija, Ana Cervatón, Luisa Sigea, Angela Sigea, Isabel de Vergara, Ana Vaz, doña Juana de Aragón, doña Juana de Contreras, la condesa de Monteagudo, doña María Pacheco, doña Mencía de Mendoza, doña Angela Mercader y Zapata, Catalina de la Paz, Isabel Joya, Lucía de Medrano, Cecilia Morillas, doña Magdalena de Bobadilla, doña Ana de Villegas, doña Cecilia de Arellano, Catalina de la Estrella, Catalina de Ribera, doña Leonor de Meneses, Catalina Trillo, doña Jerónima Ribot y Ribelles, Lorenza de Zurita, doña María de Sabiote Maldonado, doña María de Urrea, Publia Hortensia de Castro y Juliana Morell.

Entretanto, no se podía quejar de la buena acogida que había merecido á los críticos el *Horacio en España*. Valera publicó un hermoso artículo en *El Debate*; Puymaigre, otro en el *Polybiblion*, y la *Revue des questions historiques* se ocupó asimismo del libro.

A fines de Junio falleció en Asturias, á los ochenta y cinco años de edad, una tía paterna de Menéndez y Pelayo. Este dió la noticia á Laverde en carta de 1.º de Julio. Después le hablaba de asuntos literarios, y, entre otros, del siguiente, que no deja de ofrecer interés: «Revilla publica, en el último número de *La Ilustración*, un artículo, sosteniendo que *El condenado por desconfiado* no es de Tirso, sino de Lope, fundado en que cuatro versos de esa comedia se encuentran también en *El remedio en la desdicha* de Lope. La prueba no es concluyente. Si el *Quijote*

hubiera llegado á nuestros días anónimo, y viéramos que su dedicatoria está calcada en la que puso Hernando de Herrera en sus Comentarios á Garcilaso, ó reparáramos en que la comparación de las traducciones con los tapices flamencos está tomada *ad pedem litterae* del prólogo de D. L. Zapata á su traducción de Horacio, ¿diríamos por eso que *El ingenioso Hidalgo* era obra de Herrera ni de Zapata? La coincidencia de tres ó cuatro versos y de una ó más frases, no es razón bastante. En mi concepto, *El condenado* no pertenece á Lope ni á Tirso, sino á un autor de segundo orden, probablemente Mira de Mescua». Su opinión varió luego bastante, inclinándose en definitiva á la atribución á Tirso.

Escribió Valera á Menéndez y Pelayo, proponiéndole que entre los dos tradujesen en verso el *Lalla Rookh* de Thomas Moore, del cual había ya interpretado D. Juan un cuento: *El Paraíso y la Péri*. No le entusiasmaba la proposición á Menéndez y Pelayo, el cual hubiera preferido que se ocupasen en una traducción completa de los poemas cortos de Lord Byron. Cambiaron poco después de proyectos, y decidieron traducir á Esquilo; Valera escogió *Los persas* y Menéndez y Pelayo el *Prometeo*, que empezó y terminó en aquel mes de Julio de 1878, no quedando descontento de semejante *tour de force*, á pesar de las increíbles dificultades de la poesía esquílea.

Como todo poeta, Menéndez y Pelayo sentía *comezón* por dar á conocer sus versos. Leyó á Amós de Escalante la versión del *Prometeo*, y *Juan García* escribió, poco después, el siguiente mediano soneto, dedicado á su joven amigo:

«A las cumbres del Cáucaso nevado
llevan las Oceánides el vuelo,
porque en su blando coro hayan consuelo
las penas del Titán encadenado.

Del mar las olas y el rumor cansado
calman su fiebre al insaciado anhelo,
rival vencido de implacable cielo,
que olvida el hombre y martiriza el hado.

¡Claro honor de Cantabria! Altos laureles
del mito antiguo la inmortal belleza
trajo á tu rica, si temprana, historia;

cuando, con voz y sentimiento fieles,
del vate eleusio el estro y la grandeza
nuestros hiciste, y cántabra su gloria» (1).

En la *Gaceta* del 2 de Agosto salió, por fin, el Tribunal que había de juzgar las oposiciones de Menéndez y Pelayo. Componíanlo: Valera, Milá, Fernández-Guerra, Cañete, Rodríguez Rubí, Rosell y Fernández y González. «Es mejor—decía Menéndez—que cuanto yo podía desear.»

No abandonaba por eso la continuación de los *Heterodoxos*, pues quería terminar el manuscrito del segundo tomo antes de fines de verano. También acrecía su biblioteca, que constaba ya de cinco estantes, de seis tablas cada uno, en 30 de Julio de 1878.

En el verano de aquel año, conoció personalmente Menéndez y Pelayo á D. Casimiro del Collado, opulento montañés que residía en Méjico y hacía versos bastante buenos. Hacía tiempo que él y D. Marcelino mantenían correspondencia epistolar, y Collado cuidaba de enviarle todas las novedades bibliográficas importantes de América que conocía.

Por esos días asimismo, tuvo Menéndez y Pelayo una agradable sorpresa, que refirió en estos términos á Laverde: «Perojo ha venido a proponerme (¡admírate y suspéndete!) la publicación de una *Biblioteca de filósofos españoles*, que yo he de dirigir. Le ha parecido bien el plan que le indiqué, y está muy en ello. Las ediciones serán bilingües, para que puedan circular en Alemania y otras tierras de extrangis. *¿Quid tibi videtur?* Aquí se puede decir: *salutem ex inimicis nostris*. Sólo temo que Revilla y otros de Madrid se lo quiten de la cabeza.—El referido Perojo, que se ha empeñado ahora en ser editor mío, quiere publicar la *Historia de los heterodoxos* (sin ponerle la rúbrica de *Biblioteca Perojo*), y si consigo que me dé ocho mil reales por cada tomo (que es lo que pedí á Dorregaray), cerraremos el trato.»

El 20 de Junio de 1878, había ocurrido la sentidísima muerte

(1) El soneto figura entre las *Poesías de D. Amós de Escalante* (Madrid, 1907, pág. 203); pero yo sigo la copia hecha por el mismo Menéndez y Pelayo en 7 de Agosto de 1878 (carta á Laverde).

de la Reina Mercedes. A principios de Agosto, recibió Menéndez y Pelayo una carta de Cañete, en que le pedía que colaborase con algunos versos latinos en la *Corona fúnebre* que pensaba publicar *La Academia*. Compuso, en efecto, los que á continuación transcribo, y los envió en Setiembre á Madrid; pero sin duda llegaron tarde, y por eso no figuraron en el tomo (1). Decían así:

«DE MORTE REGINAE PLANCTUS
(IMITACIÓN DEL «PLANCTUS DE MORTE KAROLI MAGNI»)

Plangit Hesperia dominam Reginam,
Planctus et luctus ubicumque sonant,
Turribus sacris concrepitant aera:
Moeror, tristitia super omnia corda:
Heu, me! dolens plango.
Gemina maria littore ingemiscunt,
Et *mare nostrum* (2) et Atlantis sinus:
Iberi cuncti, celtorumque cohors
Magna afficiuntur, ¡miseri!, molestia.
Heu, me! dolens plango.
Praeliis et ludis valida juventus,
Senes, infantes, virgines nuptaeque,
Pauper et dives, princeps et mercator
Plangunt Reginae flebilem interitum.
Heu, me! dolens plango.
Occidit decus, lumen et Iberiae,
Et pacis spes et concordiae pignus,
Animâ regia, corpore pulcherrima,
Nondum extinctis facibus jugalibus,
Heu, me! dolens plango.
Vae tibi, Hesperia, hispanoque populo!
Turbine nigro obtenebratur coelum:

---

(1) Que lleva por título: «Corona fúnebre/dedicada á la buena memoria/de S. M. la Reina/doña María de las Mercedes/(Q. D. D. G.)/por el periódico ilustrado/La Academia./Emilio Oliver y C.ª/Editores./Madrid, calle de San Roque, 8, pral.—Barcelona, Rambla de Cataluña, 36/1878.» XII + 228 ps. ns. en 8.° y dos grabados de Maura. Hay, entre otras, poesías de Fernández y González (Manuel), García Gutiérrez, Hartzenbusch y Zorrilla.

(2) «Así llamaban los antiguos al Mediterráneo.» (Nota de M. M. P.)

¿Quis Dei agnoscit vias aut consilia?
Populo nequam (1) obscuratur lumen,
Heu, me! dolens plango.
Christe, qui regis agmina coelestium,
Tutiorem sedem tribue Reginae:
Preces exaudi conclamantis populi,
Surgat et alia inmoritura lux.
Heu, me! dolens plango.»

* * *

El lunes 21 de Octubre tuvo lugar el sorteo de trincas para las oposiciones á la cátedra de la Central. Los otros opositores, además de Menéndez y Pelayo, eran D. José Canalejas y Méndez, sobrino de D. Francisco de Paula Canalejas (y en estos últimos años Presidente del Consejo de Ministros, traidoramente asesinado meses después de la muerte de D. Marcelino), D. Antonio Sánchez Moguel (fallecido también antes de cumplirse un año de la muerte de Menéndez y Pelayo) y D. Saturnino Milego (catedrático entonces de Retórica en el Instituto de Toledo y ahora en el de Valencia).

Menéndez y Pelayo hizo su primer ejercicio el 30 de Octubre, asistiendo a oirle un gentío inmenso. Contestó oralmente a diez preguntas sacadas á la suerte, que versaron acerca de: «San Leandro de Sevilla, considerado como orador»; «San Eugenio de Toledo, considerado como poeta»; «Causas de la decadencia de nuestra poesía lírica en el siglo XVII»; «La *Celestina*»; «Influencias arabes y rabínicas en la literatura del siglo XIV»; «Calderón y su Teatro»; «Estado de la poesía épico-histórica á principios del siglo XVII»; «Partes en que se divide la Literatura española»; «Góngora y su escuela», y «Los primeros historiadores de Indias». Es fama que los jueces salieron entusiasmados.

Hablando de Canalejas, y después de reconocer su no vulgar talento, escribía Menéndez y Pelayo á Laverde en 11 de Noviembre: «No puedes imaginarte cosa más pedantesca y soporí-

(1) «*Nequam*» indeclinable = *malo, perverso*, etc.» (Nota de M. M. P.)

fera que su Programa. Dice, por ejemplo, al tratar de Calderón: «Análisis de *La Vida es Sueño.*—Concepto místico de la vida, como un momento fugaz y transitorio que sirve de preparación á un ideal más alto.—Cómo se muestran en las obras de Calderón todos los grados de belleza, desde lo sublime, en que la idea *desborda (sic)* de la forma, hasta la gracia, en que el accidente externo llega á enseñorearse de la idea, vistiéndola sobria y delicadamente.» Todo lo demás es por este estilo.»

Según Menéndez y Pelayo, la Facultad de Letras matritense no veía con buenos ojos su candidatura. «Esta animadversión—decía—llega á un punto ridículo. Al hijo de Rubió (D. Antonio Rubió y Lluch) le mandaron tachar en el discurso de Doctorado todos los párrafos en que se refería á mí (por noticias que yo le había dado), so pena de no admitírsele. En el Tribunal estaban Revilla, M..., Camus y otros *ejusdem furfuris.*»

El segundo ejercicio (de lección) de Menéndez y Pelayo versó acerca de «La literatura hispano-latina del siglo XVI», y produjo extraordinario efecto por la riqueza de peregrinos datos que en él expuso y lo sólido y bien fundado de su crítica. El tercero y último consistió en la defensa del Programa. Allí sostuvo la necesidad del criterio *histórico* al lado del *estético*, en elocuentes y razonados párrafos. «No es ya lícito—decía—convertir la historia de la literatura en un descarnado índice de autores y de libros, juzgados sólo en su parte externa y formal, ni proceder caprichosa y arbitrariamente en el orden y distribución de las materias... Ha llegado la Estética moderna á asentar buen número de principios fecundos y razonables que, lejos de oponerse al examen detenido de las formas exteriores, contribuyen á que éste se haga con mejor luz. Por otra parte, el desarrollo de los estudios históricos ha hecho notar infinitas relaciones entre el arte y las demás actividades humanas, que mutuamente se completan y explican.»

Llegado el día de la votación, el Tribunal propuso en el primer lugar de la terna á Menéndez y Pelayo, por *seis* votos contra *uno*. En el segundo iba Canalejas, y en el tercero Sánchez Moguel, que, sin embargo, valía más que el segundo.

Después de larga espera, el día 20 de Diciembre recibió Menéndez y Pelayo el nombramiento de catedrático, tomando posesión el 22, y volviendo á Santander el mismo día, por la tarde. Ni Canalejas, ni Revilla, ni Camús, ni Bardón, asistieron á su toma de posesión. En cambio, los de la Universidad de Barcelona le telegrafiaron felicitandole, y en su tierra obtuvo un recibimiento cariñosísimo.

* * *

Durante los pocos días que permaneció en Santander (hasta el 7 de Enero de 1879), ocupóse en disponer los materiales para la segunda edición de *La ciencia española* y en escribir el opúsculo sobre los Traductores de la *Eneida*, para la *Biblioteca clásica* de Navarro. Vuelto á Madrid después de Reyes, empezó sus explicaciones de catedra por la literatura hispano-latina. En casa del librero D. Mariano Murillo publicó por entonces, á manera de avance de los *Heterodoxos*, los capítulos sobre *Arnaldo de Vilanova*. Ademas se ocupó en traducir á Cicerón, para la *Biblioteca* de Navarro, y concertó con la Librería Católica de San José la publicación de los *Heterodoxos*. Tiraríanse cuatro mil ejemplares, y Menéndez y Pelayo recibiría 50 de éstos y 8.000 reales por cada tomo. El Prólogo lo reprodujeron *La ciencia cristiana*, de Ortí y Lara, y *El Siglo Futuro*. También se empezó á imprimir la segunda edición de *La ciencia española*. Menéndez y Pelayo permaneció aquel año en Madrid hasta entrado Julio, porque formaba parte del Tribunal de oposiciones á la cátedra de Literatura de la Universidad de Zaragoza, que obtuvo Sánchez Moguel por unanimidad.

Su primer cuidado al regresar á Santander, fué hojear el magnífico ejemplar de la colección greco-latina, de Didot, con que algunos de sus paisanos le habían obsequiado, y á propósito de lo cual había compuesto una *Epístola* en verso, que se imprimió aquel año, y que diputaba por la mejor de sus composiciones. «Espléndido regalo—escribía en 10 de Julio á Laverde—el de la colección Didot completa, que me hicieron los montañe-

ses! 66 volúmenes comprende, inclusos los atlas para los geógrafos y el texto foto-litografiado de Ptolomeo. Siento que no vengas por aquí y veas mi Biblioteca, que tengo ya arreglada y clasificada. Había de gustarte.» ¡Todavía en el verano de 1910, trabajando yo en aquélla, me enseñaba el Maestro, con singular complacencia, los volúmenes de la colección, que acariciaba con nerviosa mano!

Durante el estío de 1879, además de corregir pruebas de *La ciencia* y de los *Heterodoxos*, tradujo *Los siete sobre Tebas* de Esquilo, y continuó escribiendo la segunda de las citadas obras. En virtud de nuevo arreglo con el editor de los *Heterodoxos*, éstos saldrían en tres tomos, y Menéndez y Pelayo cobraría 16.000 reales por cada uno de ellos.

A últimos de Setiembre volvió á Madrid para cumplir sus deberes universitarios, y aquí permaneció hasta primeros de Diciembre, en que regresó á Santander. El proyectado viaje á Londres quedó en el pensamiento, y desde entonces su vida se desenvolvió con monótona regularidad, salvo algunos viajes á Barcelona, y otros á Sevilla. Venía á Madrid á últimos de Setiembre; marchaba á Santander á primeros de Diciembre, para volver el 7 ó el 8 de Enero, y tornar á ausentarse á últimos de Junio. Trabajaba algo en Madrid, pero siempre á disgusto, porque Santander era el lugar predilecto de sus tareas. Compraba libros y más libros, é iba acrecentando paulatinamente el caudal peregrino de su Biblioteca. Su clase en la Universidad era alterna, y solía darla por la tarde (de tres á cuatro y media), distrayéndose no pocas veces respecto del tiempo, por lo cual no era raro que sus alumnos le viesen aparecer por la Universidad una hora después de la señalada en el cuadro.

A principios de Enero de 1880 estaba impresa ya la segunda edición de *La ciencia española* (1). También por entonces se imprimieron varios prólogos, estudios críticos y poesías, que señalo

(1) Sobre esta nueva edición publicaron artículos críticos, entre otros, un discípulo de Lloréns, Masferrer, en *La Veu de Montserrat*, y Barrantes, en el *Diario de Barcelona*.

en el apendice bibliográfico. Tradujo asimismo en aquel mes la *Palinodia*, de Leopardi. A principios de Marzo, estaba terminado el tomo I de los *Heterodoxos*.

Por aquellos dias tuvo el gusto Menéndez y Pelayo de saludar á su cultísimo amigo *Ipandro Acaico* (D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares), traductor exquisito de los bucólicos griegos. Tenía muy adelantada la versión de Píndaro, que había comenzado á instancias de Menéndez, y que vió la luz más tarde en la *Biblioteca clásica* (1).

Siguió ocupándose en los *Heterodoxos* y en la versión ciceroniana. Estando en Santander, recibió la noticia de la muerte de Hartzenbusch, ocurrida el 2 de Agosto de aquel año. Inmediatamente, Valera escribió á D. Marcelino, manifestandole que podía considerarse como académico de la Española, porque ya tenía el arreglado el asunto con Cánovas, Nocedal, Fernández-Guerra y demás amigos. La carta llenó de contento á Menéndez y Pelayo, que hacía tiempo tenía puestos los ojos en aquella Corporación (2). En efecto, en Diciembre tuvieron lugar las elecciones, y salió académico D. Marcelino, con el voto en contra de Castelar.

El tomo II de los *Heterodoxos*, quedó impreso á fines de Noviembre de 1880.

Continuamente recibía Menéndez y Pelayo, de sus amigos de América, libros y folletos curiosos, de los cuales daba cuenta á Laverde, Caro, Collado é *Ipandro Acaico*, eran sus más asíduos

(1) En Abril de 1880 habitaron en el Hotel de las Cuatro Naciones, donde peraba Menéndez y Pelayo, su amigo Mr. A. Morel Fatio y Carlos Graux, el malogrado autor del precioso libro *Essai sur les origines du fonds grec de l'Escurial* Paris, 1880.) Graux habla de Menéndez y Pelayo en sus cartas (Cons. Ch. Graux: *Correspondance d'Espagne*, publicada por M. L. Barrau-Dihigo en la *Revue Hispanique*, Paris, 1905; págs. 300 y 304 de la tirada aparte).

(2) «He de confesar á usted, acá para *inter nos*—escribía á Laverde, en 9 Agosto 1877,—que tengo ciertos deseos de que me hagan académico [illegible] de la Lengua, á pesar de lo desdichadamente que la manejo. *Alta petis*, dirá usted.»

proveedores. En carta de 10 de Febrero de 1881, escribía á Laverde, hablándole de uno de esos donativos: «Cada día se va haciendo más necesaria una colección selecta y bien ordenada de poetas americanos.» Más adelante, como veremos, realizó él esta aspiración.

La parte contemporánea de los *Heterodoxos*, era la que más le preocupaba, porque no tenía tan abundantes datos como respecto de las anteriores. Siguiendo los consejos de Laverde, dirigió una circular á los Obispos, pidiéndoles noticias del movimiento heterodoxo durante el período revolucionario. Contestaron más de treinta, algunos con mucha extensión y con datos muy peregrinos, y así pudo conseguir que la última parte de su libro no fuese inferior en copia de datos á las anteriores.

Durante el primer semestre de 1881, dió en la Unión Católica sus conferencias sobre «Calderón y su Teatro»; fueron tomadas taquigráficamente, y publicadas aquel mismo año, primero en cuadernos sueltos, y después en un tomo. Á fines de 1881, habló también, en el mismo Círculo, acerca de las «Ideas enciclopédicas en España durante el siglo XVIII».

En Setiembre de aquel año, el egregio Verdaguer fué á Santander, como capellán del Marqués de Comillas. Allí escribió é imprimió una magnífica oda «A la benediccio de la capella del Cor de Jesus, erigida per l'Excm. Sr. D. Antoni Lopez», con fecha 5 de Setiembre. Es la que empieza:

«Com d'un infant la virginal parpella
Al primer raig del sol que la ferí,
S'ha oberta avuy la mística capella,
La creu brilla en son front com una estrella
En lo front serenissim del matí», etc. (1).

Á primeros de Octubre, Menéndez y Pelayo estuvo en Sevilla, y allí leyó su discurso sobre *San Isidoro*, que se imprimió aquel mismo año.

---

(1) Una hoja en folio.—No consta esta edición en la excelente *Bibliographie de Jacinto Verdaguer*, de Robert Dubois (R. Foulché-Delbosc); *Revue Hispanique*, tomo XXVI (1912).

La primera mitad del 1882, dedicóla Menéndez y Pelayo, trabajando febrilmente, á terminar el tercer tomo de los *Heterodoxos*, que, en efecto, se acabó de imprimir en Junio. En 15 de Julio escribía á Laverde, desde Santander: «¿Creerás que á estas horas, ni en bien ni en mal, ha escrito nadie una letra sobre tal libro, ni siquiera para decir que se ha publicado? Los krausistas, periodistas y demás *alimañas*, han recurrido a la estratagema del silencio, y todavía ninguno de ellos ha roto la consigna. Los amigos se callan también, quizá porque he dicho ó procurado decir la verdad á todos. Poco importa.»

Por muerte de Moreno Nieto, que falleció poco después de Revilla, Menéndez y Pelayo fué electo académico de la Historia (1).

Durante el verano de 1882, se ocupó en reunir materiales para la *Historia de las ideas estéticas en España*. Remitió á Laverde el plan de la parte relativa á la Edad Media, el 31 de Agosto, y, en Octubre le decía: «Pronto empezaré á dar á la imprenta el primer tomo de la *Estética en España*. Paréceme libro de gran novedad y que puede constituir una Introducción á la Historia de la Literatura española, *que comenzaré á escribir después*.» Valera le había instado á esto último, con grandes instancias.

Entretanto, su colección bibliográfica iba creciendo «como la espuma». Logró reunir casi todos los escritos de Fox Morcillo, una rarísima copia del *Discurso sobre la figura cúbica*, de Juan de Herrera, los pliegos (impresos en 1861) del *Diario* de Jovellanos (que le fueron regalados por D. Cándido Nocedal), y muchos otros peregrinos volúmenes. Según escribía á Laverde, en 6 de Enero de 1883, había encontrado editor para su Bibliografía de Traductores. «La dividiré—decía—en cinco tomos: 1.°, Traductores de lenguas orientales; 2.°, Del griego clásico; 3.°, Del latín clásico; 4.°, De la literatura eclesiástica, así griega como latina;

(1) Su discurso de entrada, sobre: «La Historia, considerada como obra artística» (tema que le fué indicado por Valera), estaba terminado á últimos de Diciembre de 1882.

5.°, De lenguas modernas, incluyendo sólo las traducciones de autores clásicos y archi-famosos» (1).

Á últimos de Marzo de 1883, fué Menéndez y Pelayo á Lisboa, donde pasó doce días deliciosos, agasajado espléndidamente por Valera (nuestro Embajador) y por los literatos y amigos de allá. Allí conoció á la poetisa Carolina Coronado, dueña de dos hermosísimas quintas á una y otra margen del Tajo. No dejó de molestarle, al regresar á Madrid, la noticia de que un conocido escritor pensaba componer cierta *Historia de la literatura española*. «Quizá diga la gente—escribía á Laverde—que yo, que por obligación la enseño, no la he escrito todavía, ó por pereza, ó por no servir para el caso. Y la verdad es que no he puesto mano en ella, por deseo de hacerla buena y completa, y por los enormes trabajos é investigaciones preliminares que exige. Quizá... no se ha hecho cargo de todas las dificultades de la empresa. La *Historia de la literatura inglesa*, de Taine, que es, sin duda, el modelo mejor en su línea, se ha edificado sobre una serie innumerable de monografías. En España no hay nada de ésto, y aun muchos de los monumentos literarios son de difícil acceso. Mientras no estén analizados todos, es imposible el trabajo de síntesis y de conjunto. Yo creo, sin jactancia, haber visto tanto número de libros españoles raros, como el que haya visto más en esta generación, y, así y todo, tiemblo antes de escribir la historia, y, cuando lo haga, la haré á pedazos, á no ser que... se nos adelante, con gloria propia y utilidad de todos. Así y todo, debe irse con pies de plomo, porque no son solamente cosas de erudición las que faltan en nuestra historia literaria, sino cosas esen-

(1) En otra carta, de 12 Febrero 1883, dice también á Laverde: «Te recomiendo un libro muy notable que acaba de publicar un presbítero catalán, llamado Comellas, con el título de *Introducción á la Filosofía, ó determinación del ideal de la Ciencia*. Á mi entender, es un pensador de primera fuerza, y desde Balmes acá, no hemos visto en España nada semejante.» El libro de Comellas y Cluet, publicado en 1883, lleva por título: *Introducción á la Filosofía, ó sea doctrina sobre la dirección al ideal de la Ciencia*, y es, en efecto, de lo poco bueno que la filosofía española del siglo XIX ha producido.

ciales. La historia del Teatro anterior á Lope de Vega, pongo por caso, nadie la sabe sino Cañete, y está en libros inaccesibles. Y así otras cincuenta cosas.» Á pesar de todo, en Setiembre de 1883 tenía intención de comenzar á escribir dicha *Historia*, comenzando por los orígenes, pensamiento que modificó luego, decidiendo empezar por el siglo XVI, para volver luego á los orígenes y á la Edad Media.

Durante el verano de 1883, se acabó de imprimir el primer tomo de las *Ideas estéticas*, y arregló Menéndez y Pelayo la nueva edición de *Horacio en España*. También tradujo por entonces el *Himno* de Yehudá-Ha-Leví, que se publicó en 1884 *(Ilustración española y americana)*.

Después del Gabinete Posada Herrera, vino al poder el partido conservador, con Cánovas á la cabeza y Alejandro Pidal de Ministro de Fomento, a principios de 1884. Menéndez y Pelayo fué electo diputado á Cortes por Palma de Mallorca (1), adonde hubo de ir, quedando «complacidísimo—escribía á Laverde en 21 de Mayo—no sólo por la belleza insuperable de la tierra, que recuerda lo que nos imaginamos que son ó que fueron las islas griegas, sino por la acogida verdaderamente cariñosa y entusiasta que me hicieron aquellos baleares». En Palma, á instancias de Quadrado y otros amigos, dió una conferencia acerca de Raimundo Lulio, que se imprimió allí. Visitó, además, mejor que el distrito, las bibliotecas públicas y particulares, y adquirió más de 30 volúmenes de raros libros lulianos. En aquella isla encontró un movimiento literario muy considerable, enlazado con el de Cataluña, pero con caracteres propios, dentro de la unidad catalana; florecían elegantísimos poetas, como Aguiló, Roselló y Forteza, y grandes investigadores históricos, como Quadrado, tan notable, además, como polemista católico.

---

(1) La legislatura de 1884 á 1885 se abrió el 20 de Mayo de aquel año, y se cerró el 11 de Julio del segundo. La siguiente (de 1885) duró desde el 20 de Diciembre de 1885, hasta el 8 de Marzo de 1886, siendo en ella Presidente del Consejo, Práxedes Mateo Sagasta. En ambas fué diputado Menéndez y Pelayo.

De vuelta á Madrid, ocupóse en planes de reforma de la enseñanza superior, para las bases de una nueva ley de instrucción pública, que el partido conservador deseaba presentar á las Cortes. Pidió consejo á Laverde, el cual remitió algunos proyectos, que pasaron al Ministerio. Laverde entendía que sería conveniente separar los estudios filosóficos de los históricos, filológicos y literarios, en la Facultad de Letras. Menéndez y Pelayo, con mejor acuerdo, era del dictamen contrario, y así escribía á su amigo: «Casi todas las naciones tienen, como nosotros, unidas en una misma Facultad la Filosofía y las Letras, y, á mi entender, con razón. Si la Filosofía no ha de ser un ergotismo bárbaro, de una ú otra escuela, es menester que tenga á su servicio todos los conocimientos auxiliares, y sobre todo, los de Filología, sin los cuales no podría abordar materialmente los textos de los grandes filósofos, ni penetrarse de su contenido. Por otra parte, es muy conveniente que los filósofos sepan escribir, y que estudien historia, para templar así discretamente el elemento racional con el real. Por otra parte, la Facultad de Letras, si le quitas la Filosofía, queda descabezada y sin verdadera trascendencia. La Estética no puede entenderla sino el que haya recorrido todas las partes de la Filosofía. Y así de los demás estudios que hoy tenemos, en apariencia heterogéneos, pero ligados por un lazo oculto, que hace de nuestra Facultad la mejor cultura general del espíritu. Claro es que los alumnos se inclinarán más á una cosa que á otra; pero esto sucede, poco más ó menos, en todas las Facultades. El que brilla en las clases de Derecho positivo, no suele ser el más fuerte en la de Filosofía del Derecho. Creo, pues, *salvo meliori*, que no conviene romper la unidad en que hoy vivimos, y que, si no da sus naturales frutos, es por culpa de la ley, que no ha sabido organizar de un modo gradual y completo los estudios.» Menéndez y Pelayo se inclinaba, además, á suprimir Facultades de Letras, dejando subsistentes sólo dos ó tres en España. En las reformas que entonces se proyectaron, entraban el nombramiento de los jueces de Tribunales de oposición, á propuesta de Universidades y Academias, y la supresión del año preparatorio de Derecho.

Por desgracia, la *separación* con que soñaba Laverde, se ha realizado después, y el resultado no ha podido ser más desastroso. A consecuencia de ella, el número de alumnos en la Facultad de Filosofía de Madrid, oscila entre *uno* y *cinco*; pero hay, en cambio, un nutrido cuadro de Profesores y un lujo de asignaturas que representaría un extraordinario renacimiento científico, si no fuese indicio, por el contrario, de una verdadera decadencia. El orden de las enseñanzas es menos racional que antes, porque se estudia, por ejemplo, Historia de la Filosofía, *antes* de saber Metafísica, y el alumno, al llegar el Doctorado, tiene una preparación menos completa que con el plan precedente. Añádase a esto la *aptitud oficial* del Doctor *en Letras* para hacer oposiciones á cátedras *de Filosofía*, y se comprenderá el espantoso desorden introducido en esa esfera de nuestra enseñanza superior, donde sólo se ha pensado en crear cátedras nuevas, para favorecer muchas veces intereses personales, antes que los ideales de la instrucción universitaria.

***

El 10 de Julio de 1884, se votó en el Congreso de los Diputados la Ley para la adquisición de la Biblioteca de Osuna. El preámbulo de esa ley es una especie de historia compendiada de tan célebre colección, y fué redactado por Menéndez y Pelayo.

Este aumentaba rápidamente el número de sus preciosidades bibliográficas. En el verano de 1884, el bibliófilo portugués García Peres, le regaló, entre otros libros, un manuscrito autógrafo de un tratado de Fisionomía y Craneoscopia, absolutamente ignorado por todos los eruditos, obra de un médico de Carrión de los Condes, el bachiller Luis Fernández, que floreció á principios del siglo XVI, y debe contarse entre los precursores indubitables de Lavater y de Gall. En dicho verano, la biblioteca de Menéndez y Pelayo ascendía ya á unos 8.000 volúmenes, y su dueño hizo construir, en el jardín de su casa, un pabellón capaz para contener 25 ó 30.000 volúmenes más. Al año siguiente (1885), compró muy buenos libros antiguos en la almoneda de

Salamanca (entre ellos la versión castellana del *Cuzary* de Yehudá-Ha-Leví), y entró en posesión de todos los manuscritos de Musso y Valiente, entre los cuales figuraba una traducción en verso del *Ayax* de Sófocles, y otra del *Heautontimorumenos* de Terencio.

En 1885 también, pronunció Menéndez y Pelayo su primer discuso parlamentario, y, por cierto, con extraordinario éxito. Fué el 13 de Febrero, con motivo de la interpelación sobre los sucesos universitarios, y contestando á Castelar, que le había aludido. Allí declaró el primero que el Instituto y la Universidad habían sido su segunda familia; que creía en el determinismo científico, y no en la libertad de la ciencia, porque «la ciencia es fatal»; que los Catedráticos pagados por el Estado deben someterse á su Constitución, al Concordato y al Código penal en sus enseñanzas, y refiriéndose á la desamortización, la llamó, recordando palabras de San Agustín, «inmenso latrocinio».

Pero la vida política no entusiasmaba á Menéndez y Pelayo, ni tenía él condiciones para ella. Necesariamente había de atender á las demandas de su distrito, contestar cartas, visitar Ministerios, asistir á reuniones, hacer viajes, y todo esto le robaba tiempo para sus trabajos literarios, y le causaba una molestia indecible. El mismo Laverde, su amigo más íntimo, necesitaba recordarle cuarenta veces una recomendación, para que Menéndez y Pelayo se decidiese á hacer algo eficaz en su favor.

El 16 de Julio de 1884 murió Milá y Fontanals, en su villa natal de Villafranca del Panadés, dejando á Menéndez y Pelayo heredero de sus papeles manuscritos. Con este motivo, en 27 de Julio de 1885, decía el último á Laverde: «Los testamentarios de Milá me escriben que han reunido ya sus papeles para enviármelos, conforme él dejó dispuesto en sus últimas voluntades. Deben ser muchos, porque llenan dos baúles. Debe haber trabajos muy adelantados, sobre todo el de los *Orígenes del teatro en Cataluña*, que era la obra en que últimamente se ocupaba. Así que estén en mi poder sus manuscritos y los tenga revisados, empezaré á escribir su vida literaria con toda la extensión que reclama. Y si encuentro algún editor que quiera encargarse de

ello, publicaré en dos ó tres volúmenes sus opúsculos literarios, poesías, etc., que tengo recogidos, y á los cuales, de seguro, podrá añadirse mucha cosa inédita, porque él ya tuvo el pensamiento de reimprimir sus estudios coleccionados.»

Durante el verano de 1885 (época en que el cólera hizo estragos en España, alcanzando también á Santander, cuyo Alcalde, que era el padre de Menéndez y Pelayo, se portó bizarramente en aquellas críticas circunstancias), se acabó de imprimir la segunda edición de *Horacio en España*, y terminó D. Marcelino de escribir la parte de las *Ideas estéticas* anterior á la invasión del Romanticismo. En carta de 7 de Octubre, á Laverde Ruiz, deploraba la pérdida de los PP. Caminero (Francisco) y Comellas, y añadía este curioso párrafo sobre *interioridades* académicas: «He oído decir que, para la vacante de la Academia española, se piensa en Ceferino Suárez Bravo. Lo merece por todos conceptos; pero (acá para entre nosotros) creo que debíamos abusar menos de la ventaja del número, y dar entrada de vez en cuando á algún liberal inofensivo y de mérito, ó á algún escritor de relumbrón, que nos congraciara un tanto con las masas. Van tres *neos* seguidos, y parece demasiada intolerancia. Yo no tendría inconveniente en votar á Galdós (1) por ejemplo, pero Tamayo, Cañete y Aureliano piensan de otra manera, y van cerrando demasiado el círculo. De todas maneras, mientras tengamos verdaderos literatos, como Suárez Bravo, los daños de este exclusivismo no serán grandes.»

La impresión de las *Ideas estéticas*, la preparación de la nueva edición de *La Ciencia española* con su *Inventario bibliográfico*, que viene á ser una reseña cronológica del desarrollo de cada rama de los conocimientos humanos en España, y otros trabajos menores, ocuparon á Menéndez y Pelayo durante el año 1886.

En carta á Laverde, de 24 de Octubre de 1886, habla Menéndez y Pelayo por primera vez de su hermano D. Enrique, á quien profesó siempre un cariño sin límites: «No sé si sabrás—dice—

(1) Lo fué, en efecto, más adelante, en 1889; pero entonces el señor Galdós fué derrotado por el Sr. Commelerán.

que tengo un hermano poco menor que yo, llamado Enrique, médico, ó á lo menos Licenciado en Medicina, puesto que no lleva trazas de ejercer nunca tal profesión, á la cual no manifiesta inclinación alguna. Pero, en cambio, manifiesta singulares disposiciones literarias, así de escritor en prosa como de poeta, lo mismo en lo serio que en lo jocoso. Ha escrito mucho en periódicos de Santander, y quizá pronto se publicará un volumen de sus poesías, con prólogo de Amós Escalante. Entretanto, te envío dos ó tres para muestra. Creo que no me ciega la pasión al decirte que pronto tendremos un nuevo poeta montañés, y no de los vulgares.»

***

Si el objeto de este libro no fuese exclusivamente la personalidad y vida literaria de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, yo trataría aquí, con la extensión que merecen, de los escritos de su hermano D. Enrique, porque, por más de un concepto, han de figurar honrosísimamente en la historia de nuestras letras, cuando se escriba con la amplitud é imparcialidad que estas obras deben escribirse.

Y si tal hiciera, claro es que estudiaría con la debida atención sus poesías líricas, de inspiración delicada y sentimental, como las de Selgas y Arnao, sus producciones dramáticas y novelescas, de castiza factura y profunda intención moral, sus artículos festivos y de costumbres, de galana prosa y artístico gracejo. Pero, aunque á algunos pueda parecerles extraño, me detendría con especial complacencia en el volumen: *Interiores*, serie de *cuadros literarios*, publicada en 1910.

No conozco nada, en nuestra literatura contemporánea, que supere en su género á esas íntimas y exquisitas expansiones de un espíritu recogido y modesto, «que ningún placer siente con tanta intensidad como el placer de lo habitual, de lo cotidiano, de lo ordenado», que sabe sacar á la vida su jugo poético, sin temor de que á semejante poesía puedan faltarle materia ni alimento, «puesto que todo lo espera, no de éste ni el otro estilo de

vivir, sino del paso de la vida, de su esencia misma y no de sus accidentes».

Leed aquella deliciosa «Apología del rincón», desde el cual, «mirando al claro de la ventana, se ven pasar los hombres y las cosas, ávidos de ser iluminados un momento»; aquella delicada descripción de «La tapia florida», que calma, con el homenaje de sus humildes parietarias, la ambición del poeta; la narración penetrante, en «Un alto», del misterio de las horas en que el alma «se entra adentro á recorrer sus estancias secretas, sus recónditos jardines»; el relato de las cosas vistas, cuando estudiante, una «tarde de domingo», en su casa de la calle de Valverde, en Madrid, casa «que tiene, como la vida, una fachada al Desengaño»; los *pequeños poemas* en prosa «Voces que no suenan», «Vidas grises», «Luna llena»; la bondadosa ironía de «Lo apacible», y decidme si no experimentais el sedante influjo de lo plácido, y no reconocéis con el autor los encantos de la paz y del silencio, en medio de los cuales «cobran voz y relieve las cosas menudas, las cosas humildes, que son para ciertos espíritus las reinas de las cosas».

De esta clase de escritores hay algunos, pero muy contados, en España. Recuerdo á Eduardo L. Chavarri, el autor de *Armónica* y de *Cuentos líricos*, en Valencia; á Santiago Rusiñol (el Rusiñol de *Oracions* y de *El poble gris*), en Barcelona. Suelen ser humoristas (no al modo cáustico y punzante de Byron ó de Heine, sino á la manera suave y agridulce de Daudet) y críticos; pero antes que nada son poetas, de dulce y serena intimidad.

Así es Enrique Menéndez, por quien su hermano sentía un afecto entrañable, demostrado en mil ocasiones. Y si queréis ver cómo le correspondía el primero, reparad en aquella encantadora y cariñosa alusión con que termina el cuadro de «La criada vieja», en los mencionados *Interiores:*

«Tal es la fuerza de su ilusión, de su traslación á aquellos días felices, que yo me siento menguar de estatura poco á poco, y ya no tengo barbas..., ni escamas, y soy pequeño, y curso Humanidades... Nos han dejado solos á los chiquillos: yo, que debo estudiar mis lecciones, juego á la trompa, ó miro los santos del

Semanario Pintoresco, y la Juana prepara la cena y cuida á la vez de mi aplicación.

—A ver cómo estudias, chiquillo.

—No me da la gana. ¡A la cocina!

—¡Holgazán, más que holgazán! No, no te han de encontrar á ti en las *hipotecas* como á tu hermano...»

***

En Noviembre de 1886, tenía trazado Menéndez y Pelayo el Plan de los últimos tomos de las *Ideas estéticas* (siglo XIX). Como no llegó á publicar sino la larguísima Introducción de esta postrera parte, sólo referente al extranjero, creo conveniente dar á conocer aquí el fragmento de dicho Plan que ha llegado á mi noticia.

La parte española del siglo XIX, había de comprender los siguientes capítulos:

«1.° El Romanticismo: su influjo en la filosofía del arte y en la preceptiva de las diversas artes.

2.° La Estética general en España durante el siglo actual.

3.° Vicisitudes de la preceptiva literaria, desde la época romántica hasta nuestros días.

4.° Estética de las Bellas Artes del Diseño.

5.° Estética musical.—Otras artes secundarias.

6.° Epílogo.—Estado actual de la ciencia.—Principios fundamentales de ella que pueden tenerse por ciertos y seguros.—Esperanzas de una futura construcción sistemática de la Teoría de lo Bello.»

El capítulo 1, según dicho Plan, se distribuía de este modo:

«*El Romanticismo en España.* Sus innovaciones en la teoría y práctica del Arte.—Enlace del romanticismo con la tradición literaria española.—Breve recapitulación de lo dicho en el volumen anterior sobre las tentativas y protestas románticas del siglo XVIII. (Aquí insistiré en algunas cosas que antes se han dicho sólo de pasada, verbigracia, en los elementos semi-románticos que contienen algunas poesías de Meléndez, Cienfuegos,

Quintana, Arriaza, Lista y otros.)—La guerra de la Independencia: su influjo en el despertar del genio nacional.—Primeros asomos de crítica romántica: D. Genaro Figueroa (*Análisis del Teatro español*: 1813). —Böhl de Faber (1817) levanta resueltamente la bandera romántica en los periódicos de Cádiz y en varios folletos, haciéndose eco de las opiniones de Guillermo Schlegel.—Polémica de Bohl de Faber y de su mujer con Alcalá Galiano y D. José Joaquín de Mora, en defensa del Teatro de Calderón (1818). —Ayudan a Böhl varios escritores gaditanos.—Empiezan a difundirse traducciones de las obras de Chateaubriand, Madame de Staël, etc. —Época constitucional del 20 al 23.—Crítica ecléctica representada por Lista en *El Censor*, haciendo muchas concesiones al Teatro español, pero conservando lo más sustancial de los preceptos clásicos.—Innovaciones tímidas que acometen en el Teatro Gorostiza, Burgos, Trueba y Cosío y algún otro.—El movimiento romántico en Barcelona: aparición de *El Europeo* en 1822.—Doctrinas estéticas de Aribau, López Soler y Monteggia, que dan á conocer las obras de Schiller, Walter Scott, Manzoni, Byron, etc.—Doctrinas literarias dominantes entre los emigrados españoles de 1823.—Romanticismo histórico, a la inglesa ó á la escocesa (Blanco White en las *Variedades ó Mensajero de Londres*, Andrés Bello en el *Repertorio Americano*, Salvá y otros en los *Ocios de españoles emigrados*, Almeida Garrett en *O Portuguez*, Trueba y Cosío en los prólogos de sus novelas, el duque de Rivas, Alcalá Galiano en el prólogo al *Moro Expósito*, Villalta, Mora, etc).—Martínez de la Rosa, después de la publicación de la *Poética*, modifica sus ideas en sentido romántico templado: sus dramas: su discurso sobre *El drama histórico*.

(Progresos de las nuevas ideas dentro de España: multiplícanse las traducciones de novelas de Walter Scott.—Primeros conatos de novela histórica, por Húmara y Salamanca, López Soler, Kostka Bayo, P. Pérez y otros de Barcelona y Valencia.—Las ideas críticas en Madrid: Burgos (sus estudios sobre el Teatro español, su discurso de entrada en la Academia, etc.): Clemencín (Notas al *Quijote*): Cortina y Hugalde (Notas á la *Literatura*

española, de Bouterweck), D. Bartolomé José Gallardo, Navarrete, D. Serafín E. Calderón, y otros eruditos.—Despiértase el amor á la antigua literatura nacional.—Primeros atrevimientos dramáticos de Bretón y Gil y Zárate.—Las *Cartas Españolas*.—Primeros escritos en sentido romántico: discurso de Donoso Cortés en la cátedra de Humanidades de Cáceres; discurso de don Agustín Durán sobre el antiguo Teatro español; nuevas publicaciones de Böhl de Faber.—Influencia de las enseñanzas de Lista: sus principales discípulos (Espronceda, Vega, Pardo, Molins, etcétera, etc.).—Muerte de Fernando VII y triunfo definitivo de la escuela romántica.—Sus críticos: Larra, Espronceda, Ochoa y Madrazo (en *El Artista)*; Enrique Gil, Pastor Díaz, Tassara, Donoso Cortés *(Clasicismo y Romanticismo)*; Alcalá Galiano, Pacheco, Cueto (en *El Piloto)*, etc., etc.—Posición independiente de Lista: sus artículos en *El Tiempo*, de Cádiz *(Ensayos literarios y críticos)*: su influencia en Andalucía; sus principales discípulos en esta nueva etapa (Amador de los Ríos, Fernández Espino, Zapata, Huidobro, etc.).—El romanticismo catalán (clasicismo independiente de Cabanyes): Piferrer, Carbó, Semís, Milá (en su juventud), Rubió, Quadrado, Arolas, Aguiló, Ribot y Fontseré (su *Poética romántica)*.—Manifestaciones diversas de este romanticismo en Mallorca y Valencia: sus resultados; renacimiento de la lengua y literatura catalanas.—El Romanticismo en Portugal: sus resultados; creación del teatro y de la novela histórica: Almeida Garrett, Herculano, Soares de Passos, Rebello da Silva, Mendes Leal, Andrade Corvo, Silva Gayo, etc., etc.—Posición independiente de A. Feliciano del Castilho. Sus concesiones al romanticismo.—La revista portuguesa *O Panorama*, es allí lo que en Madrid *El Artista*.—Renacimiento de la poesía popular: el *Romancero* de Almeida Garrett, etc., etc.

»Consecuencias del Romanticismo: en la Teoría general del Arte; en las artes plásticas; en la música (esto rápidamente, porque luego ha de tratarse en capítulos diversos); en la poesía lírica; en el teatro; en la novela; en la historia; en la arqueología; en el modo general de sentir y en las costumbres.»

Algunas (muy pocas) indicaciones sueltas hay en las cartas de

Menéndez y Pelayo á Laverde, acerca de la manera de desarrollar ciertos temas de los mencionados (1). Del Duque de Rivas y su influencia tenía altísimo concepto: «Yo no sé—decía—si me ciega la afición que tengo á todas las cosas de su casa; pero creo que *Don Alvaro* es una concepción mucho más amplia y más admirablemente ejecutada que cuantas admiramos en el antiguo teatro español: tal, en suma, que sólo en Shakespeare ó en el *Wallenstein* de Schiller puede encontrar semejante. Y creo también que *El Moro Expósito* y los *Romances* son la poesía más genuinamente épica que ha brotado en el siglo XIX, superior mil veces á los poemas cortos de Walter Scott, y tan buena como sus mejores novelas.» (Carta de 2 de Abril de 1883.)

De una preciosa adquisición bibliográfica, de la cual habla en *La ciencia española*, da cuenta á Laverde, en carta de 13 de Junio de 1887: «He adquirido—escribe—gracias al librero Quaritch, de Londres, el más extraordinario ejemplar que puedes imaginarte de la *Antoniana Margarita* (primera edición de Medina del Campo, 1554), adicionada con las *Objectiones* de Miguel de Palacios, con la réplica de Gómez Pereira, y con su *Nova veraque Medicina*. Este maravilloso ejemplar tiene, además, una soberbia encuadernación de Dérome en cuero de Levante. A juzgar por las señas bibliográficas, debe de ser el mismo ejemplar que adquirió tan alto precio en la venta de los libros del Duque de La Valliere á fines del siglo pasado, y que luego perteneció al bibliófilo inglés Payne. Le tengo por la joya más preciosa de mi colección de filósofos españoles, donde hay libros tan extra-

(1) En carta de 20 Setiembre 1887 disculpa Ménendez y Pelayo la desmedida latitud de algunos tomos de sus *Ideas Estéticas*, y añade: «Al principio quise hacer un libro meramente histórico; ahora me va resultando tan didáctico como histórico, lo cual no me pesa, por lo mismo que no hay en España ningún tratado de Estética tan amplio y copioso como hoy exige el contenido de esta ciencia.»

Sobre los tomos de dicha obra, por entonces publicados, publicó un entusiasta artículo el Dr. Ad. Lasson en la *National-Zeitung* de Berlín, enalteciendo la importancia de los descubrimientos de Menéndez y Pelayo para la historia general de la ciencia estética.

ordinarios como aquél *De hominis natura*, de Pedro de Montes, que en ninguna otra parte he visto» (1).

En 1887 también empezó la impresión del tomo III del *Ensayo* de Gallardo, de cuya corrección hubo de encargarse Menéndez y Pelayo á ruegos de Tamayo, porque Zarco del Valle y Sancho Rayón se excusaron. Asimismo comenzó en dicho año la impresión de las *Obras* de Milá, que habían de constar, a juicio de Menéndez, de once á doce tomos; en el último pensaba publicar sus *Memorias sobre la vida literaria de Milá*, con un apéndice de correspondencia suya muy interesante con doctos extranjeros. El Dr. Wilkens, Profesor de Viena, le remitió por entonces parte de la correspondencia de Milá con Fernando Wolf.

En Febrero de 1888, el editor Navarro propuso á Menéndez y Pelayo la publicación de una *Antología de líricos castellanos*, proyecto que el segundo acogió con entusiasmo, y que no empezó á realizarse hasta 1890. Pensaba que la colección constase de *diez* ó *doce* volúmenes. En el primero irían los anteriores á Garcilasso. A Lope de Vega se le dedicaría un tomo, y otro a Quevedo. Se reimprimiría la *Primavera y flor de romances*, de Wolf y Hofmann. Habría dos volúmenes para los poetas americanos. Este plan sufrió luego una transformación radical, de tal suerte, que en 1908, publicados *trece* tomos, todavía no se había entrado en Garcilasso.

Por aquel año de 1888 estuvo nuevamente Menéndez y Pelayo en Barcelona, donde leyó un discurso en catalán, que fué extraordinariamente aplaudido y que se imprimió. «La Reina—escribía á Laverde, contándole el suceso,—á quien se le dimos en una traducción castellana, quedó, al parecer, muy encantada; me convidó á comer, y me dijo mil cosas agradables.»

A principios de 1889 fué nombrado Bibliotecario (interino) de la Real Academia de la Historia, á propuesta de Cánovas y de Gayangos, lo cual le agradó sobremanera, no sólo por la ventaja

(1) También adquirió entonces una importante colección de más de 300 tragedias clásicas castellanas, impresas y manuscritas, de los siglos XVIII y XIX.

de tener casa, sino por la de estar al frente de una Biblioteca tan importante, y de la cual podía sacar tanto fruto para sus estudios.

* * *

En la Universidad fué encargado Menéndez y Pelayo de inaugurar el curso de 1889 á 1890. Su primer pensamiento fué tratar de *Luis Vives*, y con esta idea trabajó más de un mes durante el verano de 1889; pero viendo que el estudio resultaba larguísimo y que le sería imposible terminarle dentro del plazo fatal de los dos meses, determinó guardar todos sus apuntes para un libro futuro, y, apremiado por el tiempo, escribió «de prisa» una disertación sobre *las vicisitudes de la filosofía platónica en España*.

Fué entonces la primera vez que oí en público á Menéndez y Pelayo, y jamás se borrará de mi memoria el efecto de aquella magistral oración, briosamente leída, escrita con erudición y crítica profundas, precedida, además, de dos encantadoras semblanzas de Camús y de García Blanco.

Aquel mismo año, la Real Academia Española determinó emplear sus grandes ahorros en una edición monumental y completa de Lope de Vega. Menéndez y Pelayo fué el encargado de dirigirla. El primer tomo había de contener la biografía de Lope, escrita por La Barrera y adicionada por D. Marcelino con nuevos documentos.

A fines de 1889, fué electo Académico de Ciencias Morales y políticas. En cuanto al tema de su futuro discurso de entrada, Menéndez vacilaba entre «Séneca y D. Francisco de Quevedo, considerados como moralistas», y «Francisco Sánchez y los precursores españoles de Kant». Al fin se decidió por el segundo.

El tomo I de *Lope*, las *Obras* de Milá, la nueva edición del tomo I de las *Ideas estéticas*, ocupaban á Menéndez y Pelayo al empezar el año de 1890. Adquirió también por aquellos días un libro de la mayor rareza: el *Pugio Fidei*, de Raimundo Martín, y algunos códices importantes del siglo XV (entre ellos, uno que contiene la versión del *Phedon* platónico, por el Dr. Pedro Díaz de Toledo, y el compendio de la *Iliada*, por Juan de Mena; y otro,

copia del siglo XVI, del *Libro de las virtuosas e claras mugeres*, de D. Álvaro de Luna).

Por entonces dió en Madrid una conferencia pública acerca de Manzoni; pero fué casi totalmente hablada, y no había taquígrafos, por lo cual resultó imposible recogerla.

Su biblioteca pasaba en 1890 de los 10.000 volúmenes. Aquel año, el Marqués de Valmar, en agradecimiento por la colaboración que le prestó en la edición académica de las *Cantigas*, le cedió todos los materiales que tenía reunidos para el tomo IV de *Líricos del siglo XVIII*, que no quiso publicar Rivadeneyra. También le regaló, entre otras curiosidades, el ejemplar de *Esvero y Almedora*, que Maury dió á Valmar en 1844, lleno de enmiendas y adiciones para una segunda edición que el autor proyectaba.

En carta de 23 de Setiembre de 1890, Menéndez y Pelayo hablaba á Laverde del tomo I de la *Antología de poetas líricos*, ya publicado; del III de las *Obras*, de Milá, y del artículo sobre un poeta montañés del siglo XVIII, inserto en el volumen *De Cantabria*. Al mismo tiempo le agradecía, en cariñosas frases, la *Oda* que Laverde le había dedicado.

Gumersindo Laverde Ruiz no pudo contestarle. La terrible enfermedad nerviosa que durante diez y seis años le había atormentado cruelmente, poniendo á prueba su resignación cristiana, acabó con su vida entonces. Murió en 12 de Octubre de 1890. En el citado volumen *De Cantabria*, «Pedro Sánchez» había tratado de su persona y escritos. Después de su fallecimiento, nada importante se hizo para enaltecer la memoria del inspirado poeta de *La luna y el lirio* (1).

***

La muerte de Laverde fué, sin duda, un golpe durísimo para Menéndez y Pelayo. Con aquel inolvidable «restaurador de los

(1) Véase especialmente el artículo de D. Juan Vázquez de Mella en la *Hoja Literaria* de *El Correo Español* de 27 Enero 1892. Fué reproducido en *El Pensamiento galaico* de 5 Febrero del mismo año.

estudios de filosofía española», había convivido intelectualmente desde 1874: con él consultaba las correcciones de sus versos, los planes de sus futuras obras, los pliegos de las que iban imprimiéndose: á él debió, en suma, buena parte de su dirección espiritual durante la época que á grandes rasgos hemos narrado. Tan honda fué esa comunidad de pensamiento, que muchas veces, en el curso de su correspondencia epistolar, Menéndez y Pelayo se olvidaba de la paternidad de sus propias obras, y solía decir «*nuestro* trabajo», refiriéndose á cualquiera de los libros que llevaba publicados.

Y es de notar, además, esta circunstancia: muerto Laverde, el aspecto de la producción literaria de Menéndez y Pelayo, cambia de un modo bastante notable. Desde 1874 hasta 1890, Menéndez y Pelayo es, casi únicamente, un *humanista* y un *historiador de la filosofía*. La crítica literaria, en que, ciertamente, no dejó nunca de ocuparse, es un accidente, y nada más que un accidente, en su labor de la época referida. Pero, desde 1890 en adelante, la Poesía, los clásicos y la Filosofía ocupan en su vida un lugar secundario, y, aunque informado por su espíritu renaciente y filosófico, que le dió el sentido artístico de la forma y la visión transcendental del ideal, se ocupa preferentemente en la ilustración de la historia literaria española.

Como antes he indicado, fué electo diputado á Cortes por vez primera en la legislatura de 1884 á 1885. Nuevamente lo fué en 1891, por la circunscripción de Zaragoza. En las legislaturas de 1893 á 1894 y 1894 á 1895, fué senador por la Universidad de Oviedo. Desde 1899 hasta su muerte, desempeñó el cargo de senador, elegido por la Real Academia Española. El partido conservador, al cual perteneció, con invariable consecuencia, desde los primeros momentos de su vida política, no encontró ocasión propicia para nombrarle senador vitalicio, á pesar de que Menéndez y Pelayo no ocultaba su deseo en tal sentido. Bien es verdad que D. Marcelino concedía escasísima atención á los asuntos políticos: apenas utilizaba otro derecho de senador que el de servirse de la estafeta oficial; y no iba al Parlamento sino en contadísimas ocasiones, cuando su presencia era necesaria para algu-

na votación de excepcional interés. Otro tanto le ocurría respecto del Consejo de Instrucción pública, al cual perteneció durante varios años.

Su vida se hacía también cada vez más solitaria y aislada. Cuando joven, no le disgustó, sin embargo, la sociedad: frecuentaba los bailes de la condesa de Villalobos, madre del actual marqués de Cerralbo, asistía á las tertulias de Fernández-Guerra, del marqués de Valmar y del marqués de Heredia, comía y almorzaba en diversas casas (entre ellas en el palacio de la duquesa de Alba y en casa de la marquesa de Viluma); desde 1895 en adelante, fué apartándose poco á poco de lo que no fuera su ordinaria y frugal existencia, limitando sus visitas á contadísimo número de buenos amigos, entre los que figuraba el Excelentísimo Sr. D. Francisco de Laiglesia, con quien le ligaron lazos de entrañable y nunca desmentido afecto. Aborrecía la etiqueta y las ceremonias oficiales, y siempre fué poco ducho en trámites oficinescos. La ocupación de escribir cartas, que le distraía de sus trabajos favoritos, causábale un martirio increíble, y no hay que decir que las recibía diariamente por docenas, de diversas partes del mundo. Nunca gustó de secretarios, y así la correspondencia se amontonaba en su mesa, causándole desazones sin cuento la imposibilidad en que se hallaba de contestar á todos sus corresponsales.

Durante sus veinte años de profesorado universitario, ejerció influencia eficaz y duradera en las generaciones que escucharon su palabra. Su sistema consistía en dar conferencias sobre los diversos extremos comprendidos en el tema especial del curso. Comenzó su enseñanza explicando la literatura hispano-latina, y sucesivamente siguió tratando, en los cursos posteriores, de las épocas siguientes. El último mes del año académico, solía dedicarlo á conversar con los alumnos acerca de los puntos que habían sido objeto de sus conferencias. No encomendaba trabajos particulares, ni hacía excursiones con los alumnos, ni se convertía en *director de las conciencias* de estos últimos, como algunos hacen; pero predicaba con el ejemplo, y enseñaba á trabajar, trabajando él, que es la manera más eficaz, como ha demostrado

la experiencia, de crear discípulos. Del efecto de su método podrá dar idea la siguiente anécdota, referida por mí en 1906 y alusiva á la época en que oficialmente fuí su discípulo:

Hablaba el maestro aquel año de Tirso de Molina, y, desde la primera conferencia del curso, nos cautivaron su incomparable plan y el encantador aticismo de su palabra. Era un día de los brumosos de Enero. Habíamos entrado en clase á las tres de la tarde, para salir a las cuatro y media. Aquel día se trataba de la comedia *El Rey Don Pedro en Madrid*, y el maestro discutía las atribuciones que á Tirso y á Lope de Vega se han hecho de la referida obra dramática. El maestro se *encaró* (esta es la expresión propia) con la inmortal figura del monarca castellano, comenzó á determinar su representación histórica, y pasó luego á contarnos cómo esa figura había sido interpretada en la literatura, desde Tirso hasta Zorrilla, pasando por Lope de Vega. Más que una conferencia académica, parecíanos aquello un desfilar positivo y real de personajes de carne y hueso, cada uno de los cuales vaciaba ante nosotros su alma y nos revelaba con profunda y maravillosa sinceridad los misteriosos escondrijos de su pensamiento y de su vida. El maestro se hallaba como poseído de un sagrado entusiasmo, y nosotros escuchábamos con la misma recogida y ferviente atención con que el prosélito puede oir la palabra de un enviado del Altísimo. La obscuridad, que cada vez envolvía más intensamente al aposento, el corto número de los que allí estábamos, el silencio imponente que se guardaba, todo contribuía á que la palabra incisiva y vibrante del maestro produjese un efecto más poderoso... Pero, de pronto, alguno de nosotros observó que la hora de salida iba á dar, y que *Manolín*, el viejo bedel, entraría en breve á indicar á D. Marcelino que la clase debía concluir... Sin ponernos de acuerdo, surgió la misma idea en nuestras mentes, y un compañero salió sigilosamente á conminar al bedel con las más estupendas penas, á fin de que, por aquel día, no entrase á perturbar nuestra devoción. En efecto, la hora fatídica no fué anunciada, y el maestro, embebecido en el asunto, hablaba y hablaba, y su palabra era raudal inextinguible de ciencia y de *visión* literaria. Y la luz llegó á desapare-

cer por completo, y el maestro, no pudiendo ya leer en el texto de Tirso, lo recitaba de memoria, y recitaba también á Lope y á Zorrilla, y á muchos más, y los interpretaba y comentaba, y sacaba á luz los secretos de su obra, y el encanto de la lección tocaba en los linderos de lo prodigioso... Pero dieron *las seis de la tarde* y el maestro hubo de advertir lo avanzado de la hora, suspendiendo la explicación.

»Y salimos de clase, silenciosos y conmovidos, absortos en las palabras del maestro, conservando el recuerdo de aquella tarde memorable, como los felices comensales del *Symposio* platónico guardaron siempre el de los divinos coloquios de Sócrates con la extranjera de Mantinea.»

***

En 16 de Diciembre de 1892 fué nombrado definitivamente Bibliotecario perpetuo de la Real Academia de la Historia, trasladando su residencia desde el Hotel de las Cuatro Naciones al modesto desván de aquella Casa, que ocupó hasta su muerte, y donde le acompañó en los primeros años su excelente amigo y paisano D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja.

En 1891 había publicado el último tomo de la *Historia de las ideas estéticas en España*, interrumpiendo esta publicación para ocuparse en la *Antología de poetas líricos castellanos* (comenzada en 1890) y en las *Obras de Lope de Vega* (empezadas también en 1890), tareas ingentes que, entremezcladas con la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893-1895), le ocuparon, respectivamente, hasta 1908 y 1902. Desde 1905 hasta su muerte, fueron los *Orígenes de la Novela* y la edición de sus *Obras completas* las tareas literarias en que principalmente invirtió su tiempo, no sin producir á la vez considerable número de trabajos menores, que van reseñados en la *Bibliografía*.

En Junio de 1898 murió el dramaturgo Manuel Tamayo y Baus, Director de la Biblioteca Nacional, y en Julio del mismo año fué nombrado en su lugar, para este último puesto, Menéndez y Pelayo. Los trámites de este suceso han sido puntualísi-

mamente narrados por el Sr. Paz y Melia en un interesante artículo de la *Revista de Archivos*, donde se demuestra el decisivo interés que por ese nombramiento mostró la Duquesa de Alba, y la resuelta actitud del Ministro (D. Germán Gamazo) en favor del mismo. Menéndez y Pelayo quedó satisfechísimo con el nuevo cargo, acerca del cual escribía desde Santander, en 27 de Junio, á la Duquesa: «No puedo entrar con mejores auspicios en esta nueva Dirección que se abre á mi vida, y en que creo poder prestar más útiles servicios que en la enseñanza, cuyo mecanismo me ha sido siempre antipático, al paso que el vivir entre libros es y ha sido siempre mi mayor alegría.» Como Director de la Biblioteca Nacional, Menéndez y Pelayo dedicó sus esfuerzos á la publicación de Catálogos especiales (que empezaron á aparecer en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*), y á la de Memorias premiadas en concursos. Bajo su dirección, la recién fundada *Revista de Archivos* llegó á figurar á la cabeza de las revistas de erudición española. Él mismo, personalmente, repasó todos los volúmenes de la colección Gayangos, para poner á parte los verdaderamente raros. Preocupábase también de la organización interior de la Biblioteca y de los servicios á ella encomendados; pero luchó casi siempre con la indiferencia ó el espíritu de partido de los Gobiernos, y sobre todo con la falta de recursos económicos, que le impedía realizar todas las reformas que proyectaba, y cuya no ejecución le hizo á veces objeto de censuras, en las que no siempre se tuvo en cuenta que lo más importante no dependía de su voluntad. Secundábale en tales esfuerzos el subjefe de la Biblioteca, D. Antonio Paz y Melia, que además de haber dado siempre pruebas del celo mas exquisito en el cumplimiento de sus deberes profesionales, es uno de los eruditos á quienes más tienen que agradecer la historia y las letras en España.

Menéndez y Pelayo solía hacer dos ausencias bastante largas de Madrid, como cuando era catedrático: una, desde primeros de Julio hasta bien entrado Octubre; otra, desde primeros de Diciembre hasta últimos de Enero. Esperaba siempre con verdadera ansiedad la llegada de estas *vacaciones*, porque duran-

te ellas era cuando realmente trabajaba en su biblioteca de Santander.

En Madrid solía levantarse tarde, aunque leía y corregía pruebas en la cama desde muy temprano. Para desayunarse, tomaba una taza de café; levantábase poco antes de mediodía, arreglábase en pocos minutos, y salía de casa. Almorzaba y comía casi siempre en restaurants: primero, en Fornos; después, en el Italiano ó en Tournier. Gustábale una comida selecta; pero era muy parco, en especial para cenar. Muchas veces le ví contentarse, para esto último, con una ración de jamón en dulce y una copa de vino. Después de almorzar, marchaba á la Biblioteca, de donde salía á las tres y media ó las cuatro de la tarde, yendo luego á la Cervecería Inglesa, para tomar una ó dos copas de cognac con agua de Seltz, y retirarse á casa, en la cual solía hallarse á las cinco ó cinco y media de la tarde. Salía nuevamente para cenar, volviendo inmediatamente á casa, porque era poco amigo de trasnochar. Al teatro iba pocas veces; sin embargo, en su juventud frecuentaba el Español. Una de las últimas ocasiones en que asistió al teatro, fué con motivo de la representación de *Los intereses creados*, de D. Jacinto Benavente, cuyas obras tenía en grandísimo aprecio, recomendando siempre su lectura á los que le interrogaban sobre la literatura contemporánea. Estaba muy bien enterado de esta última; pero casi siempre rehuyó escribir acerca de ella, porque tenía entre manos otras tareas que absorbían todo su tiempo. No solía recibir los días de trabajo; pero sí los domingos por la tarde, en que formaban parte de su tertulia algunos amigos, como D. Jacinto Octavio Picón, el Conde de las Navas, D. Ricardo Spottorno, D. Juan y D. Ramón Menéndez Pidal, D. Manuel Serrano y Sanz, D. Agustín G. de Amezúa, D. Julio Puyol y otros varios admiradores suyos, españoles y extranjeros.

Cuando se aproximaba la época de su viaje á Santander, dedicabase á empaquetar los libros que había ido adquiriendo, para meterlos en cajones y enviarlos por gran velocidad a aquel punto. En Santander se levantaba algo más temprano que en Madrid; á las ocho, en la cama, tomaba una taza de café puro; á

las diez, levantado ya, almorzaba y pasaba á la biblioteca (cuyos índices iba redactando su hermano D. Enrique), y allí revolvía papeles y hablaba con las personas que iban á visitarle ó á consultar sus libros. El trabajo más intenso de producción lo realizaba de una a cinco de la tarde. Á las cinco comía y salía de paseo (ordinariamente en tranvía) hacia el Sardinero, ó entraba un rato en el Círculo de Recreo. Cenaba entre nueve y diez de la noche, acostándose á las once.

Á su muerte, su biblioteca de Santander pasaba de los 40.000 volúmenes, habiendo entre ellos libros y manuscritos rarísimos. «Está—escribe el Sr. Lomba y Pedraja—en mitad de un jardín... Isla dichosa para el espíritu, lugar de refugio, santuario de la esquiva, abstraída y austera Palas. Sugiere el recogimiento y le impone. Voz íntima, de invencible atracción, tiene para el hombre de estudio; rechaza implacablemente al profano. El edificio no es lo principal en este momento; pero tiene interés y fisonomía. Conviene, pues, que se sepa que consta de tres naves, y que la del medio es mas ancha, más alta, más clara y más hospitalaria para el visitante estudioso que las otras dos. La luz invade el recinto por vidrieras espléndidas, situadas en lo alto; dos enormes mesas de nogal ocupan el centro; en derredor, sin dejar mas hueco que el de las puertas que dan paso á las salas laterales, los estantes suben hasta la bóveda. Los más bajos se sirven desde el suelo; dos escaleras y un balconcillo en cornisa dan acceso á los superiores. De las salas laterales, la una, la del Norte, es el vestíbulo: en ella está la puerta de cristales que comunica con el exterior; los volúmenes que pueblan sus estanterías son obras, las mas de ellas, de gran bulto y de escaso valor bibliográfico: largas colecciones de revistas, de periódicos, de actas de sociedades, diarios de sesiones parlamentarias, anales, etc., etc.; libros de información y no de doctrina. La sala del Sur es, en cambio, el arca del tesoro. Allí están los códices preciosos, los ejemplares rarísimos. En ella, al ángulo SO. del edificio, separado de lo restante por una puerta, está el estudio del Maestro. Le veréis siempre revuelto y en desorden: libros apilados, cuartillas, pruebas de imprenta, cartas, sobres, tarjetas, plumas partidas, tinteros que se

desbordan... ¡Una leonera intelectual! Tiene su puesto insigne en el mapa literario de España. Salieron de allí los prólogos de «Lope», los de la «Antología», la historia de la novela... ¡Chitón!...» Entre las preciosidades acumuladas en aquel espléndido local, que D. Marcelino conocía al dedillo sin necesitar Indice ni Bibliotecario que lo manejara, «descuella—escribe el mismo señor Lomba, discípulo ilustre y queridísimo de Menéndez y Pelayo,—la colección completa de las ediciones del *Palmerín de Inglaterra*... La poesía lírica castellana esta representada soberbiamente por las más inasequibles obras y ediciones. Allí los cancioneros de Amberes de 1557 y 1573, el cancionero de romances de 1555, el cancionero de Sepúlveda, de Amberes, de 1580; allí los romanceros generales de 1604, de 1614, y la segunda parte del de Miguel de Madrigal de 1605. Los inteligentes conocen bien el valor de estas joyas. Si hablamos de teatro, aquella inacabable colección de comedias de todas las épocas de nuestra escena nacional, causa maravilla. En este ramo, aparte la cantidad inmensa de materiales recogidos en todas partes por el infatigable bibliófilo, han venido á parar á esta biblioteca en su mayor parte las riquezas que en las suyas acumularon pacientemente Cañete, el marqués de Valmar y D. José Sancho Rayón.—La sección de filosofía española es asimismo digna de atención especial. Allí, por ejemplo, se admira una colección muy completa de ediciones lulianas, entre ellas la de Maguncia. Antiguas y raras ediciones de Averroes, de Maimónides y otros pensadores ilustres españoles la hacen digna compañía. Brilla entre todas estas preciosidades la *Antoniana Margarita* de 1554, de Medina del Campo.—Pasaremos como en volandas por las literaturas clásicas, de que existen muchos libros muy buenos, principalmente de humanistas españoles; por las cuatro literaturas modernas: alemana, inglesa, francesa é italiana; por la época moderna de nuestra propia literatura, tan opulenta; por la sección de historiografía española, que es curiosísima; por la de libros viejos de ciencia, donde se hallan tantas cosas extrañas; por la sección de bibliografía; por los libros de música; por las ediciones y traducciones de la Biblia... ¿Y nada he de apuntar de los

códices preciosísimos? De todas las variantes de la *Crónica general* de Don Alfonso el Sabio hay algún ejemplar manuscrito. Uno hay, hermoso en extremo, de la primera y original redacción, en vitela, conservado primorosamente. Otro hay bilingüe, parte en castellano y parte en gallego, de otra redacción posterior. Códice hay y admirable ¡y de qué rareza! de la *Crónica troyana;* códice de la *Grande é general estoria;* códice de gran mérito de las *Ordenanzas de Madrid-Alcalá.....*»

Todo esto corrió cierto peligro de incendio hacia fines de 1911, lo cual propocionó regular susto á Menéndez y Pelayo. Escribiendo al Sr. D. José de Armas, á 8 de Enero de 1912, le decía: «Afortunadamente, lo del peligro de incendio de mi biblioteca tuvo algo de *infundio* periodístico. Hubo, sí, un incendio de poca consideración en un almacén de maderas, pero a razonable distancia de mi casa, y en noche en que no hacía viento, por lo cual pudo apagarse en seguida. Pero no dejé de pasar alguna alarma, porque no tengo asegurado nada, ni las joyas bibliográficas es posible asegurarlas.....»

En la adquisición de tales joyas empleó Menéndez y Pelayo casi todo su caudal, consistente en su sueldo como Profesor, y después como Director de la Biblioteca Nacional, y en los productos de sus libros.

El editor de la *Antología de poetas líricos* le pagaba primero 500 pesetas, y después 1.000, por cada tomo. Mil pesetas le valieron también cada uno de los volúmenes de los *Orígenes de la novela*. Quinientas percibió, al principio, del editor de la *Colección de escritores castellanos*, por cada tomo. Mayores cantidades obtuvo por los *Heterodoxos* y por los tomos de Lope. Al celebrar con el editor D. Victoriano Suárez el contrato para la edición de las *Obras completas*, en cuya redacción intervine, comenzó á percibir retribución harto más ventajosa que las anteriores; pero no disfrutó de ella mucho tiempo, porque sólo dos volúmenes se publicaron durante su vida.

***

Creada en el Ateneo de Madrid la Escuela de Estudios Superiores, figuró Menéndez y Pelayo entre los primeros profesores, desde el curso de inauguración (1896 á 1897) hasta el de 1902 á 1903, tratando en sus conferencias de *Los grandes polígrafos españoles*. Sus primeras lecciones versaron sobre Séneca, San Isidoro y Averroes. Después comenzó á hablar de los polígrafos españoles del Renacimiento, ocupándose sucesivamente de Raimundo Lulio, de Antonio de Lebrija y de Luis Vives. Pensaba tratar también, en los cursos de 1901-1902 y 1902-1903, de Antonio Agustín y el Renacimiento en los estudios jurídicos; de Benito Arias Montano y el Renacimiento en los estudios orientales, y de Francisco Sánchez de las Brozas y la filosofía gramatical; pero no llegó á desarrollar estos temas (1).

A pesar de no poseer Menéndez y Pelayo condiciones naturales de orador (era algo tartamudo, como Alcibiades y como Demóstenes), su palabra correcta, vibrante, enérgicamente pronunciada, subyugaba siempre al auditorio. Otro tanto acontecía cuando leía: era un lector que arrebataba, y su mismo defecto natural contribuía al éxito, porque no parecía sino que el esfuerzo hecho por él para vencer la rebeldía de sus nervios, prestaba mayor brío á la frase, acrecentando la intensidad dramática del pensamiento.

En 31 de Marzo de 1901 ingresó Menéndez y Pelayo en la Real Academia de San Fernando. En 1902 le fué dada la gran cruz de la Orden civil de Alfonso XII. Pero poco después empezó para él la era de los sinsabores: quiso ser Director de la Academia de San Fernando, y no lo consiguió; deseó serlo también de la Española, y fué derrotado por su antiguo amigo Alejandro Pidal, obteniendo exiguo número de votos y contemplando la defección de algunos de los que consideraba partidarios incondicionales. Esta derrota y estos desengaños le hirieron más

(1) Publicáronse extractos de algunas de estas conferencias en distintos periódicos de Madrid. Entre los que redactaron esos extractos, recuerdo á Francisco Navarro y Ledesma (que publicó algunos de ellos en *El Globo*), á Pascual de Liñal y Eguizábal y á D. Manuel Multedo.

profundamente de lo que era de esperar. El pueblo de Santander realizó una manifestación de desagravio en su honor; el Ateneo de Madrid, en Noviembre de 1906, publicó un *Homenaje* en su obsequio; tales muestras de simpatía atenuaron su amargura, pero no la borraron por completo. Poco á poco su tertulia madrileña se fué reduciendo, y paulatinamente también se arraigaba más en él su deseo de recluirse de un modo definitivo en Santander, abandonando sus ocupaciones cortesanas. En otros años, cuando partía para la Montaña, la estación del Norte era un hervidero de amigos que iban á despedirle. En la fría noche del 8 de Diciembre de 1911, cuando por última vez salió de la corte para no volver más, sólo cuatro amigos nos encontrábamos allí, y á todos nos sobrecogía el presentimiento de su próximo fin. Su madre había muerto en Setiembre de 1905, cinco años después que su padre; él tardó poco en seguir á los autores de sus días.

Una satisfacción no pequeña tuvo, sin embargo, durante aquel período. La Real Academia de la Historia le nombró su Director. Con este motivo, en el año de 1910, muchos de sus amigos, compañeros y discípulos, deseando dar muestra de la alta estimación en que tenían su personalidad literaria, acordaron acuñar en honor suyo una medalla de bronce, que fué modelada por el notable escultor D. Lorenzo Coullaut Valera. En 25 de Octubre, al recibir la medalla de manos de la Comisión ejecutiva del Homenaje, Menéndez y Pelayo leyó, entre otras, estas memorables palabras:

«Un nuevo accidente de la vida, el honor tan alto como inmerecido que la Academia de la Historia me otorgó eligiéndome para Director de sus trabajos, viene á colmar la medida de mi gratitud y á disipar un tanto la sombra de melancolía que nunca deja de caer sobre el alma al traspasar los umbrales de la vejez. Más de 700 españoles de distintas clases sociales, de diversas y aun contrarias escuelas y opiniones, pero unidos en el culto de la Patria y en el amor de la Ciencia, han prestado su concurso para honrar nuevamente con esta artística medalla, no á un sabio, no á un poeta, no á un grande orador, sino á un modesto erudi-

to, cuyos trabajos no pueden ser populares nunca, y cuya sola representación en el mundo es la de obrero firme y constante de la historia intelectual de España. *Lo que honráis en mí no es mi persona, no es mi labor, cuya endeblez reconozco, sino el pensamiento capital que la informa, y que desde las indecisiones y tanteos de la mocedad me ha ido llevando á una comprensión cada vez menos incompleta del genio nacional y de los inmortales destinos de España. Los tiempos presentes son de prueba amarga y triste para los que profesamos esta fe y procuramos inculcarla á nuestros conciudadanos, pero quizá por lo mismo sean días propicios para refugiarnos en el apartamiento y soledad de la ciencia histórica, nunca más objetiva y serena que cuando vive desinteresada del tumulto mundano.*

»A esta soledad llegan á veces voces amigas que nos exhortan á perseverar sin desfallecimiento; voces las unas de compañeros y discípulos; voces las otras venidas de lejos, y que no habíamos escuchado antes. En todas ellas palpita un mismo anhelo: la regeneración científica de España.

»Podemos diferir en los medios, pero en la aspiración estamos conformes. Y también lo estamos en creer que ningún pueblo se salva y emancipa sino por su propio esfuerzo intelectual, y éste no se concibe sin la plena conciencia de sí mismo, que sólo puede formarse con el estudio recto y severo de la Historia.»

* * *

Pero el día fatal se acercaba. La cruel afección reumática, que desde hacía años aquejaba á Menéndez y Pelayo, se convirtió en una cirrosis atrófica. Apenas se nutría, y á pesar de ello trabajaba sin descanso en la edición de sus *Obras completas*. En 1911 fué preciso hacer al enfermo unas punciones que diesen salida á los líquidos formados en la cavidad del vientre. En Mayo de 1912 se agravó considerablemente. En 2 de dicho mes me escribía: «Los médicos me dicen que adelanto mucho, y quisiera creerles, pero no acabo de recobrar el apetito, y continúo atenido,

casi por completo, á la alimentación líquida, que sostiene, pero nutre poco. De esta inapetencia infiero que no ha desaparecido la causa principal de mi hidropesía, que es alguna perturbación en las funciones del hígado. De resultas he enflaquecido notablemente, y cuando usted me vea, le parecerá reconocer alguno de los pupilos del licenciado Cabra. Lo que funciona normalmente es la cabeza, á Dios gracias, y ni un solo día dejo de cumplir muy gustosamente la tarea. Al contrario, cada día me encuentro más ágil y dispuesto para el trabajo. Tampoco del sueño puedo quejarme. Digo á usted todas estas cosas, pero no quisiera que se enterasen otros, porque tal es la pícara condición humana, que son más los que se alegran que los que se conduelen del mal ajeno, *y no quisiera que nadie me creyese más enfermo de lo que estoy.*» Todavía en 4 del mismo mes volvió á escribirme una larga carta sobre asuntos literarios y académicos.

¡Pero estaba más enfermo de lo que creía! En la mañana del domingo 19, le sobrevino un colapso, del cual se repuso. A las doce confesó con el coadjutor de la parroquia de San Francisco. Poco después perdió el conocimiento y entró en la agonía. Aquel día no habló nada; sólo se quejaba débilmente. A las cuatro de la tarde recibió la Extremaunción. Rodeaban su lecho su hermano D. Enrique, la esposa de éste y el concejal republicano D. Paulino García del Moral. A las seis y media dejó de existir. . . . . .

. . . . . .

Su cadáver fué amortajado con hábito de San Francisco. Según los que le contemplaron en aquellos momentos, «demacrado el rostro, cerrados los ojos, la barba un poco en desorden, las manos cruzadas, la figura de D. Marcelino era como la imagen de un santo asceta». . . . . .

. . . . . .

Cuentan los libros orientales, al narrar la muerte del Buddha, que entre los hermanos que aún no se habían libertado de las pasiones, algunos retorcían sus brazos y lloraban, y otros cayeron á lo largo sobre el suelo, angustiados por este pensamiento: ¡El bendito ha muerto demasiado pronto! ¡El Bienaventurado

ha salido demasiado pronto de la existencia! ¡La luz del mundo se ha extinguido demasiado pronto!»

»Entonces el venerable Anuruddha exhortó á los hermanos, diciendo: «¡Basta, hermanos míos! ¡No lloréis ni os lamentéis! ¿No os enseñó en otro tiempo el Bienaventurado, que está en la naturaleza de las cosas, aun cuando nos sean próximas y queridas, el separarnos de ellas, puesto que todo cuanto ha nacido, todo cuanto recibe la existencia y está organizado, encierra en sí mismo la inherente necesidad de su disolución?» ..... «Los restos terrestres del Maestro se han disuelto, pero la verdad que nos enseñó vive en nuestros corazones..... Vayamos, pues, por el mundo, tan compasivos y misericordiosos como nuestro gran Maestro, y prediquemos á todos los seres vivos las verdades excelentes y la vía de la justicia!..... ¡Que su memoria nos sea sagrada!..... » (1).

***

En su testamento, Menéndez y Pelayo legó su biblioteca á la ciudad de Santander. Creo interesante reproducir el siguiente extracto de las disposiciones referentes á ese extremo. Dice así:

«Por gratitud á la ciudad de Santander, mi patria, de la que he recibido durante toda mi vida tantas muestras de estimación y cariño, lego á su Excmo. Ayuntamiento mi biblioteca, juntamente con el edificio en que se halla.

»El cumplimiento de este legado se hará en la forma y se sujetará á las condiciones que se expresan en los párrafos siguientes:

»Mi hermano y los albaceas y ejecutores testamentarios que más adelante nombraré, formarán, dentro de un plazo que no deberá exceder de tres años después de mi fallecimiento, un inventario ó índice de todos los libros, códices, impresos, manuscritos y demás objetos existentes en mi biblioteca al tiempo de mi muerte.

»Los libros y papeles de mi propiedad que en la misma fecha

(1) P. Carus: *The Gospel of Buddha;* Chicago, 1905, pág. 222.

se hallaren en mi casa de Madrid, serán catalogados y remitidos á Santander, con intervención de mis albaceas, para unirlos á los demás y darles igual destino.

»Tan pronto como se haya terminado el inventario de que queda hecha mención en el párrafo anterior, mi hermano, acompañado de los albaceas que puedan concurrir á este acto, hará entrega de la biblioteca y del edificio a la representación legal del Ayuntamiento, mediante acta notarial, de la que se sacarán dos copias: una para el Ayuntamiento y otra para los herederos.

»Quedarán expuestas en lugar visible de la biblioteca, para conocimiento del público, todas las cláusulas de este testamento que tienen relación con el legado de la misma, juntamente con las reglas que después se adopten para el servicio.

»Los libros todos serán sellados antes de la entrega con un sello ó exlibris sencillo que indique su procedencia.

»Independientemente del personal subalterno que el Ayuntamiento considere necesario para el cuidado del edificio y el servicio del público, habrá al frente de la biblioteca un oficial del Cuerpo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, que será el jefe responsable de ella con arreglo á las leyes generales y á las especiales del Cuerpo.

»Esta plaza se proveerá por oposición entre individuos del citado Cuerpo, debiendo acreditar los aspirantes en sus ejercicios el conocimiento de las lenguas griega y latina, y de dos lenguas modernas, además del francés, en el grado necesario para poder catalogar debidamente y dar razón de los libros, así como los conocimientos paleográficos indispensables para leer sin dificultad los códices de esta biblioteca, y, en general, los conocimientos técnicos bibliográficos que requiere el desempeño de este cargo.

»Los ejercicios de oposición serán públicos.

»Mis ejecutores testamentarios y mis herederos se pondrán de acuerdo con el Ayuntamiento para determinar si las oposiciones se han de verificar en Santander ó en Madrid, como acaso fuera preferible para facilitar el concurso de mayor número de aspirantes idóneos, é igualmente resolverán acerca de la composición del tribunal que haya de presidirlas, si bien teniendo en cuenta

en este punto mi voluntad de que formen parte de él por lo menos un paleógrafo del Cuerpo de archiveros, con categoría de jefe; un catedrático de Facultad universitaria de Filosofía y Letras, versado en lenguas clásicas, y un profesor oficial de Lenguas vivas que conozca la alemana y la inglesa. Cualquiera dificultad que surgiere para el cumplimiento de esta disposición, se someterá á la decisión inapelable del Ministerio de Instrucción pública.

»En la convocatoria de las oposiciones á la plaza de bibliotecario, fijará el Ayuntamiento la retribución que haya de dársele. El nombramiento lo hará el Ayuntamiento, en virtud de propuesta unipersonal del tribunal mencionado en el párrafo anterior.

»El bibliotecario nombrado estará presente al acto de entrega de la biblioteca al Ayuntamiento.

»Ni antes ni después de la entrega de la biblioteca al Ayuntamiento, se podrá, bajo ningún pretexto, prestar ni sacar de ella libro, códice ni documento alguno. Los ejemplares duplicados de libros raros se conservarán en mi biblioteca, en atención á su valor bibliográfico. Las obras que se hallen incompletas por estar en publicación ó por otro motivo podrán completarse, y se podrá asimismo continuar la suscripción á algunas revistas literarias, si lo estimare conveniente y factible la Comisión municipal de biblioteca, á cuyo celo por la cultura y por el buen nombre de nuestra ciudad encomiendo muy especial y confiadamente la conservación y cuidado de esta colección, que me ha costado muchos sacrificios y desvelos.

»La entrada á mi biblioteca será gratuita.

»El bibliotecario, por su parte y bajo su responsabilidad, adoptará las medidas que crea convenientes para garantizar la conservación de los libros y manuscritos puestos bajo su custodia, á la vez que para facilitar su manejo á las personas que acudan á consultarlos. Las obras que por su índole ó tendencias puedan considerarse peligrosas para cierta clase de lectores, sólo se servirán á aquéllos que, á juicio del bibliotecario, se propongan con su estudio un trabajo de seria investigación científica ó literaria.

»Será obligación del bibliotecario continuar y concluir con el

debido rigor bibliográfico el catálogo comenzado, y podrá darlo á luz por su cuenta y riesgo.

Si el Ayuntamiento, por cualquiera razón, no pudiera aceptar el legado de mi biblioteca, ó después de aceptarlo dejara de cumplir las condiciones impuestas, deseo que sustituya á la Corporación municipal, como legataria de las mismas obligaciones y derechos, la Diputación provincial de Santander, para impedir que la biblioteca salga de esta provincia; pero en el caso de que ni á una ni á otra de dichas Corporaciones les conviniere aceptar el legado, ó de que á ninguna de las dos les fuere posible, después de aceptado, cumplir las antedichas condiciones, es mi voluntad que esta biblioteca pase a poder del Estado, á fin de que los estudiosos no queden privados de la utilidad que pueda proporcionarles, debiendo incautarse entonces de ella el Ministerio de Instrucción pública, mediante inventario hecho en forma legal, y destinar los libros y manuscritos de que se compone á alguno de los establecimientos siguientes: á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, de la que fuí por espacio de veinte años catedrático; á la Biblioteca Nacional, de que después he sido y soy actualmente director; á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, de la que fuí discípulo.

Para el cumplimiento de mi última voluntad nombro albaceas, ejecutores testamentarios con facultades solidarias, á mi hermano y heredero D. Enrique Menéndez y Pelayo, á los Sres. D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, D. Adolfo Bonilla y San Martín, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid é individuo de número de la Real Academia de la Historia; D. Ramón Menéndez Pidal, catedratico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid é individuo de número de la Real Academia Española; D. José Ramón Lomba y Pedraja y D. Carmelo Echegaray, cronista de Vizcaya, por ser todos ellos amigos míos y conocedores de mi biblioteca.»

* * *

Describir el duelo que su pérdida causó en España y en el extranjero, las circunstancias del entierro, los honores tributados á su memoria, las veladas que en su honor se celebraron y los artículos y folletos que con tal motivo vieron la luz, sería tarea demasiado prolija y nada indispensable. El Ayuntamiento de Santander aceptó gustosísimo el legado de la Biblioteca y abrió una suscripción, que encabezó con 50.000 pesetas, para erigir un monumento á Menéndez y Pelayo. La colonia española de Buenos Aires creó una fundación literaria que ha de llevar el nombre del Maestro. La Universidad de Barcelona, con especial solemnidad, hizo colocar el busto en mármol del insigne polígrafo en el paraninfo.

En Madrid, la Real Academia de la Historia acordó que las dos modestas habitaciones que en su edificio ocupaba principalmente su antiguo Director, se consagrasen al recuerdo de éste, guardando además intactos los muebles y objetos que fueron de su uso. El eminente arquitecto D. Vicente Lampérez y Romea hizo la obra de decoración de aquellos aposentos. La iniciativa del acuerdo, y todos los gastos que fueron necesarios para realizarlo, debiéronse al Excmo. Sr. D. Francisco de Laiglesia, Académico de la Historia y fidelísimo amigo de D. Marcelino. A derecha é izquierda de la puerta de entrada al despacho de don Marcelino, se pusieron en el muro cartelas pintadas y adornadas con letras y listones de oro y coronas de laurel, conteniendo los títulos de las principales obras de Menéndez y Pelayo, á saber: *Historia de la Poesía hispano-americana.—Orígenes de la novela. Historia de las ideas estéticas en España.— Obras de Lope de Vega.—Historia de los heterodoxos españoles.—Antología de poetas líricos castellanos.* En el mismo muro se puso esta inscripción, redactada por D. Manuel Pérez Villamil, de la propia Academia:

«A la perpetua memoria
de
Marcelino Menéndez Pelayo,
Director egregio
de la
Real Academia de la Historia.
«Qui elucidant me, vitam aeternam habebunt.»

Eccli., XXIV, 31.»

En el testero principal del despacho, encima del sillón de rejilla que utilizaba D. Marcelino, se colocó una lápida de mármol blanco, con recuadro de hoja de laurel y roble, sobre marco en mármol negro, conteniendo en letras rojas la siguiente inscripción latina, redactada por el doctísimo sucesor de Menéndez y Pelayo en la Dirección de la Real Academia, el P. Fidel Fita:

HIC · PER · ANNOS · XVIII · COMMORATVS · EST
MARCELLINVS · MENENDEZ · ET · PELAYO
MAGNVM · HISPANIARVM · DECVS
DE · REGIA · HISTORIAE · ACADEMIA · PRAESES
BENE · MERENTISSIMVS
OBIIT · XIV · KALENDAS · IVNIAS
A · D · MCMXII
SEMPER · HONOS · NOMENQVE · TVVM · LAVDESQVE · MANEBVNT (1)

(1) Verso de Virgilio (*Aeneid.*, I, 609).

II

EL ESPÍRITU ARTÍSTICO DE MENÉNDEZ Y PELAYO

La influencia literaria de Menéndez y Pelayo, es uno de los hechos que mejor comprueban el valor de su pensamiento estético y de su método. Los nombres de Fonger de Haan, el eminente historiador holandés de nuestros *Pícaros y ganapanes;* de D. Ramón Menéndez Pidal, a quien tan peregrinos trabajos deben nuestra filología y nuestra historia literaria medieval; de Juan Menéndez Pidal, colector é ilustrador eximio de nuestro Romancero; de D. Francisco Rodríguez Marín, sucesor de Menéndez y Pelayo en la dirección de la Biblioteca Nacional y escritor elegantísimo, de cuya pluma han salido tan admirables libros sobre la historia literaria española de los siglos XVI y XVII; de doña Blanca de los Ríos de Lampérez, sagacísima escudriñadora de la vida y obras de Tirso de Molina; de Francisco Navarro y Ledesma, consumado estilista, biógrafo amenísimo de Cervantes; de D. Joaquín Hazañas y la Rúa, editor de Gutierre de Cetina y autor de tantas y tan importantes investigaciones eruditas; de D. Julio Puyol y Alonso, comentarista eximio de *La Pícara Justina* y profundo analizador del pensamiento y obra del Arcipreste de Hita; de D. José Jordán de Urríes, docto biógrafo y crítico de Jáuregui; de D. Eloy Bullón, investigador de nuestra antigua Filosofía; de D. Víctor Said Armesto, indagador eruditísimo de *La leyenda de Don Juan;* de D. Julio Cejador y Frauca, á quien tan importantes trabajos se deben sobre la filosofía del lenguaje; de D. Antonio Rubió y Lluch, el ilustre historiador catalán; de don

Gabriel Llabrés, infatigable rebuscador de las antigüedades literarias españolas, de D. Eduardo de Hinojosa, insigne historiador de nuestro antiguo Derecho; de D. José Ramón Lomba y Pedraja, el erudito y elegante biógrafo del P. Arolas y de Somoza; de D. Manuel Serrano y Sanz, cuyos trabajos sobre la historia española y americana ofrecen todos excepcional relieve; de don Miguel Asín, el arabista filósofo; de D. E. Cotarelo y Mori; de tantos y tantos renovadores españoles y extranjeros de la historia literaria hispánica como pudiéramos citar fácilmente, corroboran la influencia a que me refería. A los más ocultos rincones de España llegaban su nombre y sus obras, y pocos de sus lectores dejaban de ser, directa ó indirectamente, sus discípulos, aun en los casos en que discrepaban de algunos de sus puntos de vista.

Clarín, el independiente y atrevido *Clarín*, echó de ver admirablemente en 1886 la excepcional representación de aquel hombre. «En Menéndez y Pelayo—escribía,—lo primero no es la erudición, con ser ésta asombrosa; vale en él más todavía el buen gusto, *el criterio fuerte y seguro y más amplio cada día*, y siempre más de lo que piensan muchos. Marcelino no se parece á ningún joven de su generación; no se parece á los que brillan en las filas liberales, porque respeta y ama cosas distintas; no se parece á los que siguen el lábaro católico, porque es superior á todos ellos con mucho, y es católico de otra manera y por otras causas. Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza, que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón nada ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez va á los manuscritos, no á descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino á resucitar hombres y edades; en todo códice hay para él un palimpsesto, cuyos caracteres borrados renueva él con los reactivos de una imaginación poderosa y de un juicio perspicaz y seguro. Tiene, como decía Valera, extraordinaria facilidad y felicidad para descubrir monumentos; es sagaz y es afortunado en esta tarea, que no es de ratones cuando los eruditos no son topos.

«Sí, dígase alto, para que lo oigan todos: *Menéndez y Pelayo comprende y siente lo moderno con la misma perspicacia y grandeza que la antigüedad y la Edad Media*; su espíritu es digno

hermano de los grandes críticos y de los grandes historiadores modernos; él sabe hacer lo que hacen los Sainte-Beuve y los Planche; resucita tiempos como los resucitan los Mommsen y los Duncker, los Taine y los Thierry, los Macaulay y los Taylor. Es posible que le quede á Marcelino algo del Tostado y del Brocense; pero es seguro que en la visión del arte arqueológico, de la historia plástica, llega cerca de Flaubert, el que vió en sueños á Cartago y la catástrofe heroica de las Termópilas.»

Ninguna exageración encuentro en estos elogios, nada sospechosos por cierto, ni la hallarán tampoco los que, antes de juzgar, *se tomen la molestia* de leer cualquier producción de don Marcelino. Porque él reconocía y practicaba esta verdad: que la *crítica estética*, sin la *crítica histórica*, vale bien poco, pues las apreciaciones de gusto quedan muchas veces en el aire. «Si no sabemos á ciencia cierta—escribía en *La España Moderna*, en Abril de 1894—que tal ó cual pieza sea de Tirso, ¿cómo vamos á deducir de ella los caracteres del ingenio del poeta? Si no conocemos ni aproximadamente siquiera la cronología de sus obras, ¿cómo vamos á estudiar el desarrollo de su arte? Si nos faltan datos positivos acerca de su vida, ¿cómo podremos establecer la concordancia entre su persona y sus obras? ¿Quién ha de tachar de vana y pueril esta curiosidad, hoy que al crítico se le pide, no ya sólo psicología clásica, como en tiempo de Sainte-Beuve, sino fisiología y su tanto de patología en caso necesario? Cualquiera que sea el valor de tales pretensiones, es cosa de sentido común que para llegar á las intimidades de una obra de arte, mucho más si ha sido producida en época relativamente lejana de la nuestra, no puede ser indiferente el conocimiento de la vida de su autor y del medio social en que se desenvolvió.»

«Bien sé yo—añadía en memorable sesión de la Academia Española, celebrada el 27 de Octubre de 1907—que hay cierto género de trabajo erudito, muy honrado y respetable á no dudar, que de ningún modo esta vedado al más prosaico entendimiento cuando tenga la suficiente dosis de paciencia, de atención, de orden, y, sobre todo, de probidad científica, sin la cual todo el saber del mundo vale muy poco. Aplaudo de todo corazón á los

tales, y procuro aprovecharme de lo mucho que me enseñan; *pero nunca me avendré á que sean tenidos por maestros eminentes, dignos de alternar con los sublimes metafísicos y los poetas excelsos, y con los grandes historiadores y filólogos, los copistas de inscripciones, los amontonadores de variantes, los autores de catálogos y bibliografías, los gramáticos que estudian las formas de la conjugación en tal ó cual dialecto bárbaro é iliterario, y á este tenor otra infinidad de trabajadores útiles, laboriosísimos, beneméritos en la república de las letras; pero que no pasan ni pueden pasar de la categoría de trabajadores, sin literatura, sin filosofía y sin estilo.* La historia literaria, lo mismo que cualquier otro género de historia, tiene que ser una creación viva y orgánica. *La ciencia es su punto de partida, pero el arte es su término, y sólo un espíritu magnánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella estética.* Para enseñorearse del reino de lo pasado, para lograr aquella segunda vista que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas, porque, como dijo profundamente Carlyle (y con sus palabras concluyo), «para conocer de veras una cosa, hay que amarla antes, hay que simpatizar con ella».

Claro es, que en la obra de Menéndez y Pelayo, como en toda labor seria y constante, la finalidad *artística* no se consiguió de una vez y desde el primer momento, sino progresivamente y por etapas. Entre la sequedad del *Horacio en España*, de buena parte de los *Heterodoxos*, y de los primeros tomos de las *Ideas estéticas*, y la generosa y poética abundancia de la *Antología de poetas líricos castellanos*, de la *Historia de la poesía hispano-americana*, de los prólogos de *Lope* y de los *Orígenes de la Novela*, media una distancia bastante grande, que el propio autor advertía y confesaba. Pero su criterio, aun en los escritos de su primera juventud, fué siempre muy superior al de un colector de noticias raras y curiosas ó á la vanidad de un empedernido bibliófilo. El mismo *Horacio en España*, la más *bibliográfica* de todas sus obras (si se exceptúa la *Bibliografía hispano-latina clásica*, de la cual era un capítulo aquel libro), no se reduce á una simple ordenación erudita de dispersos materiales, sino que

posee altísimo sentido. Para Menéndez y Pelayo, «el *summum* de la perfección artística, en punto á lirismo, es Horacio», y el rumbo de nuestra lírica, si ha de conservarse fiel á sus gloriosas tradiciones, debe ser el horaciano. «Para mí—repetía,—la primera forma lírica es la *horaciana;* nuestro gran modelo debe ser Fr. Luis de León.» Pero entiéndase que hablaba de la lírica *artística*, y que su pretensión no consistía en que nos vistiésemos de nuevo la toga y nos transformásemos, siquiera momentáneamente, en paganos, ni en que siguiésemos en todo las huellas del Venusino, «lo cual en parte fuera incongruente y en parte digno de censura». La oda *horaciana* no consiste en la imitación *pura* de Horacio en pensamientos, frases, etc., sino que «tiene por caracteres propios sobriedad de pensamiento, ligereza rítmica, ausencia de postizos adornos, grande esmero de ejecución... y generalmente es *muy breve*. Cumplidas estas y las demás condiciones externas del estilo de Horacio (acertado uso de los epítetos, transiciones rápidas, etc.), la composición será *horaciana*, aunque exprese pensamientos *españoles* y *cristianos*, y hasta *místicos*». La restauración horaciana que él solicitaba, no era la falsa y ridícula imitación de viejas épocas, «con ciertas formas convenidas y de ritual». «No quiero—escribía—poetas estoicos y de una sola cuerda. Gusto de ingenios flexibles, y que sepan recorrer todos los tonos y encantar en todos. Esto hizo Horacio, y después lo han conseguido muy pocos.» El mismo Menéndez y Pelayo dió ejemplo práctico de lo que entendía por esa imitación horaciana en la composición *Diffugere nives*..., la mejor, á mi juicio, de sus obras líricas.

En suma, la restauración horaciana era para él cuestión de *método estético*, no de pensamiento ni de formas verbales. Porque no podía desconocer, como apuntaba Valera en su Juicio de *Horacio en España*, que «el fondo de la poesía lírica no se ha de imitar, ni fingir, ni buscar fuera de nosotros. La fuente del espíritu que anima la poesía lírica, brota en lo más hondo del corazón del poeta». Y tampoco se le ocultaba que, al señalar el rumbo horaciano como el más adecuado para la lírica hispana, si había «de conservarse fiel á sus gloriosas tradiciones», quedaba casi

por completo fuera de ellas el más insigne representante español del romanticismo *subjetivo* ó *byroniano*, Espronceda, en el cual no hay versos *horacianos*, pero sí hermosos versos clásicos en el himno *al Sol*, en la elegía *á la Patria* y en los fragmentos del *Pelayo*. En cambio al Duque de Rivas, cabeza del romanticismo *histórico-nacional*, considerabale Menéndez y Pelayo como un *horaciano puro* en las bellas odas *A las estrellas* y *Al faro de Malta*, tan significativas, como es sabido, desde el punto de vista de la evolución romantica del autor de *Don Álvaro*. Así también (y esto demuestra que su criterio *horaciano* no era cerrado ni exclusivista), cuando en el último tomo de las *Ideas estéticas* analiza el manifiesto romantico de Víctor Hugo en el prefacio del *Cromwell*, escribe: «Aunque rigurosamente sea falso que la antigüedad no tolerase la imitación de lo grotesco, puesto que le admitió en todas partes, en la epopeya, en la tragedia, en las artes plásticas, y hasta creó para él géneros aparte, como el *drama satírico*, y las *atelanas* y los *mimos*, no se puede dudar que en el arte antiguo impera la categoría de belleza, y en el arte moderno, no precisamente la de lo grotesco, como creyó Víctor Hugo, sino otra mas amplia, la de lo *característico*, sea bello ó feo, sublime ó grotesco. Considerar la belleza como único objeto del arte, es error capitalísimo de que Víctor Hugo se salvó por instinto, y Hegel por vigor dialéctico.»

Aunque en sus primeros trabajos Menéndez y Pelayo trató poco de la Edad Media, á ella dedicó la mejor parte de la segunda mitad de su vida. Casi todos los Prólogos de la *Antología de poetas líricos castellanos* la están consagrados, y allí nos ha dejado algunas de sus más peregrinas semblanzas. Parece inevitable recordar, entre otras, aquella caracterización de Gonzalo de Berceo. «Nadie le ha calificado de gran poeta, pero es, sin duda, un poeta sobremanera simpático y dotado de mil cualidades apacibles que van penetrando suavemente el ánimo del lector, cuando se llega a romper el áspera corteza de la lengua y la versificación del siglo XIII. No tiene la ingenuidad épica de los juglares, pero aunque hombre docto, conserva el candor de la devoción popular, y es en nuestra lengua el primitivo cantor de

los afectos espirituales, de las frías visiones y de las regaladas ternezas del amor divino. Aunque poeta legendario, más bien que poeta místico; aunque narrador prolijo, más bien que poeta simbólico; aunque sujeto en demasía á la realidad prosaica, por su profunda humildad y respeto un tanto supersticioso á la letra de los textos hagiográficos, asciende á veces, aunque por breve espacio, á las cumbres más altas de la poesía cristiana, haciéndonos sospechar que en su alma se escondía alguna partícula de aquel fuego que había de inflamar muy poco después el alma de Dante.» O aquella otra, más acabada aún, del Arcipreste de Hita, que «escribió en su libro multiforme la epopeya cómica de una edad entera, la *Comedia humana* del siglo XIV..., y tuvo además el don literario por excelencia, el don rarísimo, ó más bien único hasta entonces en los poetas de nuestra Edad Media, rarísimo todavía en los del siglo XV, de tener *estilo*...; uno de los autores en quien se siente con más abundancia y plenitud el goce epicúreo del vivir, pero nunca de un modo egoísta y brutal, sino con cierto candor, que es indicio de temperamento sano, y que disculpa á los ojos del arte lo que de ningún modo puede encontrar absolución, mirado con el criterio de la ética menos rígida». O las no menos vivientes, internas y psicológicas semblanzas del Canciller Pero López de Ayala, del Marqués de Santillana, de Jorge Manrique y de tantos otros próceres y literatos... ¡A cuántos historiadores y críticos de nuestra literatura, españoles y extranjeros, han sacado de apuros estas páginas de la *Antología!* ¡Y qué tarea más llana la de *hinchar el perro*, después de contar con tales precedentes, que se citan luego como al desgaire en notas bibliográficas!

Para explicar el cuadro literario de nuestra Edad Media, por lo que á la poesía lírica respecta, se creyó Menéndez y Pelayo en el caso de estudiar los elementos latinos, árabes, hebreos y provenzales; entendiendo que la poesía de estos últimos «fué como una especie de disciplina rítmica que transformó las lenguas vulgares y las hizo aptas para la expresión de todos los sentimientos», hasta el punto de que «todas las escuelas de lírica cortesana anteriores al siglo XVI, proceden mediata ó inmediata-

mente de esta breve y peregrina eflorescencia del Languedoc». Pero, á su juicio, la verdadera emancipación literaria de España no se cumple hasta la época del Renacimiento, así como la emancipación literaria de Italia había sido obra de los grandes escritores *trecentistas*. «Nuestra literatura de los siglos XVI y XVII —añadía— es, no solamente más rica, más grande y sin comparación más bella que la de los siglos medios, sino mucho más nacional, mucho más española.»

Gustaba Menéndez y Pelayo de insistir en el hecho, comprobado en la historia del arte, de la aparición de las formas líricas con posterioridad al canto épico. Pero juzgaba que esto «no ha de entenderse en el sentido de que cierto lirismo elemental, lo mismo que ciertos gérmenes de drama, no vayan implícitos en toda poesía popular y primitiva, sino que con ello se afirma solamente que el elemento épico, impersonal, objetivo, ó como quiera decirse, es el que radicalmente domina en los períodos de creación espontánea, entre espíritus más abiertos á las grandezas de la acción que á los refinamientos del sentir y del pensar, y ligados entre sí por una comunidad tal de ideas y de afectos, que impide las más de las veces que la nota individual se deje oir muy intensa. La poesía lírica trae siempre consigo cierta manera de emancipación del sentimiento propio respecto del sentimiento colectivo, y no es, por tanto, flor de los tiempos heroicos, sino de las edades cultas y reflexivas».

La epopeya castellana, á juicio de Menéndez y Pelayo, tiene un carácter más histórico y parece trabada por más fuertes raíces al espíritu nacional y á las realidades de la vida que la francesa. Es exigua en nuestros poemas la intervención del elemento sobrenatural, y sólo la creencia militar en los agüeros, herencia quizá del mundo clásico, si no ya de las tribus ibéricas primitivas, puede considerarse como leve resabio del sobrenaturalismo pagano. Es poesía que no deslumbra la imaginación, y en la que es de reparar la total ausencia de aquel espíritu de galantería que tan neciamente se ha creído característico de los tiempos medios, cuando á lo sumo pudo serlo de su extrema decadencia. Además, nuestra epopeya es exclusivamente caste-

llana, «en la acepción más restricta del vocablo, no sólo porque en las demás literaturas vulgares de la Península, en la catalana como en la portuguesa, faltan enteramente *cantares de gesta*, aunque no faltasen gérmenes de tradición épica, sino porque, con la sola excepción de la leyenda de Bernardo, que puede suponerse leonesa y que en gran parte se compuso con elementos transpirenaicos, todos los héroes de nuestras *gestas*, Fernán González y los Condes sucesores suyos, los Infantes de Lara y el Cid, son castellanos, del alfoz de Burgos ó de la Bureba, y lo que principalmente representan es el espíritu independiente y autonómico de aquel pequeño Condado que, comenzando por desligarse de la Corona leonesa, acaba por absorber á León en Castilla y colocarse al frente del movimiento de Reconquista en las regiones centrales de la Península, imponiendo su lengua, su dirección histórica y hasta su nombre á la porción mayor de la patria común». En cuanto á la influencia francesa, no la encontraba en el espíritu general de nuestra poesía (como no sea por antítesis y protesta), pues los temas de la epopeya castellana, con rara excepción, son de nuestra propia historia; ni en la imitación de los metros épicos, que no pasa de cierta semejanza, porque la versificación de los poemas castellanos resulta extraordinariamente bárbara é irregular si se la compara con el sistema de las *gestas* francesas, hallándose sostenido el ritmo por series ó grupos de asonancias muy diversos en extensión, y pareciendo inclinarse con preferencia á uno de dos tipos: ó al *alejandrino*, ó al verso de 16, cuyo hemistiquio es el pie de romance. En suma: que la epopeya francesa y la castellana parecen dos ramas del mismo tronco, aunque de muy desigual fuerza y lozanía, y que la más antigua hubo de influir en la más moderna, «pero que tal influencia tocó más á los pormenores que al espíritu, y no bastó á borrar el carácter genuinamente histórico que, como sello de raza, ostentan las *gestas* castellanas».

El *Tratado de los romances viejos* (1903-1906) hace época en nuestra historia literaria, y será siempre leído con deleite, por el admirable análisis que allí se hace de nuestros antiguos temas poéticos. Cree verisímil Menéndez y Pelayo el enlace de la

poesía de los visigodos con la nuestra. En su opinión, es absurdo imaginar que en tiempo alguno coexistiesen los romances y los cantares de *gesta* como especies distintas, cultivadas la una por el pueblo, y la otra por ingenios más ó menos cultos. Una y otra eran cantadas por los juglares, y su materia épica es la misma. «¿Quién va á admitir de ligero que los poetas artísticos tuviesen una métrica ruda, bárbara é inarmónica, y el vulgo, como por instinto divino, otra tan refinada, perfecta y exquisita como los tiempos lo consentían? ¿No nos dice el Marqués de Santillana que todavía en su época los cantares y romances se hacían «sin ningún orden, regla ni concierto?»

Tampoco creía necesaria la hipótesis de una poesía lírica popular, para razonar lo que por sí mismo se explica sin salir del verso épico. «Si de una parte tuviéramos sólo el *Poema del Cid* y de otra parte sólo los romances, no sería fácil el tránsito entre estos dos puntos extremos de la serie; pero en el intervalo de una á otra poesía está el *Rodrigo*, están los fragmentos de la segunda *Gesta de los Infantes*, están las *prosificaciones* de las crónicas, y en todo ello, no hay que dudarlo, el tipo métrico de 8 + 8 es el que predomina. ¿Se concibe que si en tiempo de la composición del *Mio Cid* hubiera existido un verso de tan agradable movimiento trocaico, tan adecuado á la índole de nuestra lengua, tan musical en suma, hubiera preferido su autor para un poema destinado al canto una forma tan irregular, tan bárbara y desconcertada como la que emplea?»

La conclusión: respecto del origen de nuestro octosílabo, entiende Menéndez y Pelayo que la forma de los romances, por vieja que se la suponga, no puede considerarse como primitiva, sino como perfección de otra más ruda; que el verso de diez y seis sílabas fué precedido por otro verso épico ó sistema de líneas largas, y que, para que este bárbaro metro se convirtiese en octosílabo, fué menester un trabajo de selección que eliminó los alejandrinos y los endecasílabos de cesura en la quinta, siendo [illegible] misterioso agente en esta depuración el genio de la lengua, más inclinada que ninguna de sus hermanas á las combinaciones trocaicas.

Si en lo relativo á la lírica y á la épica españolas, Menéndez y Pelayo trazó el cuadro y las leyes generales de su evolución, en el fondo y en la forma, dejándonos páginas imperecederas de magistral análisis, no menores fueron sus trabajos en lo referente á la literatura dramática (1). Sin rebajar el método de Agustín Durán, ni el de tan preclaros extranjeros como lord Holland, Enk, el conde de Schack, Chorley y Grillparzer, bien puede decirse que á Menéndez y Pelayo debe principalmente Lope de Vega la rehabilitación de su genio dramático á últimos del siglo XIX. Ya en las conferencias sobre *Calderón y su Teatro*, encontraba «que Calderón cede á Lope de Vega en variedad, en amplitud y en franqueza de ejecución, en fácil, espontánea y generosa vena, en sencillez y llaneza de expresión, en naturalidad y verdad, por lo que toca á la interpretación de los afectos humanos, y con mucho le es inferior en la pintura de los caracteres femeninos y en la manera de presentar el amor y los celos»; como cede á Tirso en el poder de crear caracteres vivos y enérgicos, y en la gracia, en la discreción y picaresca soltura, en la profunda ironía, en el genio cómico; y es inferior á Alarcón en la comedia de costumbres del tiempo y en la comedia de carácter; sin que ésto obste para reconocer en el autor de *La vida es sueño* grandeza en la concepción, condiciones trágicas eminentes, y sobre todo, un altísimo «simbolismo, á veces un poco estrafalario é incongruente, pero informado siempre por alto y superior sentido, y por un espiritualismo cristiano firme y creyente».

Entre los dos polos, igualmente admirables, del arte dramático: el idealismo plácido y sereno de la tragedia griega y el realismo ardiente y desatado de Shakespeare, caben géneros intermedios y un poco convencionales, y entre ellos figura, en opinión de Menéndez y Pelayo, el teatro español, «el cual, sin embargo, se levanta extraordinariamente sobre todas las otras formas, gracias al espíritu nacional que le da vida, y gracias también á haber te-

(1) Véase, sobre este extremo, la detenida exposición hecha por doña Blanca de los Ríos de Lampérez en la *Revista de Archivos*, de Julio-Agosto de 1912 (pág. 114 y siguientes; *Menéndez y Pelayo y la Dramática nacional*).

nido un desarrollo más largo y más variado que ningún otro teatro del mundo. El teatro español, si hubiéramos de atenernos sólo al de Calderón, tendríamos que definirle: un arte idealista, pero de idealismo un poco convencional á las veces, y en otras ocasiones *un arte realista que no llega á abarcar lo universal de la vida humana, sino la realidad histórica de un tiempo dado.* De aquí lo que tiene el arte español de duradero y eterno; de aquí también lo que tiene de incompleto. No es mero convencionalismo, como la tragedia francesa; pero hay mucho de convencional, sobre todo en Calderón. No es tampoco puro realismo, como en Shakespeare; pero hay mucho de pintura histórica del siglo XVII. Por eso el drama español no se puede reducir á fórmulas tan claras y precisas como aquellas á que pueden reducirse la tragedia griega ó el drama de Shakespeare. Pero ¿quién dudará que, después de ellos, no hay otro arte de tanta vitalidad, aparte de su riqueza incalculable, aparte de haber sido por más de siglo y medio el depósito común de todo lo que sintió y de todo lo que pensó nuestra raza, de tal suerte, que la historia del siglo XVII, la historia de las ideas, que es mucho más importante que la historia de los hechos materiales, puede y debe buscarse más bien en el teatro que en las narraciones de los pocos cronistas oficiales?»

En un artículo sobre Pereda, publicado en 1884, y como incidente de una crítica bastante acerba que allí hace de Zola y de su *sistema* novelístico, Menéndez y Pelayo formula una teoría que podríamos calificar de *idealización artística*, condensada en los siguientes términos, que me parece interesante reproducir: la modificación que el artista más apegado á lo real impone á los objetos exteriores —por medio de los dos procedimientos que llamaré de *intensidad* y de *extensión*, arranca de la realidad material esos objetos, y los imprime el sello de otra realidad más alta, de otra verdad más profunda; en una palabra: los *vuelve á crear*, los *idealiza*. De donde se deduce que el idealismo es tan racional, tan *real*, tan lógico y tan indestructible como el realismo, puesto que uno y otro van encerrados en el concepto de la forma artística, la cual no es otra cosa que una *interpretación* (ideal como toda interpretación) *de la verdad oculta bajo las formas rea-*

les. Merced á esta verdad interior, que el arte extrae y quintesencia, todos los elementos de la realidad se transforman, como tocados por una vara mágica, y hasta los personajes que en la vida real parecerían más insignificantes, se engrandecen al pasar al arte, y por la concentración de sus rasgos esenciales, adquieren valor de *tipos* (que es como adquirir carta de nobleza en la república de las letras), y sin dejar de ser individuos, rara vez dejan de tener algo de simbólico».

Uno de los primeros trabajos en que Menéndez y Pelayo pensó, como hemos visto, fué aquel tratado de Estética que comenzó á escribir en colaboración con Laverde. Algunas reminiscencias de su sistema se echan de ver en los volúmenes de la *Historia de las ideas estéticas*, sobre todo en los posteriores á Kant, porque en los que tratan de tiempos anteriores, se atuvo casi exclusivamente al método histórico, callando, en lo posible, las propias ideas. No era lícito, á su juicio, tejer la historia de la literatura por un método exclusivamente cronológico, ó atendiendo sólo al desarrollo más externo de las formas artísticas. Y, exponiendo su criterio acerca de este punto, decía en la *Advertencia preliminar* (1883) de aquella historia: «Detrás de cada hecho, ó, más bien, en el fondo del hecho mismo, hay una idea estética, y á veces una teoría ó una doctrina completa, de la cual el artista se da cuenta ó no, pero que impera y rige en su concepción de un modo eficaz y realísimo. Esta doctrina, aunque el poeta no la razone, puede y debe razonarla y justificarla el crítico, buscando su raíz y fundamento, no sólo en el arranque espontáneo y en la intuición soberana del artista, sino en el ambiente intelectual que respira, en las ideas de cuya savia vive, y en el influjo de las escuelas filosóficas de su tiempo.» De tan alta manera comprendía Menéndez y Pelayo la historia literaria, de la cual venía á ser una introducción general la de las ideas estéticas.

No sé yo qué especie de revolución preveía él en el campo de la literatura dramática, ni tampoco explicó claramente su pensamiento sobre este punto; pero en la *Historia de las ideas estéticas* (v, 415) se leen estas significativas palabras, en el capítulo sobre Víctor Hugo, á quien considera como la encarnación más

asombrosa y potente de la *retórica* en el arte: «Lícito nos será creer que cuando la pálida y prosaica comedia de nuestros días, la de Augier ó el hijo de Dumas, no conserve más valor que el de testimonio histórico, todavía encontrará eco en la fantasía de nuestros nietos, *que ha de renovarse seguramente por un viento de tempestad semejante al del romanticismo*, la férrea poesía de *Los burgraves*.» Sospecho, sin embargo, que, en su mente, la renovación consistiría en un remozamiento de forma «con rico caudal de expresiones francas, tomadas de la lengua viva de los rústicos, á la cual hay que volver siempre que se quiere infundir nueva savia á una lengua empobrecida por la etiqueta académica y cortesana, y por el abuso del espíritu de sociedad» (*Ideas*, v, 244); y en la restauración de un helenismo puro, «tan incompatible con el clasicismo académico como cualquiera de las formas del romanticismo», porque «*los griegos son escuela de libertad, y no escuela de servidumbre*» (*Ideas*, v, 100).

***

¡«Los griegos son escuela de libertad»! Esta hermosa frase encierra todo un programa, y es la expresión de lo que el maestro veía en el helenismo. Su *horacianismo* en la esfera lírica; su *idealismo* en la épica; su esperanza revolucionaria en la dramática; su inclinación á la teoría del Arte por el Arte, que continuamente se transparenta en sus diatribas contra el Arte docente y contra la novela de tesis; sus aficiones á la filosofía del *sentido común*, el psicologismo de su crítica, todo ello está enlazado estrechamente con su espíritu helénico. Valera también lo fué á su modo; pero el autor de *Mersamor* parecía un descendiente de los sutiles Protágoras y de los retóricos Gorgias; mientras que Menéndez y Pelayo venía por línea derecha de aquellos que razonaban serenamente con Platón «á orillas del Iliso, á la sombra del plátano frondoso, sobre la blanda hierba, lugar acomodado para juegos de doncellas, santuario de las Ninfas y del Aquelóo.»

Porque su espíritu era profundamente artístico, su crítica fué también singularmente impersonal. Valera, á quien antes citaba,

fué un gran crítico; otros lo han sido á su manera. Pero si leeis cualquier estudio crítico de Valera, por mucho que os cautiven la agudeza de sus apreciaciones y la ingeniosidad de sus pensamientos, no podréis olvidar nunca que se trata de un escrito *de Valera*, no os será posible jamás perder de vista el personal temperamento de quien proceden aquellas líneas, de entre las cuales, como del jardín de *Pepita Jiménez*,

«Surgit *amari aliquid* quod in ipsis floribus angit».

Tratándose de un estudio de Menéndez y Pelayo, si emprendéis su lectura, llegará un instante en que la transparencia del estilo, la objetividad soberana de la expresión, os hagan olvidar al autor de la crítica, y os sumerjan y embeban en el ambiente histórico que se describe, haciéndoos *vivir* en los tiempos y con los personajes de que habla. Al que tiene la preparación suficiente, el estilo de Menéndez y Pelayo le produce la misma impresión á que alude Nietzsche, cuando dice que la música de Beethoven aparece á menudo «como una *contemplación* profundamente provocada al escuchar un fragmento *que se creía perdido desde largo tiempo*». Sus palabras son entonces *recuerdos*, como, según Platón, lo es todo nuestro saber. Y si aquello os conmueve y os arrebata, y os ensancha y fortalece el ánimo, no temáis *admirar* ni ahoguéis el impulso de aplaudir, porque podéis hacerlo con toda justicia. Aquello no es *oratoria*, porque detrás del orador hay un comediante, y sería una blasfemia contra el Espíritu que pensárais semejante cosa de un hombre que fué todo sinceridad bravía y sencillez de corazón. El que intente cortar entonces vuestro entusiasmo, desempeñará el papel del eunuco, siempre atrabiliario y regañón, que sólo es capaz de descubrir aspectos ridículos en el espasmo sano y engendrador del hombre viril, para él eternamente imposible.

III

EL PENSAMIENTO DE MENÉNDEZ Y PELAYO (1)

Aunque sea incuestionable que la representación capital de Menéndez y Pelayo se refiere á la esfera de la Crítica é Historia literarias, creo que á nadie debe tampoco ocultársele que su labor en el orden filosófico tiene excepcional importancia, y que hizo más él en este orden con sus excitaciones y ejemplos, que muchos de su tiempo con obras diputadas por *originales*.

Es de advertir, además, que quizá la parte más extensa de la producción del Maestro, fuera de los trabajos humanísticos, sea la concerniente á la filosofía. ¿Qué otra cosa son, sino exposiciones de doctrinas filosóficas, la *Historia de los heterodoxos españoles* (1880-1881), *La ciencia española* (1876); la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1891), y los dos áureos estudios: *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España* (1889) y *De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant* (1891), para no hablar de aquellos otros trabajos menores que él escribió acerca de Pedro de Valencia, Hervás y Panduro, Eximeno, Arnaldo de Vilanova, San Isidoro, Lulio, el Misticismo, Juan Ginés de Sepúlveda, el Abate Marchena, Francisco de Vitoria, Prisciliano, Abentofail,

---

(1) Refundo en las siguientes páginas mis estudios: *La filosofía de Menéndez y Pelayo* (Madrid, 1912; 55 págs. en 4.°); y *La representación de Menéndez y Pelayo en la vida histórica nacional* (Madrid, 1912; 26 páginas en 8.°).

Algarra y Balmes? Y ¿cómo pueden exponerse las doctrinas ajenas, sin dejar entrever de algún modo la propia?

Cuando, por los años de 1875, Menéndez y Pelayo comenzó á dar muestras de su prodigioso genio (que, para algunos á quienes contrariaba su independencia, se llamaba «erudición» ó «extraordinaria laboriosidad»), la situación de la disciplina filosófica era entre nosotros lamentable: se ahogaba entre dos fanatismos, igualmente absurdos é ignorantes: el fanatismo de los escolásticos, que no eran pensadores al modo de un Vitoria, de un Melchor Cano ó de un Suárez, de amplísima cultura y generoso razonar, sino atrabiliarios argumentistas de sacristía, desprovistos de crítica, ayunos de toda noticia acerca del progreso de la filosofía y de las ciencias; y el fanatismo de los krausistas, no menos peligroso y absorbente que el anterior, y causa, juntamente con éste, del retraso y de la decadencia notoria de nuestro pueblo, en la esfera filosófica, durante buena parte del siglo XIX. Ambos coincidían (y siguen coincidiendo) en apocar la conciencia de nuestro vigor nacional, en menospreciar nuestra historia y nuestras tradiciones, en segar las espontaneidades individuales, en desconocer, con la tranquilidad de la insipiencia, lo que en España se ha hecho y lo que España ha servido al mundo, pugnando todos por aherrojarnos en las ergástulas de Santo Tomás de Aquino, de Krause, de Kant ó de Hegel, á la manera que los ciceronianos proscribían á todo aquel que ampliara el léxico de Marco Tulio; y sin tener presente que ningún filósofo ha esclavizado su pensamiento, sin perder por ello, *ipso facto*, el derecho de figurar en la historia.

Ante tal situación, Menéndez y Pelayo creyó indispensable enderezar sus esfuerzos en el sentido de los siguientes fines: 1.°, labor de crítica imparcial, pero, cuando fuese necesario, dura, violenta, agria y contundente, de los procedimientos seguidos por quienes representaban la decadencia; 2.°, labor paciente y amplia de exposición de nuestra historia, para poner de relieve los hechos y las ideas que en ella deben conocerse; 3.°, labor de inspiración de nuestro pensar en alguna dirección filosófica que no contrariase su naturaleza ni sofocara su tradicional tendencia;

porque él entendía, como Taine (1) que «en cada instante puede considerarse el carácter de un pueblo como el resumen de todas sus acciones y sensaciones precedentes; es decir, como una cantidad y como un peso, no infinito (Espinosa: *Ética*, cuarta parte), puesto que todas las cosas están limitadas en la naturaleza, sino desproporcionado al resto y casi imposible de ser levantado, porque cada minuto de un pasado casi infinito ha contribuído á engrosarle, y para vencer la balanza sería preciso acumular en el otro platillo un número de acciones y de sensaciones todavía más grande».

A estos tres fines, de *crítica* de lo presente, de *reconstitución* del pasado y de *regeneración* para el porvenir, responde, á mi parecer, toda la ingente obra del Maestro, incluso la literaria. Si á ello se añade su educación, esencialmente humanista, se comprenderá bien la serenidad de su espíritu, el ingenio aristofánico de su sátira, la elegante y clarísima sencillez de su estilo, donde jamás se trasluce pedantesco arcaísmo, ni vana ostentación de la propia figura. Él me declaró en repetidas ocasiones que su aspiración, en materia de estilo, era *no tenerlo*; y así logró aquella pasmosa objetividad (como ahora se dice), propia de todo nuestro realismo clásico, que halló, entre otros, expresión adecuada en su magnífico discurso: *Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del* Quijote (1905).

Porque el secreto de su magia crítica, que en libros, en artículos, en discursos y en lecciones de cátedra producía el escalofrío de lo profundo y de lo grande, no residía precisamente en su erudición, que era inmensa, ni en su modestia, que era infinita, ni en su exactitud, que era extraordinaria. Se concibe que otros hayan poseído su cultura, y hayan visto más libros que él, y hayan publicado textos con más escrupulosidad. Pero todo esto no implica genio, sino tiempo, paciencia y voluntad para el trabajo. No creo que en el mundo haya existido una docena de hombres que hojease más papeles que Bartolomé José Gallardo, ni que tuviese más erudición que Escalígero, y, sin embargo, las pro-

(1) *Histoire de la littérature anglaise*, ed. de Paris, 1905, I, XXIV.

ducciones de uno y otro son hoy consultadas, pero no *leídas*. Siempre ocurrirá lo contrario con Menéndez y Pelayo: libro que él escribió habrá de ser leído por todo el que piense estudiar el mismo asunto, porque aun cuando la progresiva tarea del historiador haya rectificado atribuciones, enmendado fechas, añadido datos y mejorado ediciones, en aquel libro habrá de hallar puntos de vista luminosos, y apreciaciones que le servirán de guía y le ahorrarán el trabajo de descubrir ahora el Nuevo Mundo.

* * *

Dos maestros insignes tenía la Universidad barcelonesa en la época en que Menéndez y Pelayo siguió los cursos de la Facultad de Letras: D. Francisco Javier Lloréns y D. Manuel Milá y Fontanals, y ambos influyeron poderosamente en su espíritu. Decía él que Lloréns «no filosofó por alzar figura ni por seducir con vana palabrería á los incautos, *sino con austera y viril consagración al espíritu de verdad y de vida, que emancipa á los hombres de la tiranía del error, de la pasión y de la falacia*». Y aun añadía que Lloréns personificó el segundo momento de la escuela escocesa en Cataluña, «la evolución de la filosofía del sentido común, modificada ya por la crítica de Kant; la comprensión total de la doctrina hamiltoniana de la conciencia, los nuevos rumbos de la psicología experimental y de los estudios lógicos; y, como alma de todo ésto, una velada y modesta aspiración metafísica, *que no cristalizó nunca en forma cerrada, pero que fué, por lo mismo, eficacísima como estímulo de pensamiento y germen de libre educación en espíritus muy diversos*» (1). Esta

(1) Acerca de Lloréns, dice Menéndez y Pelayo, en carta de 4 Octubre 1877, dirigida á Laverde: «He preguntado á Milá en qué estado dejó Lloréns sus manuscritos. Díceme que, fuera de sus explicaciones, taquigráficamente reproducidas, y revisadas por él, sólo quedan algunos fragmentos de la traducción y comentario del libro *De anima et vita*, que traía entre manos; un estudio incompleto acerca de Martí de Eixalá, etcétera. Pero como las lecciones forman un verdadero curso de filosofía

enseñanza, que será totalmente incomprensible para el cerebro unilateral de un tomista ó de un kantiano, arraigó de tal suerte en Menéndez y Pelayo, que bien puede aplicársele la descripción que él hace de la mentalidad de Lloréns: «A esta escuela—dice el Maestro en su prodigiosa *Semblanza de Milá*—debí, en tiempos verdaderamente críticos para la juventud española, el no ser ni krausista ni escolástico, cuando estos dos *verbalismos*, *menos distantes de lo que parece*, se dividían el campo filosófico y convertían en gárrulos sofistas ó en repetidores adocenados á los que creían encontrar en una habilidosa construcción dialéctica el secreto de la ciencia y la última razón de todo lo humano y lo divino. Allí aprendí lo que vale el testimonio de conciencia y conforme á qué leyes debe ser interpretado para que tenga los caracteres de parsimonia, integridad y armonía. Allí contemplé en ejercicio *un modo de pensar histórico, relativo y condicionado*, que me llevó, no al positivismo (tan temerario como el idealismo absoluto), sino á la prudente cautela del *ars nesciendi*.»

Este *pensar histórico, relativo y condicionado*, que en algunas ocasiones llama Menéndez y Pelayo *vivismo*, por la afinidad que guarda con la filosofía del gran polígrafo valenciano, constituye el fondo del espíritu crítico del Maestro, y es, además, la única filosofía posible en los tiempos que corren. Por lo mismo que todo hombre es falible y que todo sistema cerrado es forzosamente anticientífico (porque contradice el natural y evidente progreso de que todas las disciplinas son susceptibles), ningún pensador genial puede ser afiliado á la escuela de un filósofo de sistema, por grande y extraordinario que éste sea. Levantar bandera por Santo Tomás de Aquino, por Kant ó por cualquiera otra de las figuras representativas en la historia de la Filosofía,

---

escocesa, Milá y otros amigos piensan publicarlas, junto con la oración inaugural del año 1854, único escrito impreso de Lloréns, y con alguna otra cosilla.»

Según mis noticias, no tardará mucho la publicación de las lecciones de Lloréns, acordada por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona.

es en nuestros días una labor de decadencia, si eso significa que el tomista ó el kantiano han de evitar la contradicción con las doctrinas ó con el tecnicismo del caudillo.

Todo pensamiento coartado por el esquema ajeno, será siempre un creador de obstáculos en la evolución intelectual, porque, como Bacon decía en el *Novum Organum*, refiriéndose á los *idola theatri*: «Todos los sistemas filosóficos que sucesivamente han sido inventados y adoptados, son como otras tantas obras dramáticas que los diversos filósofos han dado á luz y han venido cada uno á su vez á representar; obras que ofrecen á nuestras miradas otros tantos mundos imaginarios y verdaderamente compuestos para la escena.»

No es esto negar la influencia de unos pensadores en otros, influencia que, no solamente existe, sino que resulta indispensable para explicar, sin soluciones de continuidad, el proceso histórico de la Filosofía. Pero esa influencia, tratándose de filósofos propiamente dichos, jamás equivale á un título de dominio del maestro sobre el discípulo. Aristóteles fué discípulo de Platón, y la enseñanza de éste influyó en el primero harto más profundamente de lo que suele suponerse, y, sin embargo, en la doctrina fundamental de la sustancia, Aristóteles y Platón son incompatibles. Schopenhauer es discípulo de Kant, y, no obstante, en lo relativo á la doctrina sobre la cosa en sí, sus afirmaciones discrepan profundamente. Mas precisamente estas discrepancias son las que justifican el título de filósofos que a Aristóteles y á Schopenhauer damos. Pero un aristotélico ó un kantiano no son filósofos *per se*, es decir, no son amantes de la sabiduría en sí misma, sino amantes de la sabiduría de Aristóteles ó de Kant. Y digo yo, en tal caso, que vale mucho más leer á uno ó á otro en sus propias obras, que no en las de sus intérpretes, que frecuentemente nos desvían de la verdadera inteligencia del original. Si Suárez se hubiese limitado á glosar ó copiar á Santo Tomás, ¿en virtud de qué habríamos de llamarle filósofo? Si Carvajal y Melchor Cano no se hubiesen apartado de los métodos de exposición de la antigua teología escolástica, ¿por qué razón habrían de merecer mención en la historia de la Filosofía? Es decir, que sola-

mente los *independientes* (en mayor ó menor grado), los *desviados*, los *heterodoxos*, son los dignos de recordación en la memoria humana.

Por ser su espíritu profundamente filosófico, y no *especialista* ni *sistemático*, fué Menéndez y Pelayo polígrafo y enciclopédico. Todo especialista es un espíritu unilateral é incompleto, y aun cuando pueda ser genial en su labor, necesariamente se le escaparán, en función de la miopía de sus facultades, las relaciones más fundamentales para el saber humano, que son las que enlazan el objeto de la investigación con los restantes.

Y como la filosofía es una meditación sobre la síntesis de la ciencia humana, cuanto más universal sea el pensador y en mayor número de disciplinas haya ejercitado su actividad, más capacitado estará para comprender algo del misterio de las cosas. Por eso todos los grandes filósofos, desde Aristóteles hasta Spencer, han sido igualmente grandes enciclopédicos, y así seguirá ocurriendo mientras haya filosofía, que será mientras el hombre exista.

En virtud de su condición filosófica, pudo llegar Menéndez y Pelayo á aquella *alta crítica*, que ningún *especialista* alcanzará jamás. El que haga, por ejemplo, historia literaria, sin tener temperamento filosófico, producirá una obra imperfecta y poco duradera. ¿Qué especialista, no filósofo, explicará satisfactoriamente, por lo que á España respecta, el carácter realista de sus poemas épicos medievales, el singular fenómeno de la literatura picaresca, el carácter dialéctico de nuestro teatro del siglo XVII, la razón de ser del gongorismo y del conceptismo, y el espíritu docente del siglo XVIII? Censurar á Menéndez y Pelayo porque prodigó su actividad en muy distintas direcciones, con el propósito de fundirlas todas en el maravilloso crisol de su crítica, sería lo mismo que lamentarnos de que Lucrecio, en vez de escribir el poema *De rerum natura*, no se hubiese pasado la vida, como Zenodoto y Aristarco, poniendo comas, quitando puntos y proponiendo enmiendas á los versos de Homero.

Todo es útil y meritorio en la vida, cuando se realiza con pureza de intención y mediante honrada labor; pero no confun-

damos la obra del arquitecto con la faena de los albañiles, que llevan á la práctica, cada uno en su esfera, las indicaciones de aquél.

* * *

Al primero de los tres fines antes indicados responde gran parte de *La ciencia española* y de la *Historia de los heterodoxos españoles*, donde se respira una atmósfera de combate, en la que se movía como en su elemento y á la que debió algunas de sus mejores paginas. Al publicar en 28 de Abril de 1887 la tercera edición de la primera de aquellas obras, escribía: «En descargo de mi conciencia, *no de escritor*, sino de cristiano y de hombre, debo dar alguna explicación sobre las personalidades, acritudes y virulencias que en estas cartas hay y que de buen grado habría yo suprimido si para hacer esto no hubiese sido preciso destruir enteramente el libro y escribir otro nuevo. He vuelto á leer estas cartas diez años después de publicadas, con la frialdad de quien lee cosa ajena, y no he encontrado en ellas verdadera injuria personal, ni expresión alguna que pueda desdorar el crédito moral de ninguno de mis adversarios. En esta parte estoy tranquilo, y si añado que ellos se mostraron en la polémica tan duros y violentos como yo; que por añadidura escribí estas cartas á los veintiún años, sin conocer del mundo y de los hombres más que lo que dicen los libros, creo que ni aun los más severos han de negarme su indulgencia. Pero es tal mi respeto á la dignidad ajena, me inspira tanta repugnancia todo lo que tiende á zaherir, á mortificar, á atribular un alma humana hecha á semejanza de Dios y rescatada con el precio inestimable de la sangre de su Hijo, que aun la misma censura literaria, cuando es descocada y brutal, cínica y grosera, me parece un crimen de lesa humanidad, indigno de quien se precie del título de hombre civilizado y del augusto nombre de cristiano... *Yo peleaba por una idea; jamás he peleado contra una persona, ni he ofendido á sabiendas á nadie.*»

Y, en Julio de 1910, al terminar su última gran obra (el tomo I de la segunda edición de la *Historia de los heterodoxos*), decía: «Para mí el *mejor estilo es el que menos lo parece*, y cada día pien-

so escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo á la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba. Páginas hay en este libro que me hacen sonreir, y, sin embargo, las he dejado intactas, porque el libro tiene su fecha y yo distaba mucho de haber llegado a la manera literaria que hoy prefiero, aunque ya me encaminase á ella. Por eso es tan desigual la prosa de los *Heterodoxos* y fluctúa entre dos opuestos escollos: la sequedad y la redundancia. Otro defecto tiene, sobre todo el último tomo, y es la excesiva acrimonia é intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias ó se juzga de algunos hombres. No necesito protestar que en nada de esto me movía un sentimiento hostil á tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros ó en su enseñanza. *De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces;* pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando á la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado é inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra.»

En esta exposición que voy haciendo del pensamiento de Menéndez y Pelayo, las citas de sus libros son inevitables. Fundándome en ellas, recogeré lo más significativo acerca de las circunstancias históricas que motivaron esa obra de crítica y de combate á que me refería en un principio.

«Es, por desdicha, frecuente — decía en *La ciencia española* (1) — en los campeones de las más distintas banderías filosóficas, políticas y literarias, darse la mano en este punto sólo: estimar en poco el rico legado científico de nuestros padres, despreciar libros que jamás leyeron, ver con burlona sonrisa el nombre de *Filosofía española*, ir á buscar en incompletos tratados extranjeros lo que muy completo tienen en casa, y preciarse más de conocer las doctrinas del último tratadista alemán ó francés, si-

(1) 1, 4 y 5.

quiera sean antiguos desvaríos remozados ó trivialidades de todos sabidas, que los principios fecundos y luminosos de Lulio, Vives, Suárez ó Fox Morcillo. Y en esto pecan todos, en mayor ó menor grado, así el neo-escolastico que se inspira en los artículos de *La Civiltà* y en las obras de Liberatore, de Sanseverino, de Prisco ó de Kleutgen (aprendiendo no pocas veces, gracias á ellos, que hubo teología y teólogos españoles), como el alemanesco doctor que refunde á Hegel, se extasía con Schelling, ó martiriza la lengua castellana con traducciones detestables de Kant y de Krause. Cuál se proclama *neo-kantista*, cuál se acoge al *pesimismo* de Hartmann; unos se van á la derecha hegeliana, otros se corren á la extrema izquierda y de allí al *positivismo;* algunos se alistan en las filas del caído *eclecticismo francés*, disfrazado con el nombre de *espiritualismo*; no faltan rezagados de la escuela *escocesa;* cuenta algunos secuaces el *tradicionalismo*, y una numerosa falange se agrupa en torno de la enseña *tomista*. Y en esta agitación y arrebatado movimiento filosófico, cuando todos leen y hablan de metafísica y se sumergen en las profundidades ontológicas; cuando en todos los campos hay fuertes y aguerridos luchadores, y todos los sistemas cuentan parciales, y todas las escuelas discípulos, nadie procura enlazar sus doctrinas con las de antiguos pensadores ibéricos, nadie se cuida de investigar si hay elementos aprovechables en el caudal filosófico reunido por tantas generaciones, nadie se proclama *luliano*, ni levanta bandera *vivista*, ni se apoya en Suárez, ni los escépticos invocan el nombre de Sanchez, ni los panteistas el de Servet; y la ciencia española se desconoce, se olvidan nuestros libros, se los estima de ninguna importancia, y pocos caen en la tentación de abrir tales volúmenes, que hasta los *bibliófilos* desprecian en sus publicaciones.»

Las páginas del tercero y último tomo de *Los Heterodoxos*, abundan en enérgicos rasgos de severa censura contra los representantes de la dirección aludida, y especialmente contra los krausistas. Se necesitaba valor en 1881 para escribir semejantes páginas, y estoy por decir que no menos se necesitaría hoy, porque es muy poco lo que hemos progresado en lo relativo al sentimiento de independencia:

«Es mala vergüenza para España — escribía en la mencionada *Historia* (1) — que cuando ya todo el mundo culto, sin distinción de impíos y creyentes, se mofaba con homérica risa de tales visiones, dignas de la cueva de Montesinos, una horda de sectarios fanáticos, á quienes sólo daba fuerza el barbarismo (en parte calculado, en parte espontáneo) de su lenguaje, hayan conseguido atrofiar el entendimiento de una generación entera, cargarla de serviles ligaduras, incomunicarla con el resto del mundo, y derramar sobre nuestras cátedras una tiniebla más espesa que la de los campos Cimmerios. Bien puede decirse de los krausistas lo que de los averroistas dijo Luis Vives: «Llenó Dios el mundo de luz y de flores y de hermosura, y estos bárbaros le han llenado de cruces y de potros, para descoyuntar el entendimiento humano.» — Porque los krausistas han sido más que una escuela, han sido una logia, una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de *alumbrados*, una *fratría*, lo que la pragmática de D. Juan II llama *cofradía* y *monipodio*, algo, en suma, tenebroso y repugnante á toda alma independiente y aborrecedora de trampantojos. Se ayudaban y se protegían unos á otros: cuando mandaban, se repartían las cátedras como botín conquistado: todos hablaban igual, todos vestían igual, todos se parecían en su aspecto exterior, aunque no se pareciesen antes, porque el krausismo es cosa que imprime carácter y modifica hasta las fisonomías, asimilándolos al perfil de D. Julián ó de D. Nicolás. Todos eran tétricos, cejijuntos, sombríos: todos respondían por fórmulas hasta en las insulseces de la vida práctica y diaria: siempre en su papel: siempre *sabios*, siempre absortos en la *vista real* de lo absoluto... Todo esto, si se lee fuera de España, parecerá increíble. Sólo aquí, donde todo se extrema y acaba por convertirse en mojiganga, son posibles tales cenáculos. En otras partes, en Alemania, pongo por caso, nadie toma el oficio de metafísico en todos los momentos y ocupaciones de su vida: trata de metafísica á sus horas, profesa opiniones más ó menos nuevas y extravagantes, pero en todo lo demás es un hombre muy sensato y tolerable. En Espa-

(1) III, 731 y 732.

ña, no: el filósofo tiene que ser un ente raro, que se presente á las absortas multitudes con aquel aparato de clámide purpúrea y chinelas argénteas con que deslumbraba Empédocles á los siracusanos.»

Estas apreciaciones no impidieron a Menéndez y Pelayo (¡tales eran la nobleza de su alma y la imparcialidad de su criterio!), reconocer ciertos méritos en la escuela que combatía. Así califica de «varonil y austera» la elocuencia del discurso que Sanz del Río leyó en la Universidad al inaugurar el curso de 1857 á 1858 (1), y proclama el «robusto entendimiento» de Salmerón.

No es menos duro con el otro fanatismo; véase lo que escribía en 1888, refiriéndose á la versión del P. Jungmann, hecha por Ortí y Lara:

«¡Pobre juventud nuestra, tan despierta y tan capaz de todo, y condenada, no obstante, por pecados ajenos, á optar entre las lucubraciones de Krause, interpretadas por el Sr. Giner de los Ríos, y las que con el título de *La Belleza y las Bellas Artes* publicó en 1865 el jesuita José Jungmann, profesor de Teología en Inspruck, y tradujo al castellano en 1874 el Sr. Ortí y Lara! *Arcades ambo*. El que quiera cerrarse para siempre los caminos de toda emoción estética, no tiene más que aprenderse cualquiera de estos manuales. El resultado científico es poco más ó menos el mismo... No son tratados sobre el arte, sino contra el arte, cuya peculiar esencia y valor propio niegan por diversos caminos; no dan luz ni guía al artista ni al crítico para sus obras y juicios, y, en cambio, lo mismo Krause que Jungmann, cada cual por su estilo, propenden á cierto misticismo sentimental, que confunde y borra á cada paso los términos de la moral, de la religión y del arte, sin provecho ni ventaja alguna para el arte, para la religión ni para la moral, que son lo que son, y pueden vivir en armonía jerárquica, sin necesidad de estas absurdas mescolanzas ni de estas recíprocas intrusiones» (2). Y más adelante añadía las siguientes palabras, que parecen escritas para

(1) *Historia de los heterodoxos en España*, III, 721.

(2) *Historia de las ideas estéticas en España*, tomo IV, vol. I.

los actuales momentos: «No basta que un autor tenga apellido alemán para que pase por una Biblia cuanto escriba. En Alemania, como en todas partes, se escriben libros buenos y malos, y éstos en mayor cantidad que los primeros, por lo mismo que se escribe muchísimo. Coger á la ventura uno de estos libros, que en Alemania nadie ha leído, y traducirle porque halaga nuestras propensiones, no es comprender ni traducir la ciencia alemana. *Pero es ya calamidad irremediable que esta ciencia, y aun toda la ciencia extranjera, ha de llegar á nosotros por el intermedio de esos espíritus estrechos y dogmáticos, hombres de un solo libro, que ellos en seguida convierten en breviario, llámese Krause ó Sanseverino, Taparelli ó Ahrens.*»

***

Bastan las citas que preceden para que se comprenda cuál hubo de ser la estructura mental de aquel Maestro insigne, cuya reciente pérdida lamentamos. Fué un espíritu *sui iuris*, independiente y libre dentro de su acendrado é inquebrantable catolicismo; nunca escribió sino aquello en que firmemente creía, y, cuando juzgó necesario rectificarse á sí propio, hízolo con leal y honrada franqueza; tuvo á su Patria un amor profundo y permanente, porque siempre entendió que, aun para elevarnos sobre lo español, es requisito imprescindible conocer y amar á España; y tales fueron los dos fundamentales principios que él hizo arraigar, con la firmeza del roble cántabro, en aquellos que fuimos sus discípulos: *independencia de juicio* y *amor al conocimiento de las tradiciones españolas.*

Por lo que á la Filosofía respecta, dedicó buena parte de su obra á la vindicación de nuestra historia, no sin mencionar con su habitual sinceridad á los que le habían precedido en esta empresa (Laverde Ruiz, Valera, Campoamor, Canalejas, Adolfo de Castro, Vidart, Ríos Portilla, Federico de Castro, Pí y Margall, Ceferino González, Patricio de Azcarate, Martín Mateos, Weyler y Laviña, López Praza, Guardia, Roselló, Ildefonso Martínez, Sánchez Ruano, el P. Cuevas, Suárez Bárcena, González Múz-

quez, Martí de Eixalá, el Dr. Lloréns, Forner, Cerdá y Rico, Mayáns, los PP. Andrés y Lampillas, etc.). Publicó textos inéditos de nuestros filósofos (por ejemplo, el tratado *De processione mundi*, del arcediano Domingo Gundisalvo; el *Democrates alter*, de Ginés de Sepúlveda, varios opúsculos de Arnaldo de Vilanova); corrigió otros, inéditos también, que no llegó á publicar (como el *De artificio omnis et investigandi et inveniendi natura scibilis*, de Fernando de Córdoba); reimprimió trabajos de singular rareza (como el *Blanquerna*, de Lulio), y constantemente dedicó especial atención á la exposición y crítica de las doctrinas de nuestros pensadores (recuérdense, por ejemplo, las de Gómez Pereira, Lulio, Vives, León Hebreo y Francisco Sánchez, para no hablar de otras muchas, tan exactas, profundas y admirables como las precedentes).

Consideraba él como creaciones del pensamiento ibérico: el *senequismo*, el *averroísmo*, el panteísmo judaico-hispano de Abengabirol, el *lulismo*, el *suarismo*, y el *vivismo* ó filosofía crítica, de la cual surgen, en su opinión, cuatro direcciones oficiales:

1.ª El *peripatetismo clásico*, «muy conforme con la tendencia de Vives, que admiraba y seguía en mucha parte á Aristóteles *puro* y sin mezcla averroista ni escolástica». Representado por Sepúlveda, Gouvea, Cardillo de Villalpando, Martínez de Brea y Pedro Juan Núñez, «caudillo de la que pudiéramos llamar *escuela valenciana*» (Monzó, Monllor, Serverá, etc.)

2.ª El *ramismo español* (el salmantino Herrera, Pedro Núñez Vela, etc.)

3.ª El *onto-psicologismo* de Fox Morcillo.

4.ª El *cartesianismo ante-cartesiano* (Dolese, Gómez Pereira, Francisco Valles, Torrejón y Barreda).

Y señala, por último, en esta relación de sistemas, el racionalismo escéptico de Francisco Sánchez (á quien creyó, equivocadamente, portugués) y el empirismo sensualista del Dr. Huarte de San Juan y de la falsa doña Oliva Sabuco (1).

Caracterizando esas escuelas del pensamiento hispano, escri-

(1) Cfr. *La Ciencia Española*, t. 250 y sigs.

bía luego: «En Séneca están apuntados ya los principales caracteres del genio filosófico nacional. Dos de ellos, el *espíritu crítico* y el *sentido práctico*, llaman desde luego la atención del lector más distraído. Séneca es uno de los tres grandes maestros de la raza ibérica: todos nuestros moralistas descienden de él en línea recta. Séneca, gentil en verdad, pero á quien San Jerónimo llama *noster* y pone en el catálogo *de viris illustribus* al lado de los primeros cristianos, preludia nuestra filosofía *ortodoxa*. La *heterodoxa* (tomado el vocablo en su más lato sentido) presenta siempre un carácter distintivo: el *panteísmo*. Porque hay una filosofía *panteísta* española, resuelta y clara, que se anuncia por primera vez en Prisciliano, asombra el mundo en Averroes y en Maimónides, con todas las escuelas árabes y judías que preceden y siguen al uno y al otro; pasa á Francia con el español Mauricio; se vislumbra en Fernando de Córdoba, que en pleno siglo XV formula el principio ontológico de *lo uno*, en que se resuelven *el ser y la nada;* inspira en el siglo XVI al audaz y originalísimo Miguel Servet, y alcanza su última expresión en el XVII bajo la pluma de Benito Espinosa, cuya filiación hebraico-española es indudable.—Si el *panteísmo* está en el fondo de toda la filosofía española no católica, é informa lo mismo el *averroísmo* y el *avicebronismo* que el misticismo *quietista* de Molinos, y persigue como un fantasma á todo español que se aparta de la verdadera luz, en cambio la filosofía española *ortodoxa* y castiza de todos tiempos conviene en ser *crítica* y *armónica*, y cuando no llega á la *armonía*, tiende al *sincretismo*... San Isidoro condensa y *sincretiza* la ciencia antigua. Raimundo Lulio forma un sistema admirablemente *armónico* y levanta el espíritu *crítico* contra la enseñanza averroísta. Luis Vives es la *crítica* del Renacimiento personificada. Fox Morcillo, en su tentativa de conciliación platónico-aristotélica, formula el *desideratum* del *armonismo*. Todas las escuelas nacidas al calor de la doctrina de Vives, son *críticas* por excelencia, sobre todo la valenciana» (1).

Con estas ideas habíale de parecer absurdo á Menéndez y Pe-

(1) *La Ciencia Española*, II, 8, 9 y 10.

layo que se identificase la *ortodoxia* con el *escolasticismo*, como en nuestros días hace la escuela de Lovaina, en la cual se ha trazado un cuadro de dogmas, fuera de los cuales nadie es *escolástico* ni *ortodoxo* (1). Por esto decía: «En rigor, ¿qué es la escolástica? ¿Dónde principia y dónde acaba? ¿Es escolástica la ciencia compilatoria de Casiodoro y de Boecio, la de San Isidoro, la de Beda ó la de Alcuino? Pues más vale conocer la antigüedad en sus fuentes que en alterados extractos. ¿Es escolástico el *panteísmo* de Scoto Erigena? ¿Lo es el antitrinitarismo de Roscelín, ó el racionalismo de Abelardo, ó alguna otra de las infinitas herejías que brotaron en las escuelas de la Edad Media? ¿Son escolásticos los místicos educados con el libro falsamente atribuído á Dionisio Areopagita? ¿Sonlo los averroístas con su panteística teoría del entendimiento uno? ¿Dónde está la verdadera escolástica? En el *tomismo*, dice... Pero entonces se enojarán los *escotistas* y los *ockamistas*, si alguno queda, y se enojarán también los *suaristas*, á no ser por el fervor architomista que en estos últimos años ha entrado á los en otro tiempo disidentes jesuítas.»

El espíritu patriótico y alentador de toda la ciclópea obra de Menéndez y Pelayo, constituye una de sus mayores excelencias y desde luego uno de sus más gratos encantos. En este sentido, pocos libros hay (por mejor decir, ninguno) tan *fortificantes* para el ánimo de nuestro pueblo como *La ciencia española*. Aun en sus mismas exageraciones (que las tiene, como toda labor de combate) hay algo que satisface, porque constituye la prueba de que en todas las épocas, hasta en las más tristes y ruinosas, hemos tenido cultivadores importantes de la ciencia y de la filosofía. Por eso no hallo inconveniente en suscribir, á pesar de mi respeto, casi religioso, á todas las palabras del maestro, estas otras que D. Juan Valera (2) escribía en 1880 dando cuenta de

(1) Véase á M. de Wulf: *Histoire de la philosophie médiévale*, 2ª éd., Louvain, 1905, páginas 367 y 368.

(2) *Obras completas*, tomo XXV, pág. 133. Véase también mi *Luis Vives y la filosofía del Renacimiento*, págs. 233 á 237.

la aparición de los *Heterodoxos:* «Por cima del patriotismo está la verdad. Menester es confesarlo: casi desde principios del siglo XVI hay en nuestra civilización un germen deletéreo que la corrompe y marchita. Este germen es el fanatismo religioso, y no porque en otros países no existiera, sino porque aquí existía unido, unánime, y en otros países dividido y luchando. Por allá, en la fiera lucha, acabó por anularse, mientras que entre nosotros apenas hubo lucha, y vivió. Por este lado podemos también seguir á los Sres. Menéndez y Pelayo y Ortí y Lara, y hacer de un modo sofístico la apología de la Inquisición. En efecto: toda la sangre que derramó, todas las lágrimas que obligó á verter, toda la carne humana que tostó y todas las víctimas que hizo durante dos siglos, no equivalen al número de personas que perecen violentamente en el mismo período histórico y durante pocos años en cualquiera de las guerras religiosas de Alemania, Francia ó Inglaterra; pero allí, por la lucha de fanatismos opuestos, nace la libertad y mueren los fanatismos, mientras que entre nosotros con poca lucha, y, por consiguiente, con menos horrores y crueldades, pero con una compresión larga, constante y sistemática, la libertad muere y el pensamiento se agosta y esteriliza.»

Pero la defensa de la Inquisición en *La ciencia española*, y la tesis: «el genio español es eminentemente católico: la heterodoxia es entre nosotros accidente y ráfaga pasajera», que inspiró la *Historia de los heterodoxos*, harto discutibles y difíciles de aceptar, son secundarias en las dos monumentales obras citadas, puesto que, aun prescindiendo de aquéllas, queda siempre la demostración y exposición de nuestro valor histórico en la esfera del pensamiento. Y precisamente en esta apología de lo español y de lo castizo estriba la representación capital de su obra.

***

Terminantemente declaró Menéndez y Pelayo que no era *tomista*; pero que, estando obligado cada hombre á tener más ó menos su filosofía, no sólo práctica, sino especulativa, la suya no

era otra que «el criticismo *vivesta*» (1). También cobró afición, merced á las enseñanzas del Dr. Lloréns en la Universidad de Barcelona, á la escuela escocesa, representada en España, entre otros, por José Joaquín de Mora, Codina y Vilá y Martí de Eixalá. Pero bien echaba de ver sus defectos: «el mal de la doctrina escocesa está en ser puramente psicológica y lógica, en carecer de metafísica. Por horror á los sistemas germánicos de *lo absoluto*, negó Hamilton la filosofía de *lo incondicionado*, sin sospechar que tal negación había de ser arma terrible á la vuelta de pocos años en manos de los positivistas, que, por boca de Stuart Mill, le han acusado de contradicción flagrante» (2).

Su antipatía, propia del humanista y del crítico, hacia el tomismo, se revela ya en el bello estudio sobre la *Antoniana Margarita*, de Gómez Pereira, donde aplaude la briosa refutación que el médico de Medina del Campo hace de la teoría escolástica sobre la conversión del *fantasma* en especie inteligible por la luz del entendimiento agente (3). Pero su total pensamiento acerca de estas cuestiones, consta especialmente en su controversia con el dominico P. Fonseca (4).

Da allí á entender el maestro (y sus afirmaciones han de parecer muy naturales á todo el que haya saludado científicamente la historia de la Filosofía) que Santo Tomás de Aquino tiene sólo una originalidad de método: «ninguno de los principios filosóficos de Santo Tomas ha sido formulado primeramente por el Santo, sino que todos estaban contenidos, ó en germen ó en desarrollo pleno, en Aristóteles y sus comentadores, ó en los platónicos, ó en San Agustín, ó en los escolásticos anteriores al Santo» (y pudiéramos agregar: «ó en los escritores musulmanes ó judíos»). Parécele también peregrina ocurrencia la de atribuir a Santo Tomas el descubrimiento de la inducción baconiana: «Pertenezco—dice—al número de los *inconscientes*, que creen que

(1) *La Ciencia Española* II, pág. 6.
(2) Idem id., II, pág. 26.
(3) Idem id., II, págs. 221 y sigs.
(4) Idem id., II, págs. 55 á 123.

Santo Tomás no adelantó en esto de la inducción sobre lo que Aristóteles le había enseñado, y que Aristóteles, aunque conoció la inducción como todo ser racional, y la aplicó maravillosamente á las ciencias naturales, á la política y á la teoría del arte, en su lógica la relegó á muy secundario lugar, y no la estudió con el mismo amor que el silogismo, ni fijó los cánones del método de invención, mérito que estaba reservado á Bacon, precedido en la Edad Media por el otro Bacon, franciscano, y en el Renacimiento por el gran Vives, por Telesio y por otros italianos. Y aunque sea hoy moda decir mil afrentas de Bacon, á título de fautor del positivismo, yo creo que á cada uno debe darse lo suyo, y que el procedimiento inductivo no es malo cuando rectamente se aplica á sus naturales objetos. Lo malo es el exclusivismo y el abuso.»

En cuanto á la monserga de las *especies inteligibles*, de las *representaciones* y de los *fantasmas*, opina que se trata de «abstracciones y quimeras idealizadas», y en tal punto se declara «antiescolástico intransigente», abominando de la restauración escolástica al modo de la del P. Fonseca y otros *eiusdem furfuris*, con los cuales proclama no tener nada que ver, y «*cuya obra sólo ha de servir para perpetuar en España el estado de desidia intelectual y de agitación estéril en que vivimos, y que nos hace literalmente el ludibrio y la ignominia de Europa*».

El problema del conocimiento ha sido estudiado con alguna extensión por Menéndez y Pelayo en esta parte de su obra á que me voy refiriendo. Él defiende, no la *teoría*, sino el *hecho* «del conocimiento *directo*, sin más términos que el sujeto y el objeto, modificándose el sujeto á tenor de la impresión recibida del objeto, y constituyendo esta modificación el conocimiento». Lo que rechaza con el nombre de *hipótesis de la representación* «no es más que la suposición de un *tertium quid* que se atraviesa entre los dos términos del conocimiento, sin que para mi propósito importe cosa alguna que este *tertium quid* sea una representación material del objeto, como suponían los epicúreos y otros materialistas antiquísimos; ó una representación ideal semejante al objeto, como parece que sostienen los escolásticos; ó una repre-

sentación ideal sin semejanza, como defienden otras escuelas, aunque, á la verdad, no alcanzo á comprender qué especie de representación puede ser la que no se parece en nada al objeto representado. He empezado por poner la cuestión en estos términos, porque los escolásticos la embrollan de un modo increíble (so pretexto de que los demás no los entendemos), confundiendo lo secundario con lo principal; y es error suyo, además (acostumbrados como están a dar soluciones á todo y á convertir en realidades todas las abstracciones, creyendo que basta un nombre para crear un ente), el imaginarse que los adversarios de las especies *inteligibles* traemos alguna hipótesis que sustituir á esa. No traemos ninguna, y en eso precisamente consiste la fuerza de una escuela que comienza por proclamar la *docta ignorancia* y el *ars nesciendi* como uno de los principios fundamentales de la ciencia. No tratamos de enseñar á nadie cómo se verifica el acto del conocimiento, sino que *declaramos inasequible la pretensión de explicarlo*, y, contentos con la realidad viva, dejamos á los escolásticos, y á los kantianos, y á los idealistas de toda especie, el mundo de las sombras. *Rerumque ignarus, imagine gaudet*».

Es decir: que para Menéndez y Pelayo, consecuente con su abolengo vivista, la Psicología es una ciencia natural, y, como tal, ha de colocarse en el punto de vista del sentido común (1), dejando para los *ingenia metaphysica* (según la expresión de Vives) todas las elucubraciones de la *Erkenntnistheorie*. Al mismo tiempo acude, como Hamilton y Mansel, al testimonio de la conciencia, y afirma que la palabra *especie* es un sonido huero, y que «en el acto de la percepción somos *conscios* inmediatamente de un *yo* y de un *no yo*, conocidos al mismo tiempo, pero en oposición mutua. Esta dualidad es evidente. Tenemos, pues, conciencia del yo, como sujeto que percibe, y de la realidad exterior, como objeto percibido. Y esta conciencia se adquiere por una misma intuición indivisible. *El conocimiento del sujeto no precede ni sigue al del objeto, ni le determina ni es determinado por él.* Tal es el

(1) Comp. William James, *Précis de Psychologie*, trad. Baudin-Bertier, París, [illegible]

hecho de conciencia en que descansa nuestra creencia de la realidad del mundo exterior».

Entre afirmar una entidad representativa presente al espíritu, como los escolásticos, ó una modificación puramente mental, como los kantianos, cree Menéndez y Pelayo más lógica la actitud de éstos que la de aquéllos. «Pero admítase ó no—escribe,—en toda su integridad y valor, el testimonio de conciencia, ¿qué quiere decir el término *representación*? Para representarse un objeto, es preciso tener algún conocimiento de él. ¿Cómo podemos afirmar que una cosa es representación de otra, si no conocemos antes esta otra, independientemente de la representación? ¿En qué fundan los escolásticos su creencia de la realidad del mundo exterior? En la hipótesis de que la especie nos le represente fiel y adecuadamente, tal cual existe. ¿Y en qué estriba la realidad del hecho mismo de la representación? ¿Por dónde hemos conocido el mundo exterior para poder aseverar que esa representación es fiel? La representación (diremos con Hamilton) supone algo representado; la representación del mundo exterior supone este mundo directamente conocido.»

***

La *Historia de las ideas estéticas en España*, como todas sus demás obras, está llena de apreciaciones personales acerca de cuestiones filosóficas de la mayor importancia. En la imposibilidad de referirme á todas, fijaré tan sólo la atención en su dictamen sobre el *arte docente*, problema que ha preocupado durante largo tiempo á los tratadistas de Estética.

Para Menéndez y Pelayo, la fórmula de «el arte por la moral» es una espada de dos filos «terrible en manos del fanatismo sectario». El fin inmediato de la obra de arte «no es otro que la producción de la belleza, y con producirla se cumple, sin ninguna otra aplicación, sentido ni transcendencia». Las leyes éticas no obligan al artista como artista, sino como persona moral, y por razones que caen fuera de la jurisdicción de la Estética, porque el juicio ético y el estético pueden diferir, siendo «verdad

trivialísima que los géneros puros y libres del arte valen más estéticamente que los géneros aplicados y mixtos; mucho más la poesía épica ó dramática que la poesía didáctica; mucho más la poesía que la oratoria ó la historia; mucho más la novela que nada enseña y recrea apaciblemente el ánimo, que la novela que tiene por objeto dar nociones de economía política, de física ó de astronomía, ó defender fastidiosamente tal ó cual tesis moral. Si hay pintores, escultores y poetas inmorales, no es porque el arte que practican sea por sí mismo moral ó inmoral, sino porque ellos son malos hombres y malos artistas, que han tomado al pie de la letra la doctrina de que el arte no debe hacerse por el arte mismo ni por la belleza, sino por otros fines distintos, como la lujuria, la concupiscencia ó el sórdido anhelo de ganancia (1).

Y si de la exposición de doctrinas propias pasamos á la de las ajenas, encontraremos á Menéndez y Pelayo en su verdadero elemento, con las dotes más admirables del genio crítico. ¡Qué noble lealtad la suya al reproducir pensamientos y palabras que hieren á veces sus más profundas convicciones! ¡Qué serenidad y mesura en sus juicios! ¡Qué elevación en sus comparaciones! ¡Qué intuición más prodigiosa de las almas ajenas, cuyos escondrijos sabe revelar con tal clarividencia, que á veces el lector olvida estar siguiendo a un historiador, y se imagina, con la firme persuasión del hipnotizado, vivir y conversar con los personajes que el crítico va describiendo con su mágica pluma! Y, por último, ¡qué generosa amplitud de criterio, libre de todo exclusivismo de secta, de toda estrechez dogmática!

De mí sé decir que no hallaría gran dificultad para entresacar de la *Antología de poetas líricos castellanos*, de la *Historia de la poesía hispano-americana* (obra predilecta suya, y la menos conocida de todas), de las Introducciones á Lope de Vega, de la *Historia de los heterodoxos*, de la *Historia de las ideas estéticas*, y hasta de los discursos y obras menores, una larga y espléndida serie de retratos vivientes, con el colorido, la expresión

(1) Tomo VI, p. [illegible] y sigs.

y el carácter de los de Velázquez. Y esos retratos enseñarían más á nuestros compatriotas que todos los infolios y disertaciones soporíferas de los eruditos sin alma de artista.

Recuerdo las exposiciones de Platón, de Aristóteles, de Kant y de Hegel, en la *Historia de las ideas estéticas*, por ser de las que más directamente conciernen á la filosofía. Y voy á referirme sólo á la tercera, para no alargar demasiado este trabajo, y porque, además, nada puede sustituir á la lectura del original.

«Tomado en conjunto el sistema de Kant—dice el maestro, después de una exposición detenidísima,—por lo que toca al juicio estético, y enlazado con las otras partes de su filosofía, presenta tanta endeblez como grandeza. El vicio interior de la *Crítica del juicio* es el mismo pecado capital de todo el pensamiento kantiano, quiero decir, el haberse encerrado en una fenomenología, el haber tapiado todas las ventanas que dan á la realidad, considerándola como pernicioso enemigo; el haber prestado atención únicamente á las formas subjetivas de la conciencia, y aun ésta no íntegramente estudiada. Su obra es un puro *intelectualismo*, con todas las limitaciones de esta preocupación exclusiva. Así, limitándonos á la doctrina de lo bello, es evidente que en ella no se nos da otra cosa que el análisis del gusto; es decir, la *psicología estética*. En cuanto á las demás partes de la ciencia, Kant, no sólo las omite, sino que implícitamente niega su existencia. Mal puede existir *física estética*, cuando no se da fin estético en la naturaleza; ni *filosofía del arte*, cuando el arte no tiene conceptos determinados en qué fundarse; ni *metafísica de lo Bello*, cuando en realidad toda la metafísica se reduce á la hipótesis gratuita y laboriosa de un *noumeno*.—La fuente de las contradicciones que de la misma exposición resultan, y que por nuestra parte no hemos procurado atenuar, es el empeño inmoderado, la verdadera anticipación con que Kant procura celosamente excluir del juicio estético todo lo que se parezca á noción ó concepto intelectual. Y como al mismo tiempo no puede negar la existencia de *ideas* estéticas, esto le envuelve en un laberinto inextricable, del cual no acierta á salir, á pesar de su

asombrosa habilidad dialéctica. El, que tan profundamente comprendió la armonía de nuestras facultades, se empeña ahora en estudiar una de ellas como si fuese un mundo aparte, y acude, sin darse punto de reposo, á tapiar todos los huecos por donde pueda comunicarse con las restantes. En vez de reconocer lisa y llanamente que en el fenómeno estético andan mezclados un elemento afectivo y un elemento intelectual, prefiere multiplicar los entes, contra el consejo de su propia metafísica, é inventa esa fantástica facultad del juicio, que no es entendimiento ni sensibilidad, pero que de todo participa. Debajo de esta facultad reune monstruosamente cosas tan diversas, por no decir contrarias, como la finalidad libre y vaga de lo bello, y la finalidad teleológica, determinada y objetiva. Y el concepto intelectual, ese concepto que tanto persigue y mortifica Kant, reaparece á cada paso en las formas más diversas, puesto que ni aun la misma armonía de las facultades cognoscitivas, en que él hace consistir la belleza, podemos pensarla de otro modo que como un concepto de la inteligencia.—Pero en medio de estas sombras, ¡qué riqueza de doctrina hay en esa *Crítica de la facultad de juzgar (Kritik der Urtheilskraft)*, de la cual verdaderamente puede decirse que realiza una de las antinomias favoritas de Kant, puesto que si con una mano destruye y anula la ciencia estética, con otra vuelve á levantar lo que había destruído, y da á las futuras teorías de lo bello una base crítica y analítica que establece la independencia de su objeto y pone á salvo los derechos del genio artístico contra el menguado criterio de utilidad, contra el empirismo sensualista, y también ¿por qué no decirlo?) contra las instrusiones del criterio ético mal entendido y sacado de quicios! La hermosa fórmula de la *finalidad sin fin*, contenida en potencia en la filosofía escolástica, y especialmente en la de nuestros españoles del siglo XVI, que tanto ahondaron y tanto insistieron en esta distinción racional entre lo bueno y lo bello; el reconocimiento del carácter desinteresado, universal, subjetivo y necesario del juicio de lo bello; la luz de la idea de lo infinito derramada sobre el concepto de lo sublime, que hasta entonces sólo de Silvain había obtenido explicación imperfecta; la distinción luminosa del sublime

matemático y del *dinámico*; la distinción no menos esencial de la belleza libre y vaga, y de la belleza combinada ó adherente..., son puntos definitivamente adquiridos para la ciencia, y que de ningún modo deben ser rechazados *in odium auctoris*, sino recibidos é incorporados en todo cuerpo de doctrina estética digno de este nombre, como lo hizo nuestro Milá y Fontanals en la suya inolvidable» (1).

De propósito he reproducido todo este pasaje, porque contiene una de las críticas más meditadas de Menéndez y Pelayo, y porque acompaña á la exposición más minuciosa y exacta que en España se ha hecho de la *Crítica de la facultad de juzgar*. Schopenhauer, en su *Kritik der kantischen Philosophie*, había enunciado ya algunos de los puntos de vista que Menéndez y Pelayo adopta (por ejemplo, que Kant, en la *Crítica de la razón pura*, dijo cien veces que el entendimiento es la facultad de juzgar, mientras que en esta otra obra habla de una facultad de juzgar especialísima, diferente por completo de aquélla; que la necesidad de pensar las cosas naturales como sujetas al concepto de finalidad es de origen subjetivo; que la parte mejor de la *Crítica de la facultad de juzgar* es la teoría de lo sublime) (2), pero la crítica del segundo es más completa y terminante que la del primero.

***

Precisamente por sus aficiones á la filosofía de Vives (cuyas ideas fundamentales expuso de un modo acabado en *La ciencia española* y en el discurso sobre los precursores españoles de Kant), Menéndez y Pelayo, como pensador, no es de los que admiten mote de sistema, ni pueden ser afiliados á una comunión filosófica determinada. Así es que él fué un «ciudadano libre de la república de las letras», y entendía que este título es el más hermoso y apetecible que puede darse, añadiendo: «Yo, por mí,

(1) *Ideas estéticas*, IV, 1.°, pág. 55 á 58.

(2) Cons. *Die Welt als Wille*, &, ed. Grisebach, I, 670 y sigs.

no le trocaría por ningún otro, ni siquiera por el de *tomista*, que al cabo indica adhesión a una escuela determinada. Los principios y tendencias del *vivismo* dan, según yo entiendo, ese libérrimo derecho de ciudadanía» (1).

Dentro de esta libertad de espíritu, Menéndez y Pelayo, como Lope de Vega (á quien en tantos conceptos se asemeja), fué la encarnación de su pueblo y de su raza. La tendencia *sincrética* y *armónica*, que él echaba de ver en la especulación filosófica hispana, caracteriza también la suya. Para él, la Filosofía nada enseña si no enseña a ignorar á tiempo y á confesar razonadamente esta *docta ignorancia*. La Metafísica nada tiene de ciencia exacta, y, en su actual crisis, «todos somos más ó menos escépticos»; pero «sin Metafísica no se piensa, ni siquiera para negar la Metafísica», porque «las abstracciones tienen vida más dura y resistente que las más duras realidades». El ideal debe ser aquella *libre síntesis del espíritu*, de que habla Lange, obtenida por «el ancho y triunfal camino del *idealismo realista*, idéntico en substancia al que recorrió el genio semidivino de Aristóteles» (2). Este idealismo realista era lo que Menéndez y Pelayo, recordando a Leibniz, llamaba *filosofía perenne*, comprendida a modo de un grande y sereno Océano, «en el cual van entrando todos los riachuelos de las filosofías particulares, depurados en el color y en la calidad de sus aguas. Toda hipérbole, toda mezquindad de espíritu, toda interpretación no completa de la conciencia, se diluye y pierde en la congregación de tantas aguas, de las cuales beben copiosamente los espíritus sintéticos y organizadores» (3). Platón y Aristóteles, modelos de estos espíritus, son tan eternos como la conciencia humana; pero si los principios de verdad que en ellos hay han de tener alguna eficacia y virtualidad, «será preciso que cada pensador los vuelva á pensar y encontrar por sí mismo. Y entonces no serán ya de Platón ni de Aristóteles, sino del nuevo filósofo que los descubra y en sí propio los reconozca»,

(1) *La Ciencia Española*, II, 27.
(2) *Ensayos de crítica filosófica*. Madrid, 1892, págs. 192 y 360 á 366.
(3) *La Ciencia Española*, III, 98.

porque «*todo organismo filosófico es una forma histórica que el contenido de la conciencia va tomando según las condiciones de tiempo y de raza*» (1).

***

«La generación presente—escribía en 1876—se formó en los cafés, en los clubs y en las cátedras de los krausistas; la generación siguiente, si algo ha de valer, debe formarse en las bibliotecas: faltan estudios sólidos y macizos» (2). Eso mismo hizo él: se acostumbró á «vivir con los muertos» (3), dándosele muy poco de los vivos, que no siempre pagaron como correspondía los beneficios de su trato, aunque se hayan apresurado á plañirle cuando ha desaparecido. En esa callada y solitaria contemplación meditó sus mejores y más duraderas obras, amando cada vez más su indomable independencia, y justificando el apotegma ibseniano: «El hombre más fuerte del mundo es aquel que se encuentra más solo.»

A su condición filosófica debió, sin duda, la elevación de su crítica, porque sólo la filosofía da el hábito de buscar las ocultas causas de los hechos y el sentido orgánico de la evolución de las formas. En sentencia profundísima, dijo: «Hasta hoy no se ha entendido bien la historia de nuestra literatura, por no haberse estudiado á nuestros teólogos y filósofos (4). Él los estudió á la perfección, y gracias á ello supo trazar aquellos rasgos críticos que esmaltan sus obras y que son tan finas muestras de escrupulosa observación erudita como de análisis psicológico.

Sin esta levadura filosófica, ningún literato hará jamás labor de *alta crítica*. Taine escribió la *Historia de la literatura inglesa*, pero es también autor del hermoso libro sobre *La inteligencia*; Macaulay redactó en páginas de oro la historia de la revolución inglesa y las semblanzas de sus grandes hombres; pero hizo á la

---

(1) *Ensayos*, etc., pág. 186.

(2) *La Ciencia Española*, I, 128.

(3) *Discurso leído ante S. M. el Rey en 24 de Mayo de 1902.*

(4) *La Ciencia Española*, II, 10.

vez el ensayo sobre *Bacon*. En este género de crítica, que la convierte en un verdadero arte bello, con valor sustantivo é independiente de su materia, Menéndez y Pelayo fué un maestro insigne, y quizá el último de todos en el orden cronológico, si es cierto que la orientación actual de los estudios literarios pone á la primera en peligro. «Hay en la crítica—escribe Lanson (1)—una parte de arbitrariedad, de subjetivismo, de preferencia sentimental ó de lógica *a priori*, que aparta de ella los espíritus educados en la disciplina de las ciencias históricas y filológicas. Se aplican los métodos exactos al estudio del desarrollo y de las obras maestras de la literatura, y mientras languidece la crítica, se hace la historia literaria; en este sentido, la actividad es grande y excelentes los resultados. Parece que, cogida entre el periodismo y la historia, á la brillante crítica de otros tiempos le cuesta trabajo subsistir como género; si no fuese permitida más que á los espíritus excepcionales, que nos interesan más por ellos mismos que por el asunto de que hablan, no habría razón para lamentar este cambio.»

En estas afirmaciones de Lanson hay mucho de verdad (sobre todo en cuanto reflejan el actual estado de cosas); pero hay también algo que se presta a interpretaciones equivocadas y que puede aplicarse con intención siniestra. Si se trata, por ejemplo, de averiguar si Ulrico de Hutten tomó parte en la redacción de las *Epistolæ obscurorum virorum*, ó de determinar la cronología de los diálogos platónicos, ó de saber si la *Metafísica* pertenece á Aristóteles en todos sus libros, la *intuición* del crítico por sí sola es de auxilio bien escaso; entonces es la ocasión de aplicar los *métodos exactos* á que se refiere Lanson, y será preciso comparar documentos, catalogar frases y vocablos, registrar códices, etc., etc. Este trabajo no es ciertamente despreciable, sino muy importante y fundamental; requiere tenacidad de esfuerzo, facultades inductivas y deductivas, sagacidad extraordinaria. Pero su resultado es el hecho, y nada más que el hecho, el cual ha de ser luego interpretado por los hombres, según la inteli-

1 *Histoire de la Littérature française*, ed. de París, 1908, pág. 1.098.

gencia de cada uno. Y en esa interpretación está el Arte, divino y regenerador. Nada sustituye á la lectura directa de los originales; pero esto no excluye la crítica, del mismo modo que la contemplación de la naturaleza no ahorra el arte pictórico ni el escultórico, que son, sin embargo, interpretaciones de ella. En suma: los métodos exactos no son Arte bello, y la Crítica, sí. Lo que ocurre es que son muchos más los que sirven para aquéllos que los que pueden sobresalir en la última; como son en mayor número los que pueden ganarse la vida con las artes útiles que con las bellas. Pero lo alto, lo supremo, lo que eleva al hombre sobre la vida y, por consiguiente, sobre sí mismo, es y será siempre el Arte.

IV

LO QUE REPRESENTA MENÉNDEZ Y PELAYO EN LA HISTORIA ESPAÑOLA

La prosa enérgica y vibrante, llena de jugo y lozanía, la genial intuición de las cosas y de los hombres, de aquel varón insigne cuya pérdida no lamentaremos nunca bastante, serían necesarias para retratar debidamente su figura y colocarla en el altísimo puesto que por tantos conceptos merece.

Yo, el último de sus discípulos, no puedo hacer aquí sino transmitir con honda y sincera veneración el recuerdo que del Maestro y de su obra tengo: recuerdo imborrable, recuerdo animador, poderoso y fortificante, recuerdo impregnado de melancólica serenidad, como el que imprime en nuestro espíritu el rey de los astros al desaparecer entre las sombras de la noche, dejando caldeada la madre Tierra para que no interrumpa ni trunque su eterna labor engendradora.

Porque el influjo de aquel hombre no se circunscribe á una sola ó á varias determinadas esferas de la actividad humana, ni se liga y sujeta á un género particular de investigación. Es más hondo y más universal que todo eso, y en ello estriba su excepcional importancia, que yo desearía acertar á definir en estas últimas consideraciones. Esa profundidad y extensión de su influencia obedecen, en mi sentir, á que Menéndez y Pelayo no fué solamente un varón de talento extraordinario, talentos que siempre son de singular rareza en cualquier país del mundo, sino

también un verdadero genio, y esto es todavía más peregrino en cualquier parte. Y tal distinción entre el *talento* y el *genio*, basta para que nos expliquemos muchas cosas tratándose de fijar la representación histórica de la persona.

¿Sabeis en qué consiste esta significación del genio? En un poder natural de síntesis, de enlace entre efectos y causas, que va de unos á otras en virtud de gigantescas é *incomprensibles* intuiciones. Por eso hay algo en el genio que no es susceptible de imitación, pues pertenece al dominio oculto é inescrutable del misterio. Se imitan los procedimientos, se copian las formas; pero el secreto de la obra genial no admite otra manera de aproximarse á ella que la admiración. Estudiad la estructura de los lienzos de Velázquez; inquirid cómo hacía moler sus colores, cómo elegía sus modelos, de qué suerte disponía las actitudes y los ropajes; nada de eso es *Velázquez*; el genial artista es la Idea misteriosa, escondida tras el manto de los colores y del dibujo, y cuya vida alienta en todo el cuadro, sin que se concrete perceptiblemente en parte alguna. ¿Queréis otro ejemplo? Recordad el del insigne geómetra noruego Abel, muerto á los veintisiete años, y uno de los primeros matemáticos del mundo. Fué derechamente á la solución de los más intrincados problemas relativos á las funciones algebraicas, y un siglo después se siguen investigando los procedimientos que á sus conclusiones le llevarían. ¿Dónde está el genio de Abel? ¿En haber trazado minuciosamente estos métodos? No; en haber llegado á la solución, sin darse cuenta del camino, por esa intuición sintética y poderosa á que antes me refería.

Por eso representaría un grave desconocimiento de la personalidad histórica de Menéndez y Pelayo, figurárnosle aisladamente como un excelente crítico literario, como un profundo historiador de la filosofía, como un eruditísimo indagador de las antigüedades españolas, ó como un delicado poeta. Fué todo eso; pero *no fué eso sólo*. Conocemos grandes críticos, y notabilísimos historiadores, y muy escrupulosos y científicos eruditos; lo que no veíamos, muerto Menéndez y Pelayo, es el genio que se cernía con potente vuelo por encima de todas esas esferas, y que dejó

marcada su huella, como la garra del león, en todas las materias que tocó su pluma.

Así es que yo concibo perfectamente que los textos editados por Menéndez y Pelayo se vuelvan á imprimir con mayor exactitud; que los orígenes históricos de un cuento se puntualicen con mayor copia de datos que los que él aportó; que los métodos de análisis literario se hagan más *científicos* y *exactos*, aun á trueque de convertir el estudio estético en unas tablas de logaritmos. Lo que se me hace muy difícil de creer, y niego que exista por ahora entre nosotros, y desearía, sin embargo, que se realizase, es que surja otro entendimiento dotado de tan maravillosa *facultad de visión* interna como el suyo, un entendimiento que, cual sutilísimo zahorí, no necesite tomarse el trabajo de apartar montañas y separar rocas y remover obstáculos con los calculados instrumentos de un experto ingeniero, para penetrar en las entrañas de la tierra y sacar á luz sus tesoros ocultos.

Quisiera traer á la memoria algunos ejemplos que sirvieran de comprobación á esto que digo sobre la intuición genial del Maestro en los variadísimos asuntos á que se refiere su inmensa producción, cuyo inventario escueto llena abundantes páginas en cualquier bibliografía; pero temo fatigar al lector con reminiscencias que, sin duda, tiene presentes. Repárese, sin embargo, en aquel admirable discurso sobre la cultura literaria de Cervantes y la elaboración del *Quijote*, que leyó en 1905. Se nos antojaría imposible, después de tan enorme cúmulo de intérpretes, comentaristas y críticos como Cervantes ha tenido, decir algo nuevo y original acerca de sus creaciones, y, no obstante, parece que todo palidece, desde la fría apostilla del escoliasta, hasta la huera declamación del ditirámbico, ante aquellas páginas donde nos hace ver que «Don Quijote oscila entre la razón y la locura por un perpetuo tránsito de lo ideal á lo real; pero, si bien se mira, su locura es una mera alucinación respecto del mundo exterior, una falsa combinación é interpretación de datos verdaderos. En el fondo de su mente inmaculada, continúan resplandeciendo con inextinguible fulgor las puras, inmóviles y bienaventuradas Ideas de que hablaba Platón».

«No fué de los menores aciertos de Cervantes—añade—haber dejado indecisas las fronteras entre la razón y la locura, y dar las mejores lecciones de sabiduría por boca de un alucinado. No entendía con esto burlarse de la inteligencia humana, ni menos escarnecer el heroísmo, que en el *Quijote* nunca resulta ridículo sino por la manera inadecuada é inarmónica con que el protagonista quiere realizar su ideal, bueno en sí, óptimo y saludable. Lo que desquicia á Don Quijote no es el idealismo, sino el individualismo anárquico. Un falso concepto de la actividad es lo que le perturba y enloquece, lo que le pone en lucha temeraria con el mundo y hace estéril toda su virtud y su esfuerzo... Cervantes contempló y amó la belleza, y todo lo demás le fué dado por añadidura... Se levanta sobre todos los parodiadores de la caballería, porque Cervantes la amaba, y ellos no. El Ariosto mismo era un poeta honda y sinceramente pagano, que se burla de la misma tela que está urdiendo, que permanece fuera de su obra, que no comparte los sentimientos de sus personajes ni llega á hacerse íntimo con ellos, ni mucho menos á inmolar la ironía en su obsequio. Y esta ironía es subjetiva y puramente artística, es el ligero solaz de una fantasía risueña y sensual. No brota espontáneamente del contraste humano, como brota la honrada, serena y objetiva ironía de Cervantes.» Y, en cuanto á Sancho, «fisonomía tan compleja como la de Don Quijote, en medio de su simplicidad aparente y engañosa..., no es una expresión incompleta y vulgar de la sabiduría práctica, no es solamente el coro humorístico que acompaña á la tragicomedia humana, es algo mayor y mejor que esto, es un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por Don Quijote; es el primero y mayor triunfo del ingenioso hidalgo; en la estatua moral que van labrando sus manos en materia tosca y rudísima á la cual comunica el soplo de la inmortalidad. Don Quijote se educa á sí propio, educa á Sancho, y el libro entero es una pedagogía en acción, la más sorprendente y original de las pedagogías, la conquista del ideal por un loco y por un rústico, la locura aleccionando y corrigiendo á la prudencia mundana, el sentido común ennoblecido por su contacto con el [illegible] y angustia de lo ideal. Hasta las bestias que estos

personajes montan, participan de la inmortalidad de sus amos. La tierra que ellos hollaron, quedó consagrada para siempre en la geografía poética del mundo, y hoy mismo, que se encarnizan contra ella hados crueles, todavía el recuerdo de tal libro es nuestra mayor ejecutoria de nobleza, y las familiares sombras de sus héroes continúan avivando las mortecinas llamas del hogar patrio, y atrayendo sobre él el amor y las bendiciones del género humano».

No creo que la palabra del hombre haya estado nunca tan al servicio del concepto, como en los espléndidos párrafos que acabo de recordar, para traer aquí el eco, débilmente reproducido, de la briosa entonación del Maestro. Y así podría rememorar otros mil lugares análogos, como aquellos profundos capítulos dedicados, en el tomo III de los *Orígenes de la Novela*, al análisis de la *Celestina* y de sus imitaciones, y á la descripción de la fisonomía moral de sus personajes y de la finalidad de Fernando de Rojas, para quien «el amor es una deidad misteriosa y terrible, cuyo maléfico influjo emponzoña y corrompe la vida humana, y venga en los hijos los pecados de los padres». Ó bien reproduciría aquellos esculturales períodos que consagró al *Poema del Cid* en su estudio sobre la epopeya castellana en la Edad Media y en la *Antología de poetas líricos*, donde con arte mágico nos descubre el espíritu del héroe «en quien se juntan los más nobles atributos del alma castellana, la gravedad en los propósitos y en los discursos, la familiar y noble llaneza, la cortesía ingenua y reposada, la grandeza sin énfasis, la imaginación más sólida que brillante, la piedad más activa que contemplativa, el sentimiento sobriamente recatado y limpio de toda mácula de sofistería ó de bastardos afectos, la ternura conyugal más honda que expansiva, el prestigio de la autoridad doméstica y del vínculo militar libremente aceptado, la noción clara y limpia de la justicia, la lealtad al monarca y la entereza para querellarse de sus desafueros, una mezcla extraña y simpática de espíritu caballeresco y de rudeza popular, una honradez nativa, llena de viril y austero candor». Cualquiera de los ejemplos que escogiésemos, sería de los que producen impresión fuerte y honda, porque no existe asunto en

el que Menéndez y Pelayo pensase, donde no veamos grabada la señal de su genio.

En la manera elevada y penetrante que tuvo el gran Maestro de escribir la historia literaria y filosófica, veo yo la expresión de su espíritu artístico. Porque fué él un verdadero y sublime artista, y, por lo tanto, un creador. Para el vulgo (y comprendo en esta categoría á muchas personas de cultura), la historia y la crítica no son obras *de creación*, como, por ejemplo, la novela, la poesía ó el teatro; y el vulgo se engaña en eso, como en otras muchas cosas. Cuando el historiador y el crítico son mediocres, su producción no es ciertamente artística ni creadora; cuando el historiador y el crítico son un Tácito, un Taine, un Macauley ó un Menéndez y Pelayo, hay en su obra una parte altísima y personal, que constituye la creación del Arte. ¿Qué interpretan el novelista, el poeta, el dramaturgo?: las acciones, los sentimientos, las intrigas, las costumbres humanas, ó las impresiones que la Naturaleza produce en los hombres. Pues eso exactamente hacen el historiador y el crítico, cuya tarea preparan el erudito, el filólogo y todos los demás cultivadores de la ciencia; la tarea de aquéllos es por eso esencialmente psicológica, y de una psicología la más difícil y refinada de todas.

* * *

«El genio gusta de la sencillez, el ingenio gusta de las complicaciones»: esta profunda frase de Lessing, en su *Dramaturgia*, tiene perfecta aplicación al modo de ser de Menéndez y Pelayo. Era sencillo en todo: en su indumentaria, en su conversación, en sus gustos, hasta en su limpio y clarísimo estilo, del cual procuraba él apartar con singular esmero cuanto se acercase á la afectación ó á la pedantería. Así logró aquella pasmosa objetividad suya, propia de todo nuestro realismo clásico. Fué, además, de una rectitud inquebrantable en sus juicios, y jamás procuró ofender á los mismos que le habían molestado, porque siempre se vió libre de las bajas pasiones que tan frecuentemente alternan, por desgracia, en las vicisitudes humanas. Declaróse repeti-

das veces católico á machamartillo; pero este su catolicismo no era intolerante ni de sacristía, ni obstó para que alguien le declarase *impío*, sin duda porque, quien esto hacía, tenía menguado concepto de la piedad. A pesar de todo, él guardó constantemente en el fondo de su corazón una levadura pagana, como el gran Goethe, y á ello debe la *curitmia* y la serenidad de su estilo. Distaba mucho de menospreciar la Edad Media (ahí están sus admirables semblanzas de Rodrigo Díaz, del Arcipreste de Hita, y del Marqués de Santillana, y su bellísimo *Tratado de los romances viejos*, para probar lo contrario); pero sostuvo, en cambio, terminantemente, que el arte histórico de los pueblos cristianos no ha alcanzado, y quizá no alcanzará nunca, «aquella perfecta y serena armonía y compenetración de fondo y forma propias del verdadero arte clásico», del helenismo que empieza en Homero y acaba en Sófocles y en los escultores atenienses de la era de Pericles. Y en la *Epístola á Horacio*, escribió:

«Orgullosos,
allá arrastren sus ondas imperiales
el Danubio y el Rhin antes vencidos.
Yo prefiero las plácidas corrientes
del Tíber, del Cefiso, del Eurotas,
del Ebro patrio ó del ecuóreo Betis.
¡Ven, libro viejo; ven, alma de Horacio,
yo soy latino y adorarte quiero!»

Su educación, en efecto, fué esencialmente humanista y clásica, y esto se echa de ver no sólo en sus primeros trabajos (en las poesías, en el *Horacio en España*, en las Cartas de Italia), sino en las constantes aficiones literarias de toda su vida. Siempre vi sobre su mesa un Homero y un Virgilio, y, de vez en cuando, un *Nuevo Testamento* en griego. Porque era más bien hombre del Renacimiento que de estos prosaicos siglos, y se inclinaba más á la corte de los Médicis que á la época de las Constituciones y de los Parlamentos. Hizo en parte su propio retrato, cuando escribió, en el Estudio de la *Propaladia* de Torres Naharro, que éste fué un *humanista*, «y no por la inoportuna profusión de citas y recuerdos clásicos..., sino por otro género de influencia más

honda y eficaz: por lo claro y armónico de la composición; por el buen gusto que rara vez falla, aun en los pasos más difíciles; por cierta pureza estética que sobrenada en la descripción de lo más abyecto y trivial; por cierta grave, consoladora y optimista filosofía que suele encontrarse en sus escritos; «por un buen humor reflexivo y sereno, que parece la suprema ironía de quien había andado mucho mundo y sufrido muchas tormentas en esta vida, y era... parco en las palabras y mesurado en las sentencias, sin duda porque guardaba para sus versos las expansiones de su alma, no sabemos si regocijada ó resignada. Esta humana y aristocrática manera de espíritu... tuvieron todos los grandes hombres del Renacimiento, y... encontró su más perfecta expresión en Miguel de Cervantes»; esta manera fué también la de Menéndez y Pelayo, y en esto principalmente fué un humanista.

***

Si ahora se me pregunta cómo califico yo la mentalidad del insigne Maestro, y de qué suerte determino su representación en la vida histórica española, contestaré en pocas palabras: su sistema fué el *armonismo;* el sentido de su obra tiene dos formas: una, de *reconstitución* de nuestro pasado; otra, de *regeneración* para el porvenir.

El *armonismo* de Menéndez y Pelayo es consecuencia lógica de su temperamento *humanista*, que le llevaba á una amplísima libertad de criterio (principal riqueza que procuró legar á sus discípulos). Si, en lo literario, experimentó la influencia de Milá y Fontanals, y en lo filosófico, la de Lloréns, estos gloriosos maestros no sirvieron sino para alentar las tendencias de su espíritu, que, por lo demás, no se afilió nunca á las escuelas que ellos representaban, ni á ninguna otra; porque, como hemos dicho, él quiso siempre libertarse de todo exclusivismo de secta, de toda estrechez dogmática. ¡Sólo él hubiese podido cobijar bajo el manto de su arte soldán á *Gloria* y a *Sotileza*, á *Doña Perfecta* y al señor de la Torre de Provedaño!

A la difícil empresa de *reconstitución* de nuestro pasado, como

base de *regeneración* para el porvenir, dedicó Menéndez y Pelayo la mejor parte de sus titánicos esfuerzos. Si hemos de despreciarnos ó de estimarnos, necesario será que nos conozcamos; y la historia es, para los pueblos, lo que la conciencia y la reflexión para los individuos: un medio de conocimiento de faltas y de méritos, y un aviso para la enmienda ó para la perseverancia. Comprendiéndolo así, escudriñó con potente luz los más ocultos rincones de nuestro pasado, y no hubo región en la que él no penetrase y no hiciese importantes hallazgos. El que se ocupe en la historia de las ciencias, tendrá que consultar el *Inventario* adjunto á ese consolador y confortante libro que se titula: *La Ciencia española*. El que trabaje en filosofía, alguna vez habrá de recurrir á la *Historia de los heterodoxos españoles*. El que estudie la literatura ó el arte, incesantemente habrá de leer la *Historia de las ideas estéticas en España*, la *Historia de la poesía hispano-americana*, los *Estudios de crítica literaria*, la *Antología de poetas líricos castellanos*, y otras muchas producciones suyas, entre ellas los egregios Prólogos de la edición académica de Lope de Vega, que ahí quedan sin terminar, como torso de gigantesca estatua, con el gesto, entre arrogante é irónico, del atleta que, después de haber comenzado su trabajo, invita al público á que lo continúe... si puede.

No es ocasión ésta para entrar en prolijos análisis, que no servirían sino de ampliación de lo que dejo expuesto. Baste proclamar, que la obra de Menéndez y Pelayo, en lo que respecta á la rehabilitación de nuestro pasado histórico, es de tal entidad, que le hace acreedor al eterno agradecimiento de nuestra Patria.

¡La Patria! Fué el amor de sus amores, el pensamiento de toda su vida; por ella trabajó siempre, y de sus glorias escribía cuando le sorprendió la muerte. En 1901 hacía notar el enorme contingente que el extranjero aportaba para el estudio de nuestro pasado: monografías, tesis doctorales, «y hasta bibliotecas enteras y revistas especiales consagradas al estudio de las literaturas de la Península española». Y añadía: «¡Cómo contrasta esta alegre y zumbadora colmena, en que todo es actividad y entusiasmo,

con el triste silencio, con el desdén afectado, y hasta con la detracción miserable que aquí persigue, no ya las tareas de los modestos cultivadores de la erudición, que encuentran en ella goces íntimos mil veces superiores á todos los halagos de la vanidad y de la fama, sino lo más grande y augusto de nuestras tradiciones, lo más sublime de nuestro arte, lo más averiguado é incontrovertible de nuestra historia, que suele calificarse desdeñosamente de *leyenda*, como si hubiésemos sido un pueblo *fabuloso*, y como si la historia de España no la hubiesen escrito en gran parte nuestros enemigos y aun en sus labios no resultase grande!»

Creo firmemente, que esta nuestra situación de espíritu, descrita por Menéndez y Pelayo en 1901, algo ha mejorado después; pero temo que este progreso no sea suficientemente hondo, en vista de cierto dejo de amargura que se observa en uno de los últimos escritos del Maestro inolvidable, escrito que puede considerarse como su testamento literario y que marca su definitivo juicio sobre nuestro estado actual:

«Hoy presenciamos—dice—el lento suicidio de un pueblo que, engañado mil veces por gárrulos sofistas, empobrecido, mermado y desolado, emplea en destrozarse las pocas fuerzas que le restan, y corriendo tras vanos trampantojos de una falsa y postiza cultura, en vez de cultivar su propio espíritu, que es el único que ennoblece y redime á las razas y á las gentes, hace espantosa liquidación de su pasado, escarnece á cada momento las sombras de sus progenitores, huye de todo contacto con su pensamiento, reniega de cuanto en la historia los hizo grandes, arroja á los cuatro vientos su riqueza artística, y contempla con ojos estúpidos la destrucción de la única España que el mundo conoce, de la única cuyo recuerdo tiene virtud bastante para retardar nuestra agonía. ¡De cuán distinta manera han procedido los pueblos que tienen conciencia de su misión secular! La tradición teutónica fué el nervio del renacimiento germánico. Apoyándose en la tradición italiana, cada vez más profundamente conocida, construye su propia ciencia la Italia sabia é investigadora de nuestros días, emancipada igualmente de la servidumbre francesa y del magis-

terio alemán. Donde no se conserva piadosamente la herencia de lo pasado, pobre ó rica, grande ó pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar á la suya sin extinguir la parte más noble de su vida, y caer en una segunda infancia muy próxima á la imbecilidad senil.»

V

BIBLIOGRAFÍA DE MENÉNDEZ Y PELAYO

Con ocasión del *Homenaje* que la revista *Ateneo* tributó á Menéndez y Pelayo, publiqué, en los números de Noviembre de 1906 y Marzo de 1907, un primer intento de Inventario de los escritos del Maestro. Reuniéronse después aquellos artículos, algo aumentados, en cierta *Bibliografía* publicada en 1911 (1), al mismo tiempo que el primer tomo de las *Obras completas*, editadas por D. Victoriano Suárez; y nuevamente se repitió la impresión, en Julio de 1912, para el número de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, dedicado á la memoria de don Marcelino.

Todo ese trabajo, harto más detenido y penoso de lo que á primera vista parece, era, ciertamente, desordenado é incompleto. Tuve que confiar, casi exclusivamente, en los datos que la memoria me proporcionaba, y, por añadidura, en las tres ocasiones citadas, escribí con grandes apremios de tiempo. Así y todo, tengo la satisfacción de que esa *Bibliografía* fué la primera, de alguna extensión, que salió á luz, y he visto después, también con placer, que no ha sido enteramente inútil á los que se han dedicado al mismo asunto.

---

(1) *Bibliografía de D. M. Menéndez y Pelayo*, por A. B. y S. M.; Madrid, V. Suárez, 1911. 33 págs. en 4.º (Al final de este folleto, se encuentra un plan de las Series que comprenderán las *Obras completas*, redactado por el mismo Menéndez y Pelayo.)

Encargado ahora por la Real Academia de la Historia de redactar la Necrología de Menéndez y Pelayo, he dedicado mi labor á refundir por completo la mencionada *Bibliografía*, revisando de nuevo los libros, folletos y artículos que cito, y añadiendo otros no descritos antes. Confío, pues, en que las deficiencias resultarán menores, y en que serán rarísimas (si alguna existe) las publicaciones de Menéndez y Pelayo que aquí no se hallen referidas.

Bien meditado el caso, me ha parecido preferible seguir el orden cronológico de composición ó publicación de las obras. Cualquier otro procedimiento engendra confusión en el lector, y le impide apreciar el desenvolvimiento de la labor del biografiado. Claro es, sin embargo, que resulta imposible observar rigurosamente aquel orden, á causa de que algunas obras, empezadas á escribir y á publicar en un determinado año, no se terminaron hasta muchos después. Así, el primer tomo de la *Historia de las ideas estéticas*, salió á luz en 1883, y el último en 1891; el primero de la *Antología de poetas líricos* en 1890, y el postrero en 1908; *Lope de Vega* comenzó á publicarse en 1890; pero el tomo XV, último publicado, es de 1913; y así sucesivamente. Intercalar entre uno y otro tomo una larga serie de trabajos dados á luz en los años intermedios, es expuesto á confusiones. En vista de ello, he puesto el primer volumen de cada obra en el lugar que le corresponde según la fecha de su publicación, colocando seguidamente los demás tomos de la misma obra, y las sucesivas ediciones de ella.

No fué Menéndez y Pelayo de los que tuvieron mucho tiempo para pensar y preparar sus trabajos. Como Lope de Vega, pudo decir que

«más de ciento, en horas veinticuatro,
passaron de las Musas al teatro.»

Escribió casi siempre febril, precipitadamente, enviando á la imprenta las cuartillas aún húmedas, como si presintiese que su fin no estaba muy lejos, y deseara aprovechar los instantes lo mejor posible. De ahí que, por regla general, mediase poca distancia entre la redacción y la publicación de sus libros, y,

teniéndolo en cuenta, he adoptado la cronología de las mismas ediciones, fijándome excepcionalmente en la fecha de composición. A pesar de ello, siempre que he encontrado datos acerca de esta última, los he hecho constar en la descripción bibliográfica.

Doy también, dentro de los límites á que necesariamente he de atenerme, la noticia de la materia de cada libro, lo cual me parece bastante útil para los lectores. Pasarán muchos años antes de que los escritos de Menéndez y Pelayo pierdan su valor científico. Por ahora, cualquiera que se dedique á la investigación de la historia literaria y filosófica española, necesita indispensablemente consultar esas obras. De aquí la conveniencia de no limitarse en su descripción á referir los títulos y lugares de impresión, sino dar también alguna idea del contenido.

Clasificar racionalmente los escritos de Menéndez y Pelayo, supone la determinación del carácter de toda su obra. Cuando él planeó sus *Obras completas*, en 1911, las distribuyó en los siguientes grupos:

I. Historia de los Heterodoxos españoles.
II. Historia de la Poesía castellana en la Edad Media.
III. Tratado de los romances viejos.
IV. Juan Boscán.
V. Historia de la Poesía hispano-americana, desde sus orígenes hasta 1892.
VI. Orígenes de la novela española, y estudio de los novelistas anteriores á Cervantes.
VII. Estudios y discursos de crítica literaria.
VIII. Ensayos de crítica filosófica.
IX. La Ciencia española.
X. Historia de las ideas estéticas en España hasta fines del siglo XVIII.
XI. Historia de las ideas estéticas en Europa hasta fines del siglo XIX.
XII. Historia del Romanticismo francés.
XIII. Poesías completas y traducciones de obras poéticas.
XIV. Traducción de algunas obras de Cicerón.
XV. Calderón y su teatro.
XVI. Bibliografía hispano-latina clásica.

XVII. Opúsculos de erudición y bibliografía.
XVIII. Horacio en España.
XIX. Estudios sobre el teatro de Lope de Vega.

Repasando el contenido de toda esta ciclópea producción, fácilmente se echa de ver su característica: Menéndez y Pelayo fué un *historiador crítico* de la literatura y de la filosofía españolas: su educación fué principalmente *humanística;* su espíritu, de *poeta* y de artista. Por eso sus escritos admiten una clasificación bien sencilla, por razón de su contenido: son *de historia y crítica literaria*, como la «Antología de poetas líricos castellanos», la «Antología de poetas hispano-americanos», los «Orígenes de la novela», los «Estudios de crítica literaria», «Calderón y su teatro» y el «Lope de Vega»; ó de *historia crítica filosófica*, como la «Historia de los Heterodoxos españoles», los «Ensayos de crítica filosófica» y la «Historia de las Ideas estéticas»; ó de *erudición clásica*, como la traducción de Cicerón, la «Bibliografía hispano-latina» y el «Horacio en España»; ó de *poesía*, como las composiciones de este título y las traducciones de obras poéticas. Pero todo en él era tan unitario y harmónico, que semejantes clasificaciones serán siempre bastante arbitrarias; porque si sabía escribir artísticamente la historia, era por su alma de poeta; y si su erudición era segura, consistía en que poseyó como el que más los métodos de la investigación histórica; y si su poesía fué vibrante, debióse tanto á la nobleza de su alma, como á la profundidad de su pensamiento.

Pasemos, pues, á inventariar sus obras, según el criterio antes formulado (1).

---

(1) No incluyo en el catálogo las exposiciones de su doctrina, ni tampoco los artículos críticos acerca de sus escritos, ni los biográficos. Entre ellos, citaré:

Miguel García Romero: *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez y Pelayo;* Madrid, 1879 (VI + 134 págs ns. + 1 sin n., con retrato). Hay ejemplares con la nota de «Segunda edición».

Boris de Tannenberg, *L'Espagne littéraire;* Paris-Toulouse, 1903, págs. 85-210. (Y véase el *Bulletin Hispanique*, tomo V, año 1903, pág. 166.)

Cien hombres célebres, confesiones literarias por Juan José Soiza Reilly (2.ª ed. Barcelona, Maucci, 1909; pág. 223 y s.).

Antonio Gómez Restrepo: *Discurso* en elogio de D. Marcelino Menéndez y Pela-

Año 1872.

Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo, y su primer Discurso, por Manuel Rubio Borrás,

---

yo, pronunciado ante la Academia Colombiana el día 30 de Junio de 1912 (Bogotá, 1912; 37 págs. en 4.°. Hermosísimo trabajo, de noble elocuencia y bello lenguaje).

Andrés González-Blanco: *Marcelino Menéndez y Pelayo* (su vida y su obra); Madrid, 1912 (157 págs. en 8.°).

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Número dedicado á la memoria de don Marcelino Menéndez y Pelayo; Julio-Agosto de 1912 (contiene artículos de Arturo Farinelli, Georges Cirot, A. Morel-Fatio, A. Rubió y Lluch, A. Bonilla, A. Gómez Restrepo, Blanca de los Ríos de Lampérez, J. Ramón Mélida, A. Paz y Mélia, M. Serrano y Sanz y Manuel Pérez Villamil) (266 págs. en 4.°, con fotografías).

E. Mérimée: *D. Marcelino Menéndez y Pelayo* (en el *Bulletin Hispanique* de Julio-Setiembre de 1912) (4 págs. en 4.°).

Francisco Javier Garriga: *Menéndez y Pelayo, crítico literario.* Discurso necrológico (tirada aparte de *Nuestro Tiempo;* Madrid, 1912; nueve págs. en 4.°).

Estudios. Revista mensual, redactada por la Academia literaria del Plata; Buenos Aires, Setiembre, 1912. (Publica un homenaje en el artículo: «El Colegio del Salvador á Marcelino Menéndez y Pelayo».)

Junta pública celebrada en honra del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por la Real Academia Sevillana de Buenas letras, el día 27 de Octubre de 1912. Discursos de los Sres. D. Joaquín Hazañas y la Rúa y D. José Bores y Lledó; Sevilla, 1912 (51 págs. en 4.°).

D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja: *La niñez de Menéndez y Pelayo;* discurso leído en la sesión celebrada por el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, en honor del insigne maestro, el 9 de Noviembre de 1912; Madrid, V. Suárez, 1912 (26 págs. ns. en 8.°. Trabajo lleno de noticias interesantes, y escrito por quien fué amigo íntimo, desde la infancia, de Menéndez y Pelayo).

M. Polo y Peyrolón: *Menéndez y Pelayo como hombre, como sabio y como católico* (Discurso); Valencia, 1912. (Publica una carta autógrafa de Menéndez y Pelayo, fechada en Madrid, á 15 de Enero de 1879, desde el Hotel de las Cuatro Naciones) (37 págs. en 8.°).

C. Parpal y Marqués: *Menéndez y Pelayo, historiador de la literatura española* (Barcelona, 1912; 119 págs. ns. en 8.°, con extensa Bibliografía).

El Peregrino; revista quincenal; redactor: José de Armas. Madrid, Junio 15 de 1912. (Véanse las págs. 259 y 273 á 301, donde habla el Sr. Armas, con gran tino y elocuencia, de la obra de Menéndez y Pelayo, y publica dos cartas autógrafas de éste, fechadas en Santander, en 17 de Octubre de 1905 y en 8 de Enero de 1912.)

Dr. José Gómez Ocaña: *Elogio de don Federico Olóriz y Aguilera..... Estudio biográfico de cinco sabios españoles: Olóriz, Menéndez y Pelayo, Saavedra, Echegaray, y Ramón y Cajal* (Madrid, Fortanet, 1913; 112 págs. ns., en 4.°, extracto del tomo VII

Bibliotecario Archivero de la Universidad de Barcelona. (Escudo). Barcelona, Gustavo Gili, editor... MCMXIII.

148 × 86 mm.—87 págs. ns. + 2 sin n.

---

de las *Memorias de la Real Sociedad española de Historia natural).* Original y comparativo estudio psicológico de los cinco personajes citados, escrito con gran copia de datos y sugestiva amenidad.

D. Eduardo de Oliver-Copons: *Recuerdos de Menéndez y Pelayo.* (Discurso leído en el Ateneo de Vitoria, el 31 de Marzo de 1913.) Folleto de 24 págs. ns. en 4.º

John D. Fitz-Gerald. *Marcelino Menéndez y Pelayo* (artículo publicado en *The Romanic Review;* Enero-Marzo de 1913.)

Homenaje de la Biblioteca Nacional de Chile al ex-Director de la de Madrid, Dn. Marcelino Menéndez y Pelayo. Discurso de Dn. Juan Agustín Barriga; Santiago, 1913. (56 págs. en 8.º)

Discursos pronunciados en la velada necrológica celebrada en el teatro de la Princesa el día 9 de Junio de 1912 en honor de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, organizada por «El Debate»; Madrid 1912. (116 págs. en 8.º; contiene los discursos de los Sres. Herrera, Echegaray (D. Carmelo de), León (D. Ricardo), Martínez (P. Zacarías), Rodríguez Marín, Pidal y Mon, y Vázquez de Mella).

Homenaje á Menéndez y Pelayo. Discursos y poesías leídos en la velada que le dedicó el Círculo Católico de obreros de Murcia, en la noche del 2 de Junio de 1912.—Murcia, Tipografía de «La Verdad», 1912.—Un folleto de 51 págs. en 8.º, con trabajos de los Sres. Díez Vicente y Báguena, y poesías de los Sres. Tolosa Hernández y Sánchez Madrigal. En el *Prólogo* se da noticia del viaje de Menéndez y Pelayo á Murcia, invitado por el Conde de Roche, en la Semana Santa de 1898.

Luis Antón del Olmet y Arturo García Carraffa: *Los grandes españoles: Menéndez Pelayo;* Madrid, 1913. (254 págs. en 8.º; interesantísimo libro, lleno de anécdotas y de documentos biográficos importantes).

D. Gabriel Maura Gamazo: *La Historia y su misión en España, según Menéndez y Pelayo;* Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia; Madrid, 1913.

Armando Donoso: *Menéndez Pelayo i su obra;* Imprenta Universitaria, Bandera, 130; Santiago (de Chile); 1913. Un folleto de 112 págs. en 8.º

El número de revistas y periódicos, españoles y extranjeros, que, con motivo del fallecimiento de Menéndez y Pelayo, publicaron artículos acerca de éste, es considerable. Cito á continuación algunos de los que recuerdo:

Revista de la Universidad (Tegucigalpa-Honduras, 15 de Julio de 1912; trae artículos de los Sres. Durón, Guardiola, Rodríguez, López Ponce, Zepeda y Sequeiros). *La Revista Católica* (de Puebla-México, Agosto de 1912 y sigs.; contiene la oración fúnebre en honor de Menéndez y Pelayo, pronunciada por el Dr. D. Andrés Alonso Pelo).—*The Nation* (New York; 20 de Junio de 1912; contiene un artículo necrológico, por Milton A. Buchanan, á la pág. 613).—*La Ilustración Española y Americana* (núms. de 22 y 30 de Mayo de 1912, con interesantes fotografías).—*Cultura Hispano-americana* (Madrid, núms. de Junio y Julio de 1912; contiene artículos de los Sres. González-Blanco y Rodríguez Marín, una inspirada poesía de D. Anto-

Publica los trabajos escritos por Menéndez y Pelayo en la Universidad de Barcelona, para optar al premio en las asignaturas de Literatura general y española, Literatura latina, Lengua griega, y Geografía. Versan acerca de los siguientes temas:

---

nio de Zayas, un estudio de D.ª Blanca de los Ríos de Lampérez, y una carta autógrafa de Menéndez y Pelayo).—*Pro Patria*, número extraordinario de la Revista *Cultura hispano-americana* (1913; contiene á la pág. 97, un artículo de D.ª Blanca de los Ríos sobre *La Biblioteca del Maestro*).—*Senado. Extracto oficial de la sesión celebrada el lunes 20 de Mayo de 1912 y el martes 21* (contiene las manifestaciones de pésame de los Sres. Montero Ríos, Conde de Casa-Valencia, Sánchez Moguel, Groizard, Marqués de Laurencín, Bofarull, Rahola, Conde de Esteban Collantes, Conde y Luque, Aramburu, Tormo, Conde de Torreánaz, Allendesalazar, Canalejas, Obispo de Madrid-Alcalá y Conde de Orgaz).—*Solemnes funerales en la Catedral en sufragio de D. M. M. y P., celebrados el 27 de Mayo de 1912* (en el periódico *El Universo*, del día 28; contiene el discurso del Dr. D. Diego Tortosa).—*La Lectura Dominical* (Madrid, 25 de Mayo de 1912; contiene un importante artículo de D. Manuel Pérez Villamil, y fotografías de interés).—*Unión Ibero-Americana;* Mayo-Junio de 1912 (64 págs. en 4.º m., con artículos, discursos y fotografías; hay, entre otros, discursos de los Sres. Maura, P. Graciano Martínez y P. Melchor de Benisa, y dos sonetos de D. Ricardo León).—*La Nación* de Buenos Aires (números del 22, 23 y 24 de Agosto de 1912; contienen noticias del Homenaje celebrado en la Casa central de la Universidad de la Plata, en honor de Menéndez y Pelayo, con los discursos del Dr. D. Joaquín V. González y de D. Ricardo Rojas).—*Heraldo de Madrid* de 20 de Mayo de 1912 (trae autógrafo, fotografías y noticias interesantes, y un artículo de D. Cristóbal de Castro).—*El Diario Montañés*, de Santander (29-Mayo-1912; contiene un artículo de D. R. Menéndez Pidal).—*La Ciudad de Dios*, revista; vol. 89 (1912), págs. 313-348 (contiene artículos de los PP. Valle Ruiz, Garnelo y Martínez-Núñez, y poesías del P. Félix Sánchez y de D. Pedro Gobernado).—*Razón y Fé*, revista; t. XXXIII (Mayo-Agosto de 1912), págs. 277 y sigs. (artículos de los Sres. Pérez Goyena, Portillo, Astrain, Eguía y Ruiz).—*El Debate* (21-Mayo-1912; artículo de *Curro Vargas;* fotografías).—Número extraordinario de *El Universo*, dedicado á la memoria de M. y P. (Mayo de 1912; fotografías; autógrafo; artículos).—*El Correo Español* (números de 21 de Mayo y 10 de Junio de 1912; reproducen la carta al Marqués de Cerralbo, fechada en Santander, á 16 de Mayo de 1912, y otra á D. Manuel Polo y Peyrolón, fechada en Madrid, á 15 de Enero de 1879).—*El Radical* de 22 de Mayo de 1912 (autógrafos; artículos de *Lazarillo de Tormes*).—*La Tribuna* de 21-Mayo-1912 (artículo de don Eduardo Zamacois, con el título de *Un recuerdo estudiantil*).—*Mundo Gráfico*, de 29 de Mayo de 1912 (trae fotografías de M. y P. á los quince, á los veinticinco y á los treinta y cinco años, y otras de su casa y biblioteca, y del entierro).—*Cataluña* (revista de Barcelona; número de 25 de Mayo de 1912; artículos de los Sres. Rubió y Lluch y Montoliu).—*Anuari del Institut d'Estudis catalans* (Barcelona, 1911-12; á las páginas 718-723, contiene un artículo de D. A. Rubió y Lluch).—*El Imparcial* publicó también un buen artículo de D. Emilio Bobadilla.

Entre las poesías más inspiradas que la muerte de Menéndez y Pelayo ha sugerido, citaré las incluídas en el libro *De mi cercado*, de D. Manuel de Sandoval (Ma-

a) *Teatro español.*
b) *Poetas trágicos latinos, fijándose especialmente en los de la 2.ª época.*
c) *Verbos en* μι.
d) *La Tierra, considerada como cuerpo celeste.*

Los ejercicios tuvieron lugar en 27 de Setiembre de 1872. Menéndez y Pelayo obtuvo los premios de Literatura general, Literatura latina y Geografía; pero no el de Lengua griega.

Publica también el Sr. Rubio el Discurso de D. Marcelino sobre *Cervantes considerado como poeta*, una carta á D. Antonio Rubió y Lluch, fechada

---

drid, 1912; pág. 59 y sigs.) y en el tomo *Íntimas*, de D. Javier Ugarte (Madrid, 1913; pág. 117 y sigs.).

Recordaré, además, la publicación siguiente:

Homenaje á Menéndez y Pelayo en el año vigésimo de su Profesorado.—Estudios de erudición española, con un prólogo de D. Juan Valera.—Madrid, 1899. Librería general de Victoriano Suárez.

Dos tomos de XXXIV + 870 y de 956 págs. (171 por 91 mm.).

Figuran en esta importante obra, trabajos de los Sres. Apráiz (D. Julián), Asín (D. Miguel), Berlanga (D. M. R.), Blanco García (Fr. Francisco), Bofarull y Sans (D. F. de), Böhmer (Eduardo), Cambronero (D. Carlos), Campillo (D. Toribio del), Canella y Secades (D. Fermín), Cañal y Migolla (D. Carlos), Carmena y Millán (D. Luis), Catalina García (D. Juan), Chabás (D. Roque), Cotarelo y Mori (D. Emilio), Croce (Benedetto), Cuervo (Fr. Justo), De Haan (Fonger), Eguilaz y Yanguas (D. Leopoldo), Espinosa y Quesada, Estelrich (J. L.), Farinelli (Arturo), Fernández Llera (D. Víctor), Franquesa y Gomis (D. José), Fitzmaurice-Kelly (Jaime), García (D. Juan), Gestoso y Pérez (D. José), Gómez Imaz (D. Manuel), Hazañas (D. Joaquín), Hinojosa (D. Eduardo de), Hinojosa (D. Ricardo de), Hübner (Emilio), Jerez (Marqués de), Lomba y Pedraja (D. José R.), Luanco (D. José Ramón de), Menéndez Pidal (D. Ramón), Mérimée (Ernesto), Michaëlis de Vasconcellos (D.ª Carolina), Miola (Alfonso), Mir (P. M.), Morel-Fatio (Alfredo), Paz y Mélia (D. Antonio), Pedrell (D. Felipe), Pereda (D. José María de), Pérez Pastor (D. Cristóbal), Pons (D. Francisco), Rajna (Pío), Restori (Antonio), Ribera (D. Julián), Roca (D. Pedro), Rodríguez Marín (D. Francisco), Rodríguez Villa (D. Antonio), Rouanet (Léo), Rubió y Lluch (D. Antonio), Schiff (Mario), Serrano y Sanz (D. Manuel), Viñaza (Conde de la) y Wulff (Federico).

En los números de Noviembre, 1906, y Marzo, 1907, la revista *Ateneo* dedicó un *Homenaje* al Sr. Menéndez y Pelayo, con páginas originales de éste, artículos de los Sres. Altamira (D. Rafael), Bonilla (D. Adolfo), Cavestany (D. J. A.), Cávia (D. Mariano de), Echegaray (D. José), Estelrich (D. J. L.), Galvarriato (D. Juan Antonio), Lomba y Pedraja (D. J. R.), Mathieu (D. José M.), Mesa (D. Enrique de), Mourelo (D. José Rodrigues), Peán (D. Jacinto Octavio), Puyol (D. Julio), Ríos de Lampérez (D.ª Blanca de los), Rodríguez Marín (D. Francisco), Rubió y Lluch (D. Antonio), [illegible] (Pedro), Dueñas (D. Rafael de), Val (D. Mariano M. de) y mensajes de Sanmiguel y Catalina.

en Madrid, á 5 de Octubre de 1874, y un retrato de Menéndez y Pelayo, cuando éste tenía quince años (1871).

No son aquéllos, ciertamente, los primeros escritos *oficiales* de Menéndez y Pelayo, por la razón sencilla de que, habiendo sido éste, antes de esa época, alumno del Instituto de Santander, y concurrido en él á oposiciones á premios de diversas asignaturas, tales trabajos fueron los primeros que salieron de su pluma para efectos académicos.

1873.

Cervantes considerado como poeta.

Discurso de Menéndez y Pelayo, leído en el Ateneo Barcelonés, el día 28 de Abril de 1873.

Publicado en la *Miscelánea Científica y Literaria* (1) (Barcelona, 1874, números de Abril-Mayo). Reimpreso en *La Cataluña* (4 de Setiembre de 1909) y en *Los cuatro primeros escritos*, etc., del Sr. Rubio (1913).

1874.

Universidad Literaria de Valladolid. Expediente académico de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. (Sello). Publicación oficial. Valladolid, Tipografía y Casa editorial Cuesta. Macías Picavea, 38 y 40.

182 × 108 mm.—37 págs. ns. Salió á luz en 1912.

A las páginas 19-36, figura el estudio: «Conceptismo, Gongorismo y Culteranismo. Sus precedentes. Sus causas y efectos en la Literatura española», firmado por Menéndez y Pelayo en 29 de Setiembre de 1874, y que constituyó el tema de sus ejercicios de oposición al premio extraordinario del grado de Licenciado en la Facultad libre de Filosofía y Letras de aquella Universidad. Fueron jueces en aquel acto: D. Gumersindo Laverde, D. Gregorio Martínez Gómez y D. José Muro.

Crítica de las «Obras inéditas de Cervantes», publicadas por D. Adolfo de Castro.

Artículo de Menéndez y Pelayo, en la revista *Miscelánea Científica y Literaria* (Barcelona, 1874, números de Junio-Setiembre).

---

(1) Números de 23 de Abril y 1.º de Mayo de 1874. La *Miscelánea*, á la cual alude M. García Romero en sus *Apuntes* biográficos (pág. 13), era una revista estudiantil que se publicaba en Barcelona por los años de 1873 á 1875.

Soneto. (Dedicado á I. (1) M.)

Fechado en 15 de Agosto de 1874.

En la *Miscelánea Científica y Literaria*, de Barcelona, de 10 de Diciembre del año 1874 (pág. 363), donde también salió á luz la traducción en verso, hecha por Menéndez y Pelayo, de la *Elegía* 1.ª del libro I de Albio Tíbulo (pág. 63; en el número de 31 de Marzo. Reproducida esta versión en *La Cataluña* de 4 de Setiembre de 1909; y véase más adelante el año 1878 en esta Bibliografía.)

Páginas de un libro inédito: Pérez de Oliva (El maestro Fernán), por M. Menéndez y Pelayo.

Trabajo premiado por *La Ilustración Española y Americana*, en concurso celebrado en 1874, y publicado en dicho periódico en 1875 (números de 8 y 15 de Marzo).

El magnífico caballero Pero Mexía, por M. Menéndez y Pelayo.

Trabajo premiado por *La Ilustración Española y Americana*, en concurso celebrado en 1874, y publicado en dicho periódico el año 1876 (Suplemento al número de 30 de Enero, y número de 22 de Febrero) (2).

1875.

Sonetos.

Dos, dedicados á I. (Isabel) M., y otro, versión del portugues, de Barbosa de Bocage.

Publicados en la *Miscelánea Científica y Literaria*, de Barcelona, año 1875 (páginas 6, 43 y 95).

La Novela entre los latinos. / Tesis doctoral / leida / en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid / por / D. Marcelino Menéndez y Pelayo. / Santander, 1875. / Imp. y Lit. de Telesforo Martínez, / Blanca, núm. 40.

160 × 100 mm. 71 págs. nums.

(1) [illegible].

(2) El concurso de *La Ilustración* se abrió en 30 de Enero de 1874, y quedó cerrado el 15 de Marzo. Formaron el Jurado de Bellas Letras los Sres. Mesonero Romanos, Cañete, Tamayo, Selgas, y Castro y Serrano.

En la página 5, el título va ampliado de esta manera: «De la Novela entre los latinos. – *El Satyricon* de Petronio.—*Las Metamórfosis* ó *El Asno de Oro* de Apuleyo». Lleva el folleto una dedicatoria á D. José Ramón de Luanco, catedrático de Química general en la Universidad de Barcelona. En la nota primera de la pág. 24, anuncia «una monografía titulada: *Marchena y su tiempo*, para la cual venimos recogiendo noticias y documentos».

En el ejemplar que hemos tenido á la vista, con dedicatoria autógrafa á D. Gumersindo Laverde Ruiz, aparece enmendada, de letra de D. Marcelino, al margen de la línea 13 de la página 7, la palabra *diferencia*. En su lugar puso *diversidad*.

El original autógrafo de esta Tesis se encuentra en la Universidad Central, en el expediente académico de D. Marcelino. Son 128 páginas en 4.°, con numerosas variantes respecto del texto impreso. El decreto del Decano (Dr. García Blanco), lleva fecha de 11 de Junio de 1875. Examinaron la Tesis los Dres. J. Amador de los Ríos, Alfredo A. Camus y Francisco Fernández y González. He aquí el párrafo final de la Tesis, diverso del impreso:

«¡Cuándo será el día en que, reconociendo la novela que no es su fin enseñar, y mucho menos enseñar el mal, y recordando que ella, como toda creacion artísticea, debe realizar, en el modo y forma que le son propios, la belleza, reconozca á la par que esta purísima idea está eterna é indisolublemente unida con las de verdad y bien, cuyos eternos arquetipos residen en la mente de Dios, á cuyo trono sólo puede acercarse el débil mortal por el arte, por la virtud y por la ciencia, cadenas de oro que unen la tierra con el cielo! ¡Entonces sí que se mostrará la novela digna de sus gloriosas tradiciones, y producirá muchas obras que puedan compararse á las dos inmortales que, en distintos géneros, en muy diversos tiempos, y con méritos diferentes también, concibieron y ejecutaron Cervantes y Manzoni: el *Quijote*, encarnación bellísima de la idea del Renacimiento, *I Promessi Sposi*, pintura sin igual de los pasados tiempos, animada por el espíritu de la edad presente! (1).»

Pedro de Valencia.

Dos artículos publicados en la *Revista histórica-latina*, de Barcelona (1875; números 9 y 10).

Noticias para la historia de nuestra Métrica. Sobre una nueva especie de versos castellanos.

(1) «El cetro de la novela contemporánea pertenece á los ingleses, y en especial á Dickens y á Bulwer, autor de dos libros que vivirán sin duda en la posteridad: *Rienzi* y *Los últimos días de Pompeya*.»—*(Nota de M. M. P.)*

Importante artículo publicado en el tomo v de la *Revista Europea* (año 1875, págs. 569-575 y 609-615). Va fechado en Santander, «2 de Agosto de 1875». Inserta, entre otras composiciones, la mejor poesía de Laverde: *La luna y el lirio*, escrita en 1857. Fué reproducido en *La Tertulia* (páginas 33, 65, 97 y 135), en el folleto: «Biblioteca de *El Porvenir.* / —Entretenimientos literarios, / por / D. M. M. P. y D. G. L. R.— / Santiago, / Establecimiento tipográfico de José M. Paredes. / Virgen de la Cueva, número 12. / 1879.»

La *nueva especie* de versos castellanos á que alude aquí Menéndez y Pelayo, es la de los que llama «*laverdáicos*», por haberlos empleado D. Gumersindo Laverde Ruiz. Son versos de nueve sílabas, con el acento en la segunda y en la sexta; es decir, *sáficos* despojados de las dos primeras sílabas. Tal acontece en la siguiente estrofa, *laverdáico-adónica:*

«¿No ves, en la estación de amores,
pintada mariposa breve,
que, al soplo de las auras leve,
rondando las gentiles flores,
ágil se mueve?»

En el volumen v (año 1883) de la *Revista de Madrid*, figura un artículo de Miguel Antonio Caro: *Del verso de nueve sílabas*, tomado del *Repertorio Colombiano* y escrito á propósito del de Menéndez y Pelayo. Opina Caro que el *laverdáico* es un sáfico «brachicatalecto», semejante á los que se leen en algunos coros de las tragedias de Séneca.

Noticias literarias sobre los jesuítas españoles extrañados del Reino en tiempo de Carlos III.

Artículos publicados en *La España Católica* (Madrid, números de 22 de Febrero, 20, 21 y 27 de Abril, 5, 18 y 28 de Mayo y 9 y 28 de Junio de 1875; tratan de: *El abate Andrés; Hervás y Panduro; Eximeno; Lampillas, Serrano; Nuix*, y *Llorente*). Los relativos al *abate Andrés*, á *Hervás* y á *Eximeno*, fueron reproducidos en *La Tertulia* de Santander, de 1876 (páginas 193, 289, 321, 385 y 736).

Noticias bibliográficas.

Artículo crítico de Menéndez y Pelayo, publicado en *La España católica* de 20 de Julio de 1875, acerca de dos opúsculos de Adolfo de Castro, rotulados: *Sobre el «Centón epistolario»* (Sevilla, 1875), y *La Epístola moral á Fabio no es de Rioja* (Cádiz, 1875).

1876.

Estudios críticos / sobre / escritores montañeses, / por / don Marcelino Menéndez y Pelayo, / Doctor en Filosofía y Letras. / I. / Trueba y Cosío. / *(Grabado que representa el escudo de Santander)* / Santander—1876. / Imp. y Lit. de Telesforo Martínez. / Blanca, 40.

112 × 58 mm.—256 + 52 págs. nums. y dos hojas más, de *Erratas* é *Indice*.

Las *Advertencias preliminares* van fechadas en Santander, «Enero de 1876».

Es un estudio biográfico, bibliográfico y crítico, del novelista, dramaturgo y poeta montañés, D. Joaquín Telesforo Trueba y Cosío (1799-1835). Va dedicado al Ayuntamiento de Santander, «en testimonio de profundo respeto y gratitud eterna». Advierte, en nota de la pág. 25, tener en preparación la *Biblioteca de Traductores*. En la cubierta se anuncia: «Estudios críticos sobre escritores montañeses. Tomo II», que no llegó á publicarse.

Una comedia inédita de Trueba y Cosío.

Trátase de la comedia en un acto: *Casarse con sesenta mil duros*. Publicóla Menéndez y Pelayo en *La Tertulia* (págs. 353, 417 y 518).

Cartas de Italia:

1. Españoles en Italia.
2. Una visita á las Bibliotecas.
3. Epístola Partenopea.
4. Rerum opibusque potens, Florentia mater!
5. Letras y literatos italianos.

Son cartas á D. José M.ª de Pereda, fechadas en Roma, 1.º y 21 de Febrero; Nápoles, Marzo; Florencia, 13 de Abril y Venecia-Milán, 13 de Mayo de 1877. Se publicaron en *La Tertulia* (págs. 449, 481, 545, 632 y 673).

Letras y literatos portugueses. (Cartas á D. José María de Pereda, fechadas en Lisboa, en 14 y 31 de Octubre de 1876).

Son dos artículos publicados en la revista *La Tertulia* (2.ª época), de Santander, año 1876 (véase la pág. 225), donde también salieron la pri-

mera edición de la *Epístola á Horacio*, la *Paráfrasis de un himno griego de Sinesio de Cirene*, y la *Oda de Erina de Lesbos*.

La carta primera: «Letras y literatos portugueses» se reimprimió en la *Revista de Madrid* (tomo III, año 1882; págs. 20-29). También reprodujo esta revista la carta: *Letras y literatos italianos* (tomo I, año 1881, página 490).

Hay, además, *preguntas* y *contestaciones* de Menéndez y Pelayo, en la sección: *El averiguador de Cantabria*, de *La Tertulia* (págs. 30, 31, 32, 61, 93 y 94) y *notas bibliográficas* del mismo, sobre libros de D. Enrique de Leguina, Angel de los Ríos y Ríos, José María de Pereda (*Bocetos al temple*) y Amós de Escalante (*Ave, Maris Stella*), en idéntica revista (págs. 63, 95, 122 y 730). El último fué reimpreso en la *Revista de Madrid* (II, 1881, pág. 364).

El *Prospecto* de la *Sociedad de Bibliófilos cántabros* se reimprimió también en *La Tertulia* (pág. 189).

d) Polémicas, Indicaciones y Proyectos sobre la Ciencia Española, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo / Doctor en Filosofía y Letras / con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz / Catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid. Madrid: Imprenta á cargo de Víctor Saiz, Calle de la Colegiata, núm. 6.

126 × 67 mm.—XXIX + 292 págs. nums. y 1 sin num., de *Erratas*.

Contiene, además de la introducción *A guisa de Prólogo* de Laverde, fechada en Lugo, á 30 de Setiembre de 1876, los siguientes capítulos:

«I. Indicaciones sobre la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos (fechado en Santander, 14 Abril 1876).
II. De re bibliographica (Santander, Junio 1876).
III. Mr. Masson redivivo (Santander, 2 de Junio de 1876).
IV. Monografías expositivo-críticas (Santander, 10 Julio 1876).
V. Prosíguese el pensamiento de las cartas anteriores (Santander, 25 de Julio de 1876, con un *post-scriptum*, fechado en 20 de Agosto).
VI. Mr. Masson redimuerto (Santander, 22 Setiembre de 1876).
VII. Noticia de algunos trabajos relativos á heterodoxos españoles, y *Plan de una obra crítico bibliográfica sobre esta materia* (Santander, 3 Octubre 1876).
Addenda.»

El primero de estos artículos, fué motivado por cierto párrafo de uno de los estudios que publicaba D. Gumersindo de Azcárate en la *Revista de España*, con el título de: *El Self Government y la Monarquía doctri-*

naria (1). El tercero, reconoce por causa ocasional otro artículo de D. Manuel de la Revilla en la *Revista Contemporánea*. Nuevo estudio del mismo Revilla en la indicada *Revista*, dió lugar á la carta núm. VI.

Las siete cartas de Menéndez y Pelayo salieron á luz en la *Revista Europea*, que empezó á publicarse en Marzo de 1874, y terminó en 20 de Junio de 1880 (véanse el tomo VII, pág. 330, y el VIII, págs. 65, 132, 262, 294, 392 y 459-485-522, del año 1876).

Las cartas III, VI y VII, las reprodujo *La España* en los números de 31-Agosto y 1.º-Setiembre; 28-Setiembre, 29-ídem, 30-ídem y 2-Octubre; y 27-Octubre, 28-ídem, 2-Noviembre, 3-ídem y 4-ídem de 1876, respectivamente.

Es interesante, desde el punto de vista biográfico, este párrafo de la carta-prólogo de Laverde:

«Maravilloso en verdad es, en un joven de veinte años, tal conjunto de cualidades, que pocas veces aparecen reunidas. Y el asombro sube de punto al considerar que esas Cartas han sido improvisadas *ex abundantia cordis*, sin desatender otras tareas literarias, de mucho mayor empeño algunas. Ahí están, para no dejarme por hiperbólico, los *Estudios poéticos*, donde en breve conocerá el público la maestría envidiable con que usted, émulo dichoso de Burgos, Castillo y Ayensa, y otros preclaros traductores nuestros, interpreta en verso castellano las inspiraciones de la musa griega, latina, italiana, lemosina, portuguesa, francesa é inglesa; los *Estudios clásicos*, de que es un fragmento el bello discurso acerca de *La Novela entre los latinos*, por usted leído al recibir la investidura de doctor en filosofía y letras; el *Ensayo bibliográfico y crítico sobre los traductores españoles de Horacio*, escrito en 1873, y posteriormente acrecido con nuevos y peregrinos datos, por donde ya alcanza honores de libro; el *Bosquejo de la historia científica y literaria de los jesuítas españoles desterrados á Italia por Carlos III*, del cual han salido á luz, valiéndole á usted no pocos plácemes, diversos é interesantes trozos en *La España Católica;* los *Estudios críticos sobre escritores montañeses*, inaugurados con el tomo relativo á *Trueba y Cosío*, modelo de esta clase de monografías, dignamente ensalzado por el sabio Milá y Fontanals en el *Polybiblion;* la *Biblioteca de traductores españoles*, vasto tesoro de erudición biográfica y bibliográfica, en su mayor parte, y con infatigable aplicación y diligencia ya reunida y ordenada; la *Historia de la Estética en España*, en que, por decirlo así, saca usted de bajo tierra una de las corrientes más fecundas y copiosas de la

(1) Reunidos luego en el volumen que lleva el mismo título *(El Self-Government y la monarquía doctrinaria*, por Gumersindo de Azcárate, Ex-Catedrático de la Universidad de Madrid y Profesor en la Institución libre de enseñanza; Madrid, A. de San Martín, 1877; véase la pág. 114).

ciencia patria: y finalmente, la *de los heterodoxos españoles*, cuya *introducción*, que ahora se publica anticipadamente y á manera de *specimen*, manifiesta bastante la magnitud é importancia de la empresa y el talento y saber con que, de fijo, será desempeñada. Ópimos frutos prometía para el porvenir la lucidísima carrera universitaria de usted, discípulo fiel de la *escuela catalana*, educado por los Milá, los Rubió y los Llorens, que supieron cultivar y desarrollar sus nativas disposiciones....»

B) La Ciencia Española. / Polémicas, Indicaciones y Proyectos, / por el Doctor / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / Catedrático de Literatura Española / en la Universidad de Madrid, / con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz / Catedrático de la Universidad de Santiago. / Segunda edición corregida y aumentada. / Madrid. / Imprenta Central á cargo de Victor Saiz. / Calle de la Colegiata, núm. 6. / 1879. *(La cubierta lleva el siguiente pie*: «Madrid / Librería de Victoriano Suárez / Jacometrezo, núm. 72 / 1880.»)

160 × 90 mm. XXXII + 470 págs. nums.

Contiene, además de los seis primeros capítulos de la edición anterior, notablemente corregidos y aumentados:

Segunda parte:

I. Dos artículos del Sr. Pidal sobre las cartas anteriores.
II. *In dubiis libertas* (fechado en Florencia, á 13 de Abril de 1877).
III. La Ciencia española bajo la Inquisición, por el señor del Perojo. (Son tres cartas, fechadas respectivamente en: Venecia, 6 Mayo 1877, 8 Mayo 1877 y Venecia-Milán, 9 Mayo 1877.
IV. La *Antoniana Margarita* de Gómez Pereira. Carta al señor D. Juan Valera.
V. La patria de Raimundo Sabunde.

Apéndice:

I. Contestación de D. Alejandro Pidal y Món á la carta *In dubiis libertas*.
II. *Instaurare omnia in Christo*. Carta al Sr. Pidal.
III. Contestación del Sr. D. Gumersindo Laverde á la última réplica del Sr. Azcárate. (Lugo, 9 de Noviembre de 1876).
IV. Nota final.

Los dos artículos de Pidal, señalados con el número I, salieron á luz en *La España*, que él dirigía, en 1877 (números de 17 y 24 de Marzo). El del Sr. Perojo, en la *Revista contemporánea*. El relativo á la *Antoniana*, en los tomos LX (págs. 362 y 474 y sigs.) y LXI (págs. 63 y 166 y sigs.) de la *Revista de España* (año 1878). El artículo sobre la patria de Sabunde, fué

motivado por el libro del Abate D. Reulet: *Un inconnu célèbre: Recherches historiques et critiques sur Raymond de Sebonde* (Paris, 1875). La carta del señor Azcárate, dedicada á Laverde, vió la luz en la *Revista Europea*. Los capítulos II y III de la segunda parte, se publicaron en *La España* (números de 21 de Abril, 19 y 26 de Mayo, y 9 de Junio de 1877).

Á la pág. 237, D. Marcelino anuncia que piensa escribir un libro «con el título de *Exposición é historia del Vivismo*».

En la *Advertencia* preliminar de esta 2.ª edición, dice Menéndez y Pelayo:

«No sólo he corregido las erratas, inexactitudes, omisiones y faltas de elocución que noté en la primera, sino que he añadido una segunda parte, formada con diferentes escritos acerca de nuestra ciencia, por mí publicados en *La España Católica* y en la *Revista de España*. En el texto de las cartas ya conocidas he hecho considerables adiciones, sobre todo en la parte bibliográfica. Suprimo, en cambio, la introducción y plan de mi *Historia de los herejes españoles*, porque esta obra comenzará á publicarse muy luego, y ya no es necesario aquel *specimen*.»

C) Colección de escritores castellanos: **La Ciencia Española. (Polémicas, proyectos y bibliografía)**, por el Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Catedrático de Literatura española en la Universidad de Madrid, Individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde Ruiz, Catedrático de la Universidad de Santiago. Tercera edición, refundida y aumentada. ..... Madrid. Imprenta de A. Pérez Dubrull, Flor Baja, número 22 1887-1888.

124 × 68 mm.—Tres tomos, de LVI + 333 págs. ns. + 2 sin n.; LXIX + 387 págs. ns. + 3 sin n.; y 478 págs. ns. + 2 sin n., respectivamente.

Esta edición difiere notablemente de las anteriores, por lo corregida y acrecentada.

El primer tomo contiene los seis primeros capítulos de la edición de 1876 y dos apéndices: el *Discurso inaugural* del curso de 1884 á 1885 en la Universidad de Santiago, sobre Fox Morcillo, por D. Gumersindo Laverde; y la contestación de éste (ya publicada en la edición de 1880) á la última réplica del Sr. Azcárate.

En el segundo tomo se reproducen, con muchas variantes, la segunda parte de la edición de 1880 y los Apéndices I y II.

El tercer tomo (que lleva fecha de 1888) es enteramente nuevo. En él figuran los siguientes estudios:

I. Ramón Lull (Discurso leído el 1.° de Mayo de 1884 en el Instituto de las Baleares).
II. Himno de la Creación para la mañana del Día del gran ayuno, poema de Judah Leví, poeta hebraico-hispano del siglo XII (traducción en verso).
III. Contestación á un filósofo tomista.
IV. Réplica al Padre Fonseca (el autor del *Ramillete dedicado á Santo Tomás de Aquino, por los Padres Dominicos del Colegio de Corias*, reproducido por *El Siglo Futuro* y que motivó el artículo anterior).
V. Inventario bibliográfico de la Ciencia Española (págs. 125-445).

Apéndice: *El Tradicionalismo en España durante el siglo XVIII*, por D. Gumersindo Laverde Ruiz (artículo publicado por éste en los *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura é instrucción pública españolas*. Lugo, 1868; págs. 470-486).

La *Advertencia preliminar* del tomo I, va fechada en 28 de Abril de 1887.

El ingente *Inventario* que ocupa la mayor parte del tomo III, representa un colosal esfuerzo bibliográfico. En la nueva edición que pensaba incluir en sus *Obras completas*, Menéndez y Pelayo había de aumentarlo considerablemente, no sólo con notas propias (que iba apuntando en un ejemplar de la tercera), sino con presencia de otros trabajos después publicados, como los *Apuntes para una Biblioteca científica española del siglo XVI*, de D. Felipe Picatoste (1891), los *Discursos* leídos ante la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, en la recepción pública de don Aciselo Fernández Vallín (1893), la *Bibliografía española de lenguas indígenas de América*, del Conde de la Viñaza (1892), etc., etc.

1877.

«Tipos trashumantes»....., por D. José María de Pereda. (Juicio de esta obra).

«Las cuatro estaciones», poesías de D. E. Bustillo. (Breve juicio de este libro).

Estudios críticos sobre escritores montañeses.—D. Evaristo Silió y Gutiérrez.

Artículos publicados en la *Revista Cántabro-Asturiana* (continuación de *La Tertulia*), editada por Francisco M. Mazón (Santander, 1877), donde también se publicaron el *Himno de Prudencio*, el *Soneto (imitación de una [illegible] griega)*, *El entierro*, de Chénier, y la *Oda XII del libro I de*

Horacio, de que luego trataremos (véanse las págs. 38, 60, 122, 158, 261 368 y 417 de dicha *Revista*).

Los artículos sobre Silió, fueron reproducidos al frente del volúmen *Poesías de Evaristo Silió*, impreso en 1897.

A) **Horacio / en España / (Traductores y comentadores. La poesía horaciana.) / Solaces bibliográficos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo / Dr. en Filosofía y Letras.**

Me peritus
Discet Iber.....
(Horat. Od. xx, lib. II).

Madrid / Casa editorial de Medina / Amnistía, núm. 12.

126 × 69 mm.—xv + 479 págs. ns. + 4 sin n.

Aunque no lleva fecha, la edición se hizo en 1877.

Contiene: Dedicatoria á D. Leopoldo Eguílaz Yanguas.—*Dos palabras á quien leyere.*—Epístola á Horacio.—Traductores castellanos de Horacio.—Traductores catalanes de Horacio.—Traductores gallegos.—La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—Ultílogo.—Addenda et Corrigenda.—Erratas notables.

La monografía que constituye este tomo, se halla entresacada, según declara D. Marcelino, de la *Biblioteca de Traductores.*

En la Advertencîa, hace notar que su obra «fué pasatiempo de estudiante, que buscaba solaz en la Bibliografía, rendido y fatigado de ciertas explicaciones de *metafísica krausista* que el reglamento le forzaba á oir, y de las cuales sacó el provecho que fácilmente imaginarán los lectores.»

En el *Ultílogo*, declara haberse propuesto: «1.° Dar materiales al primer erudito que emprenda la formación de una *bibliografía general horaciana*»; 2.° «Describir una fase de los estudios humanísticos en nuestro suelo, y hacer la historia de una parte de nuestra poesía lírica»; 3.° «Acopiar algunas noticias para uso del primero que á conciencia quiera tratar el punto de *¿cómo ha sido y debe ser la poesía lírica en España?*».

Los capítulos que constituyen esta primera edición, salieron á luz en la *Revista Europea* (editada por Medina y Navarro) de 1877, por este orden:

Epístola á Horacio (fechada en 2-Enero-1877), en el tomo IX, pág. 520.

Traductores castellanos de Horacio (al final trata de los catalanes y gallegos); IX, 577, 613, 646, 673 y 709.

Traductores portugueses de Horacio, X, 1.

La poesía horaciana en Castilla; X, 37, 68, 109, 133 y 162.

La poesía horaciana en Portugal (con el *Ultílogo);* X, 193 y 225.

B. Colección de escritores castellanos: **Horacio en España.** Solaces bibliográficos de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Doctor en Filosofía y Letras, Catedrático de Literatura en la Universidad de Madrid, Individuo de las Reales Academias Española y de la Historia..... Segunda edición refundida. ..... Madrid, 1885. Imprenta de A. Pérez Dubrull.

Dos tomos de 123 × 68 mm. El I consta de LVIII + 354 págs. numeradas + 1 sin n. de colofón. El II de 441 págs. ns. + 1 de *Indice* y otra de colofón.

El tomo I contiene: Dedicatoria á D. Leopoldo Eguílaz Yanguas, «catedrático de Literatura en la Universidad de Granada, y orientalista eminente».—Advertencia de esta edición (fechada en Santander, Agosto de 1883).—Juicio de la primera edición por el Sr. D. Juan Valera.—Dos palabras á quien leyere (Advertencia de la primera edición).—Introducción (Epístola á Horacio).—Traductores castellanos de Horacio (ocho capítulos).—Traductores portugueses de Horacio (dos capítulos).—Traductores gallegos de Horacio.—Traductores asturianos de Horacio.—Traductores catalanes de Horacio.—Adiciones.—Índice general de traductores de Horacio.

El tomo II: La poesía horaciana en Castilla (diez y seis capítulos).—La poesía horaciana en Portugal (cuatro capítulos).—Ultílogo.—Observaciones de D. Miguel Antonio Caro sobre la poesía horaciana.—Apéndices.—Adiciones al tomo primero.

Las «Adiciones á Horacio en España», salieron á luz en la *Revista de Madrid* (tomo II, año 1881, págs. 130, 161, 279 y 314).

1878.

A) **Estudios** / poéticos / por / M. Menéndez Pelayo / con una Carta-Prólogo del Excmo. Sr. Marqués de Valmar / de la Academia Española. Madrid / Imprenta Central, á cargo de V. Saiz / Calle de la Colegiata, núm. 6 / 1878.

133 × 77 mm.— XXX + 244 págs. nums., y una sin num., de *Erratas y correcciones*, que va después de la XXX.

El Prólogo del Marqués de Valmar, lleva fecha de: «Madrid, 16 de Mayo de 1878».

La obra tiene la siguiente dedicatoria: «A C... su primo Marcelino».

Contiene las poesías siguientes:

1. Oda primera de Safo (Santander, 5 Enero, 1875) (1).
2. Oda segunda de Safo (2).
3. Oda de Erina de Lesbos (20 Marzo, 1875).
4. Olimpiaca XIV de Píndaro.
5. Odas anacreónticas (La cigarra; Á un disco que representaba á Afrodita, saliendo de la espuma del mar; La rosa; La yegua de Tracia; A una doncella) (3).
6. La Hechicera, idilio de Teócrito (30 Agosto, 1875).
7. Idilio de Bion á la muerte de Adónis (28 Octubre, 1875).
8. Idilio de Mosco á la muerte de Bion (5 Noviembre, 1876).
9. Paráfrasis de una oda teológica de Sinesio de Cirene (8 Setiembre, 1875).
10. Invocación del poema de Lucrecio: *De rerum natura* (11 Enero, 1876).
11. Epitalamio de Julia y Manlio, de Catulo (2 Julio, 1875) (4).
12. De Catulo: Al sepulcro de su hermano (3 Julio, 1875) (5).
13. Canto secular de Horacio (Mayo, 1876) (6).
14. Oda XII del libro I de Horacio (25 Julio, 1875) (7).
15. Oda V del libro I de Horacio (traducida en versos sáfico-*laverdáico*-adónicos) (9 Julio, 1875).
16. Elegía I del libro I de Tibulo (9 Enero, 1874) (8).
17. Elegía de Ovidio á la muerte de Tibulo (18 Marzo, 1875).
18. Fragmento del poema de Petronio: *De mutatione reipublicae romanae* (Agosto, 1875).
19. Himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza (15 Agosto, 1875) (9).
20. Cintra; poema latino de Luisa Sigea, toledana (27 Dicbre., 1875) (10).
21. Traducción del fragmento apócrifo de Catulo que forjó el abate Marchena (11).
22. Los Sepulcros, poema italiano de Hugo Fóscolo (4 Setiembre. 1875).
23. El ciego; idilio de Andrés Chénier (6 Diciembre, 1875).
24. El joven enfermo; idilio de Andrés Chénier (8 Diciembre 1875).

---

(1) «6 de Enero de 1875», según el texto original, incluído en las cartas á Laverde Ruiz.

(2) «6 de Enero de 1875», según las referidas cartas, de las cuales tomo las enmiendas que van en las notas siguientes.

(3) Las cinco odas estaban traducidas en Noviembre de 1875.

(4) «3 de Julio de 1875».

(5) «4 de Julio de 1875».

(6) «Abril de 1875».

(7) «24 de Julio de 1875».

(8) «5 de Enero de 1874».

(9) «22 de Agosto de 1875».

(10) Estaba ya traducido en 27 de Noviembre de 1875.

(11) «2-Enero-1878».

25. Neera; idilio de Andrés Chenier (8 Julio, 1876).
26. La joven cautiva; oda de Andrés Chénier (10 Diciembre, 1875).
27. Imitación del Himno á Grecia de lord Byron (1).
28. Á Venus. Oda portuguesa de Francisco Manuel (Filinto). (Setiembre, 1876).
29. La noche. Oda portuguesa de Francisco Manuel (Octubre, 1876).
30. Mis cantares. Oda catalana de Rubió y Ors.
31. Oda á Barcelona, traducida del catalán, de D. Joaquín Rubió y Ors, (1 Agosto, 1876).
32. Epístola á Horacio (28 Diciembre, 1876).
33. Á Epicaris (2).
34. Sáficas, I. (Una fiesta en Chipre; Abril, 1875) (3).
35. Sáficas, II. (Anyoransa, á Epicaris; Barcelona, 1873).
36. Cantos latinos, á imitación de los que componían los goliardos ó estudiantes juglares de la Edad Media (son dos, fechado el primero en: Enero, 1878).
37. A C..... (Sevilla, Marzo de 1878).
38. A Epicaris.
39. A D. Gumersindo Laverde Ruiz, «restaurador de los estudios de filosofía española» (15 Noviembre, 1875).
40. En Roma (Roma, Enero de 1877) (4).
41. Á la memoria del eminente poeta catalán D. Manuel Cabanyes (4 Febrero, 1875).
42. En el abanico de mi prima (Abril de 1878).

En 25 ejemplares de esta edición, se incluyó, al final (págs. 237 á 242) la versión del idilio 28 de Teócrito (el *Oarystes)*, fechada en 8 de Julio de 1876. Los ejemplares que no le llevan, sólo constan de 238 páginas de texto.

La que lleva el título de *Segunda edición*, con el pie de imprenta: «Madrid. Librería de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2.—Sevilla, Librería de Hijos de Fé, Sierpes, 104.—1879» (XXX + 238 págs. nums. y una de *Erratas y Correcciones)*, no es, en realidad, tal segunda edición, sino

---

(1) «Santander, 22 de Diciembre de 1874».

(2) «Santander, 17 de Diciembre de 1875».

(3) Santander, 25 de Diciembre de 1874». En carta á Laverde, fechada en Madrid á 15 de Junio de 1875, dice Menéndez y Pelayo. «Con esta remito á usted una composición mía escrita hace algún tiempo, é inspirada en diferentes poetas de la antigüedad, especialmente en Calímaco, Lucrecio, Catulo, Horacio, y el ignorado autor del *Pervigilium Veneris*». Al final de la poesía, añade: «Nota. De lo más ó menos licencioso de esta composición yo no respondo. La culpa no es mía, sino de las costumbres antiguas, que yo no he querido desfigurar por vanas meticulosidades. Sería un absurdo hacer hablar á los cipriotas como cristianos. He querido reproducir el espíritu de la poesía de la antigüedad.»

(4) «Foro romano, Enero de 1877».

la misma primera, con otra portada, como puede comprobarse, cotejando cualquier página con su correspondiente.

B) Colección de escritores castellanos: Menendez y Pelayo, de la Real Academia Española.—**Odas, Epístolas y Tragedias.** Con un Prólogo de D. Juan Valera. Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1883.

122 × 68 mm. LXXXVIII + 304 págs. nums., con el retrato del autor. La *Introducción* de Valera está fechada en Lisboa, á 24 de Diciembre de 1882.

Comprende esta edición los números 41, 32, 40, 39, 3, 4, 13, 9, 19, 27, 34, 21, 22, 23, 24 y 25, señalados en la de 1878, y, además, los siguientes, que numeraré correlativamente:

43. Soneto-Dedicatoria.
44. A Epicaris (Santander, 1874).
45. Carta á mis amigos de Santander, con motivo de haberme regalado la *Bibliotheca Graeca* de Fermín Didot.
46. La galerna del Sábado de Gloria (1876). (Santander, 1877).
47. A Lidia (Madrid; Marzo, 1880).
48. Remember (Agosto de 1880).
49. Soneto (Santander, 24 Agosto, 1881).
50. Sus ojos (Abril, 1880).
51. Elegía en la muerte de un amigo (Julio, 1881).
52. *Diffugere nives.....* (Abril, 1881).
53. Á Aglaya (Enero, 1882).
54. Nueva Primavera (Junio, 1882).
55. A.. ..
56. Himno á Dionysos (Marzo, 1879).
57. En el Album de la Duquesa de Villahermosa (Mayo, 1876).
58. Dos tragedias de Esquilo (*Los siete sobre Tebas*, fechada en Santander, á 19 de Julio de 1879; y *Prometeo encadenado;* ambas versiones van dedicadas á D. Amós de Escalante).

C) Colección de escritores castellanos: **Odas, Epístolas y Tragedias** de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Academia Española, con una Introducción de D. Juan Valera, de la misma Academia. Segunda edición. Madrid, Imprenta de la Viuda é Hijos de M. Tello, 1906.

123 × 68 mm. LXXXV + 328 págs. nums. y una más de colofón

Además de las poesías contenidas en la edición de 1883, contiene ésta las siguientes:

59. Himno de la creación para la mañana del día del Gran Ayuno, poema de Judah Leví, poeta hebraico-hispano del siglo XII (1885).
60. Palinodia, de Leopardi (1881).
61. El pájaro de Aglaya (Madrid, 1887).

Como se ve, para tener completas las Poesías de Menéndez y Pelayo publicadas en colección, es preciso poseer las dos ediciones de 1878 y 1906.

Algunas de las poesías insertas en los *Estudios* y en las *Odas*, se publicaron también en otros lugares. Así, las *Odas* 1.ª y 2.ª de Safo (núms. 1 y 2) y la de Erina de Lesbos (núm. 3), se reimprimieron en el tomo de *Poetas líricos griegos* (Madrid, 1884), de la *Biblioteca clásica*. El núm. 3 salió á la luz en la revista *La Tertulia*, de Santander (1876) y volvió á imprimirse, con el texto griego, en la excelente *Biblioteca de autores griegos y latinos* (Barcelona, 1909), dirigida por los Sres. Segalá y Parpal. El *Soneto* (imitación de una anacreóntica griega, núm. 5-5.ª), en la *Revista Cántabro-Asturiana*, continuación de *La Tertulia* (Santander, 1877); la *Paráfrasis de un himno griego de Sinesio de Cirene* (núm. 9), en *La Tertulia* (1876). El número 13 (Canto secular) en la edición barcelonesa (1882) de las *Odas* de Horacio y en *Horacio en España* (2.ª ed.). El 14 *(Oda XII del libro I de Horacio)* en la *Revista cántabro-asturiana* (1877). El 15, en la susodicha edición barcelonesa (1882) de las *Odas* de Horacio. El 16 en la *Miscelánea Científica y Literaria* de Barcelona (1874), y en el número de 4 de Setiembre de 1909 de la *Cataluña* (homenaje á Menéndez y Pelayo, con artículos de los Sres. Roig, Rubió y Lluch, Maragall, Miquel y Planas, Colell, Cominas, López Picó y Barrera). El *Himno de Prudencio en loor de los mártires de Zaragoza* (núm. 19), en la *Revista cántabro-asturiana* (1877), y en *La Ilustración Católica* (número de 7-Noviembre-1878). *El enfermo*, de Chénier (núm. 24), en la mencionada *Revista*. El número 27, en *La Ilustración Católica* (7-Diciembre-1878). Los números 30 y 31, en el volumen I de la edición de 1888 de *Lo Gayter del Llobregat*, de Rubió y Ors. La *Epístola á Horacio* (núm 32), en *La Tertulia* (1876), en *Horacio en España* (1877), en la edición barcelonesa de las *Odas* de Horacio (1882), en la *Revista Europea* (IX, 520; año 1877), en *Ateneo*, y en otros muchos lugares, porque es, justamente, la más conocida y celebrada de estas poesías. *Una fiesta en Chipre* (núm. 34) en el almanaque de *El Aviso* para el año de 1876 (Santander, 1876). De la *Epístola á mis amigos de Santander* (número 45), hay edición especial, como veremos, de 1879. Se imprimió, además, en *La Ilustración Española y Americana* (15 de Junio de 1879 y 30 de Mayo de 1912) y en el *Florilegio de poesías castellanas del siglo XIX* de Juan Valera (tomo IV; Madrid, 1902; págs. 390 y sigs.). *La Galerna del Sábado* Santo (1880) en *La Ilustración Católica* (número de 21-Noviembre-

1879) (1), en la *Revista de Madrid* (II, 1881, 214), y en el citado *Florilegio* de Valera (pág. 399 y sigs. . Los números 47, 48, 49, 50 y 51, en *La Ilustración Española y Americana* (números de 22-Marzo 1880; 8-Agosto-1880; 30-Agosto 1880; 8 Febrero-1881; 30-Julio-1881). El 51 se reprodujo también en *Ateneo. Diffugere nives...* núm. 52), en el *Almanaque de la Ilustración para el año de 1882* (Madrid, 1881, pág. 56); hay otra edición, con variantes (reproducidas en la edición de las *Odas* de 1906), en el número de Marzo, 1894, de la revista madrileña *Pro Patria* (pág. 172 y siguientes). El número 53, en la *Ilustración Española y Americana* (22-Enero-1882). La *Nueva Primavera* (núm. 54 , en el *Almanaque de la Ilustración para el año de 1883* Madrid, 1882; págs. 140-141), y en *Ateneo*. El número 57, en la *Revista de Madrid* II, 228, año 1881). Del *Himno de la Creación* (núm. 59, publicado en la *Ilustración Española y Americana*, de 8-Enero-1884), hay edición especial, de 1885 (Palma de Mallorca), y se ha incluído también en el tomo III, de *La Ciencia española* (ed. de 1888) y en mi edición del *Cuzary* (1910). El 60 se publicó en la *Revista de Madrid* (I, 376, año 1881).

En su documentado libro sobre *Menéndez y Pelayo* (pág. 63) los señores Antón del Olmet y García Caraffa citan como primera poesía impresa de aquél, una «Elegía á la muerte de Eguílaz», impresa en un periódico de Santander, que no he logrado consultar.

Humanistas españoles del siglo XVI (1878).

Lección explicada por Menéndez y Pelayo en los ejercicios de oposición á la cátedra de *Historia crítica de la literatura española* en la Universidad Central. La inserta D. Miguel García Romero, Secretario de la Juventud Católica de Madrid, á las págs. 90-129 de su importante libro: *Apuntes para la biografía de D. Marcelino Menéndez Pelayo* (Madrid, Imprenta de la viuda é hijo de Aguado; Pontejos, 8; 1879; 134 págs. + 1 de *Índice;* de 125 × 68 mm.) (2). En este mismo libro va reproducida la *Epístola á Horacio* (págs. 51-60).

El *Programa* de la asignatura, presentado por Menéndez y Pelayo, con extensa Introducción, en sus oposiciones, debería publicarse. Debía hallarse en el Archivo del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes (entonces, de Fomento). Sin embargo, á pesar de nuestras gestiones, no se ha encontrado allí.

---

(1) Dirigía *La Ilustración Católica* D. Manuel Pérez Villamil, el cual hizo una tirada aparte, en papel de hilo, de *La Galerna del Sábado Santo* (ocho páginas en 8.º)

(2) Algunos ejemplares de este libro llevan en la portada la nota de «Segunda edición», hecha á plana y renglón sobre la primera, en el mismo año de 1879.

El discurso sobre los *Humanistas españoles del siglo XVI*, fué también reproducido por la *Revista de Madrid* (tomo v, año 1883, pág. 89 y sigs.).

Biblioteca clásica.—**Homero: La Iliada.** Traducción de J. Gómez Hermosilla. Madrid, 1878.

Tres tomos en 8.° En el III (págs. 5-54) figura un estudio de Menéndez y Pelayo, titulado: *Hermosilla y su Iliada.*

Ese estudio fué reproducido en el número 39 de los *Anales de la Instrucción pública en los Estados Unidos de Colombia* (pág. 451 y sigs.); Bogotá, Echevarría Hermanos, Junio de 1883. Fué seguido de otros, de Bello y Caro.

1879.

Noticias literarias: *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, por D. José María de Pereda; Madrid, Tello, 1879.

Artículo crítico de Menéndez y Pelayo sobre dicha novela, en *La Ilustración Española y Americana* (número de 28 de Febrero de 1879).

Los Mayos, novela original de costumbres aragonesas, por don Manuel Polo y Peyrolón. Segunda edición. Madrid, 1879.

Lleva un prólogo de Menéndez y Pelayo.

Hay séptima edición, que lleva la siguiente portada:

Los Mayos. / Novela original de costumbres populares / de la / Sierra de Albarracín / por / D. Manuel Polo y Peyrolón / con un Prólogo / de / D. Marcelino Menéndez Pelayo / Séptima edición / Valencia / Imp. de *La Voz de Valencia* / María de Molina, 2 / 1902.

141 × 76 mm. 218 págs. ns. El Prólogo de Menéndez y Pelayo ocupa las págs. XXII á XXVII.

En carta de 12 de Setiembre de 1913, el Sr. Polo y Peyrolón ha tenido la amabilidad de comunicarme los siguientes curiosos datos acerca de la composición del mencionado Prólogo:

«Era por los años de 1879; yo, catedrático provinciano más antiguo que Menéndez, asistí á su cátedra para tener el gusto de conocer y oir á aquella verdadera gloria nacional; salimos juntos de la Central, y caminando hacia su alojamiento por la calle Ancha de San Bernardo, me dijo:

—¿Por qué no hace usted otra edición de *Los Mayos*?

—Porque no se venderá (contesté).

—¡Hombre, sí; créame usted, se venderá!

—Si usted la valorase con un prólogo suyo, seguramente la editaré yo y se venderá.

Y dicho y hecho. En unos minutos escribió el Prólogo, cuyo original conservo, en su cuarto del Hotel de las Cuatro Naciones y en presencia mía; tiré la segunda edición en la imprenta de Minuesa de los Ríos, y se agotó la edición, como se han agotado otras varias que se han hecho, unas con mi permiso, y otras á mis espaldas.»

M. Menéndez Pelayo. / Epístola / á mis amigos / de Santander. / Madrid. Imprenta Central, á cargo de Víctor Saiz, / Calle de la Colegiata, núm. 6. / 1879.

133 × 62 mm.—16 págs. ns.

Poseo ejemplar en papel de hilo. En nota de la pág. 5.ª, constan los nombres de los amigos á quienes va enderezada la *Epístola* (que son los que hicieron á Menéndez y Pelayo el obsequio de la *Bibliotheca Graeca*, de Fermín Didot, que motiva la poesía). Eran: D. Amós y D. Agábio Escalante, D. José M.ª de Pereda, D. Casimiro del Collado, D. Eduardo Pedraja, D. Andrés Crespo, D. S. Quintanilla, D. Tomás Agüero, D. A. Revilla, D. José Ferrer, D. Manuel Marañón, D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, D. F. Mazón, D. Manuel Cabrero (padre é hijo), D. Adolfo de la Fuente y D. Raimundo Heras.

La *Epístola* va incluída en las ediciones de las *Odas, Epístolas y Tragedias* de 1883 y 1906, y antes, en la *Ilustración Española y Americana* de 1879, reimprimiéndose luego en el *Florilegio* de Valera, como he dicho, y en la misma *Ilustración*, el año 1912.

Poesías y artículos / del / Marqués de Heredia. / 2.ª edición corregida y aumentada. / Madrid: / Imprenta de la Viuda é hijo de Aguado. / Calle de Pontejos, 8. / 1879.

126 × 67 mm. XIII + 200 págs. ns. Con retrato del autor.

Lleva un *Prólogo* de Menéndez y Pelayo, que ocupa las págs. III á XIII.

La primera edición de las *Poesías*, se publicó en 1875. La tercera, corregida y aumentada, es de Madrid, 1912, ocupando el Prólogo de Menéndez y Pelayo las págs. 15 á 26.

Biblioteca clásica. **Estudios literarios,** por Lord Macaulay, traducidos directamente del inglés por M. Juderías Bender. Madrid, 1879.

A las páginas v-xi. van «Dos palabras al que leyere», de Menéndez y Pelayo.

Felipe II. Estudio historico-crítico, por D. Valentín Gómez, con una Carta Prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Año-1879. Madrid, A. Pérez Dubrull.

xvi + 192 págs.—67 × 127 mm.

El *Prólogo* ocupa las páginas vii á xvi y lleva fecha de 2 de Octubre de 1879.

Los Cautivos, comedia de Marco Accio Plauto, / traducida al castellano / por / M. M. P. / Representada en el Teatro Español en Diciembre de 1879 por alumnos / de la Facultad de Filosofía y Letras. / Madrid. / Imprenta de Fortanet, / calle de la Libertad, núm. 29. / 1879.

154 × 90 mm.—xlv + 45 ps. ns. Las páginas de la izquierda contienen el texto latino, y las de la derecha, el castellano

Arnaldo de Vilanova, médico catalán del siglo XIII. / Ensayo histórico / seguido de tres opúsculos inéditos de Arnaldo, / y de una colección de documentos / relativos á su persona, / por el Doctor D. M. Menéndez Pelayo, / Catedrático de Literatura Española en la Universidad / de Madrid. / Madrid: / Librería de M. Murillo, / Calle de Alcalá, núm. 7 / 1879.

126 × 68 mm. - 238 págs. nums.

Contiene seis capítulos y diez apéndices. Unos y otros fueron incluídos, meses después, en el capítulo III del libro III de la *Historia de los Heterodoxos*, y apéndices correspondientes.

Traductores españoles de la *Eneida*. / Apuntes bibliográficos / por el Doctor / D. M. Menéndez Pelayo / Catedrático de Literatura española / en la Universidad de Madrid. / Madrid / Imprenta Central, á cargo de Víctor Saiz. / Calle de la Colegiata, núm. 6. / 1879.

133 × 76 mm.—lvii págs.

Véase también el tomo II de la traducción de la *Eneida*, por Miguel Antonio Caro, impresa en la *Biblioteca Clásica*. De ese tomo es tirada aparte el anterior folleto.

Biblioteca clásica.—Salustio: Obras. Traducción del Infante D. Gabriel. Madrid, 1879.

Los *Fragmentos de la Grande Historia*, que figuran en este tomo, están traducidos por Menéndez y Pelayo.

Traductores / de las / Églogas y Geórgicas / de Virgilio / por / D. Marcelino Menéndez Pelayo / Madrid / Imprenta Central á cargo de Víctor Sáiz / Calle de la Colegiata, núm. 6 / 1879.

132 × 77 mm.—LXXV págs. ns.

En la cubierta, consta la fecha de 1880.

Véase también el tomo de *Églogas y Geórgicas* de Virgilio, publicado en la *Biblioteca clásica*, del cual es tirada aparte el folleto anterior.

1880.

Biblioteca clásica.—Poetas bucólicos griegos, traducidos en verso castellano por Ignacio Montes de Oca y Obregón, Obispo de Linares, Individuo correspondiente de la Real Academia Española (Entre los árcades, Ipandro Acaico.) ..... Madrid, 1880. (2.ª edición.)

132 × 77 mm.—LXXII + 424 ps. ns.

El *Prólogo*, de Menéndez y Pelayo, ocupa las páginas III á XIII.

Biblioteca clásica.—Aristófanes: Comedias. Traducidas del griego por Federico Baráibar. Madrid, 1880-1881.

Son tres tomos en 8.º En el I (págs. VII á XXXI) hay un estudio de Menéndez y Pelayo, con el título de: «Cuatro palabras acerca del teatro griego en España».

Bibliografía. *De tal palo, tal astilla*, por D. José María de Pereda; Madrid, Tello, 1880.

Artículo crítico de Menéndez y Pelayo sobre dicha novela, en *La Ilustración Española y Americana* (número de 8 de Abril de 1880).

Poesías / de / Don Casimiro del Collado, / de la Academia Mexicana / Correspondiente de la Real Española. *Sed cavit inter opus.* / Tibulo. / Segunda edición, corregida y aumenta-

da. Madrid: / Imprenta de Fortanet, / Calle de la Libertad, núm. 29. / 1880.

133 × 76 mm.—XXI + 452 ps. ns.

El *Prólogo*, de Menéndez y Pelayo, ocupa las páginas de numeración romana. Se publicó también en *La Ilustración Católica* (números de 21 y de 28 de Marzo de 1880).

En el *Horacio en España* (ed. de 1885, II, 243), hace constar Menéndez y Pelayo que su paisano Collado fué uno de los que le favorecieron con noticias referentes á la literatura horaciana en América.

A) Historia de los Heterodoxos / españoles / por el doctor / don Marcelino Menéndez Pelayo Catedrático de Literatura española en la Universidad de Madrid. / *Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis.* / (I. Joann., II, 19) / *(Grabado)* / (Con licencia de la Autoridad eclesiastica) Librería católica de San José / Director — Sr. D. Joaquín Torres Asensio — Prelado doméstico de Su Santidad — y Chantre de Granada = Gerente en Madrid — Sr. D. Vicente Sancho-Tello — Admón. de la Librería — Gravina, 20.

Tres tomos de 185 × 118 mm.

El primero fué impreso en 1880; el segundo, en el mismo año; el tercero en 1882; todos en Madrid. En la portada del tercero se agrega este título, al de catedrático de Literatura española en la Universidad de Madrid: «é individuo de número de la Real Academia Española». Constan, respectivamente, de 802, 786 y 891 (+ 1 sin n. de *Erratas)* págs. núms. El tercero lleva el colofón siguiente: «Acabóse de imprimir / en Madrid / por F. Maroto é hijos. / XXVI de Junio de MDCCCLXXXII.»

El tomo I contiene: Dedicatoria («A mi Padre — Marcelino»).—Discurso preliminar (Bruselas, 26 de Noviembre de 1877).—Libro I (con los siguientes capítulos: 1: Cuadro general de la vida religiosa en la Península antes de Prisciliano; 2: Siglos IV y V; continuación de la España romana; 3: Herejías de la época visigoda; 4: Artes mágicas y de adivinación, Astrología, Prácticas supersticiosas en los períodos romano y visigótico). – Libro II (1: Herejías del primer siglo de la Reconquista; Elipando y Félix; Adopcionismo; 2: La herejía entre los muzárabes cordobeses; el antropomorfismo; Hostegesis; 3: Un iconoclasta español en Italia; vindicación de un adversario de Scoto Erígena).—Libro III (Preámbulo; 1: Entrada del panteísmo semítico en las escuelas cristianas; Domingo Gundisalvo; Juan His[illegible] El [illegible] Mauricio; 2: Albigenses, cátaros; valdenses, pobres de

León, «insabattatos»; 3: Arnaldo de Vilanova; 4: Noticia de diversas herejías del siglo XIV; 5: Reacción antiaverroista; teodicea luliana; vindicación de Raimundo Lulio (Ramón Lull) y de R. Sabunde; 6: Herejes de Durango; Pedro de Osma; Barba Jacobo y Urbano; 7: Artes mágicas, hechicerías y supersticiones en España desde el siglo VIII al XV; Epílogo: Apostasías, judaizantes y mahometizantes).—Apéndices (en número de 40).—Nota final.—Erratas y Adiciones.—Dictamen del Censor eclesiástico (fechado en Madrid, á 15 de Febrero de 1880, y suscrito por D. Vicente de la Fuente).—Licencia.—Índice.

El tomo II contiene: Libro IV (Preámbulo; 1: Los erasmistas españoles; 2: Los erasmistas españoles: Alfonso de Valdés; 3: El erasmismo en Portugal: Damián de Goes; 4: Protestantes españoles del siglo XVI: Juan de Valdés; 5: Luteranos españoles fuera de España; Juan Díaz; Jaime de Enzinas; Francisco de San Román; Francisco de Enzinas; Pedro Núñez Vela; 6: Protestantes españoles fuera de España; el Antitrinitarismo y el misticismo panteísta; Miguel Servet; Alfonso Lingurio; 7: El luteranismo en Valladolid y otras partes de Castilla la Vieja; don Carlos de Seso; Fray Domingo de Rojas; los Cazallas; 8: Proceso del arzobispo de Toledo don fray Bartolomé Carranza de Miranda; 9: El luteranismo en Sevilla; Rodrigo de Valer; los doctores Egidio y Constantino; Julianillo Hernández; don Juan Ponce de León y otros protestantes; 10: Protestantes españoles fuera de España en los siglos XVI y XVII).—Libro V (1: Sectas místicas: alumbrados; quietistas; Miguel de Molinos; embustes y milagrerías; 2: Judaizantes; la sinagoga de Amsterdam; 3: Moriscos; literatura aljamiada; los plomos del Sacro-Monte; 4: Artes mágicas, hechicerías y supersticiones en los siglos XVI y XVII; Epílogo. Resistencia ortodoxa).—Apéndices (en número de seis).—Addenda.—Dictamen del censor eclesiástico (Madrid, 25 de Noviembre de 1880).—Licencia.—Índice.

El tomo III contiene: Libro VI (Discurso preliminar; 1: *Regalismo; Novedades filosóficas; la Inquisición; Protestantes y judaizantes;* 2: El jansenismo regalista en el siglo XVIII; 3: El Enciclopedismo en España durante el siglo XVIII; 4: Tres heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria; Otros heterodoxos extravagantes, ó que no han encontrado fácil cabida en la clasificación anterior; Adición á este capítulo: ¿puede contarse entre los heterodoxos españoles al padre Lacunza?).—Libro VII (1: La heterodoxia entre los afrancesados; 2: La heterodoxia en las Cortes de Cádiz; 3: La heterodoxia durante el reinado de Fernando VII; 4: Protestantes españoles en el primer tercio del siglo XIX: Don José María Blanco (White); Muñoz de Sotomayor).—Libro VIII (1: Política heterodoxa durante el reinado de doña Isabel II; 2: Esfuerzos de la propaganda protestante durante el reinado de doña Isabel II; Otros casos de heterodoxia sectaria; 3: De la filosofía heterodoxa desde 1834 á 1868, y especialmente

del krausismo; De la apologética católica durante el mismo período; 4: Breve recapitulación de los sucesos de nuestra historia eclesiástica, desde 1808 al presente.—Epílogo.—Addenda et Corrigenda.—Apéndices (en número de dos).—Índice.—Erratas.—Colofón.

El capítulo II del libro III, es reproducción literal del libro sobre *Arnaldo de Vilanova*, publicado en 1879. Lleva la siguiente nota: «Cuando por primera vez se publicó este capítulo con sus apéndices (hace algunos meses), con el título de *Arnaldo de Vilanova, médico catalán del siglo XIII. Ensayo histórico*, etc., dió á luz mi buen amigo Morel-Fatio un docto y benévolo juicio sobre mi trabajo en la *Bibliothèque de l'École des Chartes* (tomo XL). Para él tuvo á la vista, en pruebas, el estudio que acerca de Arnaldo prepara M. Haurèau para el tomo XXVIII de la *Histoire littéraire de la France*. Este tomo no ha aparecido hasta la fecha.» (Pág. 449 del tomo I).

La tirada de la 1.ª edición de los *Heterodoxos*, fué de cuatro mil ejemplares.

En la *Revista hispano-americana*, que se publicó en Madrid por los años de 1881 y 1882, dirigiéndola D. Jacinto M.ría Ruiz y D. Salvador López Guijarro (y donde salieron á luz muy importantes artículos de Fernández-Guerra, Cañete, Cánovas, Hinojosa, Saavedra y otros), se insertaron parcialmente los siguientes capítulos del tomo III de los *Heterodoxos:*

a) Tres heterodoxos españoles en la Francia revolucionaria (del capítulo IV del libro VI; núms. de 1.º y 16 de Octubre y 1.º de Noviembre de 1881).

b) Algunas reflexiones acerca del Padre Feijóo (del cap. I, lib. VI; número de 16 Diciembre 1881).

c) Impugnadores españoles del enciclopedismo (del cap. III, lib. VI; números de 1.º de Marzo y 16 Abril de 1882).

d) Blanco (White) (del cap. IV, lib. VII; núms. de 1.º Junio y 1.º Julio de 1882).

También salieron á luz otros fragmentos de la misma obra en la *Revista de Madrid*. Tales fueron los artículos titulados:

a) Discurso preliminar al tomo III (págs. 49, 99 y 145 del tomo I, año 1881, de la *Revista*).

b) Propagación y desarrollo de la filosofía sensualista en España durante el siglo XVIII (del cap. III, del lib. VI; en el tomo III, año 1882, páginas [illegible] de dicha *Revista*.

c) *El Regalismo* (del cap. I, lib. VI; en los mismos tomo y año, páginas 259-265 y 345-354).

d) Sectas místicas (cap. I, lib. V del tomo II; en el tomo IV, año 1882, págs. 10-20; 54-66; 102-119; 152-165; 205-216 y 249-259).

Ya hemos advertido que el *Plan* primitivo de los *Heterodoxos* salió á luz en la *Revista Europea* de 1876 (VIII, págs. 459, 485 y 522), con parte

del Prólogo primitivo, y fué reproducido en la 1.ª edición de *La ciencia española* y en *La España*.

La «Vindicación de Jove-Llanos», contenida en el capítulo III del libro VI de los *Heterodoxos*, se publicó también en el periódico *El Siglo Futuro*.

B) **Historia / de los / Heterodoxos / españoles** / por el Doctor / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / Director de la Real Academia de la Historia. / *Ex nobis prodierunt, sed non erant ex nobis* / (I. Ioann., II, 19.) / Segunda edición refundida / Tomo I / Madrid / Librería general de Victoriano Suárez / Calle de Preciados, 48 / 1911.

181 × 113 mm.—516 págs. ns. + 1 sin n. de *Erratas*.

Es el primer tomo publicado de las *Obras completas del excelentísimo señor D. Marcelino Menéndez y Pelayo*. Lleva un magnífico retrato del Autor (heliograbado Dujardin).

Contiene: Dedicatoria («A la bendita memoria de mis Padres»).—Advertencias preliminares (Santander, Julio de 1910).—Discurso preliminar de la primera edición. - Prolegómenos: Cuadro general de la vida religiosa en la Península antes de la predicación del Cristianismo. (Se divide en dos partes: I. *Prehistoria*. II. *Historia*. Estudia en la primera, las creencias, ritos y supersticiones de la España prehistórica, exponiendo y criticando todos los hallazgos relativos á la arqueología prehistórica peninsular. En la segunda parte, examina las creencias, ritos y supersticiones de las tribus ibéricas; la colonización fenicia en España; las colonias griegas; la España romana y los cultos orientales en el Imperio romano).—Advertencia final.—Índice-Sumario. - Erratas que se han notado.

Todo este enorme y dificilísimo trabajo, corresponde sólo á la ampliación de *seis páginas* del tomo I de la edición de 1880.

Entre otras declaraciones, contenidas en las *Advertencias preliminares*, hace Menéndez y Pelayo las siguientes:

«Nada envejece tan pronto como un libro de historia. Es triste verdad, pero hay que confesarla. El que sueñe con dar ilimitada permanencia á sus obras, y guste de las noticias y juicios estereotipados para siempre, hará bien en dedicarse á cualquier otro género de literatura, y no á éste tan penoso, en que cada día trae una rectificación ó un nuevo documento. La materia histórica es flotante y móvil de suyo, y el historiador debe resignarse á ser un estudiante perpetuo y á perseguir la verdad dondequiera que pueda encontrar resquicio de ella, sin que le detenga el temor de pasar por inconsecuente. No lo será en los principios, si en él están bien arraigados; no lo será en las leyes generales de la historia, ni en el criterio

filosófico con que juzgue los sistemas y las ideas, ni en el juicio moral que pronuncie sobre los actos humanos. Pero en la depuración de los hechos está obligado á serlo, y en la historia eclesiástica con más rigor que en otra ninguna, por lo mismo que su materia es altísima y nada hay en ella pequeño ni indiferente..... Otro defecto tiene, sobre todo en el último tomo, y es la excesiva acrimonia é intemperancia de expresión con que se califican ciertas tendencias ó se juzga de algunos hombres. No necesito protestar, que en nada de esto me movía un sentimiento hostil á tales personas. La mayor parte no me eran conocidas más que por sus hechos y por las doctrinas expuestas en sus libros ó en su enseñanza. *De casi todos hoy lo mismo que pensaba entonces;* pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haría con más templanza y sosiego, aspirando á la serena elevación propia de la historia, aunque sea contemporánea, y que mal podía esperarse de un mozo de veintitrés años, apasionado é inexperto, contagiado por el ambiente de la polémica, y no bastante dueño de su pensamiento ni de su palabra.»

En la intención del Autor, el tomo I de la nueva edición, había de comprender todo el primer libro de la antigua. Así, se imprimieron, con el título de: *Apéndices del tomo I*, ocho pliegos con nueve apéndices, entre ellos los once Tratados de Prisciliano descubiertos y publicados por Schepss, y el texto griego de la carta de Hosio á Constancio (en total: CXXVIII páginas). Cotejé cuidadosamente todos estos textos, en unión de D. Marcelino, durante el verano de 1910, en su biblioteca de Santander.

Nada dejó escrito el Maestro, de lo siguiente al tomo I de la nueva edición, salvo numerosas notas bibliográficas que iba incluyendo entre las hojas de un ejemplar viejo de los *Heterodoxos*. Una de las últimas notas, tomada rápidamente del *Diccionario* de Hidalgo, pocas horas antes de su muerte, figura, con artístico marco, en la Biblioteca del Real Palacio, donde también se conserva una de las plumas que usó.

1881.

Discursos / leídos ante / la Real Academia Española / en la pública recepción / del doctor / don Marcelino Menéndez Pelayo / el día 6 de Marzo de 1881 / Madrid / Imprenta de F. Maroto é Hijos / calle de Pelayo, núm. 34 / 1881.

153 × 92 mm.—116 págs. ns.

Trata: *De la poesía mística en España* (págs. 7 á 64). El discurso de contestación lo escribió D. Juan Valera (págs. 67 á 116).

Este trabajo de Menéndez y Pelayo, ha sido reproducido en la primera [illegible] (Madrid, 1884). También lo reprodujo

La Ilustración Española y Americana. (Suplemento al número de 8 de Marzo de 1881, con el retrato del autor).

Ocupó en la Academia Española la silla L, sucediendo á D. Juan Eugenio Hartzenbusch (m. en 2 de Agosto de 1880).

Hay versión parcial del Discurso de Menéndez y Pelayo, en el folleto de Mr. Albert Savine: *Une réception académique en Espagne* (Tulle, Mazeyrie, 1881; 27 págs. en 8.°).

Virgilio: Las Geórgicas. Traducidas por el excelentísimo señor D. Marcelino de Aragón Azlor, Duque de Villahermosa, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, Fortanet, 1881.

En 8.° Ocupa el Prólogo las págs. v á xiii. Fué reproducido en la *Revista de Madrid*, i, 1881, pág. 334.

Hay edición posterior, incluída en las *Obras de D. Marcelino de Aragón Azlor*, etc. (Madrid, Tello, 1894).

Brindis pronunciado por M. Menéndez y Pelayo en el banquete celebrado en honor de los Catedráticos extranjeros en el Retiro de Madrid el día 30 de Mayo de 1881, con ocasión del Centenario de Calderón.

Publicado en la *Revista de Madrid* (i, 1881, pág. 555), en *El Siglo Futuro* de 31 de Mayo de dicho año, y reimpreso en el mismo periódico, el 20 de Mayo de 1912.

Como, además de ser breve, es bastante significativo para definir la actitud de Menéndez y Pelayo por aquellos días, lo reproduzco á continuación. Decía así:

«Yo no pensaba hablar; pero las alusiones que me han dirigido los señores que han hablado antes, me obligan á tomar la palabra. Brindo por lo que nadie ha brindado hasta ahora: por las grandes ideas que fueron alma é inspiración de los poemas calderonianos. En primer lugar, por la fe católica, apostólica, romana, que en siete siglos de lucha nos hizo reconquistar el patrio suelo, y que en los albores del Renacimiento abrió á los castellanos las vírgenes selvas de América y á los portugueses los fabulosos santuarios de la India. Por la fe católica, que es el *substratum*, la esencia y lo más grande, y lo más hermoso de nuestra teología, de nuestra filosofía, de nuestra literatura y de nuestro arte.

»Brindo, en segundo lugar, por la antigua y tradicional monarquía española, cristiana en la esencia y democrática en la forma, que, durante todo el siglo xvi, vivió de un modo cenobítico y austero: y brindo por la

casa de Austria, que, con ser de origen extranjero y tener intereses y tendencias contrarias á los nuestros, se convirtió en portaestandarte de la Iglesia, en gonfaloniera de la Santa Sede, durante toda aquella centuria.

»Brindo por la nación española, amazona de la raza latina, de la cual fué escudo y valladar firmísimo contra la barbarie germánica y el espíritu de disgregación y de herejía que separó de nosotros las razas septentrionales.

»Brindo por el Municipio español, hijo glorioso del Municipio romano y expresión de la verdadera y legítima y sacrosanta libertad española, que Calderón sublimó hasta las alturas del arte en *El alcalde de Zalamea*, y que Alejandro Herculano ha inmortalizado en la historia.

»En suma, brindo por todas las ideas, por todos los sentimientos que Calderón ha traído al arte; sentimientos é ideas que son los nuestros, que aceptamos por propios, con los cuales nos enorgullecemos y vanagloriamos nosotros los que sentimos y pensamos como él, los únicos que con razón y con justicia y derecho podemos enaltecer su memoria, la memoria del poeta español y católico por excelencia; del poeta de todas las intolerancias é intransigencias católicas; del poeta teólogo; del poeta *inquisitorial*, á quien nosotros aplaudimos y festejamos, y bendecimos, y á quien de ninguna suerte pueden contar por suyo los partidos más ó menos *liberales* que, en nombre de la unidad centralista á la francesa, han ahogado y destruído la antigua libertad municipal y foral de la Península, asesinada primero por la casa de Borbón, y luego por los gobiernos revolucionarios de este siglo.

»Y digo y declaro firmemente que no me adhiero al centenario en lo que tiene de fiesta semipagana, informada por principios que aborrezco y que poco habían de agradar á tan cristiano poeta como Calderón si levantara la cabeza.

»Y ya que me he levantado, y que no es ocasión de traer á esta reunión fraternal nuestros rencores y divisiones de fuera, brindo por los catedráticos lusitanos que han venido á honrar con su presencia esta fiesta, á quienes miro y debemos mirar todos como hermanos, por lo mismo que hablan una lengua *española*, y que pertenecen á la raza *española*; y no digo ibérica, porque estos vocablos de *iberismo* y de *unidad ibérica* tienen no se qué mal sabor progresista (murmullos). Sí, *española*, lo repito; que españoles llamó siempre á los portugueses Camoens, y aun en nuestros días Almeida Garrett, en las notas de su poema *Camoens*, afirmó que españoles somos, y que de españoles nos debemos preciar todos los que habitamos la Península ibérica.

»Y brindo, en suma, por todos los catedráticos aquí presentes, representantes de las diversas naciones latinas que como arroyos han venido á [illegible] en el grande Océano de nuestra gente romana.

Discurso pronunciado en el Círculo católico de Madrid, por M. Menéndez y Pelayo.

Publicado en la *Revista de Madrid* (tomo I, año 1881, pág. 557).

En esta *Revista* redactó durante algún tiempo Menéndez y Pelayo una *Sección bibliográfica* (véanse las págs. 28, 268, 436, 543 y 597 del tomo I, año 1881).

A) **Calderón y su Teatro.** / **Conferencias** / **dadas en el Círculo de la Unión Católica,** / por / D. Marcelino Menéndez Pelayo / de la Real Academia Española..... Madrid: 1881 / Librería de M. Murillo / Alcalá, 7.

123 × 68 mm.—Ocho folletos, que llevan, respectivamente, los siguientes títulos:

I. Calderón y sus críticos (38 págs. ns.).
II. El hombre, la época y el arte (51 págs. ns.).
III. Autos sacramentales (61 págs. ns.).
IV. Dramas religiosos (70 págs. ns.).
V. Dramas filosóficos (44 págs. ns.).
VI. Dramas trágicos (60 págs. ns.).
VII. Comedias de capa y espada y géneros inferiores (40 págs. ns.).
VIII. Resumen y síntesis (32 págs. ns.).

B) Colección de escritores castellanos. **Calderón y su Teatro,** por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de las Reales Academias Española y de la Historia, Catedrático de la Universidad de Madrid. Conferencias dadas en el Círculo de la Unión Católica. Tercera edición..... Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, 1884.

402 págs ns. + 1 de *Índice* y otra de colofón (fechado en 23 de Noviembre de 1884). La cubierta trae fecha de 1885.

Es reproducción, á plana y renglón, de la anterior. Lo de «tercera edición», obedece, sin duda, á que se consideraron como segunda los ejemplares de la primera en que la paginación va seguida, constituyendo la obra un tomo.

Hay «cuarta edición», impresa en 1910.

San Isidoro. / **Su importancia en la historia intelectual de España.** / Discurso leído / ante la Academia Hispalense / de / Sto. Tomás de Aquino, / en la Sesión Inaugural del domingo 16 de Octubre de 1881, / por el Doctor / D. Marcelino

Menéndez Pelayo, / individuo de número de la Real Academia Española, Preeminente de la antedicha / de Sto. Tomás y Catedratico de Literatura en la Universidad de Madrid. / (Escudo). / Sevilla. / Imp. y Lib. de los Sres. D. A. Izquierdo y sob.°, / 1881.

161 × 88 mm.—15 págs. nums.

En el ejemplar que tengo á la vista, hay correcciones de mano del autor; así, en la pág. 4, líneas 10 y 11, pone *expresión* en vez de *experiencia;* y en la 7, línea 23, *sublimes* en lugar de *sencillas*.

Este discurso ha sido reproducido en la primera serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1884), con las correcciones indicadas. También lo fué en la *Revista de Madrid* (tomo II, año 1881, pág. 503).

Dramas / de Guillermo Shakspeare. / El Mercader de Venecia.—Macbeth.—Romeo y Julieta.— / Otelo / Traducción de / D. Marcelino Menéndez Pelayo. / Catedrático de literatura en la Universidad central y Académico / de la Española. / Dibujos y grabados al boj de los principales / artistas alemanes. / Barcelona. Biblioteca «Arte y Letras» / Administración: Ausias March, 95. / 1881.

151 × 87 mm.—IV + 482 págs. ns. + 1 sin n.

Los tomos II y III, publicados, respectivamente, en 1883 y 1884, están traducidos por D. José Arnaldo Márquez. Del tomo I hay otra edición, de 1907 (Barcelona).

«En la traducción—dice Menéndez en la *Advertencia preliminar*—he procurado, ante todo, conservar el sabor del original, sin mengua de la energía, propiedad y concisión de nuestra lengua castellana. Muchas veces he sido más fiel al sentido que á las palabras, creyendo interpretar así la mente de Shakspeare mejor que aquellos traductores que crudamente reproducen hasta los ápices del estilo del original, y las aberraciones contra el buen gusto, en que á veces incurría el gran poeta.»

Biblioteca clásica.—Obras completas de Marco Tulio Cicerón. Versión castellana de D. Marcelino Menéndez y Pelayo..... Madrid, Luis Navarro, editor; Colegiata, núm. 6.

133 × 77 mm.

Diez tomos; pero sólo los cinco primeros están traducidos por Menéndez y Pelayo. Estos (1881) comprenden los tratados didácticos de Elo-

cuencia; el III (1883) los libros *De la naturaleza de los Dioses* y *Del sumo bien y del sumo mal;* el IV (1883), los *Oficios*, los diálogos *De la vejez* y *De la amistad*, y las *Paradojas;* el V (1884), las *Cuestiones Tusculanas*, *De la Adivinación* y *Del Hado.*

1882.

Bibliografía. *El sabor de la tierruca*, por D. José María de Pereda.

Artículo crítico de Menéndez y Pelayo sobre dicha novela, en *La Ilustración española y americana* (número de 8 de Agosto de 1882).

El sentimiento del honor en el teatro de Calderón. Monografía por D. Antonio Rubió y Lluch, precedida de un Prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Barcelona, Viuda é Hijos de J. Subirana, 1882.

En 8.° Ocupa el Prólogo las págs. V-XVI. Fué reproducido en la *Revista de Madrid* (tomo V, año 1883, pág. 205), donde también colaboraba el Sr. Rubió y Lluch.

Odas de Q. Horacio Flaco, traducidas ó imitadas por ingenios españoles, y coleccionadas por D. M. Menéndez y Pelayo.—Barcelona, Biblioteca «Arte y Letras», 1882.

156 × 90 mm. — XV + 400 págs. ns.

Lleva una *Advertencia preliminar* de D. Marcelino. Sigue la *Epístola á Horacio*, y vienen luego las versiones é imitaciones de los Epodos.

Al final del tomo I de la edición de 1885 de *Horacio en España* (pág. 325), escribe Menéndez y Pelayo:

«Una empresa editorial de Barcelona, la *Biblioteca de Artes y Letras*, ha publicado en 1882, en un volumen pintoresco ó ilustrado, las *Odas de Q. Horacio Flaco, traducidas é imitadas por ingenios españoles*, y coleccionadas por el que escribe estas líneas. Los artistas encargados de la ilustración de las Odas, fueron los Sres. Fabrés, Gómez Soler, Hernández, Más, Mélida (D. Arturo), Mélida (D. Enrique), Mestres, Pellicer, Pradilla, Riquer, Sala (E.), Sanmartí, Serra (E.), Villegas, Domenech y Jorba. La corrección del texto (cuyas pruebas no vi en su mayor parte) no responde de ningún modo al esmero de la parte artística, habiendo páginas enteras absolutamente ilegibles. Convendría someter á escrupulosa revisión este volumen antes de reimprimirle, y sustituir también, por otras menos en-

dobles, algunas traducciones que fué forzoso insertar por la premura con que el volumen se recopiló y dió á la estampa, y por la dificultad de encontrar á mano algunos libros.»

Diálogos literarios, por D. José Coll y Vehí.—Segunda edición. Con un Prólogo por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Academia Española. Barcelona, Librería de Juan y Antonio Bastinos, editores; 1882.

En 8.° Ocupa el Prólogo las págs. IX á XXVIII.

La 5.ª y última edición es de Barcelona, 1907. La 1.ª se imprimió en Barcelona, el año 1866 (*Biblioteca económica del maestro de primera enseñanza*).

Autores dramáticos contemporáneos, y Joyas del Teatro Español del siglo XIX..... Madrid, Imprenta de Fortanet.....

Dos tomos, de 231 × 140 mm. El I lleva fecha de 1881; y el II, de 1882; pero la obra no terminó hasta 1886, y fué su principal director D. Pedro de Novo y Colson.

En el tomo II, págs. 5 á 27, hay un estudio de Menéndez y Pelayo, fechado en Madrid, á 31 de Mayo de 1882, sobre D. Francisco Martínez de la Rosa.

En el mismo tomo, págs. 293 á 317, figura otro estudio de D. Marcelino, fechado en Santander, «Agosto de 1883», sobre D. Gaspar Núñez de Arce.

Las obras de Martínez de la Rosa y de Núñez de Arce, elegidas para la colección, son *Edipo* y *El haz de leña*, respectivamente.

Reimprimiéronse los trabajos citados, en la primera serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1884). Reprodújolos también *La España Moderna*, en dos folletos en 8.°

1883.

Memorial de la villa de Utrera. / Autor / el Licenciado Rodrigo Caro. / Lo escribió el Autor en el Año de Nuestro / Redemptor 1604. Copiado por el Códice que está en la librería / del Convento del Carmen de Utrera. / Año de — 1883 / Sevilla: Imp. de *El Mercantil Sevillano*, / Olavide, 8.

14[illegible] + XVI + 316 + XII + 38 + III + 56 págs. ns. + 7 sin n. En papel de hilo. Comprende el *Memorial* y dos opúsculos más. Las *Noticias*

sobre la vida y escritos de Rodrigo Caro, por Menéndez y Pelayo, ocupan las págs. v á xlv, y han sido reproducidas en la primera serie de *Estudios de Crítica Literaria* (Madrid, 1884).

El *Memorial* constituye el tomo I de las obras de Rodrigo Caro, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos andaluces.

Biblioteca de la «Revista de Madrid». / Blanquerna / Maestro de la perfección cristiana / compuesto en lengua lemosina / por el iluminado Doctor, Mártir invictísimo de Jesucristo y maestro universal en todas artes / y ciencias / B. Raimundo Lulio / con un prólogo de / don Marcelino Menéndez Pelayo / ..... / Madrid / Imprenta de la viuda é hijo de Aguado / calle de Pontejos, 8 / 1883.

Dos tomos de 139 × 76 mm. El 1.º consta de xlvii + 455 páginas. El 2.º, de 368 págs.

El estudio de D. Marcelino ocupa las págs. xvii á xlvii del tomo I. El texto del *Blanquerna* es reproducción de la versión castellana impresa en Mallorca, en 1749 (hecha, á su vez, sobre el texto lemosín impreso en Valencia, el año 1521). El estudio preliminar de Menéndez y Pelayo, contiene los siguientes capítulos:

I. Noticias del autor y de sus libros.
II. Teología racional de Lulio.—Sus controversias con los averroistas.
III. Del *Blanquerna* y de la edición presente.

La *Revista de Madrid*, bimensual, estaba dirigida por D. Miguel García Romero. En su redacción figuraban los Sres. Caminero (D. Francisco), Cañete (D. Manuel), Suárez Brabo (D. Ceferino), Menéndez Pelayo, Pidal (D. Alejandro) y Liniers (D. Santiago). Empezó á publicarse en 1881, y acabó en 1883.

Discursos / leídos ante la / Real Academia de la Historia / en la recepción pública / del doctor / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / el 13 de Mayo de 1883. / Madrid / Imprenta Central á cargo de Víctor Saiz / calle de la Colegiata, núm. 6 / 1883.

173 × 90 mm.—59 págs. nums.

Trata: *De la historia, considerada como arte bella* (págs. 7 á 40).—El discurso de contestación es de D. Aureliano Fernández-Guerra (págs. 43 á 59).

Menéndez y Pelayo sucedió, en la Real Academia de la Historia, á don José Moreno Nieto (m. en 24 de Febrero de 1882), poseyendo la medalla número 22.

El discurso fué reproducido en la primera serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1884), y también en la *Revista de Madrid* (tomo v, año 1883, pág. 529 y sigs.)

Informe sobre la obra: «**Monumentos antiguos de la Iglesia compostelana**» (de D. Antonio López Ferreiro y D. Fidel Fita; Madrid, 1882).

El informe fué dado por Menéndez y Pelayo á la Real Academia de la Historia, con fecha «Octubre de 1883», y se publicó en el *Boletín* de esta Corporación (número de Noviembre de 1883).

Biblioteca clásica. **Enrique Heine: Poemas y fantasías,** traducción en verso castellano, de José J. Herrero, con un Prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, Luis Navarro, editor; Colegiata, núm. 6; 1883.

133 × 75 mm.—xxxi + 311 ps. ns. + 1 sin n.

El *Prólogo* de Menéndez y Pelayo, fechado en Junio de 1883, ocupa las páginas v á xv. Fué reproducido en la *Revista de Madrid* (tomo v, año 1883, pág. 733), y en la segunda serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1895).

Obras del Marqués de Molins (Crítica).

Artículo publicado en la *Revista de Madrid* (tomo v, año 1883, páginas 23 y 156).

Colección de escritores castellanos: **Historia de las ideas estéticas en España,** por el Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de las Reales Academias Española y de la Historia, Catedrático de la Universidad de Madrid. Tomo I (hasta fines del siglo XVI). Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, Flor Baja, núm. 22, 1883.

122 × 68 mm.—xx + 437 págs. ns. + 5 sin n.

La *Advertencia preliminar* está fechada en Julio de 1883. La obra va dedicada á D. Manuel Milá y Fontanals, «como recuerdo de los días en que recibió su docta enseñanza».

Contiene los siguientes capítulos:

Introducción. De las ideas estéticas entre los antiguos griegos y latinos, y entre los filósofos cristianos.

I. Ideas literarias de los escritores hispano-romanos.
II. De las ideas estéticas en los Padres de la Iglesia española.
III. De las ideas estéticas entre los árabes y judíos españoles.
IV. De la filosofía del amor y del arte en la escuela luliana.
V. De las ideas acerca del arte en la Edad Media.

De este tomo I se hizo segunda edición, refundida y aumentada en dos volúmenes. El 1.°, impreso en 1890, consta de XXIII + 420 págs. ns. + 2 sin n., y lleva una *Nota*, fechada en Noviembre de 1889. Comprende la *Introducción* y el capítulo I. El volúmen 2.°, impreso en 1891, tiene 364 páginas ns. + 1 sin n., y comprende los capítulos II á V, con seis Apéndices (entre ellos el *Arte de la poesía castellana* de Juan del Encina). La tercera edición es también en dos volúmenes, impresos en 1909 y 1910, respectivamente.

El tomo II salió á luz en 1884, dividido en dos volúmenes, de paginación seguida (690 págs. ns. + 4 sin n.). Comprende los siguientes capítulos:

VI. De la estética platónica en el siglo XVI.
VII. La estética platónica en los místicos de los siglos XVI y XVII.
VIII. Las ideas estéticas en los escolásticos españoles de los siglos XVI y XVII.
IX. De las teorias acerca del arte literario en España durante los siglos XVI y XVII. *(Con este capítulo termina el volúmen 1.°).*
X. Continúan las teorías acerca del arte literario en España durante los siglos XVI y XVII.
XI. La estética en los preceptistas de las artes del diseño durante los siglos XVI y XVII.
XII. La estética en los tratadistas de música durante los siglos XVI y XVII.

De este tomo II se hizo segunda edición, con una numeración tan extravagante, que embrolló por completo la serie de los volúmenes.

En efecto, dicha segunda edición consta de dos *tomos* (no *volúmenes*). El primero, que se titula «tomo III», fué impreso en 1896 (528 págs. numeradas + 2 sin num. de *Índice*), y comprende los capítulos VI, VII, VIII, IX y X. El segundo, titulado «tomo IV», se imprimió en 1901 (360 págs. numeradas + 3 sin num. de *Índice* y colofón), y abarca los capítulos XI y XII, y, además, la *Introducción* del siglo XVIII (Reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XVIII).

El tomo III (propiamente dicho) se publicó en 1886, dividiéndose también en dos volúmenes, con paginación distinta. Consta el primero de 418 págs. ns., y contiene los siguientes capítulos:

Introducción: Reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XVIII.
I. De las ideas generales acerca del arte y la belleza, en los escritores españoles del siglo XVIII.
II. Desarrollo de la preceptiva literaria durante la primera mitad del siglo XVIII (reinados de Felipe V y Fernando VI).

El 2.º tiene 602 págs. nums. + 2 sin num., de *Erratas* y colofón, y comprende:

III. Desarrollo de la preceptiva literaria durante la segunda mitad del siglo XVIII y primeros años del XIX.
IV. De la estética en los tratadistas de las artes del diseño, durante el siglo XVIII.
V. De la estética en los tratadistas de Música durante el siglo XVIII.
Apéndice.
Adición.

Hay asimismo segunda edición, dividida en dos *tomos*, que llevan los números V y VI. El 1.º, publicado en 1903 (342 págs. nums. + 1 sin n.), comprende los capítulos I, II y III (la segunda edición de la *Introducción*, ya hemos visto que figura en el titulado «tomo IV», que es segunda edición del volúmen 2.º del tomo II). El 2.º, publicado en 1904 (474 págs. numeradas + 1 sin num.), comprende los capítulos III (Continuación), IV y V, el Apéndice y la Adición.

El tomo IV consta de dos volúmenes. El primero, publicado en 1888 aunque la portada trae 1887), contiene la Introducción *(Reseña histórica del desarrollo de las doctrinas estéticas durante el siglo XIX, en Alemania)*, y se compone de 509 págs. ns. + 2 sin n. El segundo, publicado en 1889 (369 págs. ns. + 2 sin n.), continúa la *Introducción*, tratando de Inglaterra y Francia. Hay segunda edición, en dos volúmenes también, impresos en 1907 y 1908.

El tomo V se publicó en 1891, y consta de XIV + 524 págs. ns. + 2 sin n. Trata de *El Romanticismo en Francia*. Hay segunda edición, impresa en 1912, con el título de «tomo IX».

Fué el último tomo publicado. La obra quedó incompleta, terminando con esta magnífica *Introducción*. En la *Advertencia preliminar* escribe Menéndez y Pelayo:

«..... Todo lo relativo á las corrientes posteriores que en la novela se inician con Balzac, en la crítica con Sainte-Beuve, y en la lírica con los pequeños grupos posteriores á Musset y á T. Gautier, y nacidos en gran parte de su impulso, ya por imitación, ya por reacción, será materia del volumen siguiente, que también contendrá un sucinto examen de la Estética italiana..... Por lo mismo que mis investigaciones en lo sucesivo han de versar principalmente sobre nuestra propia historia literaria, y quizá no se me vuelva á presentar en la vida ocasión de exponer mis ideas sobre [illegible] materia muy descuidada en España, donde suele aprenderse en malos é inseguros guías), me he dilatado tanto en estos estudios previos, que para mí han sido muy amenos, y quizá no serán inútiles para otros. Una sola ventaja tiene el aislamiento en que vivimos los que en España nos dedicamos á tareas de erudición ó de ciencia.

El silencio y la indiferencia de la crítica son tales, que, si no nos alienta ni nos estimula, tampoco nos molesta ni perturba, imponiéndonos modas y preocupaciones del momento, ni sujetándonos á la tiranía del mayor número, como en otras partes suele acontecer. Como apenas somos leídos, libres somos para dar á nuestras ideas el desarrollo y el rumbo que tengamos por conveniente; y quien tenga la fortaleza de ánimo necesaria para resignarse á este perpetuo monólogo, podrá hacer insensiblemente su educación intelectual por el procedimiento más seguro de todos, el de escribir un libro cuya elaboración dure años. Entonces comprenderá cuánta verdad encierra aquella sabida sentencia: «el que empieza una obra, no es más que discípulo del que la acaba». Si algún lector benévolo y paciente notare alguna ventaja, ya de crítica, ya de estilo, en los últimos tomos de esta obra, respecto de los dos primeros, atribúyala á esta labor obscura y austera, que no conduce ciertamente al triunfo ni á la gloria, pero que, para el sosiego y buen concierto de la vida moral, importa tanto.»

Los números I y II de la Introducción del tomo I, salieron á luz también en la *Revista hispano-americana*, con estos títulos:

a) Doctrina estética de Platón (núm. de 16 Noviembre, 1882).

b) De la poética de Aristóteles (núm. de 16 Diciembre, 1882, último de dicha *Revista).*

Los números I y II de la Introducción del tomo V, se publicaron en la revista *La España Moderna*, con estos títulos:

a) Estudios sobre los orígenes del romanticismo francés. Los precursores.

b) Los iniciadores. Mad. de Staël, Chateaubriand y sus respectivos grupos. (Noviembre y Diciembre de 1890, y Enero de 1891).

Parte del volumen 2.° del tomo IV *(De las ideas estéticas durante el siglo XIX en Inglaterra),* salió á luz en la *Revista de España*, tomo 124 (Noviembre y Diciembre de 1888; págs. 82 y sigs., y 381 y sigs.).

Nuestro Siglo (Reseña histórica de los más importantes acontecimientos sociales, artísticos, científicos é industriales de nuestra época), por Otto von Leixner. Traducción del alemán, revisada y anotada por D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Barcelona, Montaner y Simón, editores. 1883.

256 × 174 mm. 408 págs., á dos cols.

1884.

Colección de escritores castellanos: **Estudios de crítica literaria**, por el Doctor D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Catedrático de literatura en la Universidad de Madrid, individuo de número de las Reales Academias Española y de la Historia, y Correspondiente de las de Buenas Letras de Barcelona y Sevilla. Madrid, Imprenta de A. Pérez Dubrull, Flor Baja, núm. 22. 1884.

123 × 68 mm.—329 págs. ns. + 1 de *Índice* y otra de colofón (4 Marzo 1884). Va dedicado á D. Juan Valera.

Contiene los siguientes trabajos, ya publicados, como hemos visto, en otros lugares:

I. De la poesía mística.
II. De la historia considerada como obra artística.
III. San Isidoro.
IV. Noticias sobre la vida y escritos de Rodrigo Caro.
V. D. Francisco Martínez de la Rosa.
VI. D. Gaspar Núñez de Arce.

Hay segunda edición, del año 1893.

M. Menéndez y Pelayo / Ramón Lull (Raimundo Lulio) / Discurso leído el día 1.° de Mayo del año actual / en el Instituto de las Baleares. / (Escudo del impresor) / Palma de Mallorca / Imprenta de la Biblioteca Popular / MDCCCLXXXIV.

161 × 87 mm.—29 págs. nums. + 1 de *Erratas* y otra de colofón (27 Julio 1884). Cubierta litografiada, con orla y un dibujo de la Trinidad, copia de un códice luliano. La primera inicial del texto, azul y roja, perfilada á imitación de las de los manuscritos antiguos. Portada y cubierta á dos tintas, negra y roja.

Según me comunicó mi buen amigo el ilustre poeta mallorquín don J. Luis Estelrich, se hizo de este folleto una tirada económica de 1.000 ejemplares (con la misma composición), para regalar á los suscritores del periódico *Las Noticias*.

Este opúsculo se halla reproducido en el tomo III de la 3.ª edición de *La* [illegible].

Proyecto de ley, pidiendo un crédito de 900.000 pesetas) para adquirir la Biblioteca que perteneció al difunto duque

de Osuna. (Fué redactado por Menéndez y Pelayo, y ocupa el Apéndice núm. 32 del *Diario de Sesiones* del Congreso de 27-Junio-1884.)

1885.

Discurso parlamentario.

Fué pronunciado por Menéndez y Pelayo en el Congreso de los Diputados, contestando á Castelar (que le había aludido), con motivo de la interpelación sobre los sucesos universitarios, en 13 de Febrero de 1885.

Figura en el *Diario de las sesiones de Cortes*, de la legislatura de 1884-1885 (tomo v).

Ana Bolena, por Pablo Friedmann.

Informe de Menéndez y Pelayo á la Real Academia de la Historia sobre dicha obra, fechado en 29 de Mayo de 1885 y publicado en el *Boletín* de aquella Corporación (núm. de Julio-Setiembre de 1885).

Himno de la Creación para la mañana del día del Gran Ayuno. Poema de Judah Leví, poeta hebraico-hispano del siglo XII. Versión castellana de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. (Las iniciales B. y P. entrelazadas.) Palma de Mallorca, Imprenta de la Biblioteca Popular, MDCCCLXXXV.

98 × 57 mm.—41 págs. núms. + 1 de colofón. Portada y cubierta á dos tintas.

Fué el segundo volúmen publicado por la Biblioteca Popular, y se hicieron dos tiradas, una de lujo y otra económica.

Se publicó primero, como he dicho, en *La Ilustración Española y Americana.*

Según me comunicó Menéndez y Pelayo, hay una reimpresión de Curaçao, que no he visto. También va reproducido el himno en *La ciencia española* (tomo III de la edición de 1888); en *Odas, Epístolas y Tragedias* (edición de 1906) y en mi edición de *El Cuzary* de Yehudá-ha-Leví (Madrid, 1910; tomo I de la *Colección de filósofos españoles y extranjeros).*

Enrique Heine: El Cancionero (Das Buch der Lieder). Traducción directa del alemán, por J. A. Pérez Bonalde, individuo correspondiente de la Real Academia Española. Primera edición, con ilustraciones de los mejores artistas alemanes. New-York, MDCCCXXXV *(sic*, por errata, en vez de MDCCCLXXXV).

En 4.° Contiene una carta de Menéndez y Pelayo, á quien está dedicado el libro por el Sr. Pérez Bonalde, malogrado poeta venezolano (1).

Canciones, Romances y Poemas, por D. Juan Valera. Madrid, Manuel Tello, 1885.

En 8.° En la cubierta se lee: «con notas de D. M. Menéndez y Pelayo», las cuales van, en efecto, al final, ocupando las págs. 503 á 550.

Hay segunda edición de estas *Notas*, al final del tomo XVIII de las *Obras completas* de D. Juan Valera (Madrid, 1908).

1886.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del R. P. Miguel Mir. Madrid, Tip. de los Huérfanos, 1886.

La contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. 53-65.

De ambos discursos se hizo nueva edición, aumentada, en 1902 (Madrid, Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández; 95 págs. ns. de 172 × 99 milímetros) con el título de: *Causas de la perfección de la lengua castellana en el siglo de oro de nuestra literatura*.

Mosen Jacinto Verdaguer. — Canigó. Leyenda pirenaica del tiempo de la Reconquista. Versión castellana, seguida de notas y un Apéndice, por El Conde de Cedillo, Vizconde de Palazuelos. Dibujos de los Sres. Santa María y López de Ayala. Fototipias de Hauser y Menet. Fotograbados de Laporta. Madrid. Imprenta de Fortanet, calle de la Libertad, núm. 29. M.DCCC.XCVIII.

181 × 106 mm. — XX + 304 págs. num. + 2 sin num

Ocupa las páginas VII á IX una carta de Menéndez y Pelayo á D. Jacinto Verdaguer, fechada en Madrid, á 25 de Enero de 1886.

Emilia Pardo Bazán: San Francisco de Asís (siglo XIII), con un prólogo por D. Marcelino Menéndez y Pelayo... Segunda edición. Paris, Garnier, 1886.

---

(1) Acerca de Pérez Bonalde y su versión de Heine, véase la *Historia de la poesía* [illegible] Madrid, 1911, págs. 415 y 416) de Menéndez y Pelayo.

En 8.° La primera edición de este libro (en dos tomos) se imprimió en Madrid, el año 1882 (Librería de Olamendi). En ediciones posteriores, se ha suprimido el Prólogo.

1887.

Biblioteca clásica.—**Calderón: Teatro selecto.**—Madrid, 1887.

Cuatro tomos en 8.° En el 1 hay un *Estudio crítico*, de Menéndez y Pelayo (págs. v-LXV) (1).

Poesías divinas y humanas del P. Pedro de Quirós... Publícalas la Sociedad del Archivo Hispalense, precedidas de un prólogo del Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Sevilla, oficina de *El Orden*, 1887.

En 4.° El Prólogo ocupa las págs. v á XLIII.

Dr. Jorge Curtius: Gramática griega elemental, traducida de la 15.ª edición alemana por Enrique Soms y Castelín, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, Fe, 1887.

En 4.° El Prólogo ocupa las págs. v-XVI.

A la vuelta de la cubierta del libro: *Embriogenia del Lenguaje*, de D. Julio Cejador y Frauca (Madrid, Hijos de M. G. Hernández, 1904), figura una carta de Menéndez y Pelayo al Sr. Cejador, elogiando la *Gramática griega, según el sistema histórico comparado* (Barcelona, Gili, 1900), compuesta por este último. La misma carta consta á la pág. 212 del *Nuevo método teórico-práctico para aprender la lengua latina* (1.er curso, tomo 1 del Sr. Cejador, y en la cubierta del tomo 1 de *La lengua de Cervantes* (Madrid, 1905) del mismo filólogo.

Ateneo / Científico, Literario y Artístico de Madrid / La España del siglo XIX / Colección de / Conferencias históricas / Curso de 1886-87 / 33.ª Conferencia / por / Don Marcelino Menéndez Pelayo / Tema / *D. Manuel José Quintana.*—

---

(1) Al principio del tomo 1 del *Teatro completo* de Miguel de Cervantes Saavedra (Madrid, 1896), en la misma *Biblioteca*, se anuncia, para el tomo III, un *Estudio crítico* de Menéndez y Pelayo sobre el Teatro cervantino, estudio que no llegó á escribir.

La Poesía lírica al principiar el siglo XIX / 1887 / Librería de don Antonio San Martín / Puerta del Sol, núm. 6 / Madrid.

164 × 94 mm.—39 págs. ns.

Es tirada aparte del tomo III y último de la serie: *La España del siglo XIX*, publicada por el Ateneo de Madrid. Fué reproducida en la quinta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1908).

1888.

Jochs Florals de Barcelona. Any XXX de llur restauració. Barcelona, *La Renaixensa*, 1888.

170 × 270 mm.

Á la página 257, figura un *Discurs de gracies*, en catalán, de Menéndez y Pelayo.

Ensayo / de una / Biblioteca Española / de libros raros y curiosos, / formado con los apuntamientos de / don Bartolomé José Gallardo, / coordinados y aumentados por / D. M. R. Zarco del Valle y D. J. Sancho Rayón. / Obra premiada por la Biblioteca Nacional, / en la junta pública del 5 de Enero de 1862, / é impresa á expensas del Gobierno. / Tomo tercero. / Madrid. / Imprenta y fundición de Manuel Tello, / Impresor de Cámara de S. M. / Don Evaristo, 8. / 1888.

210 × 131 mm.— X págs. ns. + 1 sin n. + 1.280 cols. + 1 p. sin n.

La *Advertencia* está redactada por Menéndez y Pelayo, y, antes de ella, va una nota que dice así:

«La Biblioteca Nacional se complace en dar testimonio de gratitud al Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, por el auxilio con que se ha servido favorecerla, prestándose á dirigir la edición de los volúmenes III y IV de esta obra.»

El tomo IV lleva fecha de 1889, y consta de 1.572 cols. ns. + 1 página sin numerar.

El Sr. Menéndez y Pelayo pensaba publicar un quinto tomo, formado con las papeletas autógrafas de Gallardo que llegaron á sus manos. De [illegible] es que este anhelo suyo se realice, y también aquél otro, expresado en la *Advertencia*, de añadir un tomo «de índices razonados y de nuevas adiciones» con [illegible] podrán acompañar la biografía literaria de Gallardo y algunos de sus opúsculos de erudición dispersos hasta ahora». Así sería

más útil aún el *Ensayo*, precioso libro que, como el Nicolás Antonio, el *Catálogo* de la Biblioteca Salvá y las *Tipografías* de Méndez-Hidalgo y Haebler, forma parte del material indispensable á todo hispanista.

Sabido es que los dos tomos anteriores del *Ensayo* se publicaron en 1863 y 1866. ¡Nada menos que *veintiséis años* tardó en publicarse semejante obra, y aún puede decirse que aguarda la terminación!

Obras completas / del doctor D. Manuel Milá y Fontanals, / Catedrático que fué de Literatura / en la Universidad de Barcelona. / Coleccionadas por el Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, / de la Real Academia Española. / ..... Barcelona, / Librería de Álvaro Verdaguer, / Rambla del Centro, / .....

Quedaron sin terminar, aunque es de suponer que ahora se completen, por la Comisión del Homenaje á Milá.

Los tomos publicados (agotados ya algunos de ellos) son ocho y en casi todos hay notas de Menéndez y Pelayo:

I. Tratados doctrinales de Literatura.—Barcelona, 1888; VIII + 528 páginas ns.; de 165 × 94 mm. (La *Advertencia preliminar* de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. V-VIII).
II. De los Trovadores en España.—1889; XXXII + 542 págs.
III. Estudios sobre historia, lengua y literatura de Cataluña.—1890; 8 + 566 págs.
IV. Opúsculos literarios, 1.ª serie.—1892; 8 + 584 págs.
V. Opúsculos literarios, 2.ª serie.—1893; 8 + 590 págs.
VI. Opúsculos literarios, 3.ª serie.—1895; 8 + 536 págs.
VII. De la poesía heroico-popular castellana.—1896; 8 + XLVI + 490 páginas.
VIII. Romancerillo catalán, canciones tradicionales.—1896; XX + 460 páginas.

Los tomos VII y VIII son, respectivamente, ejemplares de las ediciones de 1874 (1.ª) y 1882 (2.ª) de los libros *De la poesía heroico-popular castellana* y *Romancerillo catalán*, á los cuales se les cambiaron las portadas y cubiertas.

No deja sorprender que el Sr. Roig y Roqué, en su minuciosa *Bibliografía d'En Manuel Milá i Fontanals* (1913, Barcelona; redactada en catalán, aunque Milá escribió casi todas sus obras en castellano), advierta que Menéndez y Pelayo dejó de incluir ciertos escritos en prosa y verso de su maestro por considerarlos de poca importancia, ó por desconocerlos, ó por haberle pasado «desapercebuts» al ordenarlos. Si la edición no llegó á terminarse ¿cómo podemos saber si Menéndez y Pelayo conocía ó no, ni si pensaba omitir ó insertar determinados trabajos?

En cambio dicho Sr. Roig, á la pág. 202 de su citado libro, da una noticia interesante, facilitada por el Sr. Rubió y Lluch:

«En el *Diario de Barcelona* de 5 de Abril de 1881, se publicó un comunicado de Milá protestando de algunas afirmaciones del Sr. Rubió y Lluch en el primero de sus artículos sobre *Menéndez y Pelayo como catalanista*, inserto en el número del mismo diario del 29 de Marzo. El Dr. Rubió, ponderando los altos merecimientos de Menéndez y Pelayo, que acababa de entrar triunfalmente en la Academia Española, decía que personas de tanta autoridad y tan respetables como el que fué su catedrático de Estética, consultaban sus dudas con el famoso escritor. Y esta afirmación, ciertamente nada maliciosa, motivó la protesta del bueno de Milá, tan celoso de su gloria, á pesar de su modestia.»

1889.

Obras completas de D. José M. de Pereda, con un prólogo por don Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomo I. Los Hombres de pro. Segunda edición. — Madrid, Imprenta y fundición de Tello, 1889.

124 × 68 mm. — CIII — 246 págs. ns.

El Prólogo ocupa las páginas de numeración romana. Lleva al final esta inscripción: «*El Correo* del 10 de Febrero de 1889».

La 4.ª y última edición es de 1909.

Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública de D. Eduardo de Hinojosa, el 10 de Marzo de 1889. Madrid, Tip. de los Huérfanos, 1889.

Tratan de «Francisco de Vitoria y los orígenes del Derecho de gentes».

La contestación de Menéndez y Pelayo, ocupa las páginas 69-91. Fué reproducida en la primera serie de *Estudios de crítica literaria*.

Crónica del primer Congreso Católico Nacional Español. Discursos pronunciados en las sesiones públicas de dicha Asamblea celebradas en la Iglesia de San Jerónimo de Madrid. Abril y Mayo de 1889. Tomo primero. Madrid, Tipografía de los Huérfanos, 1889.

Un vol. de VII + 643 págs. en 4.º

A las págs. 237-241, figura un Discurso de Menéndez y Pelayo acerca de «La Iglesia y las escuelas teológicas en España», leído el día 2 de Mayo de 1889.

Discurso / leído en la / **Universidad Central** / en la solemne inauguración / del curso académico de 1889 á 1890 / por el doctor / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / Catedrático en la / Facultad de Filosofía y Letras / Madrid / Tipografía de Gregorio Estrada / Doctor Fourquet, 7 / 1889.

182 × 99 mm.—128 págs. ns.

Fué leído el día 1.º de Octubre de 1889. Trata de las vicisitudes de la filosofía platónica en España, y contiene, al principio, admirables semblanzas de los doctores Alfredo A. Camús y A. M. García Blanco.

Ha sido reproducido en los *Ensayos de crítica filosófica* (Madrid, 1892).

Lo gayter del Llobregat.—Poesíes de D. Joaquím Rubió y Ors. Ab un pròlech de D. Marcelí Menéndez y Pelayo. Edició políglota. Volum segón. Barcelona, Jepús y Roviralta, 1889.

El *Prólogo* ocupa las páginas VII á XXIII.

1890.

Un poeta montañés desconocido del siglo XVIII (el jesuíta Antonio Fernández Palazuelos), por D. M. Menéndez y Pelayo.

Artículo que ocupa las páginas 235 á 247 del volumen: *De Cantabria* (Letras, Artes, Historia.—Su vida actual); Santander, 1890. 162 × 238 mm.

Colección de escritores castellanos. **Estudios literarios de don Pedro José Pidal,** primer marqués de Pidal. Madrid, Imprenta de M. Tello, 1890.

Dos tomos en 8.º Según se advierte en la Introducción (pág. XXXI), pertenecen al Sr. Menéndez y Pelayo las notas críticas, bastante extensas, que van al fin de algunos de estos estudios (págs. 127 y sigs., 148 y 349 del tomo I, y 36, 61, 109 y 189 del II).

Biblioteca clásica.—**Tácito: Los Anales.** Traducción de don Carlos Coloma..... Madrid, 1890.

Dos tomos en 8.º En el I (págs. VII-XV) figura un Prólogo de Menéndez y Pelayo.

Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española.

Trece tomos de 235 × 150 mm.

I. Nueva Biografía, por D. Cayetano Alberto de la Barrera, Madrid, Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», 1890. 718 págs. ns. + 2 sin n. Las *Adiciones* ocupan las págs. 613 á 697.

II. Autos y Coloquios. 1892.—LXXXVI (1) + 643 págs. ns. + 2 sin n.

III. Autos y Coloquios (fin).—Comedias de asuntos de la Sagrada Escritura. 1893.—LXXX + 607 págs. ns. + 1 sin n.

IV. Comedias de vidas de Santos. 1894.—CXXV + 591 págs. ns. + 1 sin n.

V. Comedias de vidas de santos y leyendas piadosas (conclusión).—Comedias pastoriles. 1895.—LXXIV + 762 págs. ns. + 1 sin n.

VI. Comedias mitológicas.—Comedias históricas de asunto extranjero. 1896.—CXL + 642 págs. ns. + 1 sin n.

VII. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Primera sección. 1897. CCLVII + 629 págs. ns. + 1 sin n.

VIII. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Segunda sección. 1898. CXLVII + 638 págs. ns. + 1 sin n.

IX. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Tercera sección. 1899. CLXXXI + 630 págs. ns. + 1 sin n.

X. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Cuarta sección. 1899. CLXVII + 561 págs. ns. + 1 sin n.

XI. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Quinta sección. 1900. CLXII + 584 págs. ns. + 1 sin n.

XII. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Sexta sección. 1901.—CLXXXIV + 637 págs. ns. + 1 sin n.

XIII. Crónicas y leyendas dramáticas de España. Séptima y última sección. Comedias novelescas (primera sección). 1902.—CXLVIII + 571 págs. ns. + 1 sin n.

Dejó impresos Menéndez y Pelayo los textos dramáticos de los tomos XIV y XV; pero no escribió las Introducciones. Pensaba continuar esos trabajos en los tomos de sus *Obras completas* que habían de llevar por título: *Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega.*

Los quince tomos publicados, contienen las siguientes obras dramáticas:

II. El viaje del Alma.—Las bodas entre el alma y el Amor divino.—La Maya.—El hijo pródigo.—Coloquio del bautismo de Cristo.—Coloquio pastoril en alabanza de la Concepción.—Segundo coloquio de Lope de Vega.—Obras son amores.—El Pastor ingrato.—Fiestas del Santísimo Sacramento: Al túmulo y fama inmortal de frey Lope Félix de Vega Carpio.—Fiesta primera del Santísimo Sacramento.—Entremés del Letrado.—El Nombre

(1) Los números romanos corresponden á las páginas que contienen las *Observaciones preliminares* de Menéndez y Pelayo.

de Jesús.—Fiesta segunda del Santísimo Sacramento.—Entremés del Soldadillo.—El Heredero del cielo.—Fiesta tercera del Santísimo Sacramento.—Entremés del Poeta.—Los Acreedores del hombre.—Fiesta cuarta del Santísimo Sacramento.—Entremés del Robo de Elena.—Del Pan y del Palo.—Fiesta quinta del Santísimo Sacramento.—Entremés de la Hechicera.—El Misacantano.—Fiesta sexta del Santísimo Sacramento.—Entremés del Marqués de Alfarache.—Las aventuras del hombre. Fiesta séptima del Santísimo Sacramento.—Entremés del Degollado.—La Siega.—Fiesta octava del Santísimo Sacramento.—Entremés de la Muestra de los carros del Corpus de Madrid.—El Pastor lobo y Cabaña celestial.—Fiesta novena del Santísimo Sacramento.—Entremés de los órganos.—La vuelta de Egipto. Fiesta décima del Santísimo Sacramento.—Entremés del Remediador.—El Niño pastor.—Fiesta undécima del Santísimo Sacramento.—Entremés de Daca mi mujer.—De los Cantares.—Fiesta duodécima del Santísimo Sacramento.—Entremés de las Comparaciones.—De la Puente del mundo.—Auto famoso del nacimiento de nuestro salvador Jesucristo.—El Tirano castigado.—El Yugo de Cristo.—La Circuncisión y sangría de Cristo. El Hijo de la Iglesia.—Auto del Avemaría y del Rosario de Nuestra Señora.—El villano despojado.—La Margarita preciosa. La Privanza del hombre.—La Oveja perdida.—La Locura por la honra.

III. Los dos Ingenios y Esclavos del Santísimo Sacramento.—La adúltera perdonada.—El Tusón del Rey del Cielo.—La Venta de la Zarzuela.—Los hijos de María del Rosario.—El Triunfo de la Iglesia.—La Isla del Sol.—La Araucana.—Las albricias de Nuestra Señora.—El Príncipe de la Paz.—La Santa Inquisición.—Conceptos divinos al Santísimo Sacramento y á la Virgen Nuestra Señora.

La Creación del mundo y primera culpa del hombre.—El Robo de Dina.—Los trabajos de Jacob.—Historia de Tobías.—La hermosa Ester.—La Madre de la Mejor.—El nacimiento de Cristo.—El Vaso de elección.—La corona derribada y vara de Moisés.—David perseguido y Montes de Gelboé.—El Inobediente ó la Ciudad sin Dios.—El Antecristo.

Apéndices:

Títulos de las Comedias de Lope de Vega (loa sacramental).—Las Cortes de la muerte (auto sacramental).

IV. Barlán y Josafá.—Lo fingido verdadero.—Los locos por el cielo.—El prodigio de Etiopía.—El Cardenal de Belén.—La gran columna fogosa, San Basilio Magno.—El Divino Africano—El Serafín humano.—San Nicolás de Tolentino.—El Santo Negro Rosambuco de la ciudad de Palermo.—El Animal profeta y dichoso parricida San Julián.—Comedia de San Segundo.—El capellán de la Virgen.—La niñez de San Isidro.—La juventud de San Isidro.—San Isidro, labrador de Madrid.

V. La vida de San Pedro Nolasco.—San Diego de Alcalá.—El niño inocente de la Guardia.—Los Mártires de Madrid.—Juan de Dios y Antón Martín.—El saber por no saber.—El Rústico del Cielo.—La niñez del Padre Rojas.—La Buena Guarda.—La fianza satisfecha.—La limpieza no manchada.—Los Terceros de San Francisco.—Santa Teresa de Jesús.—Los primeros mártires del Japón.—El truhán del Cielo y loco santo.—El verdadero amante.—La Pástoral de Jacinto.—Belardo el furioso.—La Arcadia.—La Selva sin amor.

VI. Adonis y Venus.—Las mujeres sin hombres.—El Perseo.—El Laberinto de Creta.—El vellocino de oro.—El marido más firme.—La Bella Aurora.—El Amor enamorado.—Contra valor no hay desdicha.—Las grandezas de Alejandro.—El honrado hermano. Roma abrasada.—El Esclavo de Roma.—La Imperial de Otón.—La reina Juana de Nápoles.—El Rey sin reino.—El gran duque de Moscovia y Emperador perseguido.

VII. La amistad pagada.—Comedia de Bamba.—El último godo.—Las doncellas de Simancas.—Los prados de León.—Las famosas asturianas.—Las mocedades de Bernardo del Carpio.—El casamiento en la muerte.—Los Tellos de Meneses.—Valor, fortuna y lealtad de los Tellos de Meneses (segunda parte).—Los jueces de Castilla.—El conde Fernán González.—El bastardo Mudarra.—Los Benavides.—El vaquero de Moraña.—El testimonio vengado.

VIII. El labrador venturoso.—El primer rey de Castilla.—Las almenas de Toro.—El príncipe despeñado.—El hijo por engaño y toma de Toledo.—La varona castellana.—La Campana de Aragón.—El mejor alcalde, el rey.—La desdichada Estefanía.—El pleito por la honra ó el valor de Fernandico.—El valeroso catalán.—El caballero del Sacramento.—La lealtad en el agravio.—Las paces de los Reyes y Judía de Toledo.—La Corona merecida.—La reina doña María.

IX. Las dos bandoleras y fundación de la Santa Hermandad de Toledo.—El Sol parado.—El galán de la Membrilla.—La Estrella de Sevilla.—La inocente sangre.—El guante de doña Blanca.—La fortuna merecida.—Lanza por lanza, la de Luis de Almanza.—La Niña de plata.—Lo cierto por lo dudoso.—El médico de su honra.—Audiencias del Rey D. Pedro.—El rey D. Pedro en Madrid y el infanzón de Illescas.—La Carbonera.—Los Ramírez de Arellano.—La primera información.

X. El primer Fajardo.—Los novios de Hornachuelos.—Porfiar hasta morir.—Peribáñez y el Comendador de Ocaña.—El caballero de Olmedo.—El milagro por los celos y D. Álvaro de Luna.—La Paloma de Toledo.—El piadoso aragonés.—Los Vargas de Castilla.—El mejor mozo de España.—El más galán portugués Duque de Verganza.—El Duque de Viseo.—El Príncipe perfecto (1.ª parte).—El Príncipe perfecto (2.ª parte).—Fuente Ovejuna.

XI. La envidia de la nobleza.—El hidalgo Bencerraje.—El hijo de Reduán.—Pedro Carbonero.—El remedio en la desdicha.—Los hechos de Garcilaso de la Vega y moro Tarfe.—El Cerco de

Santa Fe.—Los comendadores de Córdoba.—Los guanches de Tenerife y conquista de Canaria.—El Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón.—Las cuentas del Gran Capitán.—El blasón de los Chaves de Villalba.—La contienda de Diego García de Paredes y el capitán Juan de Urbina.—Las Batuecas del Duque de Alba.—Los Pórceles de Murcia.

XII. La Serrana de la Vera.—La pérdida honrosa y caballeros de San Juan (inédita).—El cerco de Viena por Carlos V.—Carlos V en Francia.—La mayor desgracia de Carlos V y hechicerías de Argel.—El valiente Céspedes.—El aldegüela.—El valor de Malta (inédita).—La Santa Liga.—Los españoles en Frandes.—D. Juan de Austria en Flandes(inédita).—El asalto de Mastrique por el Príncipe de Parma.—Pobreza no es vileza.—La tragedia del rey D. Sebastián y bautismo del Príncipe de Marruecos.—El alcalde de Zalamea.—Arauco domado por el Excmo. Sr. D. García Hurtado de Mendoza.

XIII. El Marqués de las Navas.—La nueva victoria del Marqués de Santa Cruz.—El Brasil restituído (inédita).—La nueva victoria de D. Gonzalo de Córdoba.—Diálogo militar.

Los palacios de Galiana.—La mocedad de Roldán.—Las pobrezas de Reinaldos.—El marqués de Mantua.—Un pastoral albergue.—Los celos de Rodamonte.—Angélica en el Catay.—El premio de la hermosura.—Relación de la famosa comedia del Premio de la hermosura y Amor enamorado.—Ursón y Valentín, hijos del Rey de Francia.—Los tres diamantes.

XIV. *Comedias novelescas (segunda sección).* (Madrid, 1913. 611 páginas.)—La fuerza lastimosa.—D. Juan de Castro (primera parte).—Don Juan de Castro (segunda parte).—La doncella Teodor.—La prueba de los ingenios.—El mármol de Felisardo.—La pobreza estimada.—La ley ejecutada.—El llegar en ocasión.—La discreta enamorada.—El halcón de Federico.—El anzuelo de Fenisa.—El servir con mala estrella.—La boda entre dos maridos.

XV. *Comedias novelescas (tercera sección).* (Madrid, 1913. 608 páginas.)—El ejemplo de casadas y prueba de la paciencia.—El ruiseñor de Sevilla.—No son todos ruiseñores.—La mayor victoria.—¡Si no vieran las mujeres!...—El mayordomo de la Duquesa de Amalfi.—El castigo sin venganza.—El villano en su rincón.—Castelvines y Monteses.—La quinta de Florencia.—El desdén vengado.—El Perseguido.—La viuda valenciana.—El piadoso veneciano.—Servir á señor discreto.

A) Biblioteca clásica.—Antología de Poetas líricos castellanos, desde la formación del idioma hasta nuestros días..... Madrid, Librería de la Viuda de Hernando y Compañía (Después: Perlado, Páez y C.ª, Sucesores de Hernando, calle del Arenal, núm. 11).

Trece tomos de 132 × 76 mm.

Contienen, respectivamente:

I. (Madrid, 1890; XCV + 300 págs.). En el *Prólogo* se incluyen: la Introducción, y consideraciones sobre las influencias latinas, arábigas, hebreas y provenzales en nuestra poesía lírica medieval.

II. (1891; LXXXVII + 304 págs.). Los cantares épicos.—Berceo.—*Poemas* de Alejandro, de Fernán González, de José y otros.

III. (1892; CXLIV + 267 págs.). La poesía galaico-portuguesa. —El Arcipreste de Hita.—El Poema de Alfonso XI.—El rabí Sem Tob.—La *Revelación de un hermitaño.*—La *Danza de la Muerte.*

IV. (1893; XCIX + 384 págs.). El Canciller Pero López de Ayala.—El *Cancionero de Baena.*

V. (1894; CCCVIII + 136 págs.). Poetas líricos de la época de D. Juan II.

VI. (1896; CDI págs.). Trata en el *Prólogo* de los poetas de las épocas de Enrique IV y de los Reyes Católicos.

VII. (1898; CCLXXX + 110 págs. ns.) En el *Prólogo* se estudian: Juan del Enzina; La poesía castellana en Portugal; Gil Vicente; La poesía castellana en los reinos de la Corona de Aragón.

VIII. (1899; LXXXVI + 300 págs. ns.). Reproduce, con correcciones y adiciones, la *Primavera y flor de romances*, de Wolf y Hofmann (Berlín, 1856).

IX. (1899; 360 págs. ns. + 1 sin n.). Concluye la *Primavera y flor de romances.*

X. (1900; 379 págs. ns.). Suplemento á la *Primavera y flor de romances:* Romances populares, recogidos de la tradición oral.

XI. (1903; 383 págs. ns. + 2 sin n.). Tratado de los Romances viejos, tomo I.

XII. (1906; 549 págs. ns. + 2 sin n.). Tratado de los Romances viejos; tomo II.

XIII. (1908; 488 págs. ns.). Juan Boscán; estudio crítico.

De algunos de estos tomos hay ediciones posteriores, idénticas á las primeras.

Al morir Menéndez y Pelayo, tenía reunidos bastantes materiales para el tomo XIV, que había de versar sobre *Garcilaso*, como él mismo dice en la página 472 del tomo XIII. Dejó también tirados doce pliegos de la refundición que había de publicarse en las *Obras completas*, con el título de: *Historia de la poesía castellana en la Edad Media, tomo I.*

Fragmentos del tomo VI se publicaron en *La España Moderna* (Agosto y Diciembre de 1895), con los títulos de *La sátira política en tiempo de Enrique IV* y *Jorge Manrique*. También salió á luz en la misma revista (Diciembre 1903 y Enero-1904) un fragmento del *Prólogo* del tomo XII de la *Antología*, con el título de: *Indagaciones y conjeturas sobre algunos temas [illegible]*. Otro fragmento del tomo VII: *La cultura artística y literaria en tiempo de los Reyes Católicos*, se publicó en el tomo XL (1896), páginas 241 y sigs., de la revista agustiniana *La Ciudad de Dios.*

B) **Historia** / de la / **Poesía castellana** / en la Edad media / por el doctor / don Marcelino Menéndez y Pelayo / Director de la Real Academia de la Historia. / Tomo I. / Madrid / Librería general de Victoriano Suárez / Calle de Preciados, 48 / 1911-1913.

181 × 113 mm.—436 págs.

Es el tomo IV de las *Obras completas*, y constituye, en parte, una refundición de la *Antología de poetas líricos*. Contiene una Advertencia preliminar, un Prólogo y siete capítulos, que comprenden desde los poetas latino-clásicos hasta el *Cancionero de Baena*. Lleva, además, algunas notas y una «Advertencia» final más. Está en prensa el tomo II.

1891.

Discursos / leídos ante la / **Real Academia de Ciencias** / **Morales y Políticas** / en la recepción pública / del Dr. don Marcelino Menéndez y Pelayo / el día 15 de Mayo de 1891. / Madrid / Establecimiento tipográfico de Ricardo Fé / Calle del Olmo, núm. 4, Teléfono 1.114. / 1891.

183 × 103 mm.—145 págs. ns. + 1 sin n. de *Erratas*.

El tema es el siguiente: *De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y especialmente de los precursores españoles de Kant*. El discurso de D. Marcelino ocupa las págs. 1–114; el de contestación (de Alejandro Pidal y Mon) las 117 á 145.

Este trabajo de Menéndez y Pelayo, está reproducido en el tomo: *Ensayos de crítica filosófica* (Madrid, 1892).

Menéndez y Pelayo poseyó, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, la medalla núm. 14, sucediendo á D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins. Fué elegido en 19 de Noviembre de 1889, y presentó su discurso de recepción en 3 de Febrero de 1891.

Tomó parte en dos discusiones de esta Academia: en la que versó sobre el tema: *Observaciones acerca del vasallaje de los Reyes de Portugal á los de León y Castilla*, en 3 de Noviembre de 1891; y en la que se refería al *Socialismo de Estado*, en 27 de Marzo de 1894. Véanse sus palabras á las páginas 515 y 402, respectivamente, de los tomos VII y VIII de las *Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas* (Madrid, 1893 y 1898).

Soñar / **despierto.** / **Poesías varias** / por D. Antonio Arnao / de la Real Academia Española / con un Prólogo / de / D. Mar-

celino Menéndez y Pelayo. Madrid / Imprenta y fundición de M. Tello / Impresor de Cámara de S. M. / Don Evaristo, 8. 1891.

124 × 67 mm.—XXI + 148 págs. ns. El *Prólogo* ocupa las págs. v á XXI.

Memoria presentada al concurso sobre el tema «Jovellanos».

Informe de Menéndez y Pelayo á la Real Academia de la Historia sobre dicha Memoria, fechado en 26 de Junio de 1891, y publicado en el *Boletín* de aquella Corporación (número de Octubre, 1891).

Libro de las virtuosas é claras mujeres, el cual fizo e compuso el Condestable D. Alvaro de Luna, Maestre de la Orden de Santiago. Dalo á luz la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Madrid, MDCCCXCI.

160 × 90 mm.—XII + 370 págs.

Lleva una *Advertencia preliminar* de Menéndez y Pelayo, autor de la edición y propietario del códice con arreglo al cual se hizo.

Posteriormente, se ha publicado otra edición del *Libro de las claras e virtuosas mugeres* (Toledo, 1909), por D. Manuel Castillo, teniendo en cuenta el manuscrito de la Biblioteca de Salamanca, y los dos de la Biblioteca Real.

Catalogue de la Bibliothèque de M. Ricardo Heredia, Comte de Benahavis ..... Paris, Em. Paul, L. Huard et Guillemin ..... 1891.

El Catálogo consta de cuatro partes, en 4.° m., impresas respectivamente en 1891, 1892, 1893 y 1894. Á las páginas XIII-XXIII de la primera, figura una carta á Ricardo Heredia, firmada por Manuel R. Zarco del Valle y M. Menéndez y Pelayo, donde mencionan algunos de los más raros libros de aquella famosa biblioteca.

1892.

Colección de escritores castellanos.—Ensayos de crítica filosófica, por el doctor D. M. Menéndez y Pelayo, catedrático de la Universidad de Madrid en la Facultad de Filosofía y Letras, etc., etc..... Madrid. Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Paseo de San Vicente, núm. 20. 1892.

122 × 67 mm.—307 págs. ns.

Contiene los estudios, antes publicados:

I. De las vicisitudes de la Filosofía platónica en España.
II. De los orígenes del criticismo y del escepticismo, y, especialmente, de los precursores españoles de Kant.
III. Algunas consideraciones sobre Francisco de Vitoria y los orígenes del Derecho de gentes.

Discursos leídos ante la Real Academia Española (13-Marzo-1892), en la recepción pública del Excelentísimo Sr. D. Francisco Asenjo Barbieri. Madrid, Ducazcal, 1892.

El discurso-contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. 29-48. Fué reproducido también en *La España Moderna* de aquel año (mes de Mayo), con el título de «La música de la lengua castellana».

Juan Ginés de Sepúlveda: Diálogo sobre las justas causas de la guerra.

Páginas 257 á 369 del número de Octubre-1892, del *Boletín de la Real Academia de la Historia.*

Es una primorosa versión castellana, hecha por Menéndez y Pelayo, del rarísimo diálogo: *Democrates alter, sive de iustis belli causis apud Indos*, acompañada del texto latino.

Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, en la recepción pública del Excmo. Señor D. Antonio de Mena y Zorrilla, el domingo 11 de Diciembre de 1892.—Madrid, Imprenta y Litografía de los Huérfanos, Calle de Juan Bravo, 5.—1892.

166 × 100 mm.—70 págs. ns.

El Sr. Mena trató de la Moral sensualista. El Discurso de contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las páginas 57 á 70. En él dice D. Marcelino:

«Apenas salido yo de las aulas, enteramente obscuro y desconocido, debí al Sr. Mena y Zorrilla, Director entonces de Instrucción pública, la protección oficial y los medios indispensables para ampliar mis estudios y continuar mi educación literaria en las universidades y bibliotecas extranjeras. Al Sr. Mena y Zorrilla, pues, y al eficaz concurso de la Diputación y del Ayuntamiento de Santander, se debieron los frutos de aquel viaje, exiguos sin duda para la general cultura, por ser yo quien le llevó á cabo, pero trascendentales en grado sumo para la formación de mis ideas y para mi personal instrucción.»

Obras literarias de D. José Marchena / (El Abate Marchena) / recogidas de manuscritos y raros impresos, / con un estudio crítico-biográfico del doctor / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / de la Real Academia Española. / Tomo I / Sevilla / Imp. de E. Rasco, Bustos Tavera, 1 / 1892.

164 × 90 mm.—435 págs. ns.—El tomo II lleva fecha de 1896, y consta de CLIX + 423 págs. ns. + 1 de colofón (31-Diciembre-1896) y otra de comprobación de la tirada.

Se imprimieron solamente 250 ejemplares, en papel de hilo, á expensas del Marqués de San Marcial y de Jibaja. La *Introducción* de D. Marcelino ocupa las págs. V á CLIX del tomo II.

En el tomo I, van las poesías líricas y el Teatro. En el II, la versión de Lucrecio y los opúsculos en prosa.

La *Introduccion* ha sido reproducida en la tercera serie de *Estudios de crítica literaria.* (Madrid, 1900), y, antes, en *La España Moderna* (Junio-1896 á Febrero-1897).

De los historiadores de Colón.

Artículo de Menéndez y Pelayo, publicado en la revista *El Centenario*, de 1892, y reproducido en la 2.ª serie de *Estudios de crítica literaria* (1895).

1893.

Crónica del tercer Congreso Católico Nacional español. Discursos pronunciados en las sesiones públicas y reseña de las memorias y trabajos presentados en las sesiones de dicha Asamblea, celebrada en Sevilla en Octubre de 1892.—Sevilla, 1893.

Un tomo de XXII × 993 págs. en 4.°

Á las págs. 431-446, figura un discurso de Menéndez y Pelayo acerca del tema: «El siglo XIII y San Fernando: la Iglesia y la civilización en España durante este período de la historia.»

Ensayos religiosos, políticos y literarios, por D. José María Quadrado.—Segunda edición, precedida de una Introducción por Don Marcelino Menéndez y Pelayo.—Palma de Mallorca, Amengual y Muntaner, 1893.

En 8.° m. De la Introducción, que ocupa 61 páginas, y va fechada en Junio de 1893, se hizo tirada aparte. Fué reproducida en *La España Moder-*

na de Enero, 1894, y en la segunda serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1895).

«Ambrosio Espínola, primer marqués de los Balbases». Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia, en la recepción pública de D. Antonio Rodríguez Villa. Madrid, Fortanet, 1893.

La contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. 103-118.
La recepción tuvo lugar el 29 de Octubre de 1893.

A) Antología (1) de poetas hispano-americanos, publicada por la Real Academia Española.

Cuatro volúmenes, de 161 × por 100 mm.

I. México y América Central.—Madrid, Establecimiento tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, 1893.—CLXXXII + 398 págs.
II. Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Venezuela.—Madrid... 1893.—CLXXXVIII + 634 págs.
III. Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia.—Madrid... 1894.—CCXCIX + 492 páginas.
IV. Chile, República Argentina, Uruguay.—Madrid... 1895.—CCXVIII + 480 págs.

Un fragmento del tomo IV se publicó en *La España Moderna* (Enero-1895) con el título *De los poemas históricos relativos á Chile.*

B) Historia / de la / poesía hispano-americana / por el doctor / don Marcelino Menéndez y Pelayo / Director de la Real Academia de la Historia. / Tomo I / Madrid / Librería general de Victoriano Suárez / Calle de Preciados, 48 / 1911.

181 × 113 mm.—X + 416 págs. ns. + 1 de *Indice.*

Es el tomo II de las *Obras completas,* y constituye una refundición de los Prólogos de la *Antología.*

Contiene:

---

(1) La publicación de esta *Antología,* á la cual mostraba Menéndez y Pelayo especial cariño, diputándola por la mejor escrita y menos leída de sus obras, suscitó algunos trabajos de crítica de diversos escritores americanos. Entre ellos figuran el notabilísimo crítico cubano Enrique Piñeyro, y D. José M. de Rojas (véase su folleto, de 35 págs. en 8.º: *Menéndez y Pelayo y la Antología hispano-americana;* Paris, Garnier hermanos, 1894). Este último censura especialmente los elogios tributados al tirano del Ecuador, Gabriel García Moreno.

Al Lector (prólogo, fechado en Noviembre de 1910).—Advertencias generales.—Seis capítulos que tratan, respectivamente, de México, América Central, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Venezuela.

Iban impresas 417 páginas del tomo II de esta *Historia*, cuando falleció Menéndez y Pelayo, el cual pensaba escribir un Apéndice, para el que tenía reunidos los materiales necesarios, sobre la poesía del Brasil.

El tomo II y último (3.º de las *Obras completas*) se ha publicado en 1913. Consta de 530 págs. ns. + 6 sin n., y contiene siete capítulos, relativos á Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, República Argentina, y Uruguay, con los Indices.

1894.

Obras de D. Marcelino de Aragón Azlor y Fernández de Córdoba, Duque de Villahermosa, Conde-Duque de Luna, de la Real Academia Española. / Con un prólogo / de D. M. Menéndez y Pelayo, / de la misma academia. / (Escudo.) / Madrid: 1894.—Est. tip. Viuda é Hijos de M. Tello, / C. de San Francisco, 4.

126 × 67 mm.—XVIII + 366 págs. ns. + 1 de *Indice*.

Contiene un nuevo *Prólogo* (1) de Menéndez y Pelayo (págs. V á XVIII); el *Discurso* del Duque al ingresar en la Real Academia Española; el antiguo prólogo de Menéndez y Pelayo á la versión de las *Geórgicas*, publicado en 1881 (págs. 69 á 78); y por último, las traducciones de *Las Geórgicas* de Virgilio y del libro I de *Los Tristes* de Ovidio, acompañadas del texto latino.

Papel de hilo.

Lettres inédites de Beaumarchais, Galiani et D'Alembert, adressées au Duc de Villahermosa.

Texto publicado y anotado por Menéndez y Pelayo, en la *Revue d'Histoire littéraire de la France*, de 15-Julio-1894 (págs. 330-352).

Revistas críticas.

a) Discurso leído por el Sr. Vallin y Bustillo ante la Real Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales, acerca de la cultura científica española en el siglo XVI.

---

(1) Véase el publicado [illegible] en el año 1881.

b) Influencia de las lenguas y literaturas orientales en la española; discurso de D. Francisco Fernández y González, leído ante la Real Academia Española.

c) Investigaciones biográficas y bibliográficas sobre Tirso de Molina, por E. Cotarelo y Mori.

d) Memorias de Benedetto Croce, acerca de las relaciones políticas y literarias entre España é Italia.

e) Memorias de Benedetto Croce sobre la corte española de Alfonso V de Aragón en Nápoles, sobre versos españoles en loor de Lucrecia Borja, y sobre la *Question de Amor*.

f) La *Historia Parthenopea* de Alonso Hernández (Elogio del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba).—La Corte de las tristes reinas de Nápoles (Juana III y IV).—Tratado de educación de Antonio Galateo; trabajos de Benedetto Croce.

Bastero, poeta provenzal; discurso de Rubió.

g) Estudios sobre la Edad Media en España, por L. Dolfus.—Epopeyas francesas, de Gautier (tomo II de la nueva edición).—El endecasílabo en la poesía castellana del siglo XV y principios del XVI, por A. Morel-Fatio.

Aparición de la *Revue Hispanique*.

h) Grillparzer y Lope de Vega, por el Dr. Arturo Farinelli.

Sobre todos esos estudios, escribió Menéndez y Pelayo artículos críticos, que figuran en los números de *La España Moderna* (Febrero á Diciembre de 1894). Los artículos *b*, *c* y *h*, fueron reproducidos en la segunda serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1895). El artículo *a*, lo fué en la cuarta serie de dichos *Estudios* (Madrid, 1907).

En cuanto al artículo *c*, es de advertir que se refiere á un libro, publicado en 1893, donde su autor dice de Menéndez y Pelayo (pág. 78):

«No hay necesidad de nombrar al prodigioso joven, asombro de nuestro tiempo, para comprender que sólo él puede dar cima á esa y otras empresas literarias, como la está dando á la de historiar la estética y la crítica literaria y artística.»

El mismo Sr. Cotarelo publicó en 1901 la *Comedia de Sepúlveda... según el manuscrito del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo*, diciendo en la Advertencia: «El único manuscrito hoy conocido de esta obra, es propiedad de nuestro insigne y universal maestro D. Marcelino Menéndez y

Pelayo, quien, con su generosidad inagotable y su acendrado patriotismo, no vacila en entregarlo al estudio y deleite de los doctos.»

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia: **Luis Vives**, por A. Lange, autor de la «Historia del Materialismo». Traducción directa del alemán, revisada por M. Menéndez y Pelayo. —Madrid, *La España Moderna*, Cuesta de Santo Domingo, 16. Teléf. 260.

177 × 104 mm.—155 págs. ns. + 1 sin n.

Sin fecha (detestable costumbre editorial); pero se acabó de imprimir en Agosto de 1894. Es versión del artículo de Lange, publicado en las págs. 776 á 851 del tomo IX de la *Encyklopädie des gesamtem Erziehungs und Unterrichtswesens*, del Dr. R. A. Schmid (Leipzig, 1887).

1895.

Colección de escritores castellanos: Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española. **Estudios de crítica literaria. Segunda serie.** — Madrid, Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», 1895.

406 págs.

Contiene los siguientes estudios, antes publicados:

I. Quadrado y sus obras.
II. La *Celestina*.
III. El Alcalde de Zalamea.
IV. Tirso de Molina.
V. De los historiadores de Colón.
VI. Lope de Vega y Grillparzer.
VII. Enrique Heine.
VIII. De las influencias semíticas en la literatura española.

Hay 2.ª edición, impresa en 1912.

Ciento y un sonetos, de el Br. Francisco de Osuna y de Francisco Rodriguez Marín, precedidos de una carta autógrafa de D. Marcelino Menéndez y Pelayo... Sevilla, E. Rasco, 1895.

126 × 72 mm.—XIV + 116 págs. ns. + 1 sin n.

La carta de D. Marcelino, y su transcripción, ocupa las págs. VII á XIV.

Las Cantigas del Rey Sabio.

Artículo crítico de Menéndez y Pelayo, en la *Ilustración Española y Americana* (núms. de 28 de Febrero, 8 de Marzo y 15 de Marzo de 1895), sobre la edición de la Academia Española.

Fragmentos de este trabajo fueron reproducidos en las páginas VII á XII del *Estudio histórico, crítico y filológico sobre las Cantigas del Rey don Alfonso el Sabio, por el Marqués de Valmar* 2.ª ed. Madrid, 1897; XXII + 400 + 1 págs. en 4.º), publicado por la R. Academia Española.

Bibliografía crítica de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra, por D. Leopoldo Rius. Tomo I. Madrid, Murillo, 1895.

Tres tomos, de 190 × 119 mm. El tomo II (Barcelona, 1899) incluye la *Carta* de Menéndez y Pelayo acerca del famoso *Quijote* de D. Feliciano Ortego Aguirrebeña, y la referente á la *Nueva conjetura sobre el Quijote de Avellaneda* (págs. 212-215). En el III (Villanueva y Geltrú, 1904, aunque trae la fecha de 1905 en la cubierta) se inserta (págs. 553-556) el final del discurso de contestación de Menéndez y Pelayo al Sr. Asensio en la Real Academia Española, sobre *Interpretaciones del Quijote*, en 1904.

Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la recepción pública del Excmo. Sr. Marqués de Pidal. Madrid, Imprenta de los Huérfanos, 1895.

El discurso-contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. 64 á 86.

«Revista crítica de Historia y Literatura Españolas» (tomo I); Madrid, 1895.

En esta Revista (empezó en Marzo de 1895, y acabó en Setiembre del mismo año), que dirigía el Sr. Altamira, publicó Menéndez y Pelayo notas críticas acerca de las siguientes obras:

Di alcuni versi italiani di autori spagnuoli dei secoli XV e XVI, por Benedetto Croce.

Intorno al soggiorno di Garcilasso de la Vega in Italia, por el mismo.

Studi di storia letteraria italiana e straniera, por Francesco Flamini.

Peñas Arriba, por D. José M.ª de Pereda.

Barlaam and Joasaph in Spain, por F. de Haan.

(Págs. 12, 32 y 38 de la primera parte del tomo I).

Sobre el Programa de la *Revista crítica*, publicóse una nota de Menéndez y Pelayo en *La España Moderna* del año 1895.

1896.

Revista crítica de historia y literatura españolas, portuguesas é hispano-americanas.

Fué continuación de la *Revista crítica de historia y literatura españolas*. Empezó en Diciembre de 1895 y acabó en igual mes de 1902, después de haberse impreso sucesivamente en Madrid, Oviedo y Barcelona.

En el tomo I, año 1896, págs. 55 y 105, publicó Menéndez y Pelayo dos notas críticas sobre los trabajos siguientes:

L'immigrazione dei Gesuiti Spagnuoli letterati in Italia (por V. Cian; Torino, 1895).

Italia e Spagna nel Secolo XVIII. Giovambattista Conti e alcune relazioni letterarie fra l'Italia e la Spagna (por V. Cian, 1896).

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.—**Historia de las literaturas castellana y portuguesa,** por Fernando Wolf. Traducción del alemán por Miguel de Unamuno, profesor en la Universidad de Salamanca, con Notas y Adiciones por D. M. Menéndez y Pelayo, de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia.—Madrid, *La España Moderna.*

177 × 103 mm. Dos tomos, de 332 + 1 y 491 + 1 págs., respectivamente. No traen fecha; los capítulos se imprimieron sucesivamente en los números de *La España Moderna*, desde Octubre de 1894, hasta Setiembre de 1896.

Es versión de los *Studien zur Geschichte der spanischen und portugiesischen Nationalliteratur* de Fernando José Wolf (Berlin, 1859).

Sevilla intelectual. Sus escritores y artistas contemporáneos, por D. José Cascales y Muñoz, con una carta-prólogo de D. M. Menéndez y Pelayo.—Madrid, 1896.

1897.

Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la recepción pública del Sr. D. Benito Pérez Galdós. Madrid, Viuda é hijos de Tello, 1897.

La recepción tuvo lugar el 7 de Febrero de dicho año. El discurso-contestación fué de Menéndez y Pelayo. Reimpreso el mismo año, en la die-

ción de que tratamos en el número siguiente; y, además, en los *Estudios de crítica literaria* (5.ª serie; Madrid, 1908).

Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la recepción pública de D. José María de Pereda. Madrid, 1897.

La recepción tuvo lugar el 21 de Febrero de dicho año. El discurso-contestación fué de Menéndez y Pelayo.

De estos dos discursos, y de los citados en el apartado anterior, se publicó otra edición, el mismo año 1897, con este título: «Menéndez y Pelayo. Pereda.—Pérez Galdós: Discursos leídos ante la Real Academia Española en las recepciones públicas del 7 y 21 de Febrero de 1897. Madrid, Establecimiento tipográfico de la Viuda é Hijos de Tello, Impresor de Cámara de S. M.; C. de San Francisco, 4.» (189 págs. ns. + 1 sin n., de 125 × 73 milímetros.

Una nueva conjetura sobre el autor del "Quijote„ de Avellaneda.

Carta al Sr. D. Leopoldo Rius y Llosellas, publicada en *Los lunes de El Imparcial*, de 15 de Febrero de 1897, y reimpresa en el tomo II de la *Bibliografía crítica* de Rius, en la edición barcelonesa del *Quijote* de Avellaneda (1905), y en los *Estudios de crítica literaria* (4.ª serie; Madrid 1907).

Sospecha que Avellaneda fuese un oscuro poeta aragonés, llamado Alfonso Lamberto (1), que concurrió á dos certámenes literarios, celebrados en Zaragoza en 1614.

Poesías / de / Evaristo Silió / con un Prólogo / de / M. Menéndez y Pelayo / Valladolid: / Imprenta Castellana / 1897.

134 × 77 mm.—XLIII + 183 págs. ns. + 1 de *Indice*. Con el retrato de Silió (1841-1874).

El *Prólogo* ocupa las páginas V-XLIII, y lleva fecha de «Santander, 23 de Abril de 1876». Es reproducción literal del estudio publicado en la continuación de *La Tertulia*. Así se da á entender en la nota de la pag. V, que dice de este modo:

«Alúdese aquí á una serie de artículos, que sobre esta materia empezó á publicar el autor en *La Tertulia*, revista que salía á luz en Santander

(1) En opinión, bastante verisímil, de Menéndez y Pelayo, el soneto de «A. L.», que publiqué en la página 233 de mis *Anales de la Literatura española* (Madrid, 1904), pertenece á Alfonso Lamberto.

por los años de 1875 á 1877. La semblanza que antecedió á esta, fué la de D. Calixto Fernández Campo-Redondo.»

Continuación de *La Tertulia*, fué la *Revista Cántabro-Asturiana*.

Sociedad de Bibliófilos Andaluces. / **Obras completas** / **de D. Francisco de Quevedo** / **Villegas** / Edición crítica, ordenada é ilustrada / por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe / de la Real Academia Española / con Notas y Adiciones / de D. Marcelino Menéndez y Pelayo / de la misma Academia. Tomo primero / Aparato biográfico y bibliográfico / (*Sello*) / Sevilla / Imp. de E. Rasco, / Bustos Tavera, 1 / 1897.

165 × 90 mm. — VIII + 591 págs. ns. + 3 sin n.

El tomo II salió á luz en 1903 (IX + 400 págs. ns. + 2 sin n.), y es el 1.º de las *Poesías*. El III, 2.º de las *Poesías*, se publicó en 1907 (458 páginas ns. + 2 al principio y 1 al final sin n.). Impresos en papel de hilo.

Al morir Menéndez y Pelayo, iban impresas 32 páginas del tomo IV (continuación de las *Poesías*).

No llegaron, pues, á reimprimirse los textos en prosa publicados por Fernández-Guerra (m. en 7-Setiembre-1894) en 1852 y 1859, en dos tomos de la *Biblioteca* Rivadeneyra; pero en cambio se han reimpreso, con exactitud infinitamente mayor, buena parte de las poesías publicadas por D. Florencio Janer en su mediocre edición de 1877 (un tomo de la misma *Biblioteca*).

1898.

La leyenda de los Infantes de Lara, por R. Menéndez Pidal (Madrid, 1896).

Artículo crítico de Menéndez y Pelayo, en la *La España Moderna* (número de Enero-1898).

En el prólogo de su importante libro, el Sr. Menéndez Pidal da las gracias «especialmente á mi querido maestro el Sr. Menéndez y Pelayo, á quien debo, además del usufructo de su rica biblioteca de Santander, el haberme ilustrado con frecuente conversación y valiosos consejos acerca de la materia.» (Pág. XVI).

1899.

Nuevos datos acerca de Prisciliano, por M. Menéndez y Pelayo.

Artículos publicados en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, del año 1899 (tomo III, págs. 1, 65, 129, 449 y 577). Formaban parte de la futura refundición de la *Historia de los Heterodoxos españoles*.

Motivó esos artículos la publicación, en 1889, de los once opúsculos priscilianistas descubiertos por el Dr. Jorge Schepss, en 1885, en la Biblioteca de la Universidad de Würtzburg.

La Celestina / Tragicomedia / de Calisto y Melibea / por / Fernando de Rojas / conforme / á la edición de Valencia, de 1514, / reproducción / de la de Salamanca, de 1500, / cotejada con el ejemplar de la «Biblioteca Nacional» / en Madrid. / Con el Estudio crítico / de / la Celestina / nuevamente corregido y aumentado / del Excmo. Señor / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / de la Real Academia Española / y Director de la Biblioteca Nacional. / Vigo / Librería de Eugenio Krapf / 1899.

132 × 72 mm.—Dos tomos de paginación seguida (LVI + 470 + C + 42 páginas ns. + 3 sin n.). Se acabaron de imprimir el 31 de Julio de 1900.

El *Estudio crítico* de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. XI á LVI del tomo I, y es reimpresión del publicado en la 2.ª serie de *Estudios de crítica literaria* (1895). Otro estudio (titulado *Advertencia*) del mismo don Marcelino, sobre la comedia *Pamphilus* (reproducida según la edición de A. Baudoin; Paris, 1874), va al final del tomo II, ocupando las págs. 29-42.

La *Bibliografía* publicada por Krapf en el tomo II de esta primorosa edición, es, á pesar de sus deficiencias, la mejor que existe.

1900.

Libros de antaño, nuevamente dados á luz por varios aficionados. Tomo X. — **Propaladia de Bartolomé de Torres Naharro,** con un Estudio crítico de D. M. Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española. Tomo II. Madrid. Librería de los Bibliófilos. Fernando Fé. Carrera de San Jerónimo, 2. M.CM.

122 × 68 mm.—CLIII + 417 págs. ns. + 2 sin n.

El *Estudio preliminar* ocupa las págs. I á CLIII. Hízose de él tirada aparte, y fué incluído, además, en la tercera serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1900). Comprende dicho tomo II las Comedias *Himenea*, *Jacinta*, *Calamita* y *Apalata*, el *Diálogo del Nascimiento*, el *Psalmo en la gloriosa victoria que los españoles ovieron contra venecianos*, el *Concilio de los Galanes y Cortesanas de Roma*, y los *Versos en loor de la Santísima Virgen*.

El tomo I (IX de la colección) salió á luz en 1880 (X + 429 págs. ns. + 1 sin n. y un facsímile de la Portada original), con una *Advertencia preliminar* de M. Cañete. En este tomo figuran las poesías sueltas y las comedias *Serafina*, *Trofea*, *Soldadesca* y *Tinellaria*.

El Filósofo autodidacto de Abentofail, novela psicológica, traducida directamente del árabe, por D. Francisco Pons Boigues, con un prólogo de Menéndez y Pelayo. Zaragoza. Tip. de Comas hermanos, Pilar, 1. 1900.

105 × 63 mm.—LVI + 250 págs. ns.—Es el tomo V de la *Colección de estudios árabes*.

El *Prólogo* de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. IX á LVI.

Estudios filosófico-teológicos. Tomo I. Algazel. Dogmática, Moral, Ascética, por Miguel Asin Palacios, presbítero. Con prólogo de Menéndez y Pelayo. Zaragoza, Tip. y Lib. de Comas hermanos, Pilar, núm. 1, 1901.

107 × 64 mm.—XXXIX + 912 págs. ns. Es el tomo VI de la *Colección de estudios árabes*.

El *Prólogo* de Menéndez y Pelayo, ocupa las páginas VII á XXXIX.

Colección de escritores castellanos. **Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española. Estudios de crítica literaria.—Tercera serie.** Madrid, Establecimiento tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», 1900.

388 págs. ns. + 1 sin n.

Contiene los siguientes estudios, antes publicados:

I. Bartolomé de Torres Naharro.
II. El Abate Marchena.

1901.

Discursos / leídos ante la / **Real Academia de Bellas Artes** / **de San Fernando** / en la recepción pública / del Excmo. é Ilmo. Señor / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / el día 31 de Marzo de 1901. / Madrid / Establecimiento tipográfico de Fortanet / Impresor de la Real Academia de la Historia / Calle de la Libertad, núm. 29 / 1901.

177 × 113 mm.—91 págs. ns.

El tema fué: *La estética de la pintura y la crítica pictórica en los tratadistas del Renacimiento*, ocupándose especialmente en D. Felipe de Guevara, Francisco de Holanda y Pablo de Céspedes. Contestóle D. Angel Avilés.

Sucedió Menéndez y Pelayo en esta Academia á D. Manuel Cañete (m. en 4-Noviembre-1891), y fué electo en 29 de Febrero de 1892.

El discurso ha sido reimpreso en la cuarta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1907).

Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.—**Historia de la Literatura Española, desde los orígenes hasta el año 1900,** por Jaime Fitzmaurice-Kelly, C. de la Real Academia Española. Traducida del inglés y anotada por Adolfo Bonilla y San Martín, con un estudio preliminar por Marcelino Menéndez y Pelayo, Director de la Biblioteca Nacional. Madrid, *La España Moderna*, Cuesta de Santo Domingo, 16.

173 × 90 mm.—XLII + 613 págs. ns. No lleva fecha, pero salió á luz en 1901. Después se han hecho varias ediciones.

El *Prólogo* de D. Marcelino, ocupa las págs. V á XLII, y lleva fecha de «Santander, 15 de Julio de 1901». Fué reproducido en *La España Moderna* de Agosto-1901. Las observaciones que en él hace, han sido aprovechadas en la edición francesa, que salió á luz en París, el año 1904 *(Littérature espagnole;* trad. H.-D. Davray; A. Colin). (1).

(1) Véase el Prefacio de la nueva edición castellana del manual del señor Fitzmaurice-Kelly *(Literatura española;* Madrid, 1913).

1902.

Biblioteca de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.—I. Bibliografía hispano-latina clásica. (Códices.—Ediciones. Comentarios.—Traducciones.—Estudios críticos.—Imitaciones y reminiscencias.—Influencia de cada uno de los clásicos latinos en la literatura española, por D. M. M. y P.—Tomo I. Madrid. Est. Tip. de la Viuda é Hijos de M. Tello, Impresor de Cámara de S. M., C. de San Francisco, 4. 1902.

800 págs. 50 pliegos. Empieza con Accio (Lucio) y queda en suspenso, dejando sin acabar Cicerón.

Lleva *Advertencia preliminar*, donde dice, entre otras cosas: «Antes de salir de las aulas universitarias, en 1873, formé el proyecto de una *Biblioteca de Traductores Españoles*, ampliando y continuando el meritorio ensayo de D. Juan Antonio Pellicer. Después concebí un plan más vasto, y los traductores vinieron á quedar como una parte, acaso secundaria, de la obra que imaginé con temeridad juvenil.»

El resto del original, en el que Menéndez y Pelayo trabajó durante toda su vida (puesto que era ese libro una de las primeras obras importantes que proyectó), se conserva en su Biblioteca de Santander.

Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.—Discursos leídos el día 24 de Mayo de 1902, en el solemne festival académico celebrado en el Palacio de la Biblioteca y Museos Nacionales, con motivo de la entrada en la mayor edad de S. M. el rey D. Alfonso XIII. Madrid, Imprenta de los hijos de M. G. Hernández; Libertad, 16, duplicado. 1902.

232 × 135 mm.—147 págs. ns. + 2 sin n.

El discurso de Menéndez y Pelayo, en nombre del Cuerpo facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, ocupa las págs. 127-134.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública de D. Ramón Menéndez Pidal, el 19 de Octubre de 1902.—Madrid, 1902. Est. tip. de la Viuda é Hijos de M. Tello, Impresor de Cámara de S. M. C. de San Francisco, 4.

165 × 95 mm.—96 págs. ns.

El tema del primer discurso dice así: «*El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina». El de contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. 67-96.

Hízose nueva edición en Quito (Imprenta Nacional), el año 1905.

1903.

Asociación de Conferencias. / La epopeya castellana en la Edad Media / El Cid / por / D. Marcelino Menéndez Pelayo / Madrid / Tip. de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* / Infantas, 42, bajo izq. / 1906.

178 × 99 mm.—23 págs. ns.

Es una conferencia dada por Menéndez y Pelayo, el 6 de Febrero de 1903, en el Círculo Patronato de San Luis Gonzaga.

Necrología.—El Dr. Pedro Roca y López.

Artículo por M. Pelayo en la *Revista de Archivos* (Febrero de 1903; página 1 y sigs.).

Solemne velada en conmemoración del XXV aniversario de la coronación de Su Santidad León XIII, en el Círculo Patronato de San Luis, el 3 de Marzo de 1903. —Madrid, Fortanet, 1903.

En 4.º Á las págs. 65-73, hay un discurso de Menéndez y Pelayo. Hízose tirada aparte.

Carta de Menéndez y Pelayo al P. Restituto del Valle Ruiz, agustino, con motivo de los *Estudios literarios* de este último (Barcelona, Gili, 1904).

Se publicó en la *Gaceta del Norte*, periódico de Bilbao.

Entre los citados *Estudios*, publicados antes en *La Ciudad de Dios*, hay uno sobre la *Historias de las ideas estéticas en España.*

Poesías líricas y dramáticas, del Excmo. Sr. D. Leopoldo A. de Cueto, Marqués de Valmar, de la Real Academia Española, con un prólogo de D. M. Menéndez y Pelayo, de la misma Academia, Madrid, «Sucesores de Rivadeneyra», 1903.

162 × 90 mm.—XXIV + 477 págs. ns. + 1 sin n., con el retrato del Marqués de Valmar.

El Prólogo ocupa las páginas v-xxiv. Fué reproducido en la quinta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1908).

Flor de entremeses y sainetes / de / diferentes autores (1657) Segunda edición corregida / Madrid / Imprenta de Fortanet / 29-Calle de la Libertad-29 / 1903.

138 × 77 mm.—x + 210 págs. ns. + 6 sin n.

Edición en papel de hilo, costeada por el Marqués de Jerez de los Caballeros.

La *Advertencia*, firmada «M. M. P.», ocupa las págs. v á x.

Sólo se conocía un ejemplar de la primera edición (de 1657), por nadie citada. Contiene veinticuatro entremeses (atribuídos á Luis Vélez, Benavente, Juan Vélez, Villaviciosa, Belmonte, Melchor Zapata, Quevedo y Antonio de la Cueva), veinte de los cuales eran desconocidos. El entremés de Quevedo, lleva por título: *El caballero de la tenaza;* los de Luis Vélez: *La burla más sazonada; La sarna de los banquetes; Los atarantados*, y *Antonia y Perales;* el de Juan Vélez: *Dios te la depare buena;* los de Benavente: *Las damas del vellón; La constreñida; Los gorrones; De las dos letras; De[l] miserable; Los condes fingidos; El sueño del perro; Los alcaldes encontrados; El burlón*, y *El invierno y el verano;* el de Villaviciosa: *La vida holgona;* los de Belmonte: *Sierra Morena de las mujeres; Los apellidos en dote; La maestra de gracias; Lo que pasa en una venta*, y *Una rana hace ciento;* el de Melchor Zapata: *Nada entre dos platos*, y el de Antonio de la Cueva: *Felipa Rapada.*

1904.

Interpretaciones del "Quijote,,.—Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la recepción pública del Excmo. Sr. D. José M.ª Asensio y Toledo, el día 29 de Mayo de 1904. Madrid, Imp. Alemana, Espíritu Santo, 18. 1904.

187 × 103 mm.—41 págs. ns.

El discurso de contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las páginas 21-41. Ha sido reimpreso en la quinta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1908).

Necrología de la Duquesa de Alba.

Artículo por M. y Pelayo, en la *Revista de Archivos* (Mayo-Junio de 1904, tomo x, pág. 111 y sigs.). Hay tirada aparte, de 13 págs. en 4.°, con retrato.

La doncella Teodor (Un cuento de Las Mil y Una Noches, un libro de cordel y una comedia de Lope de Vega).

196 × 99 mm.—29 págs., numeradas desde la 483 á la 511.

Artículo con el cual honró Menéndez y Pelayo el *Homenaje á D. Francisco Codera en su jubilación del Profesorado. Estudios de erudición oriental, con una Introducción de D. Eduardo Saavedra* (Zaragoza, Mariano Escar, tipógrafo, 1904; XXXVIII + 656 págs. nums.)

Reproducido en la quinta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1908).

Discurso / del Excmo. Sr. / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / en la / solemne fiesta literaria / celebrada / en el Museo Provincial de Bellas Artes / el 5 de Diciembre de 1904 / para conmemorar el quincuagésimo aniversario / de la definición dogmática / del misterio de la Inmaculada. / Sevilla / Lib. é Imp. de Izquierdo y Comp.ª / Francos, núm. 54 / 1905.

189 × 104 mm.—19 págs. ns.

1905.

Discurso / acerca de / Cervantes y el "Quijote,, / leído en Universidad Central en 8 de Mayo de 1905 / por D. Marcelino Menéndez y Pelayo / De la Real Academia Española / (De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos)* / Madrid / Tipografía de la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos,* / Calle de Olid, núm. 8 / 1905.

186 × 113 mm.—31 págs. ns. En la pág. 1.ª consta el título: «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote*».

Es tirada aparte del «Número extraordinario en conmemoración del centenario del *Quijote*», publicado por la *Revista de Archivos* (Año IX. Mayo de 1905, núm. 5, págs. 309-339). El número contiene, además, el *Torneo en el Palatinado en 1613*, la *Información* completa del cautiverio de Cervantes, una reseña de la *Exposición conmemorativa de la publicación del Quijote*, y una *Bibliografía* de los principales escritos publicados con ocasión del tercer centenario del *Quijote*.

Hízose otra tirada aparte del *Discurso*, que lleva la nota de «Segunda edición», y el siguiente pie de imprenta: «Madrid, / Librería Gutenberg de José Ruiz / Plaza de Santa Ana, 13. / 1905.»

Ha sido reimpreso en la cuarta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1907).

El original autógrafo de este *Discurso*, le posee Julio Cardenal, criado que fué de D. Marcelino desde la instalación de éste en la Academia de la Historia.

Ortología clásica de la lengua castellana, fundada en la autoridad de cuatrocientos poetas, por D. Felipe Robles Degano, Presbítero, con una Carta-Prólogo del Excmo. señor D. Marcelino Menéndez y Pelayo ..... Madrid, Marceliano Tabarés, impresor; 7, Calle de Trujillos, 7.—1905.

VI + 380 págs. ns. + 2 sin n.

La Carta-Prólogo, fechada en Madrid, á 2 de Junio de 1905, ocupa las páginas V y VI.

El ingenioso hidalgo / don Qvixote de la Mancha / compuesto por el licenciado / Alonso Fernandez de Avellaneda / natural de Tordesillas. Nueva edición / cotejada con la original, publicada en / Tarragona en 1614, / anotada y precedida de una introduccion / por / don Marcelino Menéndez y Pelayo / de la Academia Española / Barcelona / Librería científico-literaria / Toledano López & C.ª / 4, Elisabets, 4 / MCMV.

166 × 90 mm. – LXIV + 330 págs. ns. + 4 de *Tabla* sin n. + un Apéndice, numerado en letra, desde la A hasta la M.

La *Introducción* de Menéndez y Pelayo ocupa las páginas VII á LVI. Sigue la *Carta* de J. E. Serrano y Morales á Mr. A. Morel-Fatio, con los documentos relativos al valenciano Juan Martí, fallecido en Diciembre de 1604. Después va el texto del *Quijote* tordesillesco, y, en los Apéndices, se reproducen los preliminares de la edición madrileña de 1732.

En la *Introducción*, Menéndez y Pelayo incluye la carta publicada en *El Imparcial* en 1897, y añade una *Posdata*, donde contesta á ciertas observaciones hechas por Mr. Paul Groussac en su libro: *Un énigme litteraire... Le Don Quichotte d'Avellaneda* (Paris, 1903), en el cual el erudito francés defiende la hipótesis de que Avellaneda es Juan Martí, el supuesto autor de la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*.

Hay otra edición, de 302 págs. ns. (+ 4 de *Tabla* sin n.) y la misma [illegible] Introducción, rotulada: *El Quijote apócrifo, compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de Tordesillas. Edición cuidadosamente cotejada con la original, publicada en Tarragona en 1614* (MCMV;

Barcelona; Librería Científico-Literaria; Toledano López & C.ª; 4, Elisabets, 4).

La *Introducción* de Menéndez y Pelayo fué reproducida en la cuarta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1907).—Ya hemos visto que la *Nueva conjetura* &.ª, fué publicada primero en *El Imparcial* (año 1897), y después en la *Bibliografía crítica* de Rius (tomo II, 1899).

Tres Comedias de Alonso de la Vega, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de la Academia Española. Dresden. Max Niemeyer, Halle a. S., 1905.

En 4.° 161 × 98 mm. Es el tomo VI de la *Gesellschaft für romanische Literatur*. El Prólogo de Menéndez y Pelayo ocupa las páginas V-XXX, y en él reproduce parte del de la *Propaladia* de Torres Naharro. Va fechado en Santander, el 1.° de Agosto de 1905.

El texto comprende las comedias *Tholomea*, *Seraphina*, y *de la Duquesa de la Rosa*, según la única y rarísima edición conocida (Valencia, 1566). Va plagado de erratas, porque Menéndez y Pelayo no corrigió las pruebas.

Nueva Biblioteca de Autores Españoles / bajo la dirección del / Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. / Orígenes de la Novela / Tomo I / Introducción. / Tratado histórico sobre la primitiva / novela española / por / D. M. Menéndez y Pelayo / de la Real Academia Española. / Madrid / Librería Editorial de Bailly-Baillière é Hijos / Plaza de Santa Ana, número 10. / 1905.

207 × 131 mm.—DXXXIV págs. ns. + 1 de *Erratas*.

Contiene ocho capítulos, que estudian, respectivamente, estos temas:

I. Reseña de la novela en la antigüedad clásica, griega y latina.
II. El apólogo y el cuento oriental.
III. Influencia de las formas de la novelística oriental en la literatura de nuestra Península durante la Edad Media.
IV. Breves indicaciones sobre los libros de caballerías.
V. Aparición de los libros de caballerías indígenas.
VI. Novela sentimental.—Novela bizantina de aventuras.
VII. Novela histórica.
VIII. Novela pastoril.

El tomo II *(Novelas de los siglos XV y XVI, con un estudio preliminar)*, se publicó en 1907. Consta de CXL + 587 págs. ns. La Introducción, que abarca las páginas I á CXL, y va fechada en Santander, Enero de 1907,

contiene el capítulo IX, que trata de los cuentos y novelas cortas. Los textos, que van impresos á dos columnas, son: la *Cárcel de Amor* de Diego de San Pedro; el *Tractado* de Nicolás Núñez; el *Sermón* de Diego de San Pedro; la *Question de Amor de dos enamorados;* el *Diálogo de las transformaciones de Pitágoras* de Cristobal de Villalón; *El Crotalón* del mismo Villalón; la *Diana* de Jorge de Montemayor; la *Diana enamorada* de Gil Polo; *El pastor de Filida,* de Gálvez de Montalvo; y los *Colloquios satíricos* de Antonio de Torquemada. La *Cárcel de Amor* se imprime según la edición sevillana de 1492; la *Question de Amor*, según las de 1513 y 1553; el *Diálogo de las transformaciones*, según el manuscrito de Menéndez y Pelayo; *El Crotalón*, según los códices de Gayángos y de la Romana; y los *Colloquios satíricos*, según la rarísima edición de Mondoñedo, 1553.

El tomo III (*Novelas dialogadas, con un estudio preliminar*) lleva la fecha de 1910. Consta de CCLXXXIX + 447 págs. ns. + 1 de *Erratas*. Las páginas de numeración romana contienen los capítulos X y XI de la *Introducción*, que tratan, respectivamente, de la *Celestina* y de sus imitaciones. Los textos publicados son: la *Tragedia Policiana* del Bachiller Sebastián Fernández (según la edición toledana de 1547); la *Comedia de Eufrosina*, traducida por el capitán Ballesteros (Madrid, 1631); la *Comedia llamada Florinea* de Juan Rodríguez Florián (Medina del Campo, 1554); la *Comedia intitulada Doleria d'el Sueño d'el Mundo*, de Pedro Hurtado de la Vera (Anvers, 1572), y *La Lena*, de Velázquez de Velasco (Milán, 1602).

Al final de la *Introducción*, escribe Menéndez y Pelayo: «En el cuarto y último tomo de estos *Orígenes de la Novela*, trataré especialmente del género picaresco, y también de otras formas novelísticas ó análogas á la novela, como los coloquios y diálogos satíricos.» Desgraciadamente, no llegó á escribir nada de este cuarto tomo, dejando sólo impresos los cuatro primeros pliegos de la versión del *Asno de oro* de Apuleyo, por Diego López de Cortegana, que había de formar parte de dicho tomo. Por ahora, pues, los libros de Fonger de Haan (*An outline of the history of the Novela picaresca in Spain;* The Hague-New York, 1903) y de Frank Wadleigh Chandler (*Romances of Roguery*, I-II; New York, 1899), son los únicos de conjunto que existen sobre la materia.

El tomo IV saldrá, sin embargo, en breve, terminado por mí, con arreglo á las indicaciones del Maestro.

Débese también á Menéndez y Pelayo la redacción del *Prospecto* de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles* (8 págs. en 4.° m.). La primera edición de este Prospecto salió á luz en Setiembre de 1905; la décima y última, es de Noviembre-1911.

---

(1) Hay excelente traducción castellana de este libro, en *La España Moderna*.

Un fragmento del tomo I salió á luz en *La España Moderna* (Diciembre-1904) con el título de *Libros de caballerías catalanes: Curial y Guelfa*; *Tirante el Blanco.*

1906.

Poesías / de / D. Amós de Escalante. / Edición póstuma / precedida de un / Estudio crítico / por / D. M. Menéndez y Pelayo / de la Real Academia Española. / Madrid / Est. Tip. de la viuda é hijos de Tello / Impresor de Cámara de S. M. / C. de San Francisco, 4. / 1907.

120 × 68 mm.—CXXIII + 229 págs. ns + una hoja, suelta, de *Fe de erratas*. Con el retrato de Escalante.

El *Estudio preliminar* de Menéndez y Pelayo, una de sus más delicadas obras, ocupa las páginas V á CXXIII. Va fechado en Santander, á 10 de Agosto de 1906. Ha sido reimpreso en la cuarta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1907).

Discurso con motivo de la manifestación celebrada en su honor, en Santander, el 30 de Diciembre de 1906 (1).

En la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (tomo XV, pág. 491). La manifestación fué convocada por el Sr. Alcalde Presidente de aquel Ayuntamiento.

1907.

Discursos leídos ante la Real Academia Española en la recepción pública del Excmo. Señor Don Francisco Rodríguez Marín, el día 27 de Octubre de 1907.—Madrid, Tipografía de la *Revista de Arch., Bibl. y Museos*, Calle de las Infantas, número 42. 1907.

191 × 108 mm.—99 págs. ns.

---

(1) Sobre los antecedentes de este hecho (la elección de Alejandro Pidal para el cargo de Director de la Real Academia Española, en 22 de Noviembre de 1906), véase mi artículo en el *Heraldo de Madrid*, de 21 de Noviembre de 1906 *(La elección académica; méritos de los dos candidatos.)*

El Sr. Rodríguez Marín trató de la vida de Mateo Alemán.—El discurso de contestación, de Menéndez y Pelayo, ocupa las págs. 57-96, y ha sido reimpreso en la quinta serie de *Estudios de crítica literaria* (1908).

Hay «segunda edición» de estos Discursos, impresa en Sevilla, por Francisco de P. Díaz, en 1907 (107 págs. ns. de 162 × 94 mm.).

Colección de escritores castellanos. **Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española.—Estudios de crítica literaria.** Cuarta serie..... Madrid. Tipografía de la «Revista de Archivos», Infantas, 42, bajo, izquierda. 1907.

121 × 68 mm.—478 págs. ns. + 1 de *Indice.*

Contiene los siguientes estudios, antes publicados:

I. Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del *Quijote.*
II. El *Quijote* de Avellaneda.
III. Don Amós de Escalante *(Juan García).*
IV. Esplendor y decadencia de la cultura científica española.
V. Tratadistas de Bellas Artes en el Renacimiento español.

Nuevo método teórico práctico para aprender la lengua latina, por D. Julio Cejador y Frauca. Primer curso. Libro de casa· Palencia, 1907.

81 × 153 mm.

Lleva una carta-prólogo de Menéndez y Pelayo, fechada en Santander, á 22 de Setiembre de 1907.

1908.

M. Menéndez y Pelayo: / El Doctor / D. Manuel Milá y Fontanals / Semblanza literaria / publicada por la «Comissió del Homenatge a Milà». / Barcelona / Gustavo Gili, Editor / Calle Universidad, 45 / 1908.

140 × 72 mm. - 80 págs. ns.

Reproducida en la quinta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1908).

Esta admirable *Semblanza*, fué leída en el Ateneo y en la Universidad de Barcelona, en Mayo de 1908. La reprodujo la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (t. XVII, pag. 331 y sigs.), y se hizo tirada aparte (Madrid, 1907, 154 × 111 mm., 40 págs. ns.). Además, fué reimpresa en el *Anuario*

de la Universidad de Barcelona (Curso 1908-09; págs. 201 á 252), y en la quinta serie de *Estudios de crítica literaria* (Madrid, 1908).

Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana. Escogidas por Don M. Menéndez y Pelayo ..... London & Glasgow: Gowans & Gray, Ltd., 1908.

117 × 67 mm.—XVI + 350 págs. ns.

leva una *Advertencia preliminar* de Menéndez y Pelayo.

Colección de escritores castellanos: **Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española.— Estudios de crítica literaria.** Quinta serie... Madrid. Tipografía de la «Revista de Archivos», Infantas, 42, bajo izquierda. 1908.

122 × 68 mm.—473 págs. ns. + 1 de *Indice*.

Contiene este tomo los siguientes estudios, antes publicados:

I. El Dr. D. Manuel Milá y Fontanals.
II. Don Benito Pérez Galdós, considerado como novelista.
III. La doncella Teodor.
IV. Interpretaciones del *Quijote*.
V. D. Francisco Rodríguez Marín.
VI. D. Manuel José Quintana, considerado como poeta lírico.
VII. D. José María de Pereda.
VIII. D. Leopoldo Augusto de Cueto.

El capítulo sobre Pereda, es una colección de los publicados antes: el 1.°, en 1884; los siguientes, en 27 de Marzo de 1885 *(La Epoca)*; 10 de Febrero de 1889 *(El Correo)* y 1895 *(Revista crítica de Historia y Literatura Españolas)*.

El Sistema científico luliano. Ars Magna.—Exposición y Crítica, por D. Salvador Bové, Pbro. ..... Barcelona, 1908.

89 × 168 mm. LXVIII + 596 págs. ns.

Al principio figura una carta de Menéndez y Pelayo al Sr. Bové, fechada en Santander, á 7 de Octubre de 1908. Esa carta salió á luz también en la *Revista popular* de Barcelona (número de 22-Octubre-1908).

Una obra inédita de Tirso de Molina, por M. Menéndez y Pelayo.

En la *Revista de Archivos* (tomo XVIII; Enero á Junio de 1908; págs. 1 y siguientes y 243 y sigs.). Trátase de la *Vida de la Santa Madre Doña Ma-*

ría de Cervellon. El ms. se conserva en el Archivo de la Delegación de Hacienda de Barcelona.

Hermosura de la Naturaleza y sentimiento estético de ella, por Federico González Suárez, Arzobispo de Quito. Con un preambulo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Madrid, Est. Tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra», Impresores de la Real Casa: Paseo de San Vicente, núm. 20. 1908.

127 × 76 mm.—XIV + 134 págs. ns.

El Preámbulo está fechado en Madrid, á 9 de Noviembre de 1907.

Dos opúsculos inéditos / de D. Rafael Floranes / y D. Tomás Antonio Sánchez / sobre los / Orígenes de la Poesía castellana / con una Advertencia preliminar / de M. Menéndez y Pelayo / Extrait de la *Revue Hispanique*, tome XVIII / New York, Paris / 1908.

166 × 99 mm.—137 págs. ns.

Es tirada aparte del indicado tomo de la *Revue Hispanique*. La *Advertencia preliminar* ocupa las páginas 1 á 48.

Los dos opúsculos constan en un manuscrito que pertenecía á Menéndez y Pelayo El 1.º contiene las observaciones de Floranes acerca del tomo 1.º de la *Colección de poesías antiguas* de Sánchez. El 2.º, la respuesta de este último. Ambos están llenos de apuntamientos utilísimos para nuestra historia literaria de la Edad Media. Floranes hizo notar, entre otras cosas, que la *Crónica general* mandada escribir por Don Alfonso el Sabio, se acabó en tiempo de Don Sancho el Bravo; observó las diferencias entre la primitiva Crónica general y la refundición de 1340, y advirtió que de esta última procedía la *Crónica* particular del Cid, en la cual encontró vestigios poéticos; probó la existencia de cantares de Bernardo, y concibió el plan crítico de una Silva de romances viejos.

1909.

Nou llibret de versos, escrit per Teodor Llorente, Mestre en Gay Saber. Preámbul de M. Menéndez y Pelayo. Segona edició molt aumentada. -Valencia, Imprenta de Domenech, 1909.

122 × 77 mm.

El *Preámbulo* de Menéndez y Pelayo, ocupa las veintisiete primeras páginas, de numeración romana. Fué reproducido en *Cultura Española* (número 14, pág. 420 y sigs.), y en *Ateneo* (VII, 274 y sigs.).

Zarauz-Melilla.—San Sebastián, 1909.

Publicación benéfica, editada por el Sr. Conde de Cedillo. Hay en ella unas líneas de Menéndez y Pelayo.

1910.

La / Literatura española / en el siglo XIX, / por el P. Francisco Blanco García / Agustino de El Escorial / Tercera edición / Parte Segunda / Con las licencias necesarias / Madrid: 1910 / Sáenz de Jubera hermanos, editores / 10, Campomanes, 10.

166 × 90 mm. 631 págs. ns.

Menéndez y Pelayo corrigió en 1909 las pruebas de este segundo volumen, que el malogrado P. Blanco dejó sin revisar. En la pág. 617 figura una «Advertencia final» del mismo Menéndez y Pelayo, el cual advierte que se limitó «á corregir erratas evidentes y algunos ligeros descuidos de elocución».

La obra completa consta de tres volúmenes.

Blanca de los Ríos de Lampérez. Obras completas. Tomo III. Del Siglo de Oro (Estudios literarios), con Prólogo del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez, calle del Barquillo, 8. 1910.

140 × 72 mm.—XLV + 275 págs. ns. + 1 sin n.

El *Prólogo* ocupa las páginas de numeración romana.

Dos palabras / sobre el Centenario de Balmes. / Discurso / de / D. Marcelino Menéndez y Pelayo / leído en la sesión de clausura / del Congreso Internacional de Apologética / el día 11 de Septiembre de 1910 / Vich, Imprenta G. Portavella, Gelada, 35 y 37 / 1910.

162 × 90 mm.—20 págs. ns.

Lleva fecha de «Santander, Julio de 1910».

Publicóse también en el *Diario Montañés* de Santander (martes-13-Setiembre-1910), en el periódico *El Universo*, en el tomo I de la Crónica del Centenario de Balmes, en la *Revista de Archivos* (t. XXIII, pág. 288 y sigs.), y en las *Actas del Congreso Internacional de Apologética* (Vich, 1911).

Medalla en honor de Menéndez y Pelayo.—Madrid. Tip. de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», Olózaga, 1.—Teléfono, 3.185.—1910.

183 × 113 mm.—16 págs. ns.

Contiene, al final (págs. 15-16), el Discurso leído por Menéndez y Pelayo, en 25 de Octubre de 1910, cuando la Comisión ejecutiva, en nombre de los adheridos al Homenaje, le hizo entrega de la medalla de oro conmemorativa de su elección de Director de la Real Academia de la Historia.

Es tirada aparte del tomo XXIII de la citada *Revista de Archivos*.

Procesos de protestantes españoles en el siglo XVI.—Madrid, «Revista de Archivos», 1910.

Van publicadas 160 páginas en 4.°, que contienen parte del proceso existente en Simancas) del Dr. Cazalla (Valladolid, 1558). La *Advertencia preliminar* es de Menéndez y Pelayo.

1911.

Discurso / leído por / el Excmo. Señor D. M. Menéndez y Pelayo / Delegado Regio / en el acto de la inauguración / del monumento á D. José María de Pereda. / 23 de Enero de 1911 / Santander / Imp., Lit. y Enc. Vda. de F. Fons / 1911.

154 × 85 mm.—7 págs. ns.

Publicóse también este bellísimo *Discurso* en periódicos de Santander y de Madrid. Hay segunda edición, hecha en Madrid (Librería general de Victoriano Suárez, 1911; 124 × 68 mm.), con tirada especial en papel Japón.

Real Academia de la Historia: Fernando de Córdoba (¿1425-1486?) y los Orígenes del Renacimiento filosófico en España (Episodio de la Historia de la Lógica). Discurso leído en el acto de su recepción por D. Adolfo Bonilla y

San Martín, y contestación del Excmo. é Ilmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Director de la Real Academia de la Historia, el día 26 de Marzo de 1911. Madrid, M.CM.XI.

186 × 103 mm. — 158 + LXXX + 20 págs. ns.

La *Contestación* de Menéndez y Pelayo, ocupa las 26 últimas páginas.

Hay otra tirada de estos Discursos, con el pie de imprenta siguiente: «Madrid. Librería general de Victoriano Suarez. 48, Calle de Preciados, 48. 1911».

Obras completas / de / **Juan de Timoneda** / publicadas por / La Sociedad de Bibliófilos valencianos / con un estudio de / Don M. Menéndez y Pelayo / Director de la Real Academia de la Historia. / Tomo I. / Teatro profano / (Las Tres Comedias. La Turiana) / Valencia / Establecimiento tipográfico Domenech / 1911.

170 × 90 mm.—496 págs. ns. + 6 sin n. de prels. y 2 de *Indice* y colofón (5-Abril-1911).

La *Advertencia* va firmada por Menéndez y Pelayo.

Comprende el tomo las comedias de *Amphitrion*, *los Menemnos*, y *Cornelia*; el entremés de un ciego y un mozo y un pobre; los pasos de dos clérigos, cura y beneficiado, y dos mozos suyos simples; de dos ciegos y un mozo; de un soldado y un moro y un hermitaño; y de la Razón y la Fama y el Tiempo; la tragicomedia *Filomena*; la farsa *Paliana;* la comedia *Aurelia,* y las farsas *Trapaçera*, *Rosalina* y *Floriana.*

El tomo II ha de contener el teatro religioso y las poesías líricas; y el III las obras en prosa.

Tirada de 220 ejemplares, en papel de hilo.

Cristóbal de Villalón: El Scholastico. Tomo primero. Madrid, 1911.

165 × 90 mm.—256 págs. ns. + 6 sin n. de prels. y 1 de colofón.—En papel de hilo.

Es el tomo V de la Sociedad de Bibliófilos Madrileños.

Lleva una *Advertencia* de Menéndez y Pelayo, donde éste da cuenta de que la edición va hecha conforme al ms. 12-7-1; N-46, de la Real Academia de la Historia, y de que, en el tomo II, insertará un *Ensayo* sobre la vida y obras de Villalón. Nada escribió de esto último. Yo mismo cotejé las pruebas de este tomo con el ms. del siglo XVI.

La obra lleva por título: «El Scholastico, en el qual se forma vna açademica republicana scholastica Vniuersidad, con las condiçiones que deuen tener el maestro y discipulo para ser varones dignos de la viuir».

Discurso leído por D. M. Menéndez y Pelayo, Presidente de la Subcomisión del Certamen Eucarístico, en la fiesta literaria del 26 de Junio de 1911. Madrid, Imprenta de la «Revista de Archivos», Olózaga, 1. Teléfono 3.185. 1911.

156 × 76 mm.—20 págs. ns.

Trata de los autos sacramentales. Fué reproducido en la revista *Ateneo* tomo XII, núm. 1.°, que dirigía mi malogrado amigo Mariano Miguel de Val, en el periódico *El Universo*, y en la *Reseña* publicada por *La Lámpara del Santuario*.

1912.

Fray Pedro Fabo, Agustino Recoleto: **Rufino José Cuervo y la lengua castellana.** Obra premiada y estampada por la Academia Colombiana. Tomo I. MCMXII. Arboleda & Valencia. Bogotá.

8.° m. Son tres tomos. En el 3.° (págs. 184-185) figura una carta de Menéndez y Pelayo á Cuervo, fechada en Madrid, á 4 de Mayo de 1886 (1).

---

(1) Menéndez y Pelayo compuso también la bella inscripción latina grabada en la fachada de la capilla-panteón del Instituto Rubio, para conmemorar la fundación hecha por el Dr. D. Federico Rubio y Gali (1827-1902). La inscripción y su versión castellana se han impreso en hoja aparte de la cual poseo ejemplar (192 × 255 mm.) También escribió Menéndez y Pelayo el epitafio que puede leerse en el sepulcro de la Marquesa de Viluma (Convento de Monteano, Santander).

En 1912 salió á luz el siguiente libro:

«Obras del místico doctor San Juan de la Cruz, ... con introducciones y notas del P. Gerardo de San Juan de la Cruz ..... y un epílogo del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Tomo I. Toledo, 1912, Imp. de la Vda. é Hijos de Peláez.—LXXX-465 págs. en 4.°». Menéndez y Pelayo no llegó á escribir el *Epílogo*, que había de ir en el tomo III y último de la colección.

Poco antes del fallecimiento de Menéndez y Pelayo, se leyó cierta epístola suya en uno de los *mitines* celebrados por los católicos de Madrid contra la Escuela laica. Reprodujeron la carta algunos periódicos.

Según me comunica mi querido amigo el académico D. Manuel Pérez Villamil,

figura un pensamiento autógrafo de Menéndez y Pelayo en cierto Album, propiedad de Doña Josefa Verdugo, hija del General que fué del mismo apellido.

Daré aquí, finalmente, las gracias más expresivas á los que me han favorecido con noticias y datos para la formación de este libro, y especialmente á mis queridos amigos los Sres. D. Enrique Menéndez y Pelayo, D. Gonzalo Cedrún de la Pedraja, D. Manuel Polo y Peyrolón, D. Manuel Pérez Villamil, D. Eloy García de Quevedo y Concellón, D. Amando Castroviejo, D. J. Luis Estelrich, D. Juan Marín del Campo, D. José de Liñán (Conde de Doña Marina), D. José M. de Garamendi, D. Juan Hurtado y Jiménez de la Serna, D. Juan Givanel, D. Antonio Graiño y Duque de T'Serclaes.

A mi excelente amigo D. Antonio Graiño debo el haber podido disfrutar de buen número de publicaciones, harto difíciles de encontrar, y de las que he dado cuenta en esta Bibliografía. Ha tenido también el Sr. Graiño la generosidad de poner por completo á mi disposición la rica serie de cartas autógrafas de Menéndez y Pelayo á Laverde, que me han servido de principal base para la redacción de la primera parte de este libro. Dicha serie se compone de 264 cartas numeradas, la primera de las cuales está fechada en Madrid, á 1.º de Octubre de 1874, y la última en Santander, á 23 de Setiembre de 1890. Esta importantísima colección se publicará, probablemente, en el último volumen de las *Obras completas* de Menéndez y Pelayo.

Otra serie de cartas del mismo, en número de 110, posee mi buen amigo D. Antonio Rubió y Lluch, invariable en el cariño y admiración hacia el que fué su condiscípulo en las aulas barcelonesas.

Escrito lo que precede, ha llegado á mis manos un excelente estudio sobre «Marcelino Menéndez y Pelayo», publicado por Arturo Farinelli en el *Internationale Monatsschrift für Wissenschaft, Kunst und Technik* de Berlín (Jahrgang 8. No. 8).

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN.

APÉNDICE

EPÍSTOLA Á HORACIO (1)

Me peritus
Discet Iber, Rhodanique potor (2).

Yo guardo con amor un libro viejo,
de mal papel y tipos revesados,
cubierto de no pulcro pergamino: (3)
en sus hojas do quier, por vario modo,
de diez generaciones escolares
á la censoria férula sujetas,
vése la dura huella señalada.
Cual signos cabalísticos, retozan
cifras allí de incógnitos lectores,
escólios y apostillas de pedantes,
en mal latín sentencias y consejos, (4)

---

(1) Copio fielmente, con la ortografía del original, el manuscrito que tengo á la vista, fechado en Santander, á 26 de Diciembre de 1876. Anoto las variantes de la última edición corregida, que es la segunda de las *Odas, epístolas y tragedias* (Madrid, 1906; pág. 17 y sigs.). Designo con la letra B esta edición, y con la A el ms. Indico, además, con la letra C, la edición de los *Estudios poéticos* (1878), y con la D, la 2.ª de *Horacio en España* (1885).

(2) Este lema, que es de la oda 20, libro II de Horacio, no figura en B, C, ni D, pero sí al frente del tomo I del *Horacio en España*. Léase *Hiber*, y no *Iber* (comp. ed. Mveller, en la colección Tevbner; Leipzig, 1897).

(3) B, C y D: «vestido de rugoso pergamino».

(4) B y C, transforman así los versos 10 y 11:

«en mal latín sentencias manuscritas,
escolios y apostillas de pedantes,
lecciones varias, apotegmas, glosas».

D los dispone de este modo:

«en mal latín sentencias manuscritas,
lecciones varias, apotegmas, glosas,
escolios y apostillas de pedantes;».

innumerables versos subrayados, (1)
y *addenda* y *expurgenda*, y *corrigenda*,
todo mezclado (2) con figuras toscas,
de torpe mano, de inventiva ruda,
que algún ocioso, en solitarios días,
trazó con tinta por la márgen ancha
del tantas veces profanado libro.
Y ese libro es el tuyo, oh gran maestro;
mas no en tersa edición, rica y suntüosa;
no salió de las prensas de Plantino,
ni Aldo Manucio le engendró en Venecia,
ni Estéfanos, Bodonis ó Elzevirios
le dieron sus hermosos caractéres:
nació en pobres pañales; allá en Huesca
famélico impresor meció su cuna,
ad usum scholarum destinóle
el rector de la estúpida oficina,
y corrió por los bancos de la escuela,
ajado y roto, polvoroso y sucio,
el tesoro de gracias y donaires
por quien al Lacio el Ateniense envidia.
¡Cuántos se amamantaron en sus hojas!
A cuántos quitó el sueño ese volumen,
lidiando siempre por alzar el velo
que tus conceptos al profano oculta!
¡Cuánto diste suavísimo deleite
á quien perseveró en la ruda empresa,
y *cuánto de sudor y de fatiga*
á ignorantes y estólidos alumnos!
Hiciste germinar á tu contacto
miles de ideas en algún cerebro,
llenástele de luz y de armonía,
y, al influjo potente de tu ritmo,
el ritmo universal le revelaste.
Por tí la antigüedad surgió (3) á sus ojos,
por tí Venus Urania, de los astros (4)

(1) B y C, traen así este verso:

«y pasajes sin cuento subrayados». D sigue á A.

(2) D: «pintado».

(3) D: «se alzó».

(4) B, C y D «cielo» en vez de «astros» para evitar la asonancia con *canto*.

bajó á las mentes de adorarla dignas,
y allí habitando, cual perfecta idea,
dió vida á su pensar, norma á su canto!
¡Cuánta imágen fugáz y halagadora,
al armónico són de tus canciones,
brotando de la tierra y del Olimpo,
revolaban en torno al estudiante (1)
que, ante la dura faz de su maestro,
de largas vestimentas adornado,
absorto contemplaba sucederse
del mundo antiguo los prestigios todos,
clámides ricas y patricias togas,
quirites y plebeyos, senadores,
filósofos, augures, cortesanas,
matronas de severo continente,
esclavas griegas de ligera estola,
sagaces y bellísimas libertas,
aroma y flor en lechos y triclinios,
etruscos vasos, ánforas murrinas, (2)
en Olimpia, cien carros voladores,
en las ondas del Adria, la tormenta,
en el cielo, de Júpiter la mano
vibrando airada (3) la trisulca llama, (4)
la Náyade en las ondas (5) de la fuente,
y allá, en el valle (6) tiburtino oculta,
la dulce granja del cantor de Ofánto,
por quien los áureos venusinos metros
en copioso raudal se precipitan
al ancho mar de Píndaro y de Safo.
Yo también ese (7) libro peregrino,
arca santa del gusto y la belleza,
con respeto toqué (8), sublime Horacio;
yo tambien en sus páginas bebía

(1) B y D: «del escolar en torno revolaban».
(2) B, C y D: «múrrinos vasos, ánforas etruscas».
(3) Borrado en A: «ardiente».
(4) B, C y D: suprimen todo el verso 70.
(5) B y C: «aguas».
(6) B y C: «bosque».
(7) B, C y D: «á ese».
(8) B. C y D: «llegué».

el vino añejo que remoza el alma:
todo en tí lo encontré, rey de los himnos (1):
mente pelasga, corazón romano,
el vuelo audaz, la sentenciosa flecha,
la ática sal, las mieles del Himeto,
el ditirámbo que á los cielos sube, (2)
el canto de Heros que inspiró Afrodita,
el *Otium divos* que la mente aquieta,
y el júbilo feroz con que en las cumbres
del Citerón, en la ruidosa noche,
su leve tirso la Bacante agita.

La belleza eres tú: tú la encarnaste
como nadie en el mundo la ha encarnado.
A tu triunfal corona las preseas
Grecia engarzó de su mejor tesoro;
rindióte Jonia las melosas voces
con que Anacréon arrulló á Batilo,
Tébas el ritmo en que de Dirce el génio
loara al púgil en la lid triunfante
y al vencedor en la cuadriga ráuda.
Del enemigo de Licámbo hubiste
el crudo hierro convertido en yámbo,
la alada estrofa en que de Cleis la madre
supo inflamar con férvidos amores
el pecho de las vírgenes Lesbianas, (3)
y el son de Alceo, entre borrascas hórridas
al opresor de Mitilene infausto.

Todo, rey de la lira, atesoraste; (4)
pusiste en todo la medida tuya,
el *ne quid nimis* ¡sobriedad eterna!
la concisión, secreto de tu númen.
En torrentes de números sonoros
despéñase tu ardiente fantasía, (5)
mas nunca pasa el término prescrito

(1) Borrado en A: «de la lira».
(2) Borrado en A: «toca».—C y D: «toca».
(3) B, C y D traen así el verso:

«á bien trenzadas vírgenes Lesbianas».

(4) B, C y D: «lo abarcaste».
(5) B y C: «despeñase tal vez tu fantasía; ..

por la armónica ley que á los helenos
las hijas de Mnemósine (1) enseñaron.
¡Tiempo feliz de Griegos y Latinos!
¡Calma y serenidad, (2) dulce concierto
de cuantas fuerzas en el hombre moran,
eterna juventud, vigor eterno, (3)
culto sublime de la forma pura,
perenne evocación de la armonía!
¡Bárbaros hijos de la edad presente!
Horacio, lo creerás?, graves doctores
afirman que los hórridos cantares
que alegran al Sicambro y al Scita,
ó al Germano tenáz y nebuloso,
oscurecen tus obras inmortales,
labradas por la mano (4) de las Gracias
cual por diestro cincél mármol de Páros.
¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!
¿Quién te dijera que, en la edad futura,
de Tudescos (5) y Slavos el imperio
en la ley, en el arte y en la ciencia
nuestra raza latina sentiría,
y que nombres por tí no pronunciables,
porque en tu hermosa lengua mal sonáran,
el habla de los dioses enturbiando,
tu nombre borrarían?
Orgullosos
allá arrastren sus ondas imperiales
el Danubio y el Rhin ántes vencidos;
yo prefiero las plácidas corrientes
del Tíber, del Cefiso, del Eurótas,
del Ebro pátrio ó del dorado Tajo. (6)
¡Vén, libro viejo, vén, alma horaciana! (7)
Yo soy latino, y adorarte quiero;

---

(1) B: «Mnemósina».
(2) B: «Alma, serenidad».
(3) B: «perenne», sin duda para evitar la asonancia con el *concierto* del verso 118; pero es mala corrección, porque viene otro «perenne» en el verso 122.
(4) B, C y D: «las manos».
(5) B y C: «Teutones».
(6) B y D: «ó del ecuóreo Betis».
(7) B, C y D: «alma de Horacio».

anímense tus hojas inmortales!
Que Régulo otra vez alze la frente,
y el beso esquive de la casta esposa,
y el pueblo aparte que su paso impide,
y á los tormentos inmutable torne:
que entre las ruinas del vencido mundo
caiga el atroz Catón nunca domado:
que Druso á los Vindélicos aterre
como el ave de Jove fulminante
desciende sobre tímidas bandadas: (1)
que las torres de Ilión maldiga Juno,
dos veces humilladas en el polvo,
de Laomedon por la perfidia insana,
por el inícuo juez y la extrangera:
que de Pálas la égida sonante (2)
á los Titanes otra vez resista:
que las Danaides el acero empuñen
y en sangre tiñan los nupciales lechos:
que el níveo toro, á la de cien ciudades
Creta, conduzca la robada ninfa:
que los corcéles del rugiente trueno
lanze el Satúrnio por el aire vago,
y se estremezca desquiciado el orbe,
mas nunca el pecho del varón constante.
¡Vén, libro viejo, vén, roto y ajado!
Quiero embriagarme de tu dulce (3) vino,
á Baco ver entre escarpados montes,
á Fauno, amante de ligeras ninfas,
á Hérmes facundo y al intonso Cintio!
Quiero vagar por los amenos bosques
donde la abeja susurró de Tíbur,
y en los brazos de Lidias y Gliceras
posar la frente, al reclinar (4) la tarde,
orillas de la fuente de Blandusia,
ó ante la puerta de la dura Lyce,
que el Aquilón con ímpetu sacude,

(1) B, C y D: «sobre tímidas bandadas».
(2) B: «que la egida de Palas, resonante».
(3) B, C y D: «añejo».
(4) B: «de la tarde».

amansar su rigor y su soberbia, (1)
ó volar con la nave de Virgilio
que hácia las playas áticas camina
y guarda la mitad del alma tuya!
Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones:
canta la paz, la dulce medianía,
el *Eheu fugaces*, que cual sueño vuela,
el *Carpe diem*, que al placer anima,
el *Rectiùs vives*, que enaltece el alma:
canta de amor, de vinos y de juegos,
canta de gloria; de virtudes canta.
¡Siempre admirable! Recorrer contigo
quiero las calles de la antigua Roma,
con Damasipo conversar y Davo,
reirme de epicúreos y de estóicos,
viajar á Bríndis, escuchar á Ofelo,
sentarme en el triclinio de Mecénas,
y aprender los preceptos soberanos
que dictaste festivo á los Pisones.
Vengan dáctilos, yámbos y pirriquios
caldeados en tu fragua creadora.
Que se entrelazen en vistoso juego
y danzen cual las ninfas de Lacónia, (2)
que con rítmico pié baten la tierra.
La antigüedad con poderoso aliento
reanime los espíritus cansados,
y este hervir incesante de la idea,
esta vaga, mortal melancolía,
que al mundo enfermo y decadente oprime,
sus fuerzas agotando en el vacío
por influjo de nieblas maldecidas
que abortó el Septentrion, ante su lumbre
disípense otra vez. Torne el radiante
sol del Renacimiento á iluminarnos,
cual vencedor de bárbaras tinieblas,
otro siglo lució sobre el Oriente, (3)
los pueblos despertando á nueva vida,
vida de luz, de amor y de esperanza!

(1) B y D: «amansar su rigor con mis querellas;».
(2) B, C y D: «cual las ninfas desceñidas».
(3) B y D: «sobre Occidente».

Helenos y latinos agrupados,
una sola familia, un pueblo solo
por los lazos del arte y de la lengua
unidos formarán. Pero otra lumbre
antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
y esa forma purísima, pagana,
labre con mano y corazón cristianos.
¡Esa la ley será de la armonía!
Así León sus rasgos peregrinos
en el molde encerraba de Venusa;
así despojos de profanas gentes
adornaron tal vez nuestros altares
y de Cristo en basílica trocóse
más de un templo gentil purificado.
¡Adios, adios, liberto venusino! (1)
En vano el Septentrion hordas salvages
de nuevo lanzará;
sobre el estrago, (2)
triunfante se ha de alzar el libro viejo,
de mal papel é innúmeras erratas,
que con amor en mis estantes guardo.

M. Menéndez Pelayo.

Santander, 26 (3) de Diciembre de 1876.

---

(1) B y C: «monarca de la lira!»

(2) B y C: «sobre las ruínas».

(3) B: «28». En la edición de la *Revista Europea* (IX, año 1877, pág. 520), lleva fecha de 2 de Enero de 1877.

ÍNDICE

Págs.

I. La vida..... 5
II. El espíritu artístico de Menéndez y Pelayo..... 115
III. El pensamiento de Menéndez y Pelayo..... 131
IV. Lo que representa Menéndez y Pelayo en la Historia española..... 161
V. Bibliografía de Menéndez y Pelayo..... 173

Apéndice.

Epístola á Horacio..... 265

PQ
6020
M4B6

Bonilla y San Martin, Adolfo
Marcelino Menéndez y Pelay

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 08 23 13 015 1